IMPEDIMENTA

ALEX HALBERSTADT

Jóvenes héroes de la Unión Soviética

Memorias y cuentas pendientes

Traducción de Jon Bilbao

JÓVENES HÉROES DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

ALEX HALBERSTADT

Jóvenes héroes de la Unión Soviética

Memorias y cuentas pendientes

ALEX HALBERSTADT

Traducción del inglés a cargo de
Jon Bilbao

II
IMPEDIMENTA

Título original: *Young heroes of the Soviet Union*

Edición en ebook: enero de 2023

Copyright © Alex Halberstadt, 2020.
All rights reserved.
Copyright de la traducción © Jon Bilbao, 2023
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid.

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-93-7

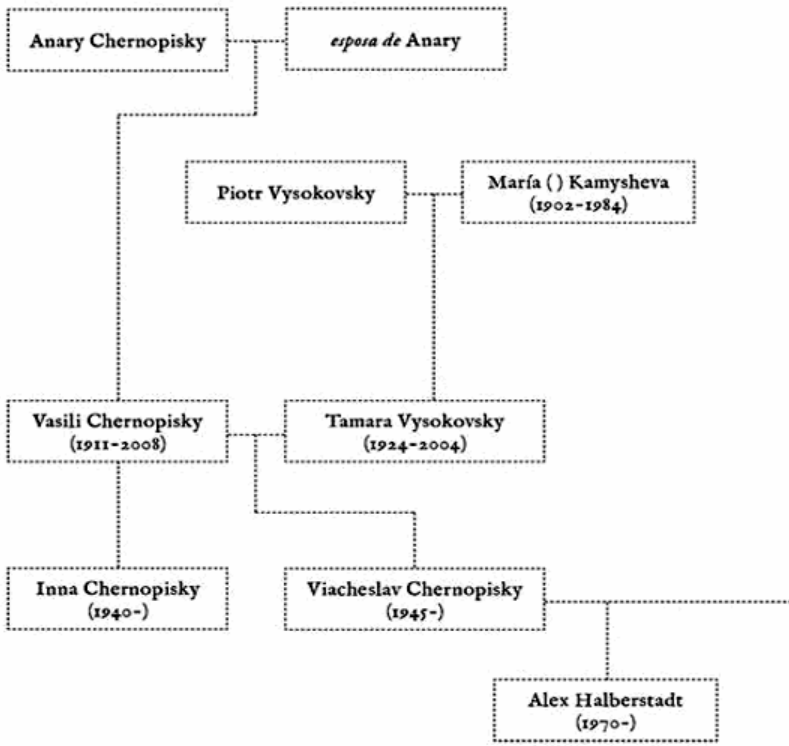
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis abuelos

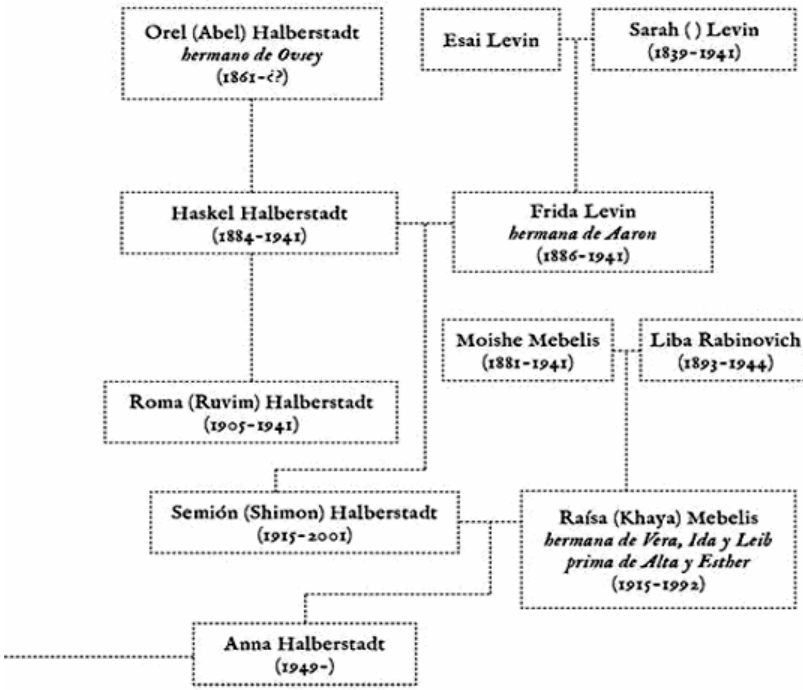
Tú que no recuerdas
el paso de otro mundo, te digo
podría volver a hablar: lo que vuelve
del olvido vuelve
para encontrar una voz.

Louise Glück, «El iris salvaje»[1]

Árbol genealógico
PADRE



Árbol genealógico
MADRE



PRÓLOGO

LOS OLVIDADOS

Foto familiar

Cuando nos sentimos confusos o perdidos, las historias pueden dar sentido a nuestro desorden. Hace no mucho, yo encontré una de esas historias en las páginas de una revista científica. O quizá fue ella la que me encontró a mí. Narraba cómo un equipo de investigadores de la Universidad de Emory, en Atlanta, había insuflado aire mezclado con un producto químico que olía a flor de cerezo en una jaula que contenía crías de ratón, para luego administrar descargas eléctricas a los animales en las patas. Al cabo de un tiempo, los ratones aprendieron a asociar el aroma a flor de cerezo con el dolor y temblaban de miedo cada vez que lo olían. Lo sorprendente, sin embargo, vino cuando tuvieron crías. Expuesta al olor, la segunda generación también se echaba a temblar, aunque nunca había recibido descargas eléctricas. Además, sus cuerpos habían cambiado. Nacieron con más receptores olfativos en la nariz, y las estructuras cerebrales conectadas con estos receptores habían crecido con respecto a la generación anterior.

Perplejos ante semejantes resultados, los investigadores se plantearon si se hallaban frente a una anomalía. Así que se aseguraron de que la siguiente generación de ratones —los nietos— no tuviera ningún contacto en absoluto con sus padres; de hecho, fueron

concebidos mediante fertilización *in vitro* en un laboratorio en el otro extremo del campus. Pero estos ratones también temblaban de miedo ante el aroma a flor de cerezo y presentaban idénticos cambios cerebrales. El experimento parecía demostrar que el trauma sufrido por una generación se traspasaba *fisiológicamente* a los hijos y a los nietos, incluso en ausencia de contacto. Lo que los investigadores no sabían explicar era cómo o por qué sucedía esto.

Tras la publicación de dichos descubrimientos en 2013, estudios en sujetos humanos confirmaron que los investigadores de Emory habían dado con algo: los marcadores fijados a ciertos genes se ven influidos por el entorno del individuo. Un estudio realizado en el Hospital Monte Sinaí de Nueva York descubrió que hijos de supervivientes del Holocausto mostraban cambios en los genes determinantes de la respuesta al estrés, cambios idénticos a los hallados en sus padres. Otro estudio reveló que algunas madres embarazadas que se encontraban en las cercanías del World Trade Center durante los ataques del 11 de septiembre de 2001 dieron a luz niños con alteraciones genéticas similares. En estos estudios, los niños demostraron una propensión a padecer trastorno de estrés postraumático que no era proporcional a su realidad cotidiana, una afección que un investigador describió como la tendencia a «sentirse inseguro en un entorno seguro». La mayoría de las teorías que aspiran a explicar tales hallazgos se basan en el campo relativamente nuevo de la epigenética, que estudia los cambios no tanto en el mismo código genético como en la expresión genética, pero ciertos aspectos de las teorías apenas se comprenden y son motivo de controversia.

Yo leí por primera vez sobre esos estudios en un momento especialmente agitado de mi vida, mientras intentaba juntar las piezas de la historia de mi propia familia. Los estudios parecían apuntar hacia algo en lo que yo empezaba a creer, algo en lo que quería creer porque lo sentía intensamente: que el pasado vive no solo en nuestros recuerdos sino también en cada célula de nuestro cuerpo. Era una idea determinista, qué duda cabe, pero ayudaba a explicar ciertas experiencias recurrentes y desconcertantes compartidas por las tres últimas generaciones de mi familia: tendencia a la ruptura de relaciones, presentimientos desastrosos, depresión clínica y ansiedad, trastornos crónicos del sueño, proclividad a guardar secretos y una incesante sensación de peligro.

Por alguna razón, no dejaba de pensar en el estudio de los ratones de Emory. Al final, me di cuenta de que lo que tanto me atraía de ellos no eran solo sus impactantes resultados, sino la poderosa metáfora que representaban. ¿Podría ser que también nosotros tembláramos de miedo ante estímulos que no podíamos identificar ni recordar, estímulos cuyo origen se hallara décadas antes de nuestro nacimiento?

Desconcertaba pensar que el pasado pudiera vivir a través de nosotros sin nuestro consentimiento, e incluso sin nuestro conocimiento. Pero, si fuera cierto, significaba asimismo que con tiempo y esfuerzo esos remotos estímulos podían ser identificados y, a la postre, comprendidos.

Mi madre decía que en mis sueños siempre aparecían perros ladrando. Al menos, en las pesadillas. Comenzaron cuando cumplí los nueve años, en plena ruta nómada de Moscú a Nueva York con mi madre y mis abuelos. Tuve esas pesadillas en habitaciones de hoteles baratos de Austria, Italia y Manhattan, y luego en una larga sucesión de apartamentos situados en la baldía periferia de Queens.

La mayoría de mis sueños no eran dignos de recordar, pero había uno recurrente que destacaba sobre los demás. Se desarrolla en Stepanovskoye, un pueblo próximo a Moscú donde, en verano, mi familia alquilaba la parte delantera de una casa azul de chilla con postigos verdes. En el sueño está anocheciendo, y yo me encuentro frente a la portilla de la valla de madera que hay ante la casa, ansioso por entrar. Mis padres están dentro, y yo huelo el humo de leña de la cocina de mi bisabuela. Pero el bulldog de la casera se ha soltado de su cadena y ladra al otro lado de la valla; el miedo me atenaza la garganta. No sé qué hacer, pero está anocheciendo y tengo que volver a casa, así que acabo abriendo la portilla de golpe y me lanzo a la puerta con el bulldog detrás, gruñéndome en el cogote. Cuando me despertaba tenía el pulso desbocado y la almohada empapada de sudor. De inmediato, todo lo sucedido en el sueño se desmoronaba, convirtiéndose en polvo al tratar de asirlo. A veces, si mi madre estaba dormida, yo iba a hurtadillas a la cocina, cogía un cuchillo del cajón de los cubiertos y, dejándolo bajo la almohada hasta que amanecía, me quedaba allí acostado, inquieto, mirando la luz fría a través de las cortinas. Es un sueño que se niega a desaparecer, pese a todos los años transcurridos desde entonces.

Unos meses después de que todo aquello empezara, aterricé con mi familia en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York. De inmediato, y durante muchos años desde entonces, sentí que Nueva York era mi hogar más que ningún otro sitio en el que hubiera vivido. Para mí, el resto de Norteamérica no era más que un territorio hipotético. Desde el primer día, amé casi todo lo que nos ofrecía nuestra nueva ciudad. El curso de la historia apuntaba hacia el futuro en lugar del pasado. En Moscú, el metro discurría únicamente bajo las calles, y las estaciones desempeñaban una doble función, pues a veces servían de refugio antiaéreo; en ciertas partes de Nueva York, en cambio, el metro circulaba por vías muy por encima de las aceras, a la altura de las vallas publicitarias, los neones y los frontones

posmodernistas. Me maravillaba cada milagroso regalo que me hacía la ciudad: el apartamento de dos habitaciones a pie de calle en las Ravenswood Houses, un grupo de viviendas protegidas en Long Island City donde vivíamos los cuatro; los librillos repletos de coloridos y crujientes cupones de alimentos que recibíamos por correo; las cenas congeladas de Swanson's Hungry-Man que mi abuelo materno Semión y yo compartíamos casi cada noche, embelesados con el reluciente papel de aluminio que las envolvía y con sus perfectas formas euclidianas.

En aquellos años, yo no quería saber nada de nuestro pasado soviético… y eso incluía a mi padre. Durante nuestros primeros cinco años en Nueva York, hablé con él por teléfono como mucho una docena de veces, y solo porque mi madre me plantaba el auricular en las manos y fruncía elocuentemente el entrecejo. En el colegio, le dije a todo el mundo que mi padre había muerto, primero de cáncer y luego en la guerra afgano-soviética. ¿Qué tenía de malo? Antes de embarcar en Moscú en el Túpolev Tu-154 rumbo a Occidente, habíamos renunciado a la ciudadanía soviética y a nuestro pasaporte, y con ellos a la posibilidad de volver al país. Mi padre había elegido quedarse, así que yo sabía que no volvería a verlo. La Unión Soviética tenía casi setenta años de historia, y por lo que se podía intuir en 1985, todo indicaba que duraría como poco otros setenta más.

El nombre que me traje conmigo de la Unión Soviética, el nombre de mi padre —Aleksandr Viacheslavovich Chernopisky— era una catástrofe tanto en nuestra vieja lengua como en la nueva. En tiempos más elegantes, nuestro apellido se podría haber traducido como «el de las espaldas morenas». Mis compañeros del colegio, en cambio, lo truncaron a *Pissky*, a *Pissed On* o simplemente a *Piss*,[2] y a veces, en aquellos años finales de la Guerra Fría, me llamaban «el Gran Rojo», por la marca de chicle y por mi creciente ancho de cintura.

Así, a los quince años, acabé en una oficina gubernamental con una mesa metálica, varias sillas metálicas y una fotografía enmarcada de Ronald Reagan. Mi madre tomó asiento a mi lado. De la mujer que se encontraba al otro lado de la mesa solo recuerdo que era guapa y negra y que llevaba chaqueta y un tono de pintalabios conocido como «Wild Raspberry». Era supervisora del Servicio de Inmigración y Naturalización, y me informó, muy tiesa bajo la sonrisa deslumbrante del presidente, que si quería podía cambiarme el apellido por el de mi madre, allí mismo, en ese instante, con la autorización del Gobierno.

Mi madre me miró y yo asentí. La supervisora escribió algo en un formulario y lo deslizó sobre la mesa hacia nosotros, mi madre firmó con un bolígrafo y eso fue todo. El patronímico extranjero y el apellido ante el que los hombres de mi familia se encogían de hombros y sobre el que bromeaban —además de aquellas sílabas

eslavas— desaparecieron. Yo era el primer Chernopisky que no tendría que seguir siéndolo.

Mi nombre fue una de las muchas cosas que me había llevado conmigo y a las que intenté renunciar. Empezaba a comprender que el proyecto de todo inmigrante que quisiera interiorizar la nueva cultura tenía una inevitable cara B: erradicar su antiguo yo. Existir en dos culturas de manera simultánea resultaba desconcertante, molesto y raro a la vez, como escuchar una radio sintonizada justo entre dos emisoras. Y de adolescente, yo estaba encantado de olvidarme de Rusia y del ruso, pues creía que así dejaría espacio en mi cerebro para la nueva lengua y las nuevas costumbres.

Ayudó a mi proceso de olvido el desdén de mi madre por mi país de nacimiento. ¿Qué había hecho por ella, solía repetir, salvo privarla de su juventud? Había crecido en la Lituania soviética, un lugar que le gustaba casi tan poco como Rusia, redimida en sus recuerdos tan solo por la nostalgia de su infancia. Moscú le era tan ajena como Nueva York. Para ella, significaba poco más que discriminación estatal contra los judíos, déficit de consumo, arquitectura espantosa, meses ininterrumpidos de nieve y cellisca, y sobreabundancia de fibras sintéticas. Con mi padre, del que se había divorciado tras siete años de matrimonio cada vez más infelices, era incluso menos caritativa. Mis abuelos maternos tampoco lo tenían en alta estima.

Semión y Raísa, que emigraron a Nueva York con sesenta y tantos años tras una apacible mediana edad en Vilna, no lograron sobreponerse al desconcierto que les producía el nuevo entorno, pero no eran muy dados a la retrospección. Cuando les preguntaba por su juventud —yo conocía algunos detalles de la guerra y de los familiares a los que cada uno había sobrevivido— mis abuelos rara vez soltaban prenda. Creían en la capacidad del pasado para corroer el presente y me veían como un producto de la paz, es decir: puro y blando como una nube. Si yo insistía en preguntarles, apretaban los labios y se ponían melancólicos. «No tenemos más que recuerdos horribles», decía Raísa en esas incómodas situaciones, con una convicción que sonaba religiosa. «Es más prudente ser optimista.»

Mis mayores esfuerzos por olvidar iban destinados a mi padre, porque cuando lo recordaba, recordaba también que se había ausentado voluntariamente de nuestra vida. Durante más o menos el primer año y medio tras nuestra llegada a Nueva York, él llamaba por teléfono de vez en cuando, y en una ocasión nos mandó un paquete que contenía una carta para mí junto con varios libros, incluida una biografía en ruso de Pedro el Grande, que devoré. Más tarde, sus llamadas se redujeron a una o dos al año. Llamarlo a él habría sido carísimo, según decidió mi madre.

La mayor parte del tiempo, mi padre y yo nos comunicábamos solo

en mi imaginación. Mi recuerdo favorito era de cuando me enseñó a nadar el verano que cumplí siete años. Fue en una de las charcas repletas de algas de Stepanovskoye. Mi padre se metió en el agua hasta que le cubrió por la cintura y me sostuvo sobre la superficie, con una mano bajo mi pecho y la otra bajo el vientre. «Patalea», me ordenó, y empezó a girar conmigo, trazando círculos, mientras el agua que yo levantaba al patalear le salpicaba la cara. La primera vez que me soltó, tragué una bocanada de agua y me hundí hasta el cieno del fondo; hicieron falta varios intentos hasta que pude mantenerme a flote sin su ayuda, batiendo los brazos y las piernas tan rápido como podía. «¡Movimiento continuo!», gritaba él por encima de mis chapoteos.

La mayor parte del tiempo, intentaba no pensar en él, hasta que se me empezó a olvidar cómo sonaba su voz, lo que por alguna razón me asustó. Para entonces debía de tener doce o trece años. Entonces por las noches, después de meterme en la cama y apagar la luz, me ponía a intentar oírlo repetir: «movimiento continuo». Al cabo de un rato me parecía que lo oía débilmente, como el mar dentro de una caracola, y eso siempre me reconfortaba.

Poco después de que me fuera a la universidad, mi madre me llamó para decirme que mi padre había sufrido un infarto y que llevaba casi dos meses recuperándose en un pabellón de cuidados intensivos. Ser consciente de la mortalidad de mi padre me llevó a decidir que quería conocerlo, así que, con una tarjeta telefónica, marqué su número de siete dígitos con el código internacional correspondiente. Seguí llamándolo cada dos o tres meses. Siempre se mostraba bastante amable, y tenía un punto gracioso e irónico. A veces se tornaba reservado cuando le preguntaba por su nueva familia o mencionaba el pasado, pero en general sonaba vacío de vitalidad, agotado por la mera tarea de tener que hablar. A veces parecía como si estuviera medio muerto. Lo que más le gustaba era hablar de películas antiguas, a menudo las mismas que en la anterior llamada; hasta que, al cabo de quince o veinte minutos de conversación, empezaba a sonar distraído y acababa diciéndome que tenía que colgar.

Yo no entendía por qué mi padre había renunciado a la paternidad. Supe por mi madre que él mismo había dejado de hablar de su propio padre, Vasili, meses antes de que yo naciera. Todos en mi familia mencionaban a mi abuelo tan solo de pasada, como si su existencia fuera un secreto a voces. Vasili solo me vio una vez, cuando yo tenía tres meses. Mi madre me dijo que fue una tarde de otoño en Moscú y que él me bañó y me peinó. Por supuesto, yo no guardo recuerdo de aquel encuentro. Juntando retazos de información, averigüé que había

sido oficial en la organización que luego se llamaría KGB y que, durante más de una década, sirvió como guardaespaldas personal de Iósif Stalin. Yo era ya un adolescente cuando lo supe, y para mí eso convertía a Vasili en el equivalente moral a un oficial de la Gestapo, por lo que no vi como algo negativo, ni mucho menos, el no conocerlo. Nació antes de la revolución, recordaba mi madre, y tanto ella como yo suponíamos que había muerto en algún momento tras la caída de la Unión Soviética.

A principios de la treintena, mi reinvención parecía completa. Me había convertido en un escritor con docenas de artículos publicados en mi nueva lengua y estaba trabajando en un libro. Compartía un apartamento en Brooklyn con mi novio de la universidad, el nieto de un ministro luterano cuyos padres se conocieron en el instituto en Grand Forks, Dakota del Norte. Me había esforzado diligentemente en olvidar. Cuando nuestros amigos me preguntaban por mi infancia, yo no sabía explicar de forma convincente lo que había supuesto crecer en Rusia, ni por qué tenía un padre relativamente joven con el que casi nunca hablaba, y un abuelo al que no conocía, y una lengua natal que cada año hablaba peor.

Claro está que, en realidad, no conseguí olvidar gran cosa. En aquellos años, los sueños recurrentes de mi infancia se volvieron más insistentes y perturbadores, visitantes no bienvenidos que reclamaban mi atención desde los rincones desatendidos de mi cerebro. Una de aquellas mañanas, mucho antes de leer nada sobre los ratones de Emory, me pregunté si el miedo se podía heredar igual que un gen. El miedo se terminó extendiendo también a la vigilia: desarrollé, en primer lugar, un temor obsesivo al sonido de pasos desconocidos en el pasillo, luego a los ruidos que atravesaban las paredes de mi dormitorio procedentes de los apartamentos vecinos, y al final a los vecinos mismos. Lo extraño de aquel miedo es que no lo relacionaba con ninguna amenaza en mi entorno, por lo que no podía lidiar con él, ni superarlo a fuerza de racionalizarlo. En ocasiones lo sentía como una presencia externa, como una especie de posesión medieval.

Una mañana del verano de 2004, durante una de nuestras (apenas) trimestrales conversaciones telefónicas, mi padre mencionó a un primo segundo o tercero que vivía en alguna parte de Ucrania. Dijo que él casi no lo conocía, pero que aquel hombre lo había llamado por sorpresa unas semanas antes y le había exigido saber por qué mi padre no visitaba a Vasili. A sus noventa y tres años, Vasili conservaba la lucidez, le informó el primo en tono amonestador. «Y te echa de menos.» Me sorprendió oír que mi abuelo seguía vivo, y que además seguía viviendo en el mismo apartamento en el que se había criado mi padre, en Vinnytsia (conocida en la época soviética por su nombre ruso, Vinnitsa), una gris ciudad industrial próxima al centro de

Ucrania. Habían pasado veintiséis años desde que mi padre y Vasili se escribieron por última vez; treinta y cinco desde que se vieron. Sin pensarlo, le dije que quería conocer a Vasili. Mi padre sonó casi tan sorprendido como yo mismo. «En ese caso», dijo, «primero tendrás que encontrarlo.»

Después de colgar, repasé lo que sabía de Vasili. No era mucho. Una noche, cuando yo tenía nueve años, mi abuela materna, Raísa, presa de una embriaguez poco propia de ella tras copa y media de Asti Spumante, dijo que Vasili había trabajado en la policía secreta y había hecho «cosas innombrables». Raísa era una mujer cauta y solo se permitió semejante indiscreción tras haber abandonado la Unión Soviética. Fue en el invierno de 1980. Por entonces vivíamos a veinticinco minutos en tren de Roma, en una ventosa ciudad costera llamada Lido di Ostia, un lugar lleno de rotondas repletas de palmeras y cuyas playas estaban cubiertas de basura y de caparazones de moluscos. Era una sede de las Brigadas Rojas y zona de paso en la ruta de miles de refugiados soviéticos que, como nosotros, se dirigían a Nueva York. Nadie en la mesa respondió a la repentina declaración de Raísa. Era lo habitual. Siempre que se sacaba a colación el nombre Vasili, la atmósfera se enfriaba. Dependiendo de quién hablara, se le describía como un fanático comunista, un cero a la izquierda emocional, un imbécil, un padre y marido negligente, un caballero de modales impecables, un dandi o un rigorista. Aunque mi padre, según comprobé, era el que menos hablaba de él. Y lo poco que decía estaba teñido de un resentimiento que lindaba con el odio.

La única evidencia física que yo poseía de la existencia de mi abuelo paterno era una fotografía en blanco y negro de un álbum que nos habíamos llevado de Moscú. En la foto, Vasili está sentado en una ladera cubierta de hierba junto a su segunda mujer, mi abuela Tamara. Es un hombre elegante, bien proporcionado, con gusto para la ropa; lleva pantalones de cintura alta, una camisa de manga corta y un sombrero de paja; mira hacia el objetivo de la cámara con una sonrisa ambigua, contenida. Los dos parecen llevarse bien, pero la foto ofrece pocas pistas sobre quién es el hombre que aparece en ella y qué podría estar pensando. En el dorso, una inscripción realizada con pluma y de caligrafía angulosa reza: «Vasili y Tamara, Vinnitsa, 9 de septiembre de 1953».

Yo no estaba seguro de lo que esperaba de él. Era un desconocido de noventa y tantos años cuyas facultades mentales yo no tenía muy claras, un oficial del ejército y de la policía secreta, un hombre del que mi padre dijo en alguna ocasión que no era más que un matón despiadado. Quería conocerlo, claro, pero no era solo eso. La vida de Vasili era un hilo que quizá me guiara hasta un pasado que yo no podía descifrar ni comprender pero que, de algún modo, pervivía en

mí. ¿Podría ese pasado explicar los silencios de mis abuelos, la infelicidad de mis padres, mis pesadillas y miedos? ¿Podría suceder que el pasado no hubiera quedado atrás ni mucho menos, sino que continuara existiendo en el presente, en nuestras vidas, como una sobreimposición fantasmagórica? Pocos días después de aquella conferencia con mi padre, pese a mis muy razonables dudas, ya había tomado la decisión de buscar a mi abuelo. No estaba seguro de lo que haría cuando diera con él, pero me apresté a planear el viaje, temeroso de que el valor me abandonara.

A la mañana siguiente descolgué el teléfono, marqué el número de información y pedí que me conectaran con un operador en Ucrania. Después de una docena de largos y tenues timbrazos, una voz femenina procedente del otro extremo de la línea me preguntó, en un ruso trepidante, por una dirección. Yo no tenía ninguna; mi padre me había dicho que ya no la recordaba. Vinnytsia era una ciudad de medio millón de habitantes, me dijo la operadora. ¿Qué esperaba? Me colgó. Volví a llamar y me volvieron a pedir una dirección. Me colgaron y llamé de nuevo. La tercera operadora accedió a buscar el nombre. Me respondió casi de inmediato. «Solo hay un Chernopisky en Vinnytsia», dijo, y me dictó un número. Me quedé mirando el papel donde lo había anotado. Parecía demasiado fácil.

Marqué. Al cabo de dos timbrazos respondió la voz de un anciano. ¿Hablaba con Vasili Chernopisky? Así era. Apenas nos oíamos el uno al otro entre las interferencias en la línea. «¿Quién es?», preguntaba él levantando la voz. Gritando también, le respondí que era el hijo de su hijo Slava. Le dije que me había visto una vez cuando yo era un bebé, en otoño de 1970, y que estaba pensando en viajar a Ucrania para conocerlo. Oí su respiración. Parecía desconcertado. «Yo no tengo ningún nieto», dijo.

Me quedé escuchando los crujidos de estática en la línea durante lo que me parecieron minutos, pensando que había colgado, pero entonces oí una voz femenina. «Soy Sonya, su mujer», dijo. «Tenemos una fotografía tuya. Si vienes, se acordará.»

1

EL GUARDAESPALDAS

Foto familiar

El avión viró a la izquierda y comenzó el descenso. Un diorama se dejó ver brevemente a través de una abertura en el manto de nubes: cabañas en parches de hierba de color guisante, una charca y un canal y unos edificios fabriles obsoletos en mitad de los pastos. La niebla lo cubrió todo. El aeropuerto de Sheremétyevo, un laberinto de linóleo

iluminado con débiles fluorescentes, se hallaba guardado por unos soldados que apenas habían dejado atrás la adolescencia, apoyados lánguidamente contra las paredes con los rifles de asalto colgando del hombro. Esperé junto a un grupo religioso de Michigan, media docena de familias con prístinas zapatillas de deporte blancas que bromeaban cordialmente como si siguieran en Estados Unidos, esperando su turno en una apacible oficina de la dirección general de tráfico. En aquel momento, ese sentido de inviolabilidad tan estadounidense me resultó reconfortante.

Yo era consciente de que los nervios que sentía eran los de muchos emigrantes soviéticos que regresan a la madre patria: el temor de que las puertas no se vuelvan a abrir una vez llegue el momento de irse. Las caras opacas, vagamente familiares, de los inspectores de aduanas —caras profesionalmente inmunes a la interpretación— me decían que las libertades que la mañana previa yo no me cuestionaba ahora eran concedidas y revocadas de acuerdo al capricho de aquellos hombres, y de otros hombres con otros uniformes. Con mis Levi's y mi cazadora, yo me confundía con el grupo religioso, pero era un refugiado que volvía, categoría de viajero a la que los inspectores de aduanas miraban con suspicacia y seguramente envidia. Fui cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro y me esforcé por captar fragmentos de conversaciones. Cuando llegó mi turno, me acerqué a la ventanilla y deslicé mi pasaporte bajo el cristal. El inspector, de unos cincuenta años y con un peinado que intentaba disimular la calvicie, no levantó la mirada. Cuando leyó: «Lugar de nacimiento: Rusia», las comisuras de su boca se ensancharon en un asomo de sonrisa. Selló el pasaporte, me lo deslizó de vuelta y, levantando la vista por fin, dijo: «Bienvenido a casa, señor Halberstadt».

Esa tarde, mi padre y yo nos sentamos a fumar en su cocina. Yo había dejado los cigarrillos en la universidad, pero acepté uno de sus Winston y miré cómo el humo se elevaba hacia el techo, donde se acumulaba formando un nubarrón tormentoso. Mi padre fumaba desde los dieciséis. Se había vuelto a casar y tenía una hija en edad universitaria. Nunca se había repuesto del todo del infarto que sufrió casi quince años antes. «¿Por qué no dejas de fumar?», le pinché. Dijo que lo dejaría «cuando las cosas fueran más fáciles» y que «le volvían loco los cigarrillos». Los dos sabíamos que las cosas no iban a ser más fáciles y qué él no iba a volverse menos loco, así que por solidaridad encendí un cigarrillo.

A mi padre le gustaba una marca de vodka llamada Pedro el Grande, y mi primer día en Moscú bebí lo bastante como para que también a mí me empezara a gustar. Mi padre y yo no nos veíamos desde hacía siete años. Me preguntaba si lo reconocería, pensando en

el modo cómo algunos hombres al final de la cincuentena pasan a parecer ancianos casi de un día para otro. Pero estaba tal y como yo lo recordaba, aún atractivo y sorprendentemente en forma, solo que con las sienes más grises y las arrugas alrededor de los ojos más marcadas.

Nos pasamos casi todo el día hablando en la cocina, pero nuestras voces me sonaban vacilantes y demasiado formales. Desde que me fui de Rusia, habíamos hablado de vez en cuando a través de una entrecortada línea de teléfono y nos habíamos visto en contadas ocasiones; en total, habríamos pasado tres o cuatro semanas juntos a lo largo de dos décadas y media. A diferencia de la mayoría de los padres e hijos que conocía, nuestra relación no se había asentado en la familiaridad. Éramos dos desconocidos a los que les unía un parentesco directo.

Para mi frustración, una vez más, volví a quedarme callado y extrañamente pasivo en presencia de mi padre; una circunstancia que empeoraba por mi escasez de palabras rusas para describir emociones adultas. Bueno, no se trataba de escasez de palabras exactamente. Lo que me faltaba era la capacidad de juntarlas de acuerdo a los diferentes registros de una conversación adulta: ironía, duda, ternura, reserva. Por lo tanto, en presencia de mi padre hablaba menos de lo que habría sido habitual en otra situación, y me avergonzaba de mi silencio, que no solo me hacía sentir mudo sino imbécil.

Me preguntó, como hacía siempre, si había visto alguna película últimamente. A mi padre le gustaban tanto las antiguas que había hecho de ellas su medio de vida: doblaba al ruso películas clásicas, tanto de Hollywood como europeas, y vendía los VHS y DVD no del todo legales en una tienda de uno de los nuevos centros comerciales de los alrededores de Moscú. A veces recibía encargos —de magnates de la chatarra o de abogados de las compañías gasísticas— para reunir colecciones de películas que almacenaba en carpetas de anillas con títulos como «Nouvelle vague» o «La primera etapa de Hitchcock». Antaño había sido una suerte de académico, pero ahora era empresario, miembro de la clase media que floreció tras la perestroika. Ambos compartíamos la afición por las películas antiguas, sobre todo por las estadounidenses, así que después de unos cuantos vasos de vodka empezó a recitar diálogos de películas con un acento hilarante —«¡Eh, tranquilo, amigo!»—,[3] y me habló de *Melodías de Broadway*, un musical de la MGM de 1953 con una escena de baile que le chiflaba, rodada en un escenario que recordaba vagamente a Central Park. Viéndola podías asegurar, dijo mi padre, que Cyd Charisse y Fred Astaire estaban enamorados, y entonces la expresión de sus ojos se animó y pareció transformarse en una persona mucho más joven, la misma que yo recordaba de cuando era niño. Siempre me había gustado lo dado que era a la risa. En cuanto se rio, toda la

rigidez y la anómala formalidad de antes cedieron paso a algo cercano al júbilo —a la vez extraño y de una esencialidad infantil—, y yo vi que él también se dio cuenta. Pero unos momentos después, irrumpió de nuevo la inseguridad, y la euforia desapareció como por ensalmo.

Cuando le pregunté por Vasili, mi padre se tornó evasivo y triste. Me quedé callado hasta que recordé que había ido a Moscú precisamente para saber más de ellos dos. «No hay mucho que contar», me dijo, apartando la mirada. «Es todo demasiado aburrido.» Pese a mi torpeza con el ruso, supe que lo tenía pillado, entre la espada y la mesa barata de su cocina. Respondió a mis preguntas con gestos de incomodidad. Apartaba todo el rato la mirada tratando de cambiar de tema, pero yo le dije que para mí era importante, que necesitaba saber más. Hizo una mueca y encendió otro cigarro con la colilla del anterior. Fumó un rato en silencio. Se le notaba molesto. Cuando por fin habló fue como si una pesada puerta hubiera cedido.

El primer recuerdo que mi padre tenía del suyo era verlo contar dinero. Por aquel entonces vivían en un piso comunitario construido antes de la revolución, cerca del hotel Metropol a pocos pasos de la Plaza Roja, junto con familias de otros oficiales de la seguridad del Estado. Vasili juntaba los billetes en montones ordenados y los depositaba cuidadosamente en una caja de zapatos que guardaba en la balda más alta de un armario, junto con su pistola. Mi abuelo nunca llegó a saber cómo gastar su extravagante salario de mayor, así que despilfarraba mucho dinero en ropa, para la que tenía buen gusto; encargaba camisas con monograma y trajes de gabardina por docenas a los sastres del Kremlin. Mi abuela Tamara diseñaba ropa de mujer para un taller que proveía a las mejores boutiques de la ciudad. Cuando salían, eran como una de aquellas parejas elegantes y modernas que aparecían en las páginas de *Harper's Bazaar*, revista que Tamara conseguía a través de un colega de Vasili que vivía unos pisos más arriba y cuyo trabajo consistía en inspeccionar el correo extranjero. Era 1949 y mi padre tendría tres o cuatro años.

Pensé que los recuerdos de mi padre eran muy poco habituales para alguien que había crecido en Moscú a finales de la década de los cuarenta del siglo XX. El noventa por ciento de los pisos de Moscú no tenían calefacción, y casi la mitad carecía de cañerías y agua corriente; en invierno, la gente que iba a por agua llevaba un hacha además de los cubos, para romper el hielo alrededor de las fuentes públicas; la leña traída del campo se apilaba en las esquinas de las calles, formando montones que en ocasiones eran más altos que los propios edificios; había familias en que los hermanos iban al colegio en días alternos porque compartían un único par de zapatos.

Pero la élite del Kremlin nunca se preció de ser igualitaria. La guerra había terminado. Vasili y Tamara solían salir a bailar e iban de

vacaciones al mar Negro. En casa, recordaba mi padre, cada superficie estaba cubierta de jarrones de cristal tallado repletos de claveles rojos y blancos. Era habitual que cenasen caviar y esturión ahumado, que recibían como parte de las raciones asignadas a Vasili. En Nochevieja —la Navidad secular soviética— Tamara sacaba cuencos de porcelana llenos de granadas y naranjas y decoraba el árbol con espumillón y campanitas de cristal, con los regalos y a veces una piña colocados bajo las ramas bajas. Mi padre rompía el papel de regalo tras la cena del día 31, y cuando lo mandaban a la cama, los vecinos se reunían alrededor de la radio que había en el pasillo y esperaban la llegada de la medianoche, brindando por el Año Nuevo con un vino espumoso etiquetado como «champán sovietico». Moscú emergía del fango de la guerra. Por la ciudad empezaron a levantarse unas torres casi idénticas, conocidas como las Siete Hermanas, cuya forma escalonada recordaba a la típica tarta de boda. La mayor parte de la mano de obra eran prisioneros de guerra alemanes. El más suntuoso de todos esos edificios era el rascacielos que albergaba la Universidad Estatal de Moscú, en lo más alto de la colina de Lenin.

La familia vivía en una sola habitación: Vasili, Tamara, mi padre y su hermanastra, Inna, hija del primer matrimonio de Vasili. Igual que sucedía en muchas habitaciones similares en los pisos comunitarios de Moscú, una cortina separaba la cama de Vasili y de Tamara de la cama de los niños; el baño y la cocina los compartían con otras familias. No había mucha intimidad, pero el apartamento era más grande y estaba mejor amueblado que la mayoría. Los cuatro pasaban muchas horas juntos en aquel rectángulo de parqué, pero mi padre solo recordaba unas pocas conversaciones con Vasili. Tanto si se hallaba destacado en el extranjero como en los periodos en que trabajaba menos de una hora al día en la «dacha más cercana» de Stalin, en Kúntsevo, solía pasarse periodos de semanas e incluso meses fuera de casa. Mi padre no recordaba cómo ni cuándo supo cuál era el trabajo de Vasili; creía haberlo sabido, de algún modo, desde siempre, pese a que Vasili casi nunca decía nada al respecto.

Foto familiar

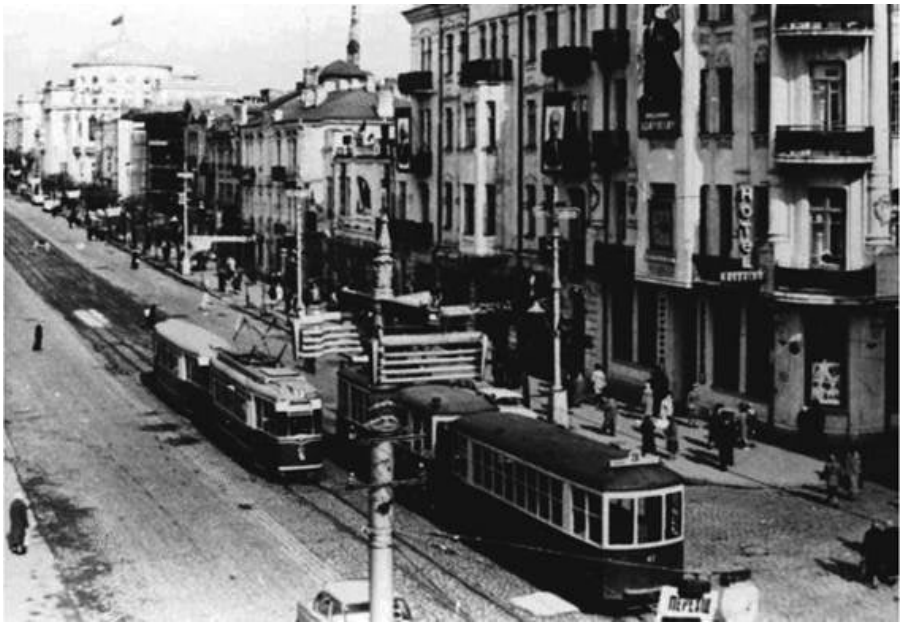
Pero una noche, después de cenar, Vasili les habló de un curioso altercado. Ese mismo día, había estado montando guardia en el vestíbulo del Presídium del Sóviet Supremo cuando el mariscal Zhúkov —alguien ampliamente reconocido por haber desequilibrado la balanza de la guerra a favor de la Unión Soviética y por haber impedido que Hitler llegara a Moscú— se le había acercado caminando con la cabeza gacha. Hoy en día, una estatua ecuestre de Zhúkov se alza ante el Museo Estatal de Historia de Rusia, justo al lado de la Plaza Roja. Pero Zhúkov no era miembro del Presídium y no tenía permitido el acceso al recinto, y Vasili le cerró el paso. Por un instante, ostentó un rango superior al del más alto comandante militar de la nación. «Le puse la mano derecha en el pecho y dije: "¡Camarada Zhúkov, no puede usted pasar de aquí!"», contó Vasili, sentado a la mesa con una sonrisa, para delicia de mi padre. «Tenía el pecho completamente cubierto de medallas.»

En general, mi padre apenas alcanzaba a atisbar a Vasili muy temprano por la mañana cuando, aún en duermevela, le daba la impresión de que su padre iba flotando por el piso. Cuando estuvo destinado en Moscú y tenía un horario más o menos convencional, Vasili volvía a casa a media tarde, guardaba su arma en la caja de zapatos, se cambiaba el uniforme por un traje y otro par de zapatos, se colgaba una Leica al hombro (era un trofeo de guerra, y a él se le daba muy bien la fotografía) y salía a pasear; habitualmente no regresaba hasta mucho después de que oscureciera. Salvo cuando comentaba las calificaciones semanales de mi padre —y solo si eran malas—, rara vez hablaba con su hijo, y prefería dejar su cuidado en manos de

Tamara.

Vasili sí enseñó a mi padre a pelear. Estaba en casa una tarde cuando mi padre entró corriendo en la habitación, llorando porque un niño mayor que él, el hijo de otro oficial del NKVD, le había pegado en el parque. «La próxima vez que lo veas», le dijo Vasili, «coge un palo y golpéale tan fuerte como puedas en la espinilla.» Al día siguiente mi padre siguió al pie de la letra estas instrucciones. El niño, según me dijo, se fue del parque cojeando y aullando de dolor. No volvió a aparecer por allí en tres meses.

En marzo de 1953, Stalin yacía de cuerpo presente en el Salón de Columnas de la Casa de los Sindicatos. Multitudes dolientes atestaron Moscú; cientos murieron pisoteados en las calles. Unas semanas después, Vasili lo dispuso todo para que un chófer llevara a Tamara, mi padre y su hermanastra, junto con las pertenencias de la familia, a la estación de Kíevskaya, donde tomaron un tren nocturno. El traslado los pilló a todos por sorpresa; tuvieron menos de un día para hacer el equipaje. El tren viajó hacia el suroeste, a Vinnitsa, una ciudad ucraniana a orillas de un río fangoso, el Bug Meridional, cerca del pueblo donde Vasili había nacido. Si la ciudad era conocida por algo, era porque allí había vivido Nikolái Pirogov, que popularizó el uso del éter e inventó la cirugía de campaña (un servicio a la ciencia a cambio del cual sus restos yacen momificados en un ataúd de cristal en su antigua residencia). Para Vasili y Tamara, el traslado fue como pasar de la ciudad de Nueva York a Terre Haute, Indiana. Ocho años después de la guerra, cuadrillas de prisioneros seguían demoliendo edificios dañados por los bombardeos alemanes. Wehrwolf, el búnker más oriental de Hitler, aún continuaba en pie, escondido entre los pinares al norte de la ciudad. Las aceras seguían melladas por los impactos de la metralla. Las cartillas de racionamiento se mantenían en uso. Vasili alquiló un apartamento de una habitación cerca del centro de la ciudad, en el número 19 de la calle Voroshílov, bautizada así en honor del que fue comisario de defensa de Stalin, a quien él había tratado bastante.



Autor desconocido

Vinnitsa ofrecía pocas diversiones, así que cuando terminaban las clases, mi padre, que ya era solitario a los ocho años, se dedicaba a caminar entre edificios bombardeados y jóvenes abedules hasta el cine. El deshielo de la época de Jrushchov se hallaba en sus inicios, y por primera vez se proyectaban películas de Hollywood. Mi padre vio *Tú serás mi marido*, protagonizada por Glenn Miller y su banda de swing, nueve veces. Una vez me dijo que recordaba casi toda la banda sonora nota a nota. En una ocasión, años después, cuando escuchó «Moonlight Serenade» de Miller en la radio de onda corta de un amigo, mi padre rompió a llorar.

Sus calificaciones eran pésimas. Detestaba el álgebra, pero no tanto como las asambleas matutinas, con sus juramentos al partido y sus excursiones al campo para recoger flores que luego depositaban ante la estatua de Lenin. Para mi padre, se trataba de una forma odiosa de control ideológico. En las últimas filas de su clase, trabó amistad con otros renegados y cínicos como él, a los que le unía su obsesión por las películas estadounidenses, el jazz y el rock and roll. Uno de aquellos chavales tenía acceso al magnetófono de su padre. Funcionaba con discos de laca, sacados de la circulación durante la guerra, seguramente para fundirlos y fabricar munición con ellos. Las radiografías descartadas que mi padre y sus amigos rescataban de los cubos de basura del hospital resultaron ser sustitutas aceptables. Cuando tenía doce años, mi padre llevó a casa «Rock Around the Clock» de Bill Haley, grabado en la radiografía de un pulmón. Esa

misma tarde, él y dos amigos se dedicaron a poner la canción una y otra vez en el tocadiscos de Vasili mientras bailaban con sus botas de fieltro embarradas sobre la mesa barnizada del comedor. Cuando llegó Vasili, los niños salieron huyendo. Sus compañeros de clase, decía mi padre, le tenían pavor. Vasili azotó a mi padre con el cinturón hasta que este, derrumbado en el linóleo de la cocina, le suplicó entre lágrimas que parara.

Esa paliza no fue la primera, pero sí la peor hasta el momento. Después, los cuatro —Vasili, Tamara, mi padre y su hermanastra— cenaron en silencio. Para cuando mi padre cumplió quince años, el adoctrinamiento que recibía en el colegio lo había convertido en un anticomunista convencido. Sabía que el trabajo de Vasili en el «Departamento de Recursos Humanos» de una fábrica de la ciudad era solo el eufemismo con que se designaba a los agentes del KGB que había en todas las grandes empresas soviéticas. Saberlo solo aumentaba el odio que sentía hacia él. La fábrica en cuestión se llamaba Mecanismos Privor, y nadie en la familia recordaba qué producía exactamente.

Tamara era una moscovita de nacimiento que nunca llegó a disfrutar de la vida en aquella ciudad tan pequeña y provinciana. Expresaba la irritación que le despertaba el lugar adoptando un aire de divertida altanería e ignorando todas y cada una de las invitaciones de los vecinos. Cuando mi padre tenía alrededor de trece años, Tamara inició una aventura con un taxista. Una mañana, incluso llegó a presentárselo a su hijo. Mi padre veía a su glamurosa y vanidosa madre como una cómplice de conspiración, como una igual; no pensó que hubiera nada de extraño en conocer a su nuevo amante en una esquina cerca de la casa donde vivían. Poco a poco, madre e hijo se fueron aliando contra Vasili. Cuando Tamara y mi padre salían a pasear por el parque Gorki o cuando iban a la fábrica de telas a por un patrón de estambre o un rollo de algodón para que ella le hiciera una camisa, no se lo decían a Vasili. En casa, cuchicheaban y se contaban secretos mientras él dormía.

Más adelante, pocos meses después de que mi padre cumpliera quince años, Tamara le dijo que le iba a pedir el divorcio a Vasili y que planeaba volverse a Moscú —eso sí, ella sola—. Él se quedaría en Vinnitsa hasta que terminara el colegio, para lo cual le faltaban aún dos años. Mi padre se sintió traicionado pero ¿qué podía hacer? Después de que Tamara se marchara, mi padre y Vasili pasaron a verse incluso menos que antes, y casi siempre durante las comidas. Ninguno sabía cocinar ni el plato más sencillo, así que solían cenar juntos en una cafetería cercana. Después de cenar, Vasili desaparecía en sus paseos nocturnos y mi padre se iba al cine; en el verano de 1962, proyectaron *Los siete magníficos* durante tres meses seguidos en

Vinnitsa, y mi padre decía haber asistido a casi todos los pases. Después, en su habitación, escuchaba a Willis Conover en las emisiones en onda corta de La Voz de América. En su cabeza, él ya estaba muy lejos de allí.

Incluso antes de ver los resultados de sus exámenes de acceso a la universidad colgados en un tablón de anuncios, mi padre ya sabía que no serían lo bastante buenos como para garantizarle una prórroga del servicio militar. Vasili, por su parte, se alegraba de que por fin se le acabara el chollo; el Ejército lo había dotado a él de disciplina y determinación, y ahora haría lo mismo con su hijo, un perezoso ratón de biblioteca. Mi padre, que se sentía encerrado en aquella ciudad de provincias, se resignó a pasar los siguientes tres años sometido a otra forma de prisión. Era perfectamente consciente de que un adolescente flacucho y de ciudad como él sería la presa perfecta en el ejército para todos los hijos de granjeros colectivistas y de mineros de carbón que le tocarían de compañeros de promoción, así que dedicó sus últimas semanas en Vinnitsa a entrenar al fútbol.

En la base militar bielorrusa donde lo destinaron, cerca de Minsk, su nuevo tormento fue un teniente ucraniano decidido a arrancarle aquellos aires suyos de intelectual. Durante los ocho meses siguientes, obligó a mi padre a trotar durante horas alrededor de un almacén de pertrechos cargado con un hervidor que pesaba doce kilos. Una mañana, después de un turno de doce horas seguidas pelando patatas detrás del comedor, volvió a los barracones y se encontró al teniente desvalijándole la taquilla. Los demás soldados permanecían firmes ante él mientras el oficial examinaba las fotos de Duke Ellington y Stan Kenton que mi padre había ido recortando de *Down Beat* y de otras revistas estadounidenses que Tamara le enviaba por correo. El teniente procedió a hacerlas pedazos, diciendo a los hombres que las «influencias cosmopolitas» eran veneno para el estado mental y la disposición para la batalla de un soldado soviético.

Mi padre informaba de estos sucesos en las mustias cartas semanales que escribía a Tamara, a quien entre tanto se le ocurrió un plan. Resultaba que la mujer de un coronel de la base anhelaba una nevera y un juego de botones de carey. Así que un domingo, el por entonces novio de Tamara, Mijaíl Mijáilovich —un hombre dinámico, menudo, con calvicie incipiente y sonrisa perpetua, que regentaba un almacén de frutas y verduras a las afueras de Moscú— aparcó delante de los barracones de mi padre una furgoneta en cuyo techo, sujeta mediante correas, llevaba una nevera prácticamente nueva. Unos días después, mi padre recibió el traslado a un silo de misiles balísticos intercontinentales que quedaba a menos de una hora de Moscú. Su trabajo, a partir de entonces, consistió en cazar las ratas que roían los valiosos cables de los misiles, algunos de ellos de platino. Sus únicas

herramientas eran una caja de trampas para ratones y una palanca. Lo dejaban durante semanas sin supervisión y se pasaba las tardes ganduleando en una hamaca, tomando sorbos de un flojo café soluble y leyendo *Adiós a las armas*.

Foto familiar

Volvió a Vinnitsa al cabo de tres años, vestido con su uniforme de

faena y con la cabeza aún rapada. Vasili se alegró de verlo; tenía buenas noticias que darle. Después de meses de escribir cartas y de camelarse al personal, había conseguido que admitieran a mi padre en el Instituto Militar de Lenguas Extranjeras, que era donde solían mandar a estudiar a los hijos de oficiales del KGB y de los diplomáticos de carrera. Sacarse el título de ese instituto te aseguraba un buen sueldo e incluso la oportunidad de viajar fuera del país. Mi padre escuchó a Vasili y cuando este terminó, le dijo que había perdido el tiempo. Le anunció que se volvía a Moscú, metió unas mudas de ropa en la maleta, le estrechó la mano a su padre y se marchó.

A la mañana siguiente, Tamara lo estaba esperando en la estación de Kíevskaya en Moscú. Tenía nuevos planes para él. Mijaíl Mijáilovich le había conseguido un trabajo como conductor de un camión de reparto en su almacén, lo que significaba que mi padre era ahora, legalmente, un proletario, distinción que lo colocaba en una posición ventajosa para ser admitido en el Departamento de Filosofía de la Universidad Estatal de la ciudad. Dedicó las noches previas a la entrevista de admisión a estudiarse de memoria los libros de anticuario de su madre y a leer obras de historiadores prerrevolucionarios como Soloviev y Kostomárov. Cuando acabó la entrevista, el director del comité de admisiones señaló que nunca había conocido a un camionero tan culto.

Mi padre ingresó en la universidad, situada en la famosa colina de Lenin, en 1968. «Conocí a tu madre un año después», me dijo. «El resto de la historia ya la sabes.» Seguíamos sentados en su cocina; casi había anochecido. Parecía demacrado bajo la cetrina luz de la lámpara. Le pregunté cuándo había visto a Vasili por última vez. «Pocos años antes de que tú y tu madre os marcharais», dijo. Fue en Vinnitsa. Él y Vasili se pasaron dos días metidos en el viejo apartamento de su juventud, discutiendo y enfurruñados. Vasili le echó en cara no haber sido invitado a la boda de su propio hijo, y haber visto a su nieto nada más que una vez. Mi padre, por su parte, le dijo que hacía más de un año que no recibía una carta suya. Estaba convencido de que Vasili lo evitaba porque su mujer —mi madre— era judía, algo que podía ser perjudicial para su carrera en el KGB. Se gritaron uno al otro durante horas y luego mi padre se marchó a la estación de tren. «Siempre he sabido quién es mi madre», le espetó a Vasili antes de irse, «pero no estoy tan seguro de que tú seas mi padre.» Supongo que fue lo más hiriente que se le pasó por la cabeza.

Mi padre fumaba un cigarrillo tras otro mientras yo tomaba notas en una libreta. Unos meses antes había accedido a acompañarme a la ciudad ahora conocida como Vinnytsia para visitar a mi abuelo. Pero a medida que la fecha se acercaba, se iba tornando más y más evasivo.

Las fechas, dijo, no eran las más indicadas; alguien había organizado una excursión de pesca, y su mujer, Irina, estaba teniendo dolores de estómago. Mi padre tenía cierta tendencia a hacer pasar las promesas rotas por algo inevitable. Yo había pasado los meses anteriores imaginándonos a los dos recorriendo la ciudad donde él había pasado su infancia, así que cuando, pocas semanas antes de mi vuelo a Moscú, me dijo que no iba a ir aduciendo razones «en realidad demasiado numerosas como para tener que discutirlas», recuerdo que le colgué el teléfono de golpe y me pasé los siguientes días furioso.

Sentado en su cocina, sentí cómo me volvía el enfado mientras lo miraba desde el otro lado de la mesa. Envalentonado por mi papel de interrogador e intentando que mi ruso sonara autoritario, exigí saber la verdadera razón por la que no pensaba acompañarme.

Mi padre encendió un Winston y ladeó la cabeza como si estuviera debatiendo consigo mismo. Luego soltó el humo por la nariz. Su silueta se confundió con la pared del fondo. «Una noche volví a casa con las notas de la semana, todo suspensos», dijo mirando un punto situado a mi espalda, hacia donde se juntaban la pared y el techo. «Tenía doce años. Mi padre se quitó el cinturón, me tiró al suelo de la habitación y empezó a azotarme. Por algún motivo, esa noche no parecía dispuesto a parar, así que escapé y me lancé escaleras abajo hasta un callejón que había detrás del edificio. Él corrió detrás de mí y me agarró por el cuello de la camisa. Hacía una noche bastante agradable, y todo el mundo estaba en la calle, había un montón de gente sentada en los bancos. Cuando me alcanzó, me tiró en medio de la acera y siguió con la paliza, pero esta vez delante de los vecinos.» Dio otra calada al cigarro e inclinó la silla hacia atrás. «Sé que hago mal, pero créeme, no puedo volver a verlo.» Apagó el Winston en un cenicero y se puso en pie. «Allí hace bastante frío en invierno», dijo antes de salir de la cocina. «Llévale un jersey.»

Miré por la ventana a través del nimbo de humo de la cocina. Los grajos habían abandonado ya hacía un rato los plátanos. Un edificio de viviendas de siete pisos, uno de esos bloques de hormigón del color de la nieve sucia, se alzaba al otro lado de un descampado donde la hierba solo crecía a manchas. Era idéntico al edificio donde me encontraba en aquel momento, e idéntico a la ristra de edificios que había detrás, perdiéndose en la distancia como una fila de fichas de dominó. Cientos de edificios similares se construyeron a finales de la década de los sesenta y de los setenta por toda la periferia de la ciudad. Resultaba que el edificio que yo estaba mirando era el mismo en que nosotros tres habíamos vivido antes de que mi madre y yo partiéramos hacia Estados Unidos y mi padre se volviera a casar y se mudara a ese apartamento, justo al otro lado del descampado, con su segunda mujer. Durante años tras mi marcha, visualicé en mi mente

aquel edificio que nada tenía de particular, intentando reconstruir sus rasgos de memoria. Ahora, meridianamente real ante mis ojos, emanaba tan solo una fealdad prosaica.

Los veranos que viví allí, mi amigo Volodya y yo encendíamos hogueras en aquel descampado, y en invierno, cuando la nieve acumulada alcanzaba una altura superior a la de una persona, cavábamos túneles por debajo de la superficie congelada. Pero ahora había allí algo que yo no recordaba, algo nuevo. Unas cuantas mujeres con caftán y abrigo ancho, la mayoría ancianas, esperaban en fila sosteniendo jarras de plástico vacías y hervidores. A lo largo del día había visto a más de ellas. Las mujeres se acercaban por turnos a una cañería oxidada terminada en espita que asomaba del suelo; llenaban allí sus recipientes porque el agua tenía fama de ser medicinal y seguramente hasta sagrada, pues brotaba de una fuente descubierta por un zahorí de renombre. Un arzobispo metropolitano, con sus vestiduras y todo, había venido a bendecir el lugar, me dijo mi padre. Habitantes de una ciudad europea de once millones de habitantes, las mujeres esperaban su turno, alumbradas por los brillos violáceos que arropaban los bloques de viviendas.

Apagué el cigarrillo y fui a despedirme de mi padre. Estaba en el estudio, dormitando en el sofá cama, con el mando del televisor en la mano. Una columna de grabadoras de vídeo y una fila de monitores, uno de ellos encendido, ocupaban las estanterías. Reconocí la película del Oeste que había puesta y me senté junto a él. Al resplandor azulado de la pantalla, la cara de mi padre parecía plácida por primera vez; sobre un escritorio, en una fotografía enmarcada, aparecía él en barca en algún punto del Volga, sonriendo y sujetando un enorme y reluciente pez. En el monitor, Jimmy Stewart fregaba los platos luciendo un delantal. «Aquí los hombres resuelven sus problemas por sí mismos», dijo alguien. Más adelante, Stewart se tambaleaba delante de una taberna con una mueca de dolor, sujetándose el brazo ensangrentado donde le había disparado Lee Marvin. Con su chaleco negro de forajido y su sombrero, Marvin alzó de nuevo la pistola y soltó una risotada. «Está bien», dijo lo bastante alto como para que todos en la calle lo oyeran, «esta vez, directamente entre los ojos.»

En la calle de cuatro carriles junto a la parada de metro de Konkovo, detuve un Lada color guacamole. Casi todos los coches particulares hacen las veces de taxis en Moscú; es la forma más común de trabajo a tiempo parcial. Charlé un poco con el conductor, un programador informático de treinta y tantos años que se llamaba Maksim. «¿De dónde eres?», me preguntó. «Del oeste de aquí», dije. Tenía la radio a un volumen muy alto. Una voz femenina cantaba una

canción sobre océanos profundos y sobre el suspiro del viento, acompañada de una caja de ritmos que sonaba a granos de arroz crudo cayendo sobre papel de aluminio. Durante media hora, las luces largas del Lada barrieron hileras de quioscos y el perfil de torres de viviendas, todas idénticas y fantasmagóricas, a lo largo de la calle Profsoyuznaya. Hubo nada más que una interrupción: un cartel publicitario que mostraba una psicodélica pradera alpina con la palabra inglesa «amor» sobreimpuesta.

Maksim me dejó cerca de la estación de tren de Kíevskaya, cerca de la verja de cuatro metros que rodea al hotel Radisson SAS Slavyanskaya. Le di dos billetes de cien rublos y crucé dos controles de seguridad antes de acceder al vestíbulo de vidrio esmerilado. Iba a pagar el viaje escribiendo sobre él para una revista, y la agencia de viajes que habían contratado en Nueva York me había reservado una habitación allí. Deambulé por el vestíbulo, desfilando ante guardas de seguridad con pinganillo vestidos de negro que me siguieron con la mirada cuando pasé. En el bar, hombres con trajes más caros acariciaban cigarros y copas de whisky de malta o hablaban por teléfono a voces. Unas cuantas chicas jóvenes con vestido de cóctel rondaban a su alrededor. Una anodina música electrónica apenas perceptible hacía las veces de banda sonora; como sucedía en todo Moscú, el propósito era crear una impresión de lujo occidental. Comenzó a caer una suave lluvia al otro lado de las puertas correderas de cristal, donde chóferes y guardaespaldas fumaban junto a sedanes negros con cortinas en las ventanillas traseras.

Tenía algo de *jet lag* y no estaba seguro de qué hora era, así que entré en una boutique donde un dependiente de unos veinte años estaba depositando gemelos dentro de una caja de cristal. Era tan atractivo como un modelo y vestía pantalones ajustados y una corbata del color de la carne de venado poco hecha. En el escaparate había un maletín de piel de cocodrilo con cierres de oro; según la etiqueta, costaba 640 000 rublos (unos 22 000 dólares). «Esos se venden bastante», dijo el dependiente. «La mayoría de la gente los compra como regalo.» El chófer de alguien entró en la tienda y, tras una breve conversación, el dependiente le entregó unas cuantas bolsas con prendas de ropa; las bolsas llevaban el rótulo BRIONI. «Trae de vuelta lo que él no quiera», le dijo al chófer.

Además de rusos, en el Radisson había alojados muchos estadounidenses y canadienses, una sorprendente cantidad de los cuales se hallaba cumpliendo los últimos trámites del proceso de adopción de un bebé. En 2004, además del caviar, el petróleo y el gas natural, los bebés eran una de las escasas exportaciones del país. En un restaurante llamado Balanchine, una especie de cueva artificial alumbrada por candelabros y decorada con cuadros al óleo y cortinas

de color bronce, una mujer con una camiseta de los Atlanta Falcons paseaba junto a una niñita de ojos brillantes ante la mesa del bufé, estudiando el salmón ahumado y los huevos picantes. «Come todo lo que quieras, cariño», le decía con un mantecoso acento de Georgia. «Mañana mami te llevará a casa.»

Aunque el recepcionista me lo desaconsejó, porque ya eran pasadas las once, decidí salir a dar un paseo. La estación de Kíevskaya, con sus bonitas cúpulas, estaba de lo más concurrida e iluminada. La dejé atrás y me encaminé a una pequeña plaza llena de camiones y furgones aparcados. Allí, un hombre sentado en el asfalto estaba comiendo con las manos algo enlatado; al pasar junto a él, vi que era una lata de comida para perros. Cerca, un agente de policía mantenía una conversación —claramente amigable y en voz baja— con una chica que llevaba tacones de plástico y un top de lentejuelas. Las lentejuelas centelleaban en la oscuridad.

Pasé ante ellos camino de un mercadillo de quioscos, la mayoría cerrados a esas horas de la noche. Dos marineros mataban el rato delante de uno de los pocos puestos que estaban abiertos, que vendía una bebida de pan fermentado llamada *kvass*. Pedí un vaso y me lo bebí junto a los marineros, que estaban borrachos y de buen humor. En una radio sonaba «It's Raining Men». El pelirrojo me pasó un brazo por los hombros y me enseñó su móvil nuevo. Los marineros estuvieron de acuerdo en que el móvil era *krutoi*, «lo más». Dije que a mí también me lo parecía. Se rieron, no supe si conmigo o de mí, pero también me reí. Por alguna razón, saqué mi móvil y se lo enseñé al pelirrojo. Cuando me lo devolvió, marqué el número de mi casa. Escuché la voz de mi novio en el contestador.

«Ya estoy aquí», dije. «Te echo de menos. Va todo bien.»

Mi abuela Tamara estaba a un mes de los ochenta. Pasaba el rato en su sofá de terciopelo con una bata gastada, también de terciopelo, y un par de bifocales en la punta de la nariz. Hacía siete años que no la veía y, para mi consternación, la mujer imperiosa a la que yo recordaba siempre de punta en blanco estaba ahora desaliñada y vieja, hablaba de forma vaga y tenía la mirada acuosa y distraída. Intenté sonreír. «Por favor, haz memoria», supliqué.

Se acercó una fotografía a la cara e hizo una mueca. Llevábamos toda la tarde mirando fotos de los años cuarenta y cincuenta, la mayoría tomadas con la Leica de Vasili. Gran parte eran retratos de Tamara posando con sombreros emplumados y cuellos de piel, como salida de un libro de Fitzgerald: exótica, delgada y sin nada que recordara a la desolación de la ciudad en tiempos de guerra.

Foto familiar

En los años setenta, ya estaba rellenita y había empezado a teñirse el pelo de un rubio lustroso, pero conservaba el porte de una mujer hermosa, habituada a recibir halagos, atenciones y todo lo que quisiera. Tenía una belleza majestuosa, eso que algunos llaman «presencia», y una solemnidad respaldada por el considerable estatus que ostentaba. Trabajaba cerca del mercado Danilovsky, en la Casa de la Moda, uno de los talleres más cotizados de Moscú, donde diseñaba vestidos a medida, tanto de calle como de noche, para varias docenas de las mujeres más prominentes de la ciudad. Le pagaban sobre todo con regalos procedentes del extranjero; en Moscú, eso era más valioso que el dinero. Durante la retransmisión de mítines del partido y de programas de televisión, disfrutaba viendo a sus clientas vestidas con sus creaciones. Señalaba la pantalla con una uña pintada de color rojo sangre y anunciaba: «Nadezhda Ivanova, de organdí azul. Mío». Tamara cuidaba su apariencia como correspondía a su reputación. Hasta cuando iba solo a por una hogaza de pan, nunca salía de casa con nada más sencillo que un chal de seda azul marino con topos, zapatos de salón de charol, sombra de ojos color zafiro y un turbante de visón. En la mano izquierda llevaba una amatista del tamaño de una avellana con la que yo siempre me quedaba hipnotizado cuando era pequeño.

El invierno previo a mi visita, el tercer marido de Tamara, un cascarrabias ingeniero judío llamado Isaac Zinovitch, murió de cáncer de estómago dejando unos cuantos trajes y un cajón lleno de botes

vacíos de cartílago de tiburón que su hijo le enviaba de Canadá. Tras el funeral, Mijaíl Mijáilovich —el segundo marido de Tamara y su favorito— la visitó para prestarle consuelo y acabó mudándose con ella. También él falleció, cinco meses después, y desde entonces Tamara vivía sola en un piso de tres habitaciones. Extraviaba las llaves a diario. Se le olvidaban los nombres de sus amigos y se quejaba a mi padre de que por la noche entraban ladrones en su habitación o de que la llamaba por teléfono una tía fallecida hacía mucho. Tales delirios llegaron de forma imperceptible, sin perjuicio de su buen humor.

Mientras yo esperaba sentado junto a ella, Tamara le fue dando la vuelta a las fotos esperando encontrar en el dorso alguna inscripción que la ayudara a recordar aquellas caras. Le pregunté por qué no había guardado fotos de Vasili. Me lanzó una mirada fría por encima de las gafas y se ciñó la bata raída. «Solo se necesitaba a sí mismo», dijo con un asomo de su antigua vehemencia. «Por eso dejé de quererlo.»

Se conocieron en 1943, en una sala de baile ruidosa y llena de humo donde la banda tocaba temas de Benny Goodman y marchas soviéticas a ritmo de jazz. Tamara gozaba de una independencia asombrosa para sus diecinueve años: tenía un trabajo bien pagado diseñando ropa femenina para las boutiques de la ciudad y asistía a los bailes con faldas plisadas y sombreros de crepé de lana confeccionados por ella misma. Su impresionante atractivo no era necesariamente una ventaja en las salas de baile. Estaban atestadas de soldados y oficiales de bajo rango que partían hacia el frente; fumaban y bebían mucho y se peleaban en el callejón detrás del edificio. «Estábamos en guerra y nadie sabía si seguiría con vida el mes siguiente», explicó Tamara. «Así que si bailabas dos veces con el mismo chico, daba por hecho que iba a acostarse contigo.»

Me dijo que en aquella época estaba «asilvestrada». Su recia y severa madre, María Nikoláyevna, le racaneaba el afecto. Le contó que a su hermano lo habían secuestrado unos gitanos cuando ella tenía cuatro años. María Nikoláyevna también había sido hermosa, con cabellos castaños por la cintura y ojos color pizarra, tan hermosa como para casarse, en los años posteriores a la revolución, con el hijo de un profesor de Historia de la Universidad de Moscú, un hombre educado y miembro de una familia aristocrática. Murió en 1924, pocos meses antes del nacimiento de Tamara, tras sufrir varias crisis nerviosas. Acosado por fantasías paranoicas, se negaba a salir del piso, y poco antes de fallecer ingresó en un hospital psiquiátrico —el mismo donde mi madre trabajaría décadas después—. Esto es cuanto Tamara llegó a saber de su padre, además de su eufónico apellido polaco: Vysokovsky.

De joven, a Tamara le gustaba decir que el pasado no le servía de nada. Vivía en una habitación de veinticinco metros cuadrados con María Nikoláyevna y su segundo marido, un hombre taciturno y descontento que trabajaba vistiendo cadáveres en la morgue. Su hija, una chica alegre de ojos castaños llamada Lyusia, compartía cama con Tamara. A los quince años, ella empezó a trabajar setenta horas semanales como costurera y realizando patrones. Le agradaban las jornadas largas, y el trabajo le proporcionaba telas de buena calidad y una excusa para salir de casa, donde siempre acababa discutiendo con su padrastro.

Se fijó en Vasili por su porte esbelto y su mandíbula cuadrada, por las insignias de comandante en su uniforme y porque a sus treinta y dos años era mayor que el resto de hombres de la sala de baile. Tenía un aspecto, dijo Tamara, a la vez masculino y discreto; era uno de los pocos hombres que había conocido que se hallaba libre de fanfarronería. Tenía una forma de hablar suave y serena, pero lo que a ella más le impresionó fueron sus modales; no la besó hasta la tercera cita. Se casaron tres meses después. Cuando ya vivían juntos, Vasili trajo a casa a su hija de un matrimonio anterior, una chica tímida y un tanto siniestra llamada Inna, que nunca le tuvo cariño a su madrastra. Mi padre nació al cabo de dos años, en el primer invierno tras la guerra.

A Tamara le encantaba salir a pasear con Vasili los domingos por la mañana. Ambos eran exigentes y vanidosos en el vestir. Él llevaba su uniforme de gala y ella vestidos de alta costura, y cuando paseaban tomados del brazo por los bulevares del centro de la ciudad, les regocijaban las miradas de moscovitas más sencillos y grises. Aunque pasaba mucho tiempo fuera, Vasili enviaba dinero a menudo y volvía a casa con una maleta llena de regalos para ella y los niños. Era escrupuloso, rara vez bebía y nunca se quejaba por tener que barrer o fregar los platos. Vasili no hablaba de trabajo y Tamara sabía que era mejor no hacer preguntas. Cuando él estaba fuera, por la noche después de que los niños se durmieran, ella pasaba horas leyendo libros que compraba o tomaba prestados: Pushkin, Gógol, Turguénev, Strindberg, Shakespeare, Balzac. Pese a que nunca cursó estudios universitarios, aquellas noches descubrió una afición a los libros que no la abandonó nunca.

Su devoción por Vasili solo empezó a flaquear cuando la familia se trasladó a Vinnitsa. Allí, dijo Tamara, comenzó a verlo tal y como era. Por primera vez se fijó en la casi total ausencia de curiosidad de Vasili por el mundo, en su costumbre de sentarse en una silla y mirar al vacío durante horas, como observando algo que estuviera sucediendo a media distancia. Durante todos los años que convivió con él, solo lo vio leer un libro, *Miseria humana* de Émile Zola, una novela satírica

acerca de unos esforzados burgueses que vivían en París durante el Segundo Imperio. La tenía junto a la cama como un icono o una moneda de la suerte. Antes de dormir, hojeaba un par de páginas y volvía a dejar el libro en la mesilla de noche. Tamara nunca supo si llegó a terminarlo.

Cuando estaban solos, Vasili se mostraba distraído y apático; sus conversaciones menguaron hasta desaparecer. Prestaba poca atención a los niños, y Tamara sabía que era mejor no hablarle de política, que lo sumía en gélidos silencios. Cuando, de adolescente, mi padre declaraba sus opiniones anticomunistas a la hora de la cena, Tamara lo fulminaba con la mirada para que se callara.

Foto familiar

Más o menos un año antes de dejar Moscú, Tamara se enteró de que una gabardina de mujer diseñada por ella había ganado un premio internacional e iba a aparecer en un desfile en Milán. Por supuesto, a ella no se le permitía asistir, pero el galardón le ganó reconocimiento en su trabajo e incluso un aumento de sueldo. También la convenció de que el diseño de ropa no era un mero empleo sino una carrera. Pero al final fue a parar a Vinnitsa, donde acabó cosiendo vestidos de segunda fila para mujeres que no distinguían el rayón de la seda y que nunca verían una prenda occidental, ni siquiera en revistas. Detestaba Vinnitsa, y lo que la ligaba a la ciudad era el matrimonio con un hombre cada vez más distante.

La primera aventura comenzó casi por accidente. Vasili estaba pasando unos días fuera, y ella estaba aburrida y resentida. «Mi orgullo fue el culpable», me dijo Tamara. También fue su orgullo el que no le permitió disimular mejor su aventura. Cuando se cruzaba con vecinos en la escalera, los oía cuchichear. Aunque le llegaron los rumores, Vasili no dijo nada ni mostró cambios de humor. Rehusó enfrentarse a Tamara incluso cuando esta empezó a verse abiertamente con su amante, y a ella la enfurecía su indiferencia. Estaba vacío, dijo Tamara, y ese vacío llenaba el piso como un hedor.

Ella pasaba cada vez más tiempo con su madre en Moscú, y una noche de primavera, en un tren hacia el norte, conoció a un hombre bajo y calvo, gerente de un almacén de fruta y verdura. Era demasiado charlatán y prosaico, pero tenía una sonrisa encantadora y le gustaba reírse. Al igual que ella, estaba casado. Mijaíl Mijáilovich se le declaró justo antes de que el tren entrara en la estación de Kíevskaya en Moscú; después, envió cada día una docena de claveles al piso de la madre de Tamara hasta que esta accedió a casarse con él. Era 1960. Cuando Tamara regresó a Vinnitsa pidió el divorcio a Vasili, llenó dos maletas, le dio un beso de despedida a su hijo y tomó un taxi de vuelta a la estación. Contaba que cuando se lo dijo a Vasili, él no discutió ni le pidió que se lo pensara; tan solo fue a la cocina y se puso a hervir agua para el té.

«Ya nunca pienso en él», dijo Tamara, aferrando el reposabrazos del sofá, cansada por el esfuerzo de cribar los recuerdos. «Tenía un hueco donde debería haber tenido el corazón.» Hacía frío en la calle, y una corriente de aire mecía las cortinas, así que cerré la ventana aporreando el pestillo oxidado hasta conseguir que encajara en su sitio. De vuelta en el sofá, señalé una grisácea foto en color de mí con seis o siete años, cuando todavía tenía el pelo rizado, tocando un acordeón de juguete. Mi abuela se la acercó a los ojos y agachó un poco la barbilla para mirar por encima de las gafas de cerca. Un gesto de confusión cruzó su rostro como una ráfaga de aire recorre un prado.

—Mira, abuela, soy yo —dije.

—No —me reprendió, como si hubiera dicho una tontería—. Ese es mi nieto. Se fue a Nueva York. Tú me caes bien, pero él era mi favorito.

La víspera de partir hacia Vinnytsia, mi padre y yo fuimos en metro al centro de la ciudad. Siempre que iba a verlo me llevaba de paseo por el centro, para señalarme los mismos sitios y contarme las mismas historias. Aun así, a mí me gustaba oírlo hablar, cosa que él apenas hacía el resto del tiempo. El metro estaba atestado. Los pasajeros iban con los ojos cerrados o con la mirada clavada en el

suelo, callados como pacientes en una sala de espera.

Fuera hacía un día despejado y cálido de finales de otoño, y la ciudad irradiaba belleza y esperanza, como una novia el día de su boda. Hicimos nuestro recorrido habitual: pasamos el Teatro Bolshói, cuyos manzanos aún lucían unas últimas hojas; el acristalado Hotel Metropol y los altos ventanales del centro comercial GUM, orientados hacia el mármol bermejo del mausoleo de Lenin. Junto al Hotel Nacional está la Primera Universidad Médica Estatal, y nos detuvimos frente al edificio donde mis padres se habían conocido. Mi padre miró con recelo las ventanas, encendió un cigarrillo y se tapó las orejas con el gorro.

«Quiero enseñarte algo», dijo con timidez, y me guio por una serie de calles secundarias. Se detuvo en el Puente de Piedra y señaló algo a mi espalda. Me volví y me encontré mirando la catedral reconstruida de Cristo el Salvador. No estaba allí la última vez que yo había visitado Moscú siete años antes. Me quedé un rato contemplando la inverosímil enormidad blanca y dorada del templo; se alzaba sobre el río cual visitante de una solemne civilización alienígena. Mi padre quiso echar un vistazo al interior.

Yo había visto la catedral original en fotos antiguas y postales. Ninguna otra construcción dice tanto de un lugar: la particular estética rusa, la relación entre gobernantes y gobernados, su extrema y en ocasiones violentísima historia. El mastodóntico templo de la calle Volkhonka es un epítome del trágico pasado de la ciudad y su predilección por los gestos descomunales y escatológicos, combinación que otorga a Moscú esa escala inusual, pesada, y esa belleza peculiar y grandiosa. La catedral concentra tanto significado que la mayoría de los moscovitas la ven como una alegoría.

Autores desconocidos

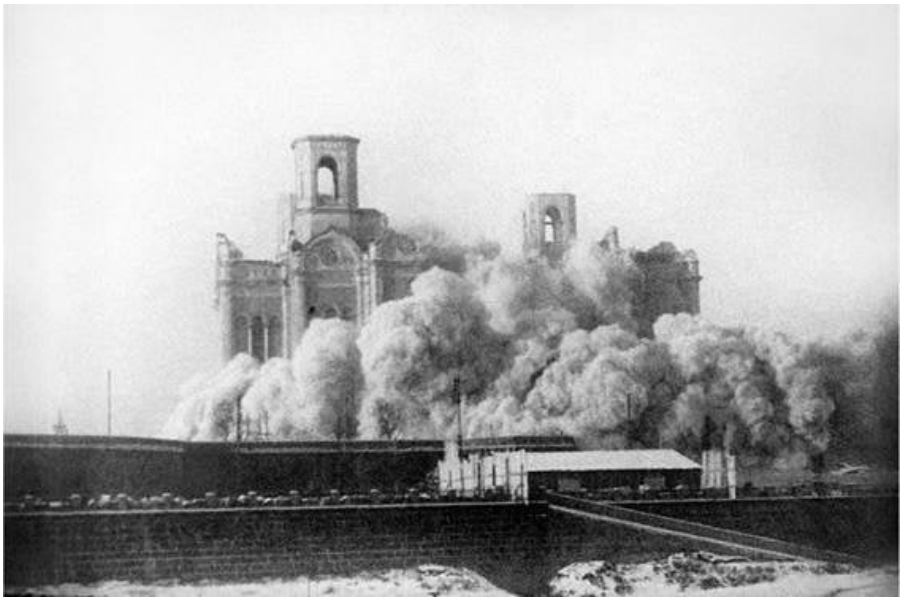
La salvación a la que la catedral debe su nombre fue en parte la de Rusia ante el ejército de Napoleón. Según un manifiesto del zar Alejandro I firmado en diciembre de 1812, «simbolizará nuestra gratitud a la Divina Providencia por salvar a Rusia de la perdición que sobre ella se cernía». Como monumento a la victoria de Rusia sobre una potencia occidental, Alejandro imaginó el mayor, más costoso y más impresionante templo ortodoxo de toda la cristiandad, inspirado en Hagia Sofía, con capacidad para diez mil fieles. A ningún visitante extranjero le pasaría por alto su significado: Moscú resurgía de la estepa para proclamarse la Tercera Roma. La catedral demostraba que Rusia superaba a todas las demás naciones no solo en tamaño sino en la magnitud de la devoción de su pueblo.

Para dejar espacio libre se demolieron los campanarios y las capillas del Alekseevsky, un monasterio del siglo XV situado cerca del Kremlin. La construcción, financiada mayormente a través de campañas de donaciones, se prolongó cuarenta y tres años. Tras la muerte de Alejadro, su hermano Nicolás I asumió el proyecto, y su hijo Alejandro II lo finalizó. El arquitecto de la corte, Konstantín Thon, contrató a Kramskói, Vereshchagin, Súrikov y otros renombrados pintores rusos para decorar el interior; trabajaron rodeados de extensiones de mármoles de Altái y de Podolia e incrustaciones de piedras semipreciosas. Chaikovski estrenó allí la *Obertura 1812* cuando aún seguía recubierta de andamios. Una vez expuesta a la vista en 1880, la impresión fue la de una íntima iglesia rusa medieval ampliada a unas dimensiones incomprensibles, un cubo neobizantino

de cúpula dorada que, por su falta de proporción con el resto de la ciudad, ejercía a la vez un efecto disruptivo y unificador en el paisaje urbano.

A comienzos de la era soviética en los años veinte, la catedral se había convertido en un lastre, rémora de un pasado decadente. El jefe del partido en Moscú, Lázar Kaganóvich, proclamó que la nueva capital encarnaría los ideales del socialismo y se convertiría en «un laboratorio al que acudirían en tropel gentes de toda la Unión para estudiar sus experimentos». Por orden suya, se demolieron emblemas urbanísticos como la muralla del siglo XVI que rodeaba Kitai Górod y la catedral de Kazán en la Plaza Roja, se ensancharon calles en previsión de la llegada del automóvil, y prácticamente todos los callejones y plazas se rebautizaron con el nombre de alguna luminaria del nuevo Estado.

La pieza más ambiciosa del plan de Kaganóvich fue la espléndida red de metro, cuyos túneles también harían las veces de refugio antibombas y cuyas estaciones, decoradas con columnatas, vidrieras y estatuas, aspiraban a servir de «palacios del pueblo». Miles de estudiantes —miembros de la Liga de las Juventudes Comunistas o Komsomol— fueron reclutados para trabajos forzados en la construcción del metro, donde cientos de ellos sufrieron accidentes graves o perecieron.



Autores desconocidos

En 1936, una delegación británica encabezada por el primer ministro liberal Sir E. D. Simon visitó Moscú y fue testigo de la

transformación a gran escala de la ciudad en una metrópolis socialista del futuro. Cuando los británicos preguntaron a los funcionarios del Estado por qué se estaba invirtiendo tanto capital y mano de obra en un ostentoso sistema de transporte subterráneo a pesar de la escasez de vivienda y alimento, les respondieron: «El metro es un símbolo, una demostración del poder del pueblo para crear cosas gigantescas y hermosas, un anticipo de la riqueza que estará al servicio de todos». La primera parte era cierta, sin duda: la arquitectura rusa, al igual que otros muchos aspectos de la vida pública del país, siempre ha funcionado ante todo como símbolo. Pese a que el régimen de Stalin se identificó con monolitos brutalistas de escala monumental, la catedral de Cristo el Salvador era un recordatorio de que el gigantismo ruso no nació con Stalin; él tan solo le dio nuevas formas de expresión.

En 1931, el año en que Kaganóvich desveló su plan para levantar una Moscú socialista, Stalin demolió la catedral con carretadas de dinamita. El mayor templo ortodoxo del mundo, erigido gracias a la contribución de tres zares y una multitud de rusos de a pie, para cuya construcción fueron necesarios casi setenta años, sobrevivió tan solo otros cincuenta. Noche tras noche, una cuadrilla de trabajadores, entre los que se encontraban varias brigadas de policía secreta, se dedicaron a desmontar toneladas de oro y de malaquita, losas de mármol inscritas con las fechas de campañas militares rusas, revestimientos dorados e iconos de valor incalculable. Se rascó el pan de oro de las cúpulas y se bajaron las campanas. Fueron necesarias dos semanas de explosiones para demoler el ciclópeo edificio sección a sección, y casi un año para deshacerse de los escombros. Gran parte del mármol empleado en las opulentas estaciones del metro de Kaganóvich, como se lo conoció durante un tiempo, provino de la catedral demolida.

Por supuesto, la destrucción también fue simbólica. Con el propósito de crear en Rusia «una religión proletaria sin dios», Stalin arrasó el templo más sagrado del pueblo. A cambio, él les daría algo incluso más grandioso: un palacio futurista para acoger los congresos del partido y proclamar el triunfo del socialismo mundial y del Plan Quinquenal; un edificio de proporciones capaces de eclipsar no solo a Dios Padre sino a toda la Trinidad. Y para que a nadie se le escapara su significado, se alzaría en el mismo lugar que había ocupado el templo demolido.

Autores desconocidos

El concurso internacional de diseños para el Palacio de los Sóviets generó cientos de ideas, todas ellas de un riguroso optimismo modernista o constructivista, y hasta contó con la participación de Walter Gropius y Le Corbusier. Stalin eligió la propuesta del arquitecto moscovita Borís Iofán, una torre neoclásica ridículamente tétrica: el edificio más alto del mundo parecería un trofeo de *hockey*. El Palacio de los Sóviets de Stalin, treinta metros más alto que el recién inaugurado Empire State, estaba coronado por una estatua de Lenin tres veces mayor que la Estatua de la Libertad. El brazo de Lenin se estiraba sobre la ciudad señalando el futuro; el dedo índice extendido tenía seis metros de largo. El salón principal podría acoger a veinte mil personas; otro, más pequeño, a siete mil. Las cuadrillas excavaron los cimientos en 1937, el año más mortal del Terror, el año en que Frank Lloyd Wright, dirigiéndose a un público de arquitectos, advirtió a los rusos contra la «grandomanía». Una maqueta de nueve metros de alto del diseño se exhibió en la Feria Mundial de Nueva York de 1939.

El agua del río inundó los cimientos casi de inmediato, y los niños se saltaban las vallas para nadar y pescar carpas. Se llevaron camiones llenos de lápidas procedentes de los cementerios de la ciudad para reforzar los costados de los cimientos; la construcción se detuvo en 1941. Los trabajadores desmantelaron el esqueleto de acero del edificio para reutilizarlo con fines bélicos, y los vecinos de la ciudad,

siempre necesitados de leña, desmontaron la valla que lo rodeaba. La cercana estación de metro conservó el nombre de «Palacio de los Sóviets» hasta el año de la muerte de Stalin; el diseño de Iofan continuó adornando las cajas de cerillas.

Un amigo de mi familia que vive en Nueva York recuerda aquel sitio. Cuando era adolescente, en los años inmediatamente posteriores a la guerra, estaba cubierto de basura y de ortigas. Él almorzaba columpiando las piernas al borde de los cimientos inundados. Ancianas devotas susurraban que tras la demolición de la catedral el terreno había quedado maldito. El hecho de que tanto Kaganóvich como Iofan fueran judíos formaba parte de las teorías conspiranoicas antisemitas que nunca habían llegado a desaparecer en Moscú. Finalmente, por orden de Jrushchov, la sima junto al río se convirtió en una piscina climatizada al aire libre, a la que bautizaron con el insulso nombre de Moskva y que era también la más grande del mundo. Los dos mayores edificios de Rusia —uno demolido y otro que nunca llegó a construirse— fueron sustituidos por un gran recipiente de hormigón. Mi madre se acuerda de ir a nadar allí meses antes de que yo naciera.

Mi padre y yo paseamos por la catedral reconstruida, atestada de visitantes. Al igual que la versión previa, en parte la habían financiado rusos de a pie, más de un millón de los cuales habían donado dinero para su construcción. El plan era que fuera una réplica exacta de la original, pero en el último momento el escultor georgiano Zurab Tsereteli, buen amigo del notoriamente corrupto alcalde de Moscú, incorporó unos adornos modernos completamente absurdos. En otra zona del río, Tsereteli erigió su muy detestada estatua de Pedro el Grande; la policía moscovita ya había arrestado a dos grupos de personas que intentaron demolerla con explosivos.

Pasamos ante estatuas de Nicolás y de Alejandro y subimos las escaleras hasta una capilla menor donde se estaba celebrando un oficio. Un sacerdote cantaba frente a un iconostasio dorado. Entre las velas y el humo del incienso, un trío coral y una docena escasa de feligreses con abrigos se arracimaban en torno al altar. El canto era tan hermoso que se me hacía difícil escucharlo. Observando al grupo recordé, por alguna razón, una misa de gallo de una iglesia luterana en Bethesda, Maryland. Mi novio y yo fuimos allí una Navidad para escuchar a su madre cantar un solo del *Requiem* de Fauré. Antes del servicio, los feligreses charlaban plácidamente sentados en los bancos. Después, mujeres con cárdigan y perlas y niños repeinados con chaquetas azul marino se arrodillaron frente a la barandilla del altar a la espera de la comunión. La escena transmitía una impresión de prudente optimismo. Aquí, en Moscú, el ánimo era más sombrío. No había bancos y el ambiente se hallaba tenso de devoción. A diferencia

de las melodías ligeras de Fauré, el cántico tenía resonancias terrenales. A mi lado, una mujer con una bolsa de comestibles a sus pies se mecía atrás y adelante sobre los talones, ojos cerrados, repitiendo entre dientes una plegaria.

Mi padre se había inclinado hacia mí para susurrarme algo al oído cuando alguien a nuestra espalda empezó a gritar. Era un hombre con una chaqueta de traje remendada y botas de fieltro; estaba de rodillas, tocando el suelo con la frente al viejo estilo ruso. Cuando se irguió, tenía las mejillas surcadas de lágrimas. «*Zhidi rastoptali Rossiyu*!», volvió a gritar. «¡Los putos judíos pisotearon a Rusia!» Me quedé helado. Mi padre se alejó a paso ligero. Lo seguí por las escaleras y salí dando traspiés a la luz vespertina. Mi padre paró un taxi particular y nos quedamos sentados en silencio en el asiento trasero mientras el casco antiguo de la ciudad quedaba atrás, dando paso a bloques de viviendas y puestos callejeros. Encendió un Winston y echó el humo por la ventanilla. Pasaron veinte minutos hasta que volvió a mirarme.

Era más de medianoche cuando el tren a Bucarest se detuvo. Faltaban aún catorce horas para llegar a Vinnytsia. No había edificio alguno en la estación, solo una marquesina metálica donde una bombilla iluminaba el cartel de Sukhinichi. Por la ventana, aquel sitio parecía uno más de esos puntos del mapa que deben su existencia al ferrocarril: una mera cinta de tierra apisonada a lo largo de un tramo de la vía. Al principio no me fijé en la procesión de siluetas —formas imprecisas, primero solo un par, luego docenas— que se arremolinaban alrededor del vagón. Una vez que mi vista se adaptó a la oscuridad, distinguí personas inclinadas bajo el peso de los peluches más grandes que había visto en mi vida. Cuando los pasajeros nos apeamos del tren, nos vimos rodeados de panteras, tigres y osos de tamaño real, cuyos ojos de plástico brillaban a la luz de la luna.

La revisora, una mujer con flequillo y pintalabios color albaricoque, nos explicó que aquella gente trabajaba en una fábrica de juguetes cercana que, como muchas otras, estaba amenazada de quiebra y pagaba a los empleados con mercancía. Intentaban venderles peluches a los pasajeros que salían al andén en esos diez minutos de parada para estirar las piernas y fumar, porque eran los únicos visitantes de Sukhinichi. Cuando rechacé comprar una pantera tamaño piragua por diecisiete dólares, la mujer que la acarreaba me preguntó si tenía hambre. «Tengo un muslo de pollo», me ofreció. Un niño de unos ocho años que arrastraba una bolsa de lona gritaba: «¡Cerveza, cigarrillos!». «En el trayecto de vuelta será de día y los precios, más altos», decía con tono agrio un hombre con un gorro de lana. Sonó el silbato y la revisora subió a bordo. Zigzagueé en

dirección a los escalones metálicos del vagón, esquivando una sirena y una seta humanoide de mirada lasciva. El tren se puso en marcha. En el compartimento, acerqué la cara al cristal y vi el surrealista zoológico fundirse en la oscuridad.

«¿Qué te parece nuestro país?», me preguntó Petya sonriendo. En el coche cama, yo iba en un compartimento de cuatro literas con el hijo que mi padrastro había tenido en su breve primer matrimonio. Unos días antes se había ofrecido a acompañarme a Vinnytsia, y yo me sentí aliviado y agradecido de no tener que viajar solo. Petya era un año mayor que yo. Se crio en Moscú, donde trabajaba de fotógrafo *freelance* para revistas. Solo nos habíamos visto unas pocas veces, y yo no dejaba de hacerle preguntas. Me habló de su servicio militar en los Urales y de su reciente viaje a Chechenia, enviado por una revista moscovita para fotografiar a los muertos. Creo que le divertían mi ruso titubeante y mis prudentes modales de turista. Con su cuerpo de trapecista, pelo rubio a la moda y alegres ojos castaños, Petya me pastoreó por el tren, a gusto y contento en su ecosistema pero conmovedoramente preocupado por mi bienestar. Solo perdió el tono amistoso cuando tocamos el tema de su padre, mi padrastro, un pintor que abandonó la Unión Soviética en 1978 por presiones del Gobierno. Petya tenía diez años cuando se fue su padre, y preguntaba por él con expresión temerosa y vacilante. Yo pensé que quizá estuviera resentido conmigo por mi cercanía a su padre, cercanía que le habría correspondido por derecho, pero él borró mi incomodidad de un plumazo. «Te ha tocado a ti aguantarlo», dijo, y esbozó su reconfortante sonrisa.

La noche antes de partir hacia Vinnytsia, Petya me llamó para decirme que nos acompañaría su mujer, más exactamente su exmujer, Anya. No explicó el porqué. Iba sentada en la litera junto a él: una treintañera rubia, guapa y delgada, con actitud dispersa y una risa penetrante y un poco trastornada. Anya dijo que diseñaba ropa «abstracta» de mujer. Ella y Petya se habían separado varias veces pero siempre acababan volviendo, sobre todo por el hijo que ella tenía de un matrimonio anterior, un niño de ocho años al que Petya había adoptado. Bebimos té y vodka y miramos por la ventanilla mientras las afueras se disolvían en cabañas, casetas, huertos, pozos con bomba de manivela y ondulantes vallas de madera a las que les faltaba algún que otro poste. Anya estuvo contando chistes verdes y se rio a carcajadas tras cada uno de ellos.

De camino al vagón restaurante pasamos por una sección llamada *platskart*, el equivalente ferroviario a la tercera clase. Allí no había puertas, ni siquiera cortinas, para separar a los pasajeros, y familias enteras dormitaban en camastros de madera, de cara a la pared en busca de intimidad. Soldados tumbados con las botas puestas. Mujeres

jugando a las cartas, comiendo rábanos y rodajas de pepino que sacaban de bolsas de plástico. Las ventanillas no se podían abrir y la atmósfera estaba cargada de un olor a embutido curado y a sudor. Nos abrimos paso a través de seis bamboleantes vagones y nos apiñamos alrededor de una fría mesa de metal. Anya pidió una botella de brandi Moldovan y un plato de rodajas de limón con un poco de azúcar. Antes de que llegara el brandi, dos pasajeros se apretujaron junto a nosotros. Había muchas mesas vacías en el vagón restaurante, pero habría sido grosero objetar: íbamos en un tren, medio de transporte que les saca a los rusos una cortesía benévola.

Nuestros acompañantes —dos hombres de pelo rizado y ojos oscuros de veintimuchos años— se dirigieron a nosotros con un mascullado acento uzbeko. Parecían llevar borrachos mucho tiempo. El más parlanchín, Zhora, dijo que venían de Samarcanda; no mencionó adónde se dirigían. Se quedaba mirando fijamente a Anya con mucha admiración y poco disimulo. Parecían demasiado amables, demasiado abiertos, pero pensé que sería cosa mía, que ya no estaba acostumbrado a los modales rusos. Se abrió la puerta al otro lado del vagón dejando ver el uniforme de la revisora, y Zhora y su amigo corrieron a encerrarse en el lavabo. Cuando la revisora hubo pasado, asomaron la cabeza con picaresca cómica. Zhora reconoció que no tenían billete ni pasaporte y que hacía unos días los habían echado de otro tren.

El brandi dulce ya se me estaba subiendo a la cabeza cuando Petya se inclinó hacia mí y me susurró al oído que me fijara en las manos de los dos hombres; tenían tatuados unos elaborados anillos azules en la primera falange de los dedos. «Presos», me susurró tranquilamente, utilizando la palabra *zeki*. En ese momento Zhora nos preguntó si llevábamos encima dinero en efectivo; un incisivo dorado centelló bajo su bigote. Nos miramos, sobrios de repente, y advertimos que no había nadie más en el vagón restaurante. Justo entonces volvió a pasar la revisora, lanzando a Zhora y a su amigo de vuelta al lavabo. Cuando la puerta metálica se cerró con un chasquido, Petya nos hizo señas para que nos fuéramos. Recorrimos los vagones a toda velocidad y, en cuanto entramos en nuestro compartimento, echamos el cerrojo. Petya sacó el corcho de una botella de vino y lo encajó bajo el pestillo para que no se pudiera forzar la puerta.

Estuvimos un buen rato riéndonos, con una última ronda de vodka. Luego, atontados, abrimos las literas superiores y les pusimos unas rígidas sábanas blancas. Petya y Anya se durmieron al cabo de unos minutos, pero cuando yo cerré los ojos la película de ese día se proyectó en el interior de mis párpados. Después de media hora contemplando la oscuridad y oyendo el traqueteo de las ruedas, me puse los auriculares. La música me tuvo un rato oscilando entre el

miedo y la morriña hasta que di con un disco de Sonic Youth. «Love has come to stay in all the way / It's gonna stay forever and everyday», cantaron en mi cabeza las voces de Thurston Moore y de Kim Gordon; en el exterior, un bosque fantasmagórico se extendía en todas direcciones. «You got a cotton crown / I'm gonna keep it underground.» Me quedé dormido con la guitarra chillándome al oído.

Estaba oscuro cuando me despertó un quejido de frenos. Por mi reloj eran las cuatro y media. Estábamos en la frontera. Se oyeron pasos de botas en los escalones metálicos. «¿Dónde está el estadounidense?», exigió una voz masculina. En el manifiesto del tren figuraban el nombre y la nacionalidad de los pasajeros, y yo era el único extranjero a bordo. Un momento después alguien estaba aporreando la puerta del compartimento. Petya se guardó el corcho en el bolsillo y encendió las luces. Entraron dos guardias fronterizos con la bandera ucraniana en la manga del abrigo; el más grande fue el único que tomó la palabra. Le dimos nuestros pasaportes y fingió examinarlos. Yo no le veía los ojos, ocultos bajo la visera de la gorra. «¿Dónde está su declaración de aduanas?», me ladró. La revisora no nos había dado ningún formulario de aduanas, contesté. Estábamos aturdidos y todavía un poco borrachos, y Anya y Petya protestaron a voz en grito.

«Su documentación no está en orden», dijo el guardia con tono como de estar leyendo una chuleta. «Su comportamiento es vergonzoso y está retrasando el tren, y si no me entrega su declaración de aduanas en noventa segundos, lo retendré aquí.»

Eché un vistazo rápido por la ventana. En mitad de la noche, en algún punto de la interminable frontera ruso-ucraniana, «aquí» era un cobertizo de chapa corrugada que no tenía pinta de estar climatizado. Tumbados sin vestir en las literas, miramos a los guardias desde abajo. El miedo estaba empezando a darme náuseas pero también me preocupaba que me entrara la risa por el descaro de aquella encerrona. Todo se iba inclinando hacia un desenlace calamitoso cuando Petya se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y le tendió al guardia un arrugado billete de veinte dólares. (Los rusos a menudo llevan encima dólares, precisamente para este tipo de transacciones.) El hombre se relajó e incluso nos dedicó una sonrisa. «Bienvenidos a la república soberana de Ucrania», dijo. «¡Disfruten de una estancia segura y agradable!» Nos dedicó un cordial saludo militar, salió al pasillo con el otro guardia y, tras un nuevo saludo más alegre, cerraron la puerta tras de sí.

Esperamos junto a nuestro equipaje fuera del compartimento, mirando por las ventanas del pasillo; el paisaje rural iba dejando paso a las ruinas de una ciudad mediana. El tren pasó junto a cascarones de

edificios de edad indefinida, almacenes y centrales depuradoras de agua cuyos ladrillos yacían diseminados a lo largo de las vías; aquí y allí asomaban árboles jóvenes, oscurecidos por el hollín, entre dientes de león y malas hierbas. La estación de tren de Vinnytsia, un búnker de hormigón con techo de metal corrugado, aguardaba en medio de los detritos. Petya nos metió a empujones en un taxi particular que nos llevó a paso de tortuga por la calle principal hasta el hotel.

En mi socorrida guía de la región, a Vinnytsia le correspondía un único párrafo. La ciudad, declaraba el libro, era «llamativa por no tener nada de llamativo». En el taxi recordé las historias que mi padre me había contado sobre su infancia allí; no cuadraban con el descuido y la pobreza aparente que nos rodeaban. Un mercadillo ocupaba las dos aceras de la calle del río. Había una anciana sentada en una caja de embalaje, encorvada sobre el par de gallinas desplumadas que tenía a sus pies en el asfalto. En puestos improvisados, las mujeres vendían películas piratas, dulces caseros y un sinfín de prendas de ropa: zapatos de cordones con la puntera afilada, jerséis acrílicos con nombres de diseñadores famosos estampados con lentejuelas en el pecho (uno de ellos mal escrito), bolsos de Gucci, relojes suizos de China. Había tiendas convencionales en Vinnytsia también, nos aseguró el conductor, pero casi todo el mundo compraba allí porque era más barato.

Después de registrarnos en el hotel, nos sentamos a desayunar en una cafetería vacía y esperamos a que un chico de unos dieciséis años nos trajera unos menús enormes, concebidos con la característica ausencia de ironía soviética y su inclinación por los nombres abstractos; un aperitivo de plátano y jamón se llamaba «Ternura». Petya, Anya y yo acordamos reunirnos en aquel mismo sitio al final del viaje. Les dije que no sabía cuándo sería, pero no pareció preocuparles. Aún no era mediodía. Dejé mi maleta en la habitación, me refresqué la cara y salí en busca de mi abuelo.

Nadie había oído hablar nunca de la calle Voroshílov. Ya empezaba a pensar que había anotado mal la dirección cuando una mujer de unos cincuenta años sonrió y asintió con la cabeza. A la calle le habían cambiado el nombre hacía años, me explicó. Calle del Quincuagésimo Aniversario de la Victoria sobre el Fascismo era un nombre grandilocuente para una calle estrecha, de dos carriles, con escuálidos abedules plantados cada seis metros en las aceras. Había empezado a soplar un viento frío y el sol, rojo como el de la bandera japonesa, se estaba escondiendo tras una fábrica cuando divisé el número 19, un edificio de ladrillo de cinco pisos sin ascensor que databa de la década de los treinta. La puerta estaba cubierta de tímidos grafitis. En la esquina, un cartel en la cristalera de un salón de belleza cerrado anunciaba electrolisis unisex y «afrotrenzas».

Cargado de regalos del mercadillo —un ramo de margaritas sujeto con una goma elástica y una tarta dentro de una bolsa de plástico de Hugo Boss— me demoré ante la puerta repasando las posibilidades. Se me ocurrieron silencio, demencia, rechazo. Se me ocurrió que no tenía plan B. Se me ocurrió que era absurdo viajar ocho mil kilómetros tras una sola llamada de teléfono y sin tener recuerdos de aquel hombre ni ningún mensaje que transmitirle.

Había pasado meses imaginando el momento en que conocería a Vasili, pero, por algún motivo, en ese momento solo sentía una sorda ansiedad y el deseo de acabar de una vez con aquello. De pronto, lo que más quería era estar de vuelta en casa. Subir pedaleando el puente de Brooklyn hasta que, desde arriba, viera el sol reflejado en las ventanas de South Street, y más allá Governors Island y los ferris desplegándose en abanico desde la terminal de Whitehall. El deseo era tan intenso que a punto estuve de darme media vuelta y volverme al hotel. En lugar de eso, miré el reloj y subí a oscuras una escalera.

Una mujer con delantal de flores me abrió la puerta. «Soy Sonya», me dijo sonriendo. «Te he visto en la acera y te he reconocido por la foto.» Sonya era menuda, tenía alrededor de ochenta años y una expresión amable e inquisitiva. Me dio un fuerte abrazo, me invitó a pasar y me condujo por un pasillo con suelo de linóleo hasta una pequeña sala de estar que olía a vejez y productos de limpieza. Estaba atiborrada de muebles anticuados, plantas exuberantes y floridas cortinas de encaje. Una manta granate cubría el sofá. Encima de un viejo televisor había una muñeca rubia sentada con las piernas abiertas junto a una antena sujeta con cinta aislante.

Me llevó un momento darme cuenta de que el anciano alto y delgado del sofá era mi abuelo. Estaba allí sentado en la penumbra como un ave marina, y me observaba con ojos pálidos y húmedos. Antes de que yo pudiera verlo bien, me dio un abrazo y me besó en las dos mejillas, una y otra vez, como antaño hacían los hombres en Rusia, sin dejar de repetir mi nombre. Cuando me soltó traté de asociar su cara con la que había visto en la fotografía. La saqué de la mochila y se la enseñé. Se puso las gafas que llevaba colgadas al cuello de un cordón y la miró con incredulidad. «¿Ese soy yo?», murmuró. Tenía la voz clara e iba bien afeitado. Su gastada chaqueta azul marino estaba recién planchada. Tenía la punta de la nariz curvada como el pico de un ave de presa, igual que yo. Era él, pensé, con sorpresa genuina. Lo había encontrado.

Pasamos aquella primera tarde sentados a la mesa barnizada de la sala de estar (resultó ser la misma mesa sobre la que mi padre y sus amigos habían bailado hacía cincuenta años) bebiendo té tibio y cogiendo trocitos de tarta. Sonya era la que con más frecuencia tomaba la palabra. Me habló de la hija de Vasili, Inna, la hermanastra

de mi padre, que vivía a unos cientos de kilómetros al este de allí, y me enseñó fotos de sus nietos: un niño flacucho y una niña con pelo del color de la avena que aparecían abrazados a su madre, una mujer de mediana edad cuya cara no pude asociar con las dos o tres fotos de su infancia en las que aparecía de pie junto a mi padre, pensativa y eternamente seria. El rostro grave y rectangular del hijo de Sonya, juez militar en Moscú, nos observaba desde una fotografía de la pared.

A medida que avanzaba la velada, Sonya fue contando más cosas, y a mí me sorprendió, y luego me avergonzó, enterarme de que muchas de sus dificultades eran producto de la falta de dinero, de unas sumas triviales de dinero. Tenían un balcón que corría el riesgo de venirse abajo pero que no se podían permitir reforzar, tenían un sofá con un muelle afilado asomando por el tapizado pero arreglarlo era demasiado caro. Al igual que la mayoría de ancianos rusos, Sonya y Vasili hablaban de pensiones; la de ella era de treinta y cinco grivnas mensuales, unos siete dólares; la de él era un poco más alta. Cuando Vasili se rompió la cadera no pudieron costear la cirugía recomendada por el médico, y ahora, después de un año y medio en cama, Vasili se desplazaba con muletas. La operación habría costado unos trescientos dólares.

Foto del autor

Vasili no recibía muchas visitas, de modo que no dejaba de sonreír bajo sus desmelenadas cejas. Cuando sonrió a la luz de la lámpara vi que tenía fundas de oro en tres dientes delanteros. Su buen humor

solo decayó al final de la velada, cuando le pregunté por mi padre. Le conté lo que yo sabía y su expresión dejó ver sorpresa y, poco a poco, bochorno. «Pensé que se había ido a Estados Unidos, contigo», murmuró finalmente. Por algún motivo, yo también me sentí abochornado. Quise decir algo que lo reconfortara. «Te envía un saludo», balbuceé. La mentira sonó estúpida en el mismo instante de decirla, pero el rostro de Vasili se iluminó de júbilo con tal sinceridad que yo enrojecí de vergüenza.

A la mañana siguiente, en la calle del Quincuagésimo Aniversario de la Victoria sobre el Fascismo, acercamos las sillas a la ventana, donde la luz del sol entraba en diagonal e iluminaba las margaritas y el rayado parqué, dándole al salón un aire casi alegre. Vasili se había pasado la mañana hablando de su infancia en Aleksandrovka, un pueblo a poco tiempo en coche de Vinnitsa. Corrían los años más duros de la guerra civil, de la colectivización y de la hambruna, pero los recuerdos de Vasili me parecieron incomprensiblemente bucólicos. Despues, el relato viró hacia su regreso a Vinnitsa tras la muerte de Stalin en 1953, como si los años que entre medias había vivido en Moscú los hubiera pasado haciendo papeleo y jardinería y no mereciera la pena hablar de ellos. Cada vez que yo le preguntaba por Moscú, él cambiaba de tema. Alzaba la vista de vez en cuando, lanzándome miradas furtivas y culpables, porque sabía que me daba cuenta de lo que estaba haciendo. Sonya también parecía incómoda. Yo esperaba que ella me ordenara dejar tranquilo al viejo, no alterarlo con preguntas, cuando de repente soltó tal manotazo sobre la mesa que nos hizo encogernos a los dos. «¡Dile la verdad, Vasili!», dijo casi gritando, tras lo cual se esfumó a la cocina.

Vasili se quedó un rato callado y luego volvió a mirarme, esta vez con una expresión próxima al alivio. Lo observé fijamente sin una palabra mientras él se aclaraba la garganta y retomaba su relato, ahora en un tono un poco más bajo y que sonaba más a su voz natural. «La primera vez que vi a Stalin fue el 8 de noviembre de 1932», dijo. «Recuerdo que atravesé la Plaza Roja y pasé frente a la catedral de San Basilio. Voroshílov daba un banquete para celebrar el decimoquinto aniversario de la revolución, y alguien me había invitado. ¡Fíjate, al hijo de un granjero de remolachas! Acababa de cumplir veintiún años.» La mirada de disculpa de Vasili había desaparecido y parecía transformado por sus propias palabras, como si hubieran trasncurrido años desde la última vez que habló de aquello.

Foto familiar

Dijo que lo habían invitado porque era secretario de la sección del Komsomol en la academia de la OGPU de Moscú. Lo habían admitido tras alistarse a los dieciocho años y servir dos años en una unidad de caballería del Ejército Rojo cerca de Vinnitsa. La OGPU era como se llamaba la organización antes conocida como la Checa y que más adelante ostentaría otros acrónimos, como NKVD, MGB y KGB. Vasili se contaba entre el puñado de hombres de la unidad de caballería

seleccionados para la academia. En el ejército había destacado en todo. A los superiores les gustaba su seriedad y su ausencia de malicia, que no se quejara por nada y que no hablara hasta que alguien se dirigiera a él. Antes de viajar a Moscú con todas sus pertenencias en una maleta de cartón, Vasili nunca había cogido un tren.

Los guardias de la Torre Spásskaya sonrieron cuando les mostró su identificación. «Kuda idyosh paren?», le dijo uno: «¿Adónde vas, muchacho?». Lo escoltaron sobre el suelo embaldosado del Kremlin hasta el estrecho edificio de los Guardias Montados, la residencia del jefe de defensa, Kliment Voroshílov, y de su esposa Ekaterina. Vasili recordaba que otra persona lo condujo a un atestado salón de banquetes con una larga mesa y lo sentó al lado de una guapa cantante de ópera; del Bolshói, seguramente. Apenas reparó en ella.

Era el más joven de los presentes. Se sentó muy derecho y examinó las caras de los invitados, a algunos de los cuales reconoció por fotos que había visto en los periódicos. Los mandatarios del país se hallaban congregados en torno a la mesa: el achaparrado y puntilloso premier, Mólotov; el fornido Voroshílov con un uniforme engalanado; el viejo caballero revolucionario Budionni, que se retorcía los cabos de aquel bigote de morsa con dedos manchados de tabaco, y Yagoda, con su gran cara pálida y redonda, que pronto se convertiría en director de la OGPU y jefe de Vasili. Estaban sentados tan cerca de él que podría haberlos tocado. Vasili habló con la guapa cantante y no tardó en beberse dos vasos de vodka. Se iba sintiendo más relajado y parlanchín cuando alguien lo agarró con fuerza del codo. El director de su academia, un oficial ceñudo cuyo uniforme de gala estaba cubierto de medallas, se lo llevó a un rincón y le recordó que, en presencia de los líderes de la nación, la tarea de un agente de la OGPU era observar y escuchar, no achisparse y parlotear como un ingenuo.

La reprimenda del director hizo que Vasili se perdiera la entrada de Stalin. Es cierto que, con una altura de metro sesenta y cinco y vestido con su guerrera de cabo sin adornos y pantalones anchos, pasaba desapercibido entre tanto comisario engalanado. A Vasili le sorprendieron las cicatrices de viruela en las mejillas, que en las fotos oficiales se borraban con aerógrafo.

En los banquetes de Estado, a Stalin le gustaba sustituir el vodka de su vaso por agua; le divertía que sus invitados se fueran desinhibiendo mientras que él permanecía sobrio. En los años venideros, Vasili le vería hacerlo muchas veces. Pero aquella noche, Stalin bebió un vaso de vodka tras otro, no comió y habló mucho más y mucho más alto de la cuenta; no dejaba de lanzar miradas ebrias a la joven delgada sentada cerca de él. Las crónicas publicadas de aquella noche sugieren que era Galina Yegorova, la actriz y esposa del general Yegórov. Con aquel vestido hecho a medida a la moda

occidental, no parecía de la misma especie que las esposas del Kremlin que la rodeaban, convencionales y mayores que ella. Se percataba de las miradas de Stalin, pero apartaba coquetamente los ojos.

Según las crónicas, para llamar la atención de Yegorova, Stalin le lanzaba bolitas de miga de pan apuntando al escote; Vasili solo recordaba que Stalin coqueteó con una joven atractiva. Los que estaban sentados cerca de ellos simularon no darse cuenta de lo que sucedía, todos salvo la mujer morena sentada frente a Stalin: su esposa, Nadezhda Allilúyeva. Esta le lanzaba miradas furibundas, y cuando Stalin se puso en pie para brindar por «la destrucción de los enemigos del Estado» —los campesinos que soportaban la hambruna que él, no la naturaleza, había desatado sobre el campo— ella se negó resueltamente a alzar su copa. «¿No bebes?», le gritó a su mujer, y el silencio se adueñó de la mesa. Cuando ella no respondió, Stalin le lanzó peladuras de naranja y colillas de cigarro hasta que ella abandonó el salón llorando. Polina Molotova, la esposa del premier y mejor amiga de Allilúyeva, fue tras ella. Los invitados siguieron en silencio, salvo los más íntimos de Stalin, que se permitieron unos cuchicheos. «Seguramente me quedé boquiabierto», dijo Vasili, con los ojos húmedos. «Era muy joven. No sabía que tenía que mirar hacia otro lado.»

Aquella noche resultó ser crucial en la historia de la nación, pese a que el relato que de ella se conserva es incompleto y confuso a causa del obligado secretismo totalitario. Parte de la historia se ha completado gracias a la investigación y a documentos desclasificados hace poco, pero algunas de las piezas nunca llegarán a reconstruirse del todo. Lo que sí se sabe es que muchos de los acontecimientos que conducirían a lo que se denominó el Gran Terror se remontan a aquella noche de comienzos de noviembre, de acuerdo a multitud de rumores, testimonios de segunda y tercera mano, hechos, posibles hechos y fragmentos de información. No siempre está claro de dónde proceden los datos, y algunos se contradicen, pero la suma de todos da una idea de lo que sucedió.

He aquí algunos de esos datos. La mañana del 9 de noviembre, el ama de llaves de Stalin encontró a Allilúyeva en su dormitorio del Palacio Poteshny, tendida en un charco de sangre, con su revólver alemán de cachas de madreperla junto a ella. El informe oficial, firmado por un tal profesor Kushner, declaró que la causa de la muerte fue un disparo autoinfligido en el pecho. Pero una autopsia realizada por el primer médico que llegó al escenario, Borís Zbarsky —el principal anatomista del país y embalsamador de Lenin— concluyó que la mujer había fallecido por un disparo en la sien izquierda procedente de un arma disparada, al menos, a cuatro metros de distancia. Allilúyeva era diestra; cuando el ama de llaves la encontró,

la fallecida sujetaba una almohada empapada en sangre delante de ella, como si de un escudo se tratara. El obituario publicado en el *Pravda* hizo completa omisión de la causa de la muerte. En el funeral, sus amigos se fijaron en que llevaba el cabello peinado hacia el lado izquierdo, tapando la sien, aunque ella siempre llevaba la raya al medio. Una pequeña multitud se congregó en la residencia de Stalin antes de que nadie llamara a Zbarsky, y transcurrieron varias horas hasta que se decidió que habría que despertar al secretario general. Se cuenta que, al conocer la muerte de su mujer, Stalin se echó a llorar y gritó que no podría seguir viviendo. No asistió al funeral. «Me dejó como a un enemigo», afirmó supuestamente Stalin mientras un carruaje de caballos trasladaba los restos de Allilúyeva, entre una muchedumbre doliente, desde la Plaza Roja al cementerio del convento de Novodévichi.

Es posible que la muerte violenta de Allilúyeva inclinara la mentalidad de Stalin aún más hacia el aislamiento, la desconfianza y la malevolencia. Es posible que no hubiera ninguna relación entre ambos hechos; es posible que el terror consiguiente fuera inevitable. Lo que sí ha quedado establecido con toda certeza es que después de su muerte la camaradería revolucionaria que mantenía unidas a las familias gobernantes de la Unión Soviética fue sustituida por la sospecha, el miedo y la paranoia que acabaron por extenderse a todo el país. «¿Cómo es posible que nuestra vida se tornara tan compleja que fuera incomprensible hasta extremos agónicos?», escribió en su diario Ekaterina Voroshilova, la anfitriona del banquete.

Le pregunté a Vasili si recordaba cómo terminó aquella noche. Inclinó la cabeza a un lado, pensativo. «Me volví andando a casa», dijo. «No sabía por qué todo aquello me estaba pasando a mí, pero recuerdo que era feliz.» De regreso en Aleksandrovka, destacamentos de la OGPU sacaron de sus casas a kulaks —granjeros prósperos, como el padre de Vasili— y dejaron huérfanos a muchos de sus antiguos compañeros del colegio. La matanza la llevaron a cabo agentes de la policía secreta, dado que no se podía confiar en que soldados comunes dispararan a granjeros. Pero aquella noche Vasili volvió a pie a su dormitorio, sumido en pensamientos felices, convencido de que el futuro que había imaginado para sí mismo se hallaba próximo.

Mientras yo caminaba sin prisa de vuelta al hotel, sentía como si mi cabeza fuera una serpiente que se hubiera tragado un roedor grande y necesitara tranquilidad y tiempo para digerirlo. No había estrellas en el cielo y las calles estaban en calma, pero en el parque aún había parejas de paseo y adolescentes en los bancos, y deambulé entre ellos un rato hasta que acabé gratamente perdido. La brisa mecía los tilos y el aire olía a hojas mojadas. Me senté en un banco, miré a

mi alrededor y me puse a pensar.

Antes del viaje, buscando información sobre la ciudad, me topé con una de las más famosas fotos del Holocausto. El pie rezaba: «El útimo judío de Vinnitsa» y fue publicada por la United Press International durante el juicio de Adolf Eichmann. En mi cabeza, el impacto de aquella foto transformó la sencilla ciudad provinciana de las historias de mi padre. A mediados del siglo pasado, casi todos sus habitantes fueron víctimas de la catástrofe a gran escala que arrasaba a este y oeste según la ciudad iba quedando en poder de las diferentes facciones en liza. En Vinnitsa, el epicentro de la catástrofe resultó no ser un campo abandonado de la periferia, sino el bonito y frondoso parque donde yo me encontraba en ese momento.

En 1943 —cuando se lo conocía como el Parque del Pueblo— los ocupantes nazis exhumaron cerca de diez mil cadáveres en la vecindad. Todos salvo ciento cuarenta y nueve eran hombres, la mayoría ucranianos. Durante las ejecuciones masivas ordenadas por Stalin en 1937 y 1938, los obligaron a formar en largas filas y agentes del NKVD les dispararon en la nuca. (¿Contribuyó Vasili a limpiar de enemigos su ciudad natal?) Enzarzados en una guerra de propaganda contra la Unión Soviética, los alemanes publicitaron «el terror comunista» y llevaron a un comité de expertos internacionales para que examinara las noventa y una fosas comunes. Los vecinos de la localidad consiguieron identificar menos de quinientos cadáveres. Los restos fueron enterrados en una ceremonia pública; el arzobispo Vissarión de Odessa presidió la misa funeral; se erigió un monumento.

Lo que el Reich declinó publicitar fue una serie de «acciones» llevadas a cabo cerca de allí en otoño de 1941 por oficiales del Einsatzgruppe D de las SS. La mañana del 15 de septiembre, el mando alemán ordenó que todos los judíos residentes en Uman, una ciudad al este de Vinnitsa, se personara en el aeropuerto. Una vez allí, fueron obligados a punta de pistola a desnudarse y a formar en fila a lo largo de una zanja. Hombres de las SS recorrieron la fila disparándoles a la cabeza con Lugers. A los niños les partieron el cráneo a culatazos y los tiraron al montón de cadáveres antes de disparar a sus madres. Al siguiente grupo de judíos les dieron palas y les ordenaron cubrir los cuerpos, algunos aún con vida, con cal clorada. A continuación, también a ellos les dispararon. Veinticuatro mil judíos murieron en Uman, y el 22 de septiembre, cuando las SS llevaron a cabo una acción similar en Vinnitsa, otros veintiocho mil cuerpos fueron enterrados en fosas poco profundas.

Poco después del 22 de septiembre, tuvo lugar otra masacre más en el Parque del Pueblo. Esta se cobró unas seis mil víctimas y fue ejecutada por milicianos ucranianos bajo órdenes de las SS. En 1945, un oficial de la Wehrmacht prisionero, el Oberleutnant Erwin Bingel,

describió el suceso a su interrogador soviético.

«Por la mañana, a las 10:15», testificó Bingel, «oímos un tiroteo descontrolado y horribles gritos humanos. Al principio no supe qué estaba sucediendo, pero cuando me asomé a la ventana… Milicianos ucranianos a caballo, armados con pistolas, rifles y largos sables de caballería, irrumpían al galope en el parque de la ciudad mientras que otros lo rodeaban, también al galope. Por lo que alcancé a ver, conducían gente delante de los caballos: hombres, mujeres y niños. A continuación una lluvia de balas cayó sobre aquella masa de personas. A los que no alcanzaron los disparos los abatieron con los sables. Como una aparición fantasmal, la horda de ucranianos, comandada por mandos de las SS que les dieron carta blanca, pisotearon los cuerpos como salvajes, matando sin compasión a niños, madres y ancianos cuyo único crimen era haberse librado del gran asesinato masivo, solo para acabar derribados a tiros o golpeados hasta la muerte como animales.

»En las horas posteriores», continuó Bingel, «seríamos testigos de lo siguiente. En el parque municipal de Vinnitsa había una fosa. Frente a ella, depositaron en el suelo cadáveres que habían acarreado hasta allí desde todo el vecindario. Eran los cuerpos de algunos de los judíos asesinados. Los arrojaron a la susodicha fosa, capa sobre capa de muertos, y a continuación los cubrieron con cal clorada. De ese modo se deshicieron de doscientos trece cuerpos, tras lo cual la fosa se cerró con ladrillos.»

Autor desconocido

La famosa foto seguramente la tomó un soldado alemán sin identificar. Muestra a un judío demacrado con un abrigo negro, arrodillado al borde de una fosa; en ella se puede ver una maraña de cuerpos. Un apuesto oficial alemán con gafas de montura metálica se yergue junto a él, apuntándole a la cabeza con una pistola automática. Lo más llamativo de la imagen es el grupo de soldados y de oficiales que hay reunidos detrás, posando tranquilamente para la foto con

actitud estoica y orgullosa. Sobre aquella imagen, un analista escribió que, a juzgar por las expresiones de los hombres, podrían haber estado viendo a un peluquero cortarle el pelo a alguien.

Después de la guerra, los muertos enterrados en el parque continuaron usándose poco menos que como arma política. Las autoridades del Partido Comunista en Vinnitsa cambiaron la dedicatoria del monumento nazi original: «A las víctimas de la matanza nazi». Más adelante, cuando el parque fue rebautizado con el nombre del novelista soviético Maksim Gorki, se ordenó la demolición del monumento. El Gobierno ucraniano erigió otro un año después de mi visita. Solo he visto su imagen en la pantalla de un ordenador: un sencillo grupo de tres modernas cruces con una inscripción que reza, de nuevo: «A las víctimas del terror estalinista».

El parque tenía un aspecto cuidado, incluso alegre, mientras la noche descendía sobre él. Allí, la historia permeaba cada centímetro cuadrado —parecía más real y urgente que el presente— y aun así el suelo bajo mis pies no temblaba. Nadie se lamentaba. En la ciudad llamativa por no tener nada de llamativo, hacía una agradable noche de otoño y en algún rincón del parque sonaba «Have You Ever Seen the Rain?» en una radio. Alguien se rio en un banco y el viento sopló con tanta fuerza entre los tilos que por un momento dejé de oír la música.

Después de varias jornadas de catorce horas sentado junto a Vasili en su harapiento sofá, empecé a rellenar lagunas en su historia. Al margen de todo lo que hubiera sido, desde luego no era ni aburrido ni tonto. Mi abuelo respondía a las preguntas sobre su pasado con buen sentido narrativo, poniendo énfasis en ciertos detalles y omitiendo otros, esforzándose por retratarse como un inválido inofensivo, y a veces se le escapaban incongruencias que se negaba a aclarar. «Así fue como pasó», afirmaba de manera imprecisa, o, si yo lo presionaba, corría el tupido velo de una ficticia falta de memoria sobre escenas que, por lo demás, había descrito en detalle lapidario. Varias veces me clavó una mirada herida, como diciendo: «Te presentaste aquí en calidad de nieto, no de interrogador».

Foto familiar

Era especialmente inconcreto acerca de los años inmediatamente anteriores a la guerra, y no costaba adivinar la razón. En aquellos años la guerra del Gobierno soviético contra su propio pueblo alcanzó su cima; hay pocos ejemplos históricos comparables en salvajismo e irracionalidad extrema. Entre 1935 y 1941, millones de ciudadanos soviéticos fueron arrestados, y al menos setecientos mil ejecutados, muchos de acuerdo a cupos fijos. A las purgas se sumaron los millones

de muertos por la guerra civil, la hambruna, la colectivización y la catastrófica guerra contra Alemania. Los arrestos y las ejecuciones diezmaron las filas de los principales intelectuales, escritores y artistas del país, así como de los inventores, los ingenieros y los estrategas militares, por no mencionar la élite política. La mayoría de las víctimas, por supuesto, no eran prominentes ni conocidas.

En aquellos años, llegar al trabajo cinco minutos tarde podía ser motivo de arresto; el Gobierno de Stalin pretendía hacer de cada ciudadano un informante a fuerza de proclamar que los enemigos se hallaban por doquier, ocultos a la vista de todos. En este aspecto, el Gobierno tuvo un éxito insospechado. A las oficinas locales del NKVD llegaban de Moscú órdenes mensuales para descubrir y arrestar a «terroristas», «agitadores antisoviéticos» y otros «enemigos del pueblo», exigiendo cuotas de hasta sesenta arrestos diarios. Cada mañana, se formaban a sus puertas filas de gente que aguardaba pacientemente para presentar denuncias. Hacían cola para denunciar a vecinos, compañeros de trabajo, miembros de su propia familia. Algunas estimaciones apuntan a que uno de cada siete ciudadanos soviéticos se convirtió en informante.

En su negación de la experiencia personal y del sentido común, la actitud soviética de aquellos años se asemejó a la psicosis colectiva. Décadas después de la muerte de Stalin, cientos de miles de personas continuaban creyendo en los motivos dados para explicar la desaparición de miembros de su familia; fallecieron creyendo que sus padres, hermanos, maridos y mujeres habían sido conspiradores y espías.

La labor diaria de las purgas recayó sobre hombres como Vasili. Respondió a las preguntas sobre su época en la OGPU y el NKVD a mediados y finales de la década de los treinta relatando episodios vagos sobre cómo seguía a extranjeros a los restaurantes y escuchaba a escondidas sus conversaciones, sobre operaciones de vigilancia e informes cumplimentados. Sí reconoció que a principios de 1935 tuvo su despacho en Lubianka, un lugar destacado en el imaginario soviético. El Death's Head de Marvel hecho edificio, Lubianka fue sede de la policía secreta, prisión y cámara de torturas, y pocas son las crónicas del estalinismo en las que no figura de forma destacada. Quienes estuvieron detenidos allí hablaban de laboratorios secretos de drogas, de grabaciones de llantos de mujer transmitidas a través de los conductos de ventilación para quebrar la moral de los prisioneros, de plantas subterráneas a cientos de metros bajo tierra, de crematorios. En lo que antaño había sido un patio se alzaba una prisión para prisioneros políticos de alto rango —una serie de celdas con las ventanas tan oscuras que no dejaban pasar ni un rayo de luz— llamada el Aislador.

Vasili apartaba la mirada cuando yo le preguntaba sobre Lubianka y el trabajo que hacía allí. En lugar de responder hablaba de convicciones: de ser un verdadero creyente en la difícil misión del comunismo y de la necesidad de retirar periódicamente las manzanas podridas. «Por supuesto, nos lo creíamos todo», dijo, recurriendo a la respuesta cliché de quienes han cometido atrocidades. A veces sonaba como si se sintiera engañado, otras veces irritable y defensivo. Él era, reconoció, un investigador de bajo rango, uno de tantos. ¿Cuáles eran sus funciones? Al margen de «interrogatorios» y «papeleo», rehusó entrar en detalles. Mientras hablaba, yo trataba de relacionar el discurso esquivo y vacilante de Vasili, su máscara de inválido, con lo que yo sabía que debía de haber presenciado y hecho: torturas para obtener confesiones falsas que, en muchos casos, conducían a sentencias de muerte y ejecuciones sumarias. Vasili se cubría tras los estragos de la vejez, que todo lo aplacan, tras las arrugas que borraban de su rostro la expresión de autodominio e incluso de crueldad que me había parecido reconocer en las fotos de su juventud que Sonya me había enseñado. Yo sabía que aceptar su relato tibio e inocuo sin cuestionarlo habría sido ingenuo por mi parte. «Para hacer aquel trabajo, había que tener una vocación especial», dijo el poeta Ósip Mandelstam sobre sus interrogadores en Lubianka. «Un hombre común no lo soportaría.»

De regreso a Nueva York, recordé las evasivas de Vasili cuando me topé con un libro raro, breve y descatalogado de Walter Krivitsky, un oficial de alto rango de la inteligencia soviética que, en la cumbre de las purgas, consiguió desertar a Estados Unidos. «Es una de las particularidades del procedimiento judicial soviético», escribió en 1939 acerca de Lubianka, «que pese al desmesurado número de ejecuciones, no hay ejecutores oficiales. En ocasiones los hombres que bajan al sótano para materializar las sentencias de muerte… son oficiales y guardias del edificio. A veces son los propios investigadores y fiscales. Es como si el fiscal del distrito de Nueva York obtuviera una condena por asesinato en primer grado y a continuación fuera corriendo a la prisión de Sing Sing para pulsar el interruptor en la sala de ejecuciones.»

Yo me preguntaba por qué el estudiante estrella de la academia de policía secreta —alguien a quien invitaron a cenar en el Kremlin junto a Stalin y el Politburó— no consiguió ascender en el escalafón de la organización. El nombre de Vasili no figura en las listas de los oficiales de alto rango del NKVD, ni en las de miembros de la organización merecedores de medallas y reconocimientos, ni de sus representantes en convenciones del partido o congresos. Acabé cayendo en la cuenta de que debió evitar tales distinciones por pura supervivencia. «Fueron años negros», dijo Vasili, y trató de prestar

solidez a esas manidas palabras entrecerrando los ojos. «Tenías que guiarte por tu propio criterio.» Y, en voz más baja, añadió: «Siempre tenías que estar pendiente de las reglas del juego, y servirte de ellas a tu favor, porque las reglas cambiaban cada día».

En marzo de 1937, el recién nombrado jefe de la policía secreta de Stalin, Nikolái Yezhov, un burócrata minúsculo con cara lobuna y el título de comisario del pueblo para Asuntos Internos, convocó una reunión de altos cargos del NKVD en un ala de Lubianka. Acusó a su predecesor, Guénrij Yadoga —quien había contratado a Vasili—, de ser simpatizante zarista, malversador y espía alemán. En cuanto Yezhov terminó de hablar, varios de los oficiales de alto rango presentes se apresuraron al podio para denunciar a compañeros y superiores en un fútil intento por salvarse. Los jefes de departamento de Yadoga ya habían sido arrestados; gran parte de la cúpula fue detrás. Yadoga, después de ser acusado también de conspirar para envenenar a Stalin y a la mayoría de sus lugartenientes, fue ejecutado. Dos años después, tras haber supervisado la fase más mortífera de las purgas —un periodo que sería luego conocido como Yezhovshchina— el hombre apodado Enano Venenoso fue acusado a su vez de espionaje, ejecutado y reemplazado por un compatriota de Stalin, el georgiano Lavrenti Beria. A Beria, que ostentó su cargo durante mucho más tiempo que sus predecesores, Stalin lo llamaba «nuestro Himmler» y «Ojos de Serpiente». Beria llegaría a convertirse en el más poderoso de los lugartenientes de Stalin y el más temido, y fue él quien desempeñaría un papel crucial en la carrera de mi abuelo.

«Debemos sacrificar a toda una generación», decretó Stalin, y en la década de los treinta no hubo parte de la estructura de poder soviética purgada más a conciencia que el aparato de la policía secreta. El desertor Krivitski escribió: «Los prudentes buscaban el anonimato, descender a puestos de oficina si era posible; cualquier cosa con tal de evitar la relevancia y el centro de atención… Las razones para arrestar a alguien no guardaban relación con los cargos presentados contra él. Nadie esperaba que la guardaran. Nadie lo exigía. La verdad era completamente irrelevante. Cuando digo que el Gobierno se transformó en un gigantesco manicomio, lo digo de manera literal… No tiene nada de divertido que tus amigos de toda la vida y tus compañeros de trabajo desaparezcan en mitad de la noche y mueran uno detrás de otro. Por favor, tenga presente que yo fui un interno de aquel gigantesco manicomio». En 1941, dos años después de escribir esto, el coronel Krivitski fue hallado en el hotel Bellevue de Washington D. C., a pocas manzanas del Capitolio; yacía en la cama, muerto de un disparo. Las tres notas de suicidio que se encontraron en la habitación fueron decretadas malas falsificaciones, y hoy su muerte continúa sin esclarecerse.

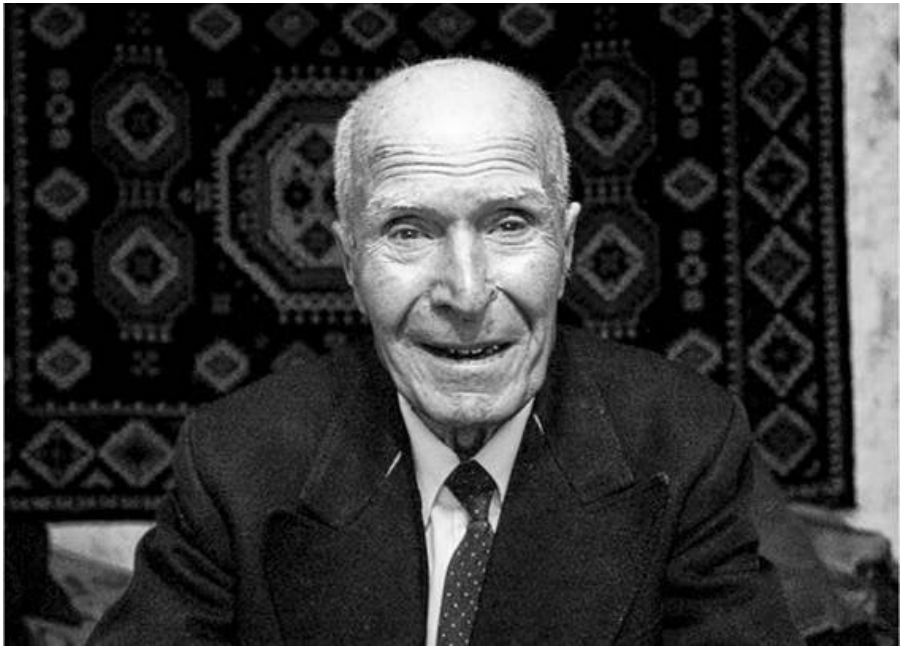


Foto del autor

En Vinnytsia empecé a comprender que el hecho de que Vasili pudiera estar sentado a mi lado era fruto de una combinación poco común de inteligencia, malicia y suerte, aunque desconocía en qué proporción. Quizá por mi expresión de espanto, Vasili se inclinó hacia mí y, ahora iluminado por la luz de la lámpara, me sirvió un vaso de vino local de fresa. «Es bueno para el corazón», graznó, y me lanzó una sonrisa con destellos dorados.

«Estaba en el frente cuando recibí el telegrama», dijo Vasili, reanimado. Petya se había pasado antes por allí para hacer unas fotos, y después de cenar sándwiches de queso, Vasili y yo bebíamos té en tazas de porcelana adornadas con guirnaldas de rosas. Sonya se escapó a la cocina, dejándonos a solas. Vasili estaba hablando de 1941. Atrincherado cerca de Smolensk, formaba parte de una unidad de bloqueo del NKVD que marchaba tras la primera fila de tropas. Era una innovación de la policía secreta soviética concebida para desalentar a posibles desertores: las tropas del Ejército Rojo, mal equipadas y a menudo en desventaja numérica, se veían obligadas a elegir entre los Panzers de Hitler que tenían delante o las bayonetas de los compatriotas que tenían detrás. El telegrama convocaba a Vasili con urgencia a Moscú. A su llegada, descubrió que había sido destinado al servicio de seguridad personal de Stalin y que a la

mañana siguiente debía personarse ante el teniente general Nikolái Vlasik en el Kremlin.

Los guardaespaldas acabaron incorporados al KGB, donde serían conocidos como el Noveno Directorio de Jefatura, pero durante la guerra operaron como una fuerza semiautónoma que informaba directamente a Stalin. Su jefe, Vlasik, un bielorruso exagente de la policía secreta, era el factótum del líder supremo, y hasta llegó a ejercer de tutor y supervisor de sus hijos. La hija de Stalin, Svetlana Allilúyeva, retrata a Vlasik en sus memorias como alguien semianalfabeto y tosco, pero incuestionablemente leal. Su poder provenía de su estrecha cercanía a su patrón. Junto con el secretario de Stalin, Aleksandr Poskrebyshev, constituía la última barrera entre el Estado y su líder. Vlasik era probablemente el hombre de quien Stalin, un paranoico, menos desconfiaba.

«Desde el primer día», reconoció Vasili, «le tuve miedo a Stalin. Era un hombre modesto, sabía escuchar y valoraba la honestidad y la franqueza.» La tarea de Vasili era caminar diez metros por delante o por detrás del líder supremo y a veces ocupar el asiento del pasajero en el Packard del generalísimo. No debía hablar si no era necesario. Me contó que había pasado algunas noches en la residencia de campo de Stalin, la dacha de Kúntsevo, donde Stalin dormía en el sofá. Vasili patrullaba el jardín y la casa silenciosa mientras Stalin dormía. En años posteriores presenció, firme y con la espalda contra la pared, bacanales nocturnas donde los miembros del Politburó, cuya presencia era obligatoria, bailaban y perdían los papeles bebiendo para el disfrute de su sobrio líder. Al amanecer, Vasili acompañaba a aquellos oficiales apenas conscientes hasta sus limusinas. De aquellas despedidas mañaneras, un miembro del Politburó escribió: «Nunca sabías adónde ibas, si a casa o a prisión».

También en los banquetes en el Kremlin Vasili permanecía entre bambalinas y observaba. Cuando algún invitado demasiado entusiasta se levantaba e intentaba acercarse a Stalin para brindar por su salud, Vasili lo interceptaba y lo devolvía a su asiento. «Stalin fingía no darse cuenta», recordó sonriendo, «pero me parece que disfrutaba de aquellas demostraciones de fuerza.» Le temblaba la voz cada vez que hablaba de Stalin, como si el georgiano estuviera en la habitación con nosotros. Le pregunté si Stalin habló alguna vez con él. «Media docena de veces más o menos», contestó. «Recuerdo la primera vez, en la dacha. Hacía diez años que yo era oficial, pero cuando oí su voz y vi que me estaba mirando, me entraron sudores y me eché a temblar. Lo único que quería Stalin era saber si yo estaba recibiendo mi sueldo.» Se rio.

El trabajo de guardaespaldas, reconoció Vasili, era «menos político» —es decir, más seguro— que su anterior puesto en Lubianka.

Aun así, no podía evitar darse cuenta de las desapariciones. Había mañanas en las que un compañero no iba a trabajar y nunca se volvía a hablar de él. Vecinos que se mudaban en plena noche. Antiguos instructores de la academia de policía secreta, investigadores veteranos y fiscales que le habían dado clase de ideología y de metodología acababan tachados de los registros públicos, su mismísima existencia eliminada. Muchos fueron arrestados, algunos se suicidaron, otros sencillamente desaparecieron.

En 1943, en la conferencia plenaria de Teherán, adonde viajó como miembro del destacamento de seguridad de Stalin, Vasili hizo amistad con un estadounidense, un miembro del Servicio Secreto que viajaba con el presidente Roosevelt. «¿Confraternizando con un agente extranjero?», se burló un compañero guardaespaldas una noche mientras fumaban un cigarrillo. «Sospechoso comportamiento para un socialista.» Vasili percibió una vena de amenaza en el comentario. En adelante, siempre que coincidía con el estadounidense, hacía como que no lo veía. «Cada vez que me saludaba y me llamaba por mi nombre, salía corriendo a esconderme.»

En 1941, el año en que fue convocado a Moscú para proteger a Stalin, la joven mujer de Vasili falleció repentinamente una noche; en su certificado de defunción figura «hemorragia abdominal» como causa de la muerte. Llevaban casados menos de tres años. Vasili envió a su hija de un año a vivir con sus padres en Aleksandrovka, en lo que se había convertido en una granja colectiva. Él se quedó solo en Moscú. Me pregunté cómo pasaba sus horas libres. «No tenía amigos», dijo. «No sé qué le podría haber ofrecido yo a nadie.» El trabajo lo había cambiado; ya no era el entusiasta recluta de la academia que había llegado a Moscú hacía una década. «Muchos a los que conocía en Moscú habían desaparecido. Sabía que tenía el teléfono pinchado y micrófonos en mi piso. Por aquel entonces, siempre había alguien vigilándote.»

«Para cuando conocí a tu abuela, yo ya era una persona distinta», dijo. Solo era la segunda vez que mencionaba a Tamara. Antes, cuando le pregunté cómo se conocieron, él hizo una mueca dolorida. «Se presentó en mi piso, se levantó la falda y ya nunca se fue.» Soltó esto con un rencor palpable y se disponía a decir algo más cuando Sonya le apoyó una mano en el brazo. El resentimiento se disipó. Permaneció impasible mientras me contó cómo fue volver a casa una vez tras pasar dos meses destinado en el extranjero y encontrarse el piso vacío. «Salí en busca de Tamara y recorrí todo Moscú. Ya era de noche cuando la vi tras la cristalera de un café. Estaba sentada a una mesa frente a un hombre elegante, más joven que yo, y hablaban con una intimidad que saltaba a la vista. Supe que debería sentirme furioso y traicionado, pero no sentí nada en absoluto, así que di media

vuelta y volví a casa. Nunca se lo conté.»

Cuando mi padre salía a colación en nuestras conversaciones, a veces también desataba la ira de Vasili. «¿Qué clase de hijo abandona a su padre?», me preguntó mientras me contaba cómo fue su última visita. Declaró que mi padre le había gritado, que hasta había sugerido que no eran de la misma sangre: un doloroso recordatorio de las infidelidades de Tamara. Le pidió a Sonya que confirmara su versión del encuentro y ella asintió con tristeza pero sin enfadarse. Según Vasili, fue mi padre quien cortó la comunicación con él. «Dejó de escribir, sin más», dijo, dándole la vuelta a la acusación de mi padre. «Ni una carta ni una llamada en veinte años. ¿O han sido veinticinco?»

Cuando Vasili estuvo de un ánimo más reflexivo, le pregunté por su paternidad. «Les di todo lo que necesitaban», respondió sin emoción. «Siempre le dejaba dinero a Tamara. No hubo día que no tuvieran comida, ropa nueva o zapatos. No muchos niños podían decir lo mismo.» A continuación, como si hubiera notado su actitud defensiva, se relajó. «No hablábamos mucho», añadió al cabo de una pausa. «Cuando yo estaba en casa, no había mucho que decir.»

El último día que pasamos juntos, Vasili me habló de la chica. Yo diría que se lo había estado guardando, expectante, sin tener claro si lo quería contar. La historia tuvo lugar en Moscú en 1943. Fue el peor año de la guerra, y soy incapaz de imaginarme cómo era la ciudad en aquel entonces: el Kremlin rodeado de plomizos globos de protección contra la aviación alemana, la Plaza Roja llena de casas señuelo de madera. Las calles medio desiertas; la ciudad atenuada por la perpetua escasez eléctrica. El pan, el gas y la electricidad estaban racionados, pero las fábricas operaban las veinticuatro horas. Una mujer o un hombre en edad de trabajar que faltara un día a su puesto recibía una sentencia de entre cinco y ocho años de cárcel, e incluso los presos eran enviados a puestos de oficina o a las cadenas de montaje seis días a la semana para trabajar una jornada de doce horas antes de regresar a la celda. Las sirenas aullaban durante los ataques aéreos nocturnos, los vecinos dormían sobre el suelo de baldosines de las estaciones de metro; se confiscaron los aparatos de radio. Estaba vigente la ley marcial. En 1943 en Moscú, niños de doce años fueron objeto de ejecuciones sumarias por robar pan.

Una tarde nublada, Vasili iba en la parte trasera de una limusina negra, uno de los Packards blindados con los que Stalin agasajaba a sus lugartenientes. Apenas se veían coches particulares por entonces, y los viandantes a lo largo de la orilla del río se detenían para verlo pasar. La limusina fue frenando a la entrada del puente Borodino. Una chica caminaba a paso ligero por la acera; parecía apresurarse hacia su casa. Vasili recordaba que aparentaba dieciséis o diecisiete años y que era alta y delgada, con el rostro redondeado y flequillo rubio. El

coche se acercó a la acera y marchó al paso de la chica un momento. Un chófer con uniforme de coronel se asomó a la ventanilla y la llamó. El Packard se detuvo. La chica se acercó con timidez y se agachó para atisbar el interior a oscuras del vehículo.

El hombre que iba en el coche y que la examinó con el mayor interés era calvo y pálido; vestía un uniforme corriente y unos quevedos cubrían sus ojos agudos y despiertos. El primer lugarteniente Lavrenti Beria —comisario general de la Seguridad del Estado y alcaide del sistema de prisiones conocido por el acrónimo de GULAG — no era aún miembro de pleno derecho del Politburó, pero sí era, sin embargo, la persona más temida del país.

Desconcertada, la chica comenzó a retroceder, pero un armenio de ciento treinta kilos que se había apeado de la limusina —un subalterno de Beria llamado Kobulov— la atrapó. La levantó y la introdujo de cabeza en el coche como si fuera una brazada de leña. Todo esto sucedió en unos segundos. Nadie en la acera se detuvo.

Vasili iba en el asiento trasero. Era el más joven de los ocupantes del coche; lo habían tomado prestado del destacamento de Stalin. Según Vasili, al jefe de la policía secreta le gustaba trabar amistad con los guardaespaldas de Stalin: era una forma de manifestar el desprecio que sentía hacia Vlasik, el torpe mayordomo de Stalin y jefe de su guardia personal. Era la primera vez que Vasili servía con Beria. Supo que lo estaba poniendo a prueba. Permaneció en su asiento y miró a los ojos aterrados de la chica, que se movían en todas direcciones.

La limusina se dirigió a una mansión en la calle Malaya Nikitskaya que había pertenecido al general zarista Kuropatkin. Dentro, el servicio había dispuesto un banquete georgiano: cordero asado, *satsivi* y vino tinto. Los hombres de Beria se sentaron a la mesa entre risas, y empezaron a emborracharse. Vasili se quedó de pie en el pasillo y observó: estaba uno de los guardaespaldas veteranos del comisario, Sarkisov o Nadaraia (no recordaba cuál); el enorme Kobulov; algunos otros a quienes no conocía, y a la cabecera de la mesa, el propio Beria, picoteando una berenjena, completamente sobrio. Casi se habían olvidado de la chica cuando Kobulov la hizo entrar en volandas y la subió a la mesa, tirando un plato que se hizo trizas contra el suelo. En las profundidades de la casa, un vals de Chopin sonaba en un gramófono. La chica se quedó petrificada hasta que Kobulov le asestó un empujón y ella empezó a mecerse levemente al ritmo de la música. Vasili recordaba que tenía una cara de niña que le recordó a su hermana pequeña.

Presenció el torpe *striptease* y apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos para no dar un grito, volcar la mesa, desenfundar la pistola y disparar al aire. Se quedó en el pasillo y vio cómo uno de aquellos hombres se la llevaba al piso de arriba. Beria se

puso en pie, dejó su servilleta colgada del respaldo de la silla y los siguió. Vasili sabía que la chica no regresaría a casa y que nunca se la volvería a ver. «No hice nada, me quedé allí», dijo. «Mirando.»

Vasili relató el final de la historia con la vista fija al frente, sin mirar en mi dirección ni de reojo, apretando la mandíbula cuando mencionaba a la chica. Estaba menos en guardia que nunca, olvidado todo aire performático. Los rasgos suaves y cansados del confinado anciano de noventa y tres años recuperaron su antigua severidad.

Volvió a ver brevemente a Beria poco después de la muerte de Stalin, en Kúntsevo, el cinco de marzo de 1953. Después de que a los guardaespaldas se les comunicara esa mañana que Stalin había fallecido, escribió Svetlana Allilúyeva en sus memorias, dos de ellos se suicidaron de un disparo. El servicio de la casa al completo, incluidas friegaplatos y cocineras, fue despedido. Días después, contó Vasili, Beria lo convocó a su oficina y le anunció que lo iba a transferir a la administración de un penal en Siberia oriental. Vasili supo que el traslado se trataba en realidad de una forma de deportación; Beria se apresuraba a deshacerse de cuantos habían estado próximos a Stalin. Durante las siguientes semanas, en una impensable demostración de audacia, Vasili presionó a Beria —de quien se podría decir que en aquel momento era la persona más poderosa de la Unión Soviética— para que en lugar de a Siberia lo enviara a Vinnitsa, donde podría cuidar de sus ancianos padres. Parece ser que Beria accedió a su solicitud, pues en abril de 1953 Vasili se personó en las oficinas del MGB (como se conoció brevemente el directorio de seguridad estatal) de Vinnitsa, y allí se le asignó la vigilancia de actividades de nacionalistas ucranianos bajo la apariencia de trabajar en el Departamento de Recursos Humanos de una fábrica. Se llevó consigo a Tamara y a su hijo.

Vasili sabía que había salido bien parado. Vlasik, su antiguo jefe, había sido menos rápido Beria y acabó en la cárcel por un falso cargo de malversación. Unos meses después, cuando Nikita Jrushchov se convirtió en sucesor de Stalin, Beria perdió el poder que había tenido. Tras dirigir el aparato de seguridad del Estado durante cerca de quince años, terminó prisionero en sus propias mazmorras de Lubianka. Allí, el 23 de diciembre de 1953, un general llamado Batitski le metió un trapo en la boca y le disparó a quemarropa en la frente. Batitski fue nombrado mariscal por aquello.

Yo estaba en el sofá tomando notas, pero había algo en el relato de Vasili que no cuadraba. ¿Cómo un simple guardaespaldas había conseguido tener una reunión privada con el presunto sucesor de Stalin? ¿Cómo consiguió persuadirlo de que revocara su orden anterior? «Siempre trabajaste para Beria, ¿verdad?», pregunté. Vasili asintió, complacido por mi perspicacia.

Dijo que durante el tiempo que pasó en el Kremlin se vio atrapado en una guerra de influencias entre Vlasik y Beria, guerra en la que Beria ganó casi todas las batallas. En 1944, por orden de Beria, Vasili fue enviado a Crimea para participar en la deportación de los tártaros, un grupo étnico que Stalin no consideraba «de fiar». Vasili dijo que presenció palizas, familias expulsadas de sus casas, una violación en grupo; narró cómo él mismo hizo subir a mujeres y a niños a vagones de ganado sin calefacción y aseguró las manillas de las puertas con alambre. Más de la cuarta parte de los ciento noventa mil tártaros deportados a bordo de aquellos vagones murieron. Por un momento, a la débil luz de la lámpara, a Vasili se le llenaron los ojos de lágrimas. La cólera le deformó la voz. «Yo tenía el rango de mayor», casi gritó. «Tenía un despacho en Lubianka y supervisaba a cincuenta y cinco hombres. Me usó como a un vulgar matón. Beria era el más astuto de todos, y yo lo aborrecía.»

Era la primera vez que reconocía no haber sido un investigador de bajo rango, como afirmaba antes, sino un oficial con cincuenta y cinco agentes a sus órdenes. Lo que era más importante, admitió ser un hombre de Beria, no de Vlasik. El cerebro me daba vueltas, tratando de rellenar las lagunas de su historia. ¿Informó Vasili sobre sus superiores del Kremlin? ¿Proporcionó pruebas que condujeron al arresto de Vlasik? Pensar que mi abuelo había trabajado para Beria me dejó sin aire. Había leído que poco después de llegar a la dirección de la policía secreta, Beria encerró a un antiguo superior y a su mujer en Lubianka y los obligó a mirar mientras los guardias golpeaban a su hijo adolescente hasta matarlo. Luego, antes de irse, Beria lanzó una serpiente venenosa dentro de la celda.

¿Cuántos secuestros, cuántos asesinatos presenció Vasili? ¿En cuántos tomó parte? ¿Se limitaba a solicitar confesiones, con un cigarrillo en la mano y un guardia apostado en la puerta, o administraba en persona los golpes y las torturas? ¿Llevó a cabo ejecuciones? Necesitaba más información, necesitaba deshacer las contradicciones y trazar una línea temporal, pero Vasili se dio cuenta de que había hablado demasiado. Le pedí aclaraciones, detalles, pero él esbozó una sonrisa cansada. Volvía a ser el inválido mudo que se deshacía en disculpas.

Eran casi las diez de la noche. Los únicos sonidos eran el tictac del reloj y, en la calle, el traqueteo de un tranvía. Las luces de los coches barrían el techo, primero amarillas, luego rojas, luego de un rosa desvaído. Vasili y yo estábamos sentados a la mesa frente a frente, calibrándonos el uno al otro. Yo percibía el peso de todo lo que él había ocultado o dejado sin decir, todo cuanto se llevaría consigo a la tumba. Su presencia era casi palpable.

Yo había viajado ocho mil kilómetros para conocer a aquel

hombre, casi con toda certeza el último guardaespaldas de Stalin que quedaba con vida y que resultaba ser mi abuelo, creyendo que yo, un simple aficionado, podría trazar el mapa de su vida. Pensé que podría descifrar su rol de culpable por un lado y de víctima por otro, que recopilaría sus motivos y los sopesaría, consiguiendo aclarar su participación en sucesos acaecidos hacía décadas. Me daba cuenta ahora de lo ingenuo que había sido. Su culpabilidad era un continente inmenso e inabarcable repleto de ambigüedades indescifrables. Vasili tan solo me había permitido acceder al vestíbulo de su pasado.

Me daba cuenta asimismo de que el papel de Vasili en aquellos acontecimientos nos afectaba a todos cuantos guardábamos relación con él. Mi padre tuvo que crecer conformándose con los restos de humanidad que a Vasili le quedaban cuando volvía a casa del trabajo, tuvo que convivir con el aterrador pasado de su padre. Cortó la relación con aquel hombre en parte para protegernos a mi madre y a mí de tal pasado. *Eso*, comprendí por fin, era la historia: no la narración ordenada que aparece en los libros, sino una aflicción que se traspasa de padre a hijo, de hermana a hermano, de marido a mujer. Pasó de Vasili a Tamara y a mi padre, y de mi padre a mi madre y a mí. Cincuenta años después de su muerte, Stalin —el espantapájaros de los noticiarios en blanco y negro— también había penetrado en mi vida.

Sonya escuchaba desde la cocina. Durante toda la noche me pareció que quería decir algo, y cuando fui a servirme una taza de té, me llamó por señas a un rincón donde Vasili no podía oírnos. «Cuando yo tenía doce años arrestaron a mi madre», me dijo, apoyándome una mano en el brazo. «Tenía una granja y un vecino la denunció. Mi padre huyó. Mi hermano tenía nueve años. Los orfanatos no admitían a hijos del enemigo, así que vivimos en la calle durante tres años. Una familia ortodoxa muy devota nos acogió. Pero un día oyeron a mi hermano cantar una canción soviética que le habían enseñado en el colegio, y nos echaron. Dos años después a mi hermano lo mataron en el frente.» Miró por la ventana hacia la acera desierta. «A veces odio este país», dijo con un fervor que hizo que se me saltaran las lágrimas.

En la sala de estar, Vasili comía un trozo de tarta, ajeno a nuestra conversación. Llevaban casados treinta y cinco años. ¿Cómo se las apañaba aquella mujer, a su edad, para cuidar al inválido guardaespaldas de Stalin? «Hemos tenido una vida terrible», dijo Sonya adivinando lo que yo estaba pensando. «Lo mejor que podemos hacer ahora es ser buenos el uno con el otro.»

Era cerca de medianoche y le dije a Vasili que pasaría por allí a la mañana siguiente para despedirme, antes de tomar el tren de regreso a Moscú. Sonya me dio un fajo de fotografías que yo le había pedido para hacer copias. «Quédatelas», me dijo, «si no, acabarán en la

basura.» Antes de irme, pasé un momento sentado junto a Vasili, estudiando su cara e intentando recordar cuanto me había dicho. Cuando le di las buenas noches, me estrechó las manos y no las soltó hasta que Sonya salió de la sala de estar; él estaba tan cerca de mí que podía olerle el aliento.

«Tuve miedo todos y cada uno de los días», susurró, y me dejó ir.

Acababa de amanecer, y Petya y Anya dormían en sus literas. El tren traqueteaba a ritmo regular mientras yo extendía sobre una manta las fotos que me había dado Sonya. Había unos doce retratos de Vasili. En el más antiguo posa en posición de firme ante la bandera de su división de la OGPU, tiene ya varias medallas en el pecho y en la pared a su espalda aparece una famosa pintura de Stalin, vestido con casaca blanca y dirigiéndose a una multitud. En el dorso de la foto hay una inscripción de su comandante, fechada en 1935 y con el sello del NKVD.

En una foto de un año después coloreada a mano, mi abuelo tiene un aire a Cary Grant de joven, con una sonrisa pillina, gorra de *tweed* como de vendedor de periódicos, abrigo con cuello de borreguillo, camisa de raya diplomática, chaqueta de gabardina y corbata bordada a rayas. El viento le abre el abrigo y revela una medalla prendida a la chaqueta con una cadena dorada. El chillón retrato va dedicado a sus padres y su hermana: «De vuestro hijo Vasya, en Moscú».

La foto más extraña, llamativa por su insoslayable vanidad, fue tomada en el piso comunitario de Moscú. Vasili está sentado a una mesa cubierta por un mantel blanco, junto a un jarrón con flores. Se apoya en los codos y descansa la barbilla sobre los dedos entrelazados, como un poeta escuchando cautivado. La pose es rara, extravagante, casi femenina. Me pregunté quién la sacó, antes de caer en la cuenta de que Vasili debió de haberla planificado y tomado él mismo, con la Leica montada sobre un trípode.

Pasé un rato estudiando un retrato oficial de 1950: Vasili lleva insignias de oficial en los hombros y el cuello del uniforme; varias filas de medallas solapadas penden del lado izquierdo de su pecho; en el derecho figuran tres órdenes: dos Estrellas Rojas y la Orden de la Guerra Patriótica, otorgadas por «acciones heroicas». A diferencia de las poses frívolas de fotos anteriores, más desenfadadas, en esta Vasili parece despiadado e incuestionablemente triste.

Foto familiar

¿Qué le sucedió en los años previos a esa foto, tomada tres años antes de la muerte de Stalin y de aquella apresurada salida de Moscú con su familia? En 1950 ya se había casado dos veces, tenía dos hijos y era un veterano de guerra condecorado, un oficial con cincuenta y cinco hombres bajo su mando, un agente de policía secreta que participaba en arrestos, interrogatorios y desapariciones, que contribuyó a un genocidio en Crimea. A mí solo me cabía especular sobre todo lo demás que había hecho y presenciado, pero sin duda él comprendía mejor que nadie su fragilidad personal, y la de su familia. ¿Qué significaba descender de un hombre semejante?

En el sobre que Sonya me había dado había también varias fotos de Tamara, en todas ellas con poses estudiadas. En una aparece junto a una hilera de girasoles con un vestido de estampado floral, como una de las mujeres doradas de Klimt. En otra está cortando un pastel, ataviada con un encantador vestido de topos. Nunca sonríe. En otra más, aparece junto a mi padre en un parque. Es una de las escasas composiciones poco logradas de Vasili, con una fuente por detrás de Tamara que parece un tocado. Mi padre tiene tres o cuatro años, lleva pantalón corto y una gorra. Aferra la mano de su madre y, desde detrás de su manga, mira con timidez a su padre.

Foto familiar

En la última foto, Vasili y mi padre se miran sonriendo. Vasili lleva un traje oscuro y corbata; va peinado hacia atrás. Mi padre debe de rondar los seis o siete años. Va rapado, para reducir las visitas al peluquero y el riesgo de piojos, y mira a Vasili con una expresión que logra expresar, a la vez, emoción, aprensión y anhelo. El detalle más revelador son las manos de mi padre. A los escolares soviéticos los enseñaban a mantener las manos entrelazadas sobre el pupitre, y ese gesto —con la formalidad, la obediencia y el deseo de complacer que transmitía— me impresionó. Yo nunca había sabido que mi padre necesitara a alguien, pero mirando aquel rostro vuelto hacia arriba pensé que, de joven, debió esforzarse mucho para no tener que necesitar a nadie. Saqué la foto del sobre y la dejé en la mesa desplegable que tenía a un lado, donde permaneció hasta que el tren entró en Moscú.

Mi padre me estaba esperando en la estación de Kíevskaya. Estoy seguro de que se pasó todo el trayecto hasta su casa deseando preguntarme por Vasili, pero me dejó hablar a mí, no queriendo mostrar demasiado interés. En su actitud había un respeto nuevo, como si yo hubiera logrado una proeza que él no se había atrevido a intentar. «Me preguntó por ti», pude ofrecer, pero no supe conjurar más palabras de ánimo. Cuando nos sentamos en la cocina a tomarnos un té, le enseñé dos fotos de su clase de la escuela primaria. Su cara delgada asomaba con gesto de protesta desde el centro de una fila de niños más altos que él. Luego le enseñé el resto de fotos que me había dado Sonya. «En esta sale guapo», dijo mi padre señalando una foto de

Vasili sentado pensativo a un escritorio, y pensé que era la primera vez que le había oído decir algo bueno de su padre. Me preguntó si se la podía quedar, y yo le deslicé la foto por encima de la mesa.

Lo que diferencia a Moscú de otras ciudades europeas es hasta qué punto su diseño no tiene en cuenta las necesidades de sus residentes. Más que cualquier otro lugar donde yo haya estado, es una ciudad monumental. Muchas de las espléndidas iglesias y los monasterios, palacios y mansiones neoclásicas se construyeron para honrar victorias militares y a los más adinerados nobles y comerciantes. Las infraestructuras urbanas de la era soviética —bulevares de diez carriles bajo los que discurrían oscuros corredores peatonales subterráneos, racimos de bloques de viviendas que se tragaron bosques y lagos enteros— se concibieron a una escala tomada de la más imaginativa ciencia ficción. La arquitectura carece de humanismo pero abunda en variedad, rareza y esos maravillosos y desconcertantes contrastes que dotan a Moscú de su inagotable capacidad para sorprenderte.

Foto del autor

Así que planeé un largo y serpenteante paseo para mi último día en Moscú, la ciudad que Vasili, mi padre y yo teníamos en común. Supongo que buscaba descifrar algo en la arquitectura. ¿Por qué había exigido aquel lugar tanto trabajo, y tan duro, a sus residentes y les

había costado, y les sigue costando, tal cantidad de trastornos y pérdidas? ¿Cómo explicar su insoslayable severidad? Tracé sobre el mapa una ruta que quizá pudiera enseñarme algo nuevo sobre mi ciudad natal. Comenzaba en el teatro del Bolshói; continuaba hacia el sur cruzando la Plaza Roja y el puente Bolshói Moskvoretsky; pasaba por la iglesia de la Resurrección en Kadashi, un antiguo archivo del KGB cuyo campanario recordaba al aparejo de un barco; luego por la galería Tretiakov y la iglesia de San Nicolás, de color mostaza, en Tolmachi; después giraba al este cerca de la grandiosa Biblioteca Científica Pedagógica, de columnas gigantescas y puertas de hierro forjado; continuaba por la casa museo color gris tormenta donde vivó el dramaturgo Ostrovski en la calle Malaya Ordynka, y por la espléndida y antigua mezquita en Bolshaya Tatarskaya…

Por las escaleras mecánicas de la estación de metro de Teatralnaya salí a la luz de una tarde encapotada. En la calle había detectores de metales en cada esquina y el teatro Bolshói se hallaba acordonado por soldados. Sin pretenderlo, me vi en mitad de una multitud de moscovitas, en su mayoría ancianos, que se desplazaban en dirección al Kremlin. La marcha, o quizá una manifestación, me arrastró en la dirección equivocada, y entonces recordé de pronto que era 7 de noviembre, el aniversario de la revolución bolchevique, la fiesta más señalada de mi infancia. Pensaba que la habrían derribado junto con las estatuas de Lenin. Pero mientras caminaba entre cientos de personas que sostenían banderitas rojas con sus guantes, alcancé a ver a un hombre con sombrero de piel subido a la plataforma de un camión con un micrófono, cantando a todo pulmón el himno soviético.

Foto del autor

En las aceras había un piquete de manifestantes con letreros pintados a mano. En uno aparecía una caricatura de un judío bolchevique con una nariz grotescamente larga; otro, muy desconcertante, decía: «Senador de los Estados Unidos David Duke». Bajo un monumento de granito a Karl Marx, una mujer altísima estaba de pie sobre la plataforma de otro camión, la pechera cubierta de medallas doradas y plateadas. Con voz resonante, pronunció un discurso sobre un imperio que antaño abarcó medio planeta, sobre el despilfarro de riquezas y el poderío militar, sobre escapar de la decadencia y de la occidentalización. «¡Esos criminales vendieron nuestra nación!», gritó a mi lado una mujer con gorro de piel de conejo, blandiendo el puño en dirección a las almenas rojo tomate del Kremlin.

En una pantalla publicitaria situada por encima de Marx desfilaban anuncios de zapatos de Dolce & Gabbana y joyas de Bulgari. Después mostró una imagen del candidato presidencial ucraniano Víktor Yanukóvich, un exconvicto que contaba con el apoyo de Rusia, esbozando una sonrisa pixelada. La muchedumbre lo ovacionó sin mucho entusiasmo. Más tarde me enteré de que el Gobierno había intentado abolir el Día de la Revolución, pero las celebraciones continuaban, una muestra de la calculada duplicidad de Putin con respecto al pasado soviético. El Partido Comunista les pagaba a algunos ancianos para que acudieran, pero la mayoría habrían ido igualmente. Eran de la generación de Vasili. En los mítines podían

lucir las medallas fruto de sus esfuerzos y creer que el experimento social por el que se habían sacrificado no fue un error colosal.

Llegó un momento en que el caos tomó las riendas de la marcha. Algunos manifestantes se dispersaron cual bolas de billar, tomando cada uno su propio rumbo; otros se congregaron alrededor de los altavoces para unirse a los cantos soviéticos. Deshice mi camino por la calle Mokhovaya, yendo a contracorriente hacia el oeste. En las aceras, la gente se había parado a mirar. Tras el escaparate de un concesionario Bentley, dos vendedores con trajes color ceniza observaban a la gente. Las nubes se abrieron de repente y el sol inundó la calle. Casi involuntariamente, todo el mundo sonrió; los cánticos sonaron con más fuerza. Por fin retomé mi ruta original y me encontré la calle despejada de personas. Estaba en la entrada de una plaza. En una elevación había un pedestal vacío, antaño ocupado por una estatua del primer jefe de la policía secreta soviética, Feliks Dzerzhinski, y tras él, la vieja e inmensa prisión de Lubianka, que continuaba albergando la sede de la policía secreta, llamada ahora FSB. La luz del sol doraba las ventanas.

Foto del autor

Por primera vez desde que había llegado a Moscú, soplaba una brisa templada y el cielo estaba despejado. Iba de copiloto en el jeep de mi padre, camino del aeropuerto. La parte que menos me gustaba de mis visitas era ese último trayecto al aeropuerto, y creo que a él también. Estuvimos noventa minutos sentados uno junto al otro, atrapados en el jaranero tráfico de Moscú, abriendo intentos de

conversación sin admitir ni la tristeza ni el alivio que mi partida nos producía.

Mi padre miraba al frente, orientándose por la autovía de circunvalación. Dejamos a nuestra derecha el rascacielos que se erguía en el centro de la alma máter de mis padres, la Universidad Estatal de Moscú. Con sus más de doscientos metros de altura, continúa siendo la apoteosis de la arquitectura estalinista: tres losas de hormigón coronadas por una aguja dorada y adornadas con espigas de trigo, barómetros e imágenes de musculosos y esforzados proletarios. Stalin encargó siete torres similares, las «Siete Hermanas»; se dice que desde cualquier punto de Moscú se puede ver al menos una de las agujas. Hoy en día los moscovitas las llamas simplemente *visotki*, rascacielos.

Autor desconocido

Cuando finalizó su construcción en 1953, el edificio de la universidad era el más alto de Europa. Erigido en la Colina de los Gorriones, emplazamiento que Iván el Terrible consideraba demasiado ventoso como para construir nada en él, tenía una de las mejores vistas de la ciudad; Chéjov afirmó que para entender Rusia había que verla desde esa elevación. El proyecto se le asignó a Borís Iofán —el arquitecto que diseñó el grandioso y malogrado Palacio de los Sóviets — pero él decidió situar el edificio al borde de lo que entonces se conocía como la Colina de Lenin. En caso de un corrimiento de tierra, el edificio podría haberse precipitado al río Moscova. Según se dice, Iofán se negó a cambiar el emplazamiento, así que fue sustituido por Lev Rúdnev, un monumentalista más joven y flexible. Rúdnev recibió el Premio Stalin por su trabajo en la universidad en 1949, cuatro años

antes de que finalizaran las obras.

La torre la levantaron prisioneros del gulag, entre ellos miles de alemanes capturados en la guerra. Por orden de Beria, transportaron la estructura de acero del edificio desde la ciudad ucraniana de Dnepropetrovsk a bordo de sesenta trenes. Cientos de trabajadores murieron durante la construcción. Los moscovitas dicen que el rascacielos está «levantado sobre huesos». Según una leyenda urbana, un prisionero que trabajaba en la aguja fabricó un par de alas con restos de madera contrachapada y se lanzó a volar rumbo a la libertad.

Mi madre vivió allí de estudiante. Recordé las historias que contaba: habitaciones estrechas con dispositivos de escucha en el armario, un sistema de ventilación tan malo que llegaba hasta su habitación el olor de los repollos que hervían los estudiantes de intercambio de la hochiminiana República Democrática de Vietnam alojados en el piso de abajo, los treinta y tres kilómetros de pasillos oscuros, sonidos inexplicables en mitad de la noche, suicidios. Eran muchos los que creían que el edificio estaba hechizado.

Mi padre me miró sonriendo. «A ti te concebimos ahí», me dijo, complacido por el recuerdo. Me volví para echar un último vistazo a la brillante aguja de la torre, pero mi padre aceleró y el edificio desapareció a nuestra espalda.

De vuelta en Nueva York, le dediqué cada vez más tiempo a Vasili. Incluso se coló en mis sueños: siempre él solo, sentado frente a mí en su apartamento de Vinnytsia. Pasé semanas en bibliotecas intentando corroborar sus relatos con lo que había publicado. Los conocedores de la materia me aseguraron que el informe del FBI sobre Vasili no era algo que yo tuviera muchas probabilidades de leer antes de morir.

Vi una y otra vez un documental ruso titulado *Yo fui guardaespaldas de Stalin*, sobre un hombre que afirmaba haber tenido una carrera profesional casi idéntica a la de mi abuelo: Alekséi Rybin había sido comandante del NKVD y guardaespaldas al servicio del general Vlasik. Lo que cuenta —sobre el gusto de Stalin por el acicalamiento personal y por la carne de reno— me sorprendió tanto por lo banal como por lo evasivo. Pero en un momento dado, tras recitar una letanía de nombres de compañeros de trabajo que habían sido arrestados o que se habían suicidado, Rybin comenta: «Habría bastado con que alguno mencionara mi conexión con ellos, y también yo habría desaparecido. Mi mujer nunca habría encontrado mi tumba». El documental, rodado quince años antes de que yo conociera en persona a Vasili, describe a Rybin como «el último testigo con vida para contar la historia».

Mis dudas fueron creciendo a la par que mi obsesión por los relatos

de Vasili. Los episodios en los que supuestamente había participado —el aborrecible banquete en el Kremlin, el rapto cometido por Beria en plena calle— eran episodios bien conocidos del periodo estalinista. Pero las crónicas publicadas corroboraban sus relatos solo parcialmente. Algunas afirmaciones de Vasili se hallaban documentadas en fotos de la familia y en las historias de mi padre y de Tamara, pero otras eran indemostrables, insertas en una apretada maraña de plausibilidad, probabilidad y hechos. Cuando llamé a Vasili después de mi visita, guardó silencio sobre su pasado, rehusando ofrecer aclaraciones o explicaciones.

Así que escribí cartas y correos electrónicos. Un viejo académico soviético, a quien conocí por casualidad en su casa de veraneo en New Hampshire, me sirvió de intermediario. Comencé por mantener correspondencia con dos especialistas que habían estudiado documentos desclasificados durante el periodo postsoviético y cuya información sobre el entorno de Stalin era seguramente más fiable que cualquier otra disponible en Occidente.

Tras escuchar mi historia, Stephen Kotkin, un profesor de Princeton que estaba escribiendo una magistral biografía de Stalin en tres volúmenes, arrancó a hablar emocionado. Yo sujetaba el auricular con el hombro mientras tomaba notas. Beria era un invitado habitual en las cenas de la dacha de Stalin en Kúntsevo, me dijo Kotkin; era taimado y brillante, y trataba al desventurado Nikolái Vlasik —el jefe de mi abuelo— con una mezcla de envidia y desprecio. A Beria le gustaba poner en evidencia a Vlasik trabando amistad con los guardaespaldas, con los que establecía un vínculo estrecho y a los que atraía a su círculo para obtener información sobre Stalin e influir en él y su entorno. Por lo tanto, era del todo verosímil, concluyó, que Vasili mantuviera un trato estrecho con el jefe de la policía secreta mientras trabajaba para su némesis. Pregunté si era posible que Vasili hubiera tenido un despacho en Lubianka mientras trabajaba de guardaespaldas.

—¿Por qué no? —respondió Kotkin—. Tiene usted que comprender que la kremlinología funcionaba manteniendo a casi todo el mundo, incluso a miembros de los círculos más estrechos del poder, en la ignorancia. Nadie sabía nada de lo que sucedía a su alrededor. El hipersecretismo era norma.

Simon Sebag Montefiore, autor británico de varios excelentes libros sobre Stalin, me escribió un correo para decirme que la presencia de Vasili en el banquete de 1932 era cuestionable —fue un evento relativamente selecto al que asistieron, en su mayoría, los más altos funcionarios— aunque posible. El protocolo entre los antiguos revolucionarios era, al fin y al cabo, muy informal. Se preguntaba si a lo mejor Vasili había oído a sus colegas hablar de lo que sucedió e

inconscientemente confundía esa información con sus recuerdos personales. Aun así, tanto él como Kotkin coincidieron en que, desde nuestra actual perspectiva, la versión de Vasili sobre su pasado era imposible tanto de confirmar como de desmentir. «Al final», me escribió Montefiore durante un descanso en la gira de promoción de uno de sus libros por Australia, «*todo* es plausible.» Y me deseó buena suerte.

Foto familiar

Unos días antes de dejar Vinnytsia, en una tarde muy cálida para la época del año, Vasili me habló de su padre, y es *esa* historia la que, en mi opinión, constituye el epítome de todas las vidas de los hombres de mi familia. Además de nuestro ridículo apellido, mi bisabuelo tuvo que cargar con un nombre de pila igual de cómico; se llamaba Anany, que sonaba casi como Onan, el masturbador del Antiguo Testamento. Entre las fotos que Sonya me dio figura una de dos ancianos sentados frente a una casa de campo. El hombre de la izquierda, por encima de cuyo hombro se asoma mi padre, entonces de seis o siete años, es Anany. Su aspecto es el de un granjero de toda la vida: camisa de faena abotonada hasta el cuello, pelo rapado y manazas nudosas. Anany fue un devoto comunista y un devoto cristiano. Pese a que llegó a dirigir una granja colectiva, continuó siendo presbítero de su iglesia y en la repisa de la chimenea conservó una Biblia encuadernada en

cuero, con los cantos ornamentados y doscientas ocho ilustraciones de Gustave Doré. Mi padre recordaba que, a pesar de haber perdido buena parte del oído y de la vista con la vejez, Anany siguió siendo alegre y amable hasta su último día.

Según Vasili, en 1915 el Ejército zarista reclutó a Anany, que tuvo que dejar a su mujer y dos hijos pequeños para irse a la guerra en Polonia; más adelante, ese mismo año, fue herido y capturado por las tropas del Káiser. Como se hizo pasar por polaco, en lugar de fusilarlo lo trasladaron bajo escolta a un hospital de Berlín, donde los cirujanos le extrajeron metralla del muslo. Se quedó seis años en Alemania, desempeñando trabajos esporádicos de celador y deshollinador. Después se embarcó de polizón en un carguero con destino Dinamarca. Desde allí continuó a través de Suecia y de Finlandia, y en 1923 cruzó la frontera del país que, en su ausencia, se había convertido en la Unión Soviética. Anany recorrió a pie casi todo el camino hasta su pueblo, Aleksandrovka, pero al llegar supo que todo el mundo lo daba ya por muerto y que habían celebrado su funeral. Ya había anochecido cuando entró en la casa de la que había salido como recluta forzoso ocho años antes. Su mujer estaba retirando los platos de la cena.

Su hijo Vasili, de doce años, no reconoció al hombre escuálido que estaba en la puerta.

«Hola», le dijo Anany al niño. «Soy tu padre.»

2

NÚMERO 19

Foto familiar

En los años posteriores a mi llegada a Nueva York, la imagen que tenía de mi padre se fue volviendo cada vez más confusa, emborronada por las historias que contaban mi madre y mis abuelos, así como por sus miedos y prejuicios. Me daba cuenta de que no sabía gran cosa sobre mi padre ni sobre su familia, y al cabo de un tiempo ni siquiera estuve seguro de querer saber nada. Quizá lo más extraño de abandonar tu país de nacimiento es renegociar la relación con tu pasado. Una vez que el pasado se reduce a unas cuantas fotografías e historias familiares, ya es opcional. O eso pensaba yo.

El hombre al que llegué a conocer estrechamente en los primeros años de mi adolescencia fue mi abuelo materno, Semión Efímovich Galbershtad (él prefería la extraña ortografía rusa del apellido). Era un hombre de facciones grandes, robusto y de barriga prominente, ojos glaucos y saltones, y una nariz desproporcionada que sobresalía de su cara como un hongo del tronco de un árbol. Había sido profesor de neurofisiología, zoología, darwinismo y de media docena más de materias en la Universidad de Vilna, y había escrito doce monografías científicas, entre ellas el manual *La regulación nerviosa de los tejidos musculares*, que durante un tiempo se utilizó como libro de texto en La

Sorbona. Fue pionero en el uso de los espectrogramas; teniente de caballería en las fuerzas armadas de la Lituana independiente durante el periodo de entreguerras; artillero de mortero del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial; profesor de alemán en un instituto; ávido consumidor de libros y revistas; un devoto de Verdi capaz de silbarte el primer acto de *La traviata* entero; por raro que parezca, forofo del toreo, y morfólogo aficionado pero entusiasta del sexo femenino, cuya observación solía llevar a cabo (salvo excepciones) a distancia. Cuando hablaba de una secretaria de la universidad o de la cajera de una librería las describía, desestimando cualquier prueba de lo contrario, como una «pelirroja preciosa», una «belleza rubia» o una «morena deliciosa». Rara vez bebía. Siempre que oía o leía algo gracioso, los hombros se le agitaban y la sobredimensionada topografía de su cara se contorsionaba como una anémona hasta que lo cegaban las lágrimas, siempre sin emitir sonido alguno.

En aquellos años, yo pasaba casi todas las noches en compañía de Semión. Mi madre trabajaba en horario nocturno en una clínica mental de Coney Island, y mi abuela Raísa, que padecía Parkinson, se pasaba las noches viendo la tele, así que cuando yo volvía a casa después del colegio, Semión y yo recorríamos todo Broadway a pie, a veces hasta la estación de metro de la calle Steinway; tal era su versión de un paseo saludable. Su tema de conversación favorito era la fauna salvaje: la odisea genética del ornitorrinco, el número de vértebras del cuello de una jirafa, la coloración iridiscente del *Colibri cyanotus*, el cerebro secundario posterior del *Apatosaurus* y de otros grandes herbívoros del Jurásico tardío.

El destino de aquellos paseos era una tienda que hacía esquina donde comprábamos una bolsa de caramelos de manzana ácida marca Brach. Al principio yo le daba la lata para comprarlos, pero cuando llegué a la adolescencia con las inseguridades que esta conlleva, empecé a rechazarlos. Me voy a poner gordo con tanto Brach, le dije un día en la tienda. Eso sería con once o doce años. Semión se fijó en mi abultado abrigo y valoró mi reciente aumento de talla; yo estaba empezando a parecer una versión en miniatura de él. «Tienes razón», concedió. «Fíjate, ¡si casi estás obeso!» Le di una fuerte patada en la espinilla ante las miradas de desaprobación de las cajeras, le arranqué de la mano la bolsa de caramelos verdes aún sin pagar y salí corriendo.

El enfado no me duró mucho. Era imposible. Semión era científico; le gustaba decir que él trabajaba datos, no cumplidos. Los buenos modales eran para peleles intelectuales humanistas. En casa me gustaba preguntarle por la guerra, y él, a regañadientes, me contaba historias sobre el frente polaco y la batalla de Berlín.

—Calculaba la distancia que mediaba entre dos hoyos de

protección alemanes, y disparaba el mortero.

—¿Y luego?

—Y luego avanzábamos hacia los hoyos y nos encontrábamos muertos a todos los que había dentro.

—¿Cómo eran?

—Eran jóvenes y habitualmente se les habían salido los intestinos, verdes por la bilis, y olían muy mal.

Una noche íbamos de vuelta a casa después de uno de nuestros paseos cuando, cerca del portal del edificio donde vivíamos —un bloque de viviendas protegidas en la esquina de la calle 24 con la avenida 34 en Long Island City— vimos a Jason, un vecino del sexto. Era un estudiante de enseñanza media más o menos de mi edad, bien educado y esbelto. A todo el bloque le caían bien sus padres. Al era un policía de barrio nativo de Trinidad; Brenda era ama de casa, oronda, amigable, de piel clara, y cuidaba de Jason y sus dos hermanos. Semión le dijo a nuestro vecino algo que no alcancé a oír, y luego le vi alzar una mano grande y carnosa y acariciar el pelo afro de Jason.

Mi abuelo sonreía encantado. Hablaba mal inglés, y demasiado alto. «Tu pelo es…», Semión rebuscó en su escaso vocabulario, «como un estropajo.» Jason abrió mucho los ojos, sorprendido. Apartó la mano de Semión de un fuerte manotazo. «Quita, tío», dijo, y se largó dejándonos plantados. Semión estuvo semanas disgustado. «Jason es buen chico», decía. «¿Qué dije yo para que se enfadara?».

Si Nueva York le desconcertaba, recuperaba el control encorvado sobre el tablero de ajedrez. Jugábamos todas las noches, y Semión tenía un cuaderno junto al tablero donde tomaba notas y dibujaba esquemas de sus aperturas favoritas, sobre todo los audaces gambitos: el Alekhine, el Nimzowitsch, el escandinavo. Yo había calentado una cena de esas precocinadas para cada uno, con cuidado de retirar el papel de aluminio que recubría el postre, y Semión dio un bocado a un perfecto filete Salisbury. Estudió las piezas del tablero. «¡Hay millones de jugadas posibles!», dijo. «Todas se llevan a cabo en estos sesenta y cuatro cuadrados tan bien ordenaditos, y la victoria solo es cuestión de lógica y paciencia.» Él había comenzado con la defensa siciliana e iba haciendo incursiones en mi lado del tablero, camino ya de otra victoria. «No como en la vida», añadió, pulsando el botón del cronómetro.

Aunque pasé muchas noches con mis abuelos maternos, llegué a saber poco sobre cómo fueron sus vidas antes de que yo naciera. No era información que fueran regalando alegremente. Yo sabía que tan solo el cinco por ciento de los judíos de Lituania había sobrevivido a la guerra, lo que hacía de Semión y de Raísa —y por extensión de mi

madre y de mí— excepciones estadísticas. Sin duda, la vida los había predispuesto al secretismo. Sabía que mi recelo, mi exagerada tendencia a estar en guardia y mi renuencia a hacer planes para un futuro que podía no llegar nunca eran herencia de su mentalidad y de su visión del mundo, que nuestro patrimonio era la capacidad de gestionar lo inesperado.

Después de volver de Ucrania, las lagunas en lo que yo sabía de sus vidas empezaron a ponerme nervioso. Conocer a Vasili había producido una fractura en mi conocimiento de mi familia; una fractura, en realidad, en mi comprensión del comportamiento humano. Comenzaba a atisbar interacciones entre lo personal y lo político. Relaciones que yo había creído basadas en afinidades, rencores y malentendidos revelaban ahora su conexión con vastos acontecimientos colectivos y con las realidades cotidianas que estos imponían sobre los individuos. Comenzaba a comprender que mis cuatro abuelos habían vivido en un país y una época donde la barrera de protección entre historia y biografía se volvió casi imperceptible.

Me había adentrado demasiado en el pasado. En Nueva York pasé cada vez más tiempo allí metido —en el pasado de mi familia— y necesitaba más información. Había dado con Vasili; ahora, para comprenderlo todo mejor, también necesitaba saber más sobre Semión y Raísa. Para cuando visité Vinnytsia, ambos habían fallecido ya, pero gran parte de sus vidas sobrevivía en mi madre. Así que unos años después de conocer a Vasili, mi madre y yo volamos a su lugar de nacimiento, Vilna, la ciudad lituana donde yo había pasado varios veranos de mi infancia. Y resultó que allí el pasado también se estaba desvaneciendo, aunque no tan rápido como algunos quisieran.

El antepasado más remoto del que tengo conocimiento es un tatarabuelo que se llamaba Abel; en la lengua del Imperio Ruso de ocupación, Orel. En la segunda mitad del siglo xix, a muchos lugares y a muchas personas en Vilna se las conocía por más de un nombre. Abel/Orel no vivía en el barrio judío, sino en la parte nueva de la ciudad, en la calle Novogorodskaya (ahora llamada Naugarduko). Y lo que es aun más extraño, era el propietario de la casa de piedra de cuatro pisos donde vivía, gracias a la pequeña fortuna que había amasado revendiendo chatarra. En un registro encuadernado en tela donde estaban censados los discípulos del zar nacidos en su territorio durante el año 1861, encontré su fecha de nacimiento: 12 de noviembre, o 9 de kislev según el calendario judío. Figuraba asimismo una nota sobre su circuncisión, realizada seis días después. La entrada recogía los nombres de sus padres —Aron y Risa— y de sus dos abuelos, llamados ambos Abram y nacidos en la ciudad vecina de Stakliškės, pero sobre ellos no he encontrado nada. En otro registro

aparecía el nombre rusificado del hermano de Abel, Ovsey, nacido quince años antes. Tampoco sobre Ovsey averigüé nada, más allá de sus fechas de nacimiento y de circuncisión, anotadas en tinta con esa retorcida caligrafía rusa antigua, florituras manuscritas que parecían impresas.

Estudié aquellos registros en el búnker de hormigón que aloja el archivo municipal de Vilna. El mobiliario y los empleados del lugar eran del mismo gris amarronado que los muros, como si la lluvia que tamborileaba en el tejado se hubiera filtrado y los hubiera teñido. Una archivera de cincuenta y pocos años, con un chal estampado de flores y el pelo rubio teñido, tecleaba con aire ausente en su escritorio mientras yo pasaba las quebradizas páginas. En otros registros y bases de datos figuraban más Halberstadt —Arones, Girshes, Tsernas, Chaykas e incluso un Frade, fallecido por suicido a los dieciocho años en 1930—, pero no pude discernir si se trataba de parientes míos.

El hilo de la familia de mi abuelo fue el que conseguí rastrear más lejos. Según él me contaba, llegaron a Lituania procedentes del obispado de Halberstadt en el círculo de la Baja Sajonia del Sacro Imperio Romano Germánico, hoy en día Sajonia-Anhalt, seguramente tras una de las expulsiones periódicas de judíos que la Iglesia llevaba a cabo, o de una de las muchas masacres. Halberstadt era conocido por sus estudiosos de la Torá y sus academias religiosas, pero mi abuelo ignoraba cuándo y por qué motivos se fueron de allí aquellas personas. Es probable que, junto con muchas otras, llegaran al este en el siglo XV o a principios del XVI para aprovechar las condiciones favorables que Lituania ofrecía a los judíos. Fue el último país europeo en adoptar el cristianismo, y durante un tiempo hubo allí gobernantes de un igualitarismo y una visión de futuro fuera de lo común.

De niño, mi abuelo conoció a vecinos mayores que guardaban en su casa serpientes sagradas; Lituania había sido antaño una nación de animistas. El nombre del país aparece citado por vez primera en el año 1009, en un documento eclesiástico llamado los *Anales de Quedlinburg*; en este aparece recogido que Bruno de Querfurt, un misionero sajón, «fue golpeado en la cabeza por paganos… en la frontera entre Rus y Lituania». (Hoy en día los lituanos se sirven de esta alusión para datar la fundación de su país.) Según algunas versiones, san Bruno intentó convertir al cacique local y su hermano lo mató, mientras que, según otras, los paganos locales lo decapitaron por pernoctar en un bosquecillo sagrado. Los gobernantes lituanos se aferraron a la fe animista hasta que la oportunidad de gobernar la Polonia católica mediante el matrimonio de su reina de once años, y de poner fin a los ataques de los caballeros teutones, que se creían los cruzados del este, les persuadió de convertirse. El pueblo del rey Jogaila quemaba a sus muertos junto con sus caballos, perros y halcones, y lanzaba garras de

animales salvajes a la pira para que el difunto escalara más fácilmente la colina del otro mundo. En febrero de 1387, Jogaila y los suyos irrumpieron a caballo en el bosquecillo que él y sus antepasados habían adorado. Talaron los robles, derribaron los ídolos, mataron a las serpientes sagradas y apagaron los fuegos sacrificiales. En su lugar erigieron cruces.

Pocos años después, el primo de Jogaila, Vytautas, concedió una carta estatutaria a los judíos de Troki, Brest y Grodno, que a la postre se haría extensiva a cuantos viviesen en suelo lituano. El documento era impactante por su oposición a la intolerancia y al fervor religioso que caracterizaban gran parte de Europa. Para hacernos una idea de lo inusual de su carácter, solo hace falta mirar hacia el oeste. En 1290, Eduardo I expulsó de Inglaterra a los judíos. Dieciséis años después Felipe IV el Hermoso hizo lo propio en Francia. En España, los patronos de Cristóbal Colón, Isabel y Fernando, ordenaron la salida del país de más de sesenta mil judíos en 1492; los españoles mataron a miles de judíos mientras estos abandonaban sus hogares.

Por el contrario, la carta estatutaria lituana declaraba fuera de la ley los libelos antisemitas de sangre y castigaba a los cristianos que profanasen tumbas judías. Decretaba que cuando un judío fuese acusado de un crimen, este había de ser corroborado tanto por un cristiano como por un judío. Imponía una multa a cualquier cristiano que rehusara auxiliar a un vecino judío que pidiera ayuda de noche. Hoy en día, la carta se interpreta como un reglamento para la división por zonas de una ciudad pequeña, especificando el derecho de los judíos a «habitar en las áreas donde hoy día habitan en Grodno, es decir: desde el puente que va del Castillo de Grodno hasta el mercado, a ambos lados de la calle, hasta la que discurre de la calle del Castillo hasta Podol; en las zonas frente a las casas de la iglesia y la casa de Ivanovski; desde el otro lado de la calle hasta el cementerio, y cruzando este y los terrenos de la iglesia hasta la misma orilla del río Gorodnitza». Los descendientes del gran duque mantuvieron, en su mayor parte, la carta estatutaria y en el siglo XVI los judíos acudieron en masa procedentes del oeste y del este, llegando a formar en Lituania la mayor comunidad judía de la diáspora, la más grande desde los tiempos de Babilonia. Lituania pasó a ser casi tan importante para los judíos como lo era para los propios lituanos.

Aun así, la apertura de mente de los reyes de Varsovia que gobernaban Lituania rara vez se hacía extensiva a los alcaldes o los gremios de las localidades: los mercaderes y comerciantes veían a los judíos como competidores y no cesaban de solicitar a los funcionarios públicos que se restringieran sus derechos. En los siglos XVII y XVIII, a los judíos solo se les permitía vivir en una ínfima y superpoblada fracción de Vilna que los gentiles llamaban Barrio Negro. Sus patios se

convirtieron en colmenas de tiendas, puestos de artesanos, centros de estudios religiosos y sinagogas. Las puertas y las contraventanas de las viviendas estaban hechas de hierro como prevención contra potenciales intrusos.

Los primeros litvaks (como se hacían llamar los judíos de Lituania) que encontré en los libros de historia resultaron ser muy distintos de los judíos seculares famosos de las historias de Semión: Horowitz, Wittgenstein, Freud y los premios Nobel de química y de física a cuya compañía él aspiraba. Las fotografías y los ferrotipos realizados en los shtetls[4] mostraban a hombres barbudos con oscuros y pesados abrigos y sombreros gibosos; a mujeres con pañoleta y vestido oscuro hasta los tobillos. Se daban un aire a Mendel Singer, el protagonista de *Job* de Joseph Roth, que mira a los vecinos de la Zona de Asentamiento con un desinterés agrio y, en ocasiones, mordaz. En su aislamiento de la sociedad gentil entre la que vivían y su aparente indiferencia hacia la misma, estos judíos rurales del este de Europa me recordaron a los Lubavitcher Hasidim que conocía de Brooklyn.

La fuente de tal indiferencia hacia el mundo gentil se remontaba a las Escrituras. Los litvaks se consideraban habitantes de una época de duración indefinida: un lapso entre la entrega de las leyes acontecida en la antigüedad bíblica y la futura llegada del Mesías. Respecto al presente, su actitud era ambivalente, desganada en ocasiones. Frente a la palabra de Dios interpretada a través de irrebatibles análisis rabínicos durante miles de años—y de una tradición que se remontaba a la fundación de Canaán por el clan de Abraham, unos mil ochocientos años antes de nuestra era— ¿qué importancia podía tener la transitoria cultura gentil? El primer deber de los litvaks era el estudio de la Torá, del Talmud y de los posteriores volúmenes eruditos. Además de los mandamientos que Moisés bajó del monte Sinaí, las autoridades rabínicas extrajeron seiscientas trece leyes de los primeros cinco libros de la Biblia: doscientos cuarenta y ocho deberes y trescientas sesenta y cinco interdicciones. Un judío dedica varias horas al día a rezar y a recitar bendiciones antes de realizar numerosas actividades, sobre todo si son placenteras. Salvo obras en yidis orientadas al entretenimiento popular (a menudo escritas por mujeres y objeto de la sospecha del rabinato), la producción literaria judía es una sucesión de análisis de las Escrituras, escritos en hebreo y arameo, conocidos como *pilpul*. Sus autores se caracterizan por su originalidad y brillantez retórica: improvisaron a partir de las leyes internas de un pueblo sin Estado.

Para los antepasados de mis abuelos, la cuestión de la asimilación apenas se contemplaba. Ser un litvak era nacer sabiéndote un extraño y ser toda tu vida muy consciente de los potenciales peligros de tu entorno. Para muchos, *kiddush hashem* —morir por Dios— no era un

ideal religioso ni una fantasía. Crecían oyendo hablar de las masacres, las expulsiones y los bautismos forzosos que sus antepasados habían soportado y que otros judíos continuaban sufriendo en el resto de Europa. Durante siglos, los litvaks se vieron obligados a dedicarse a profesiones que la mayoría de gentiles evitaba. Algunos eran artesanos y comerciantes que trataban principalmente con su propio pueblo; otros eran recaudadores de peajes y de impuestos, destilaban y vendían licor, regentaban tabernas. Vivían en un equilibrio tenso con sus vecinos gentiles y se mantenían a una distancia prudencial de ellos.

Ni siquiera le daban importancia a los trastornos políticos diarios; era típico de los litvaks decir que les preocupaba poco qué bando había prevalecido en la última guerra. No obstante, la situación en Lituania era más acogedora que en otras zonas, y miles de judíos abandonaban sus lugares de origen y emprendían el viaje hacia las orillas del río Neris. La primera sinagoga de Vilna se inauguró en 1573. En el siglo XIX, los judíos comprendían casi la mitad de la población. Se decía que Napoleón llamó a la ciudad «la Jerusalén del norte» cuando vio el estilo renacentista del interior de la Gran Sinagoga y paseó por el Barrio Negro.

En los registros del archivo también encontré constancia de mi bisabuelo: Haskel Halberstadt, hijo de Abel, abrió una consulta de dentista en el número 12 de la calle Kalvariyskaya (ahora conocida como Kalvarijų), al norte del Neris, en 1897. Aquel año, Vilna era el hogar de casi sesenta y cinco mil judíos. Expulsados de distritos rurales por un edicto ruso, los judíos recién llegados —en su mayoría refugiados abatidos procedentes de pueblos pequeños— vagaban por las calles y los callejones de la ciudad. Se decía que, cada noche, cuatro quintos de los judíos de la ciudad no sabían cómo conseguirían su siguiente comida, y casi la mitad vivía de la caridad.

Gracias al próspero negocio de su padre, Haskel no se contaba entre ellos. Se graduó en la universidad de la ciudad y se formó como odontólogo en Kiev. Para atender a los residentes de una metrópolis tan cosmopolita como Shanghái o Berlín, Haskel aprendió a hablar, al menos de manera aceptable, ruso, lituano, polaco, ucraniano, yidis y bielorruso, y a leer en hebreo. En la época en que nació mi abuelo —cuando varios pacientes suyos eran oficiales del Káiser de la oficina de reclutamiento al otro lado de la calle— aprendió también alemán.

Dentista con tantos pacientes gentiles como judíos, era un hombre menudo de rasgos delicados, ojos oscuros, rostro agradable y una actitud serena y formal. Se casó siendo aún joven y tuvo un hijo: un niño dulce, solitario y dolorosamente tímido llamado Ruvim, al que todos llamaban Roma. Haskel tenía treinta años cuando su mujer empezó a quejarse de dolores abdominales. Mi madre recordaba que

Semión le había dicho que falleció de peritonitis, pero en su entrada en los registros figura cáncer de estómago como causa de la muerte.

En cualquier caso, murió de forma repentina, dejando a Haskel con una consulta ajetreada y un hijo de nueve años. No podía permitirse ser viudo mucho tiempo. Gracias a una casamentera, en menos de un año ya había contraído matrimonio con una mujer de Švenčionys (Svintsyán en yidis), una pequeña ciudad al norte de allí. La obstinada e independiente Frida Levin era dos años más joven que Haskel, y mucho más afortunada que él por haber encontrado pareja. A sus veintiocho años ya casi se podía dar por definitiva su soltería, condición que debía a su alegre indiferencia hacia la religión y a una sofisticación poco común en una mujer de una localidad rural de seis mil habitantes.

Foto familiar

Las perspectivas profesionales de la mayoría de las mujeres litvaks se veían muy limitadas por su género. Los padres enseñaban a sus hijos oraciones sencillas en cuanto aprendían a hablar y, cuando cumplían cinco años, los llevaban a un *heder*, una escuela religiosa. Algunos niños se casaban con solo diez años (de acuerdo a la creencia de que la era del Mesías no comenzaría hasta que cada alma judía se hubiera unido a la pareja que tenía destinada); con frecuencia, el novio vivía con los padres de la novia hasta haber completado los estudios del Talmud y alcanzado con ello la mayoría de edad. Las niñas recibían escasa educación formal, en ocasiones ninguna en absoluto, y generalmente en casa. Pocas mujeres litvaks elegían su profesión, ni mucho menos accedían a la universidad. Su trabajo consistía en criar a los hijos y prepararlos para una vida dedicada a la rectitud y el estudio de la Torá.

Frida no tenía ninguna intención de convertirse en una de esas mujeres. Asistió a un liceo secular para escándalo de los judíos de Svintsyán, y luego se matriculó en una escuela de medicina en Hamburgo, donde se tituló como dentista. Un obstáculo añadido para encontrar novio era su aparatoso tamaño. Superaba a su marido en estatura y pesaba por lo menos diez kilos más. No obstante, era de disposición alegre y tolerante, e irradiaba una amabilidad relajada incluso mientras operaba el torno de pedal de la consulta de Haskel, de modo que su ayuda fue bienvenida. Cuando Haskel se disponía a extraer un diente, llamaba a Frida a la consulta. Ella sujetaba con fuerza la cabeza del paciente contra sobre su exuberante pecho y su marido apoyaba una rodilla en el sillón metálico. Mientras él tiraba, Frida susurraba palabras de consuelo al oído del paciente.

Antes de casarse, ella informó a Haskel de que quería otro hijo y de que no estaba dispuesta a esperar. Dio a luz a mi abuelo diez meses después de la boda, el 9 de octubre de 1915. Su padre lo llamó Shimon, pero Frida insistía en dirigirse a su hijo por su nombre ruso, Semión. Apenas unas semanas antes, en el Yom Kippur, las tropas del Káiser habían ocupado Vilna. (Al oeste, el padre de Vasili, Anany, el cultivador de remolacha ucraniano con un nombre extraído del Antiguo Testamento, fue herido y hecho prisionero por el mismo ejército.)

La ocupación alemana intensificó la pobreza en la ciudad, así como la sobrepoblación y las restricciones en el barrio judío. Otros veintidós mil judíos, expulsados de Kaunas, Grodno y otros lugares por el edicto del zar, llegaron a Vilna junto con diez mil refugiados cristianos. Muchos de estos nuevos judíos sin hogar vagaban por las calles y dormían en el suelo de las sinagogas y en los mataderos kosher. El Gobierno facilitó bonos de alimentos, y más de un centenar de cocinas comunitarias proporcionaban pan y sopa no solo a los pobres de la

ciudad sino también a la recién depauperada clase media. La prohibición de viajar aumentó el desempleo. Los oficiales alemanes decretaron que los beneficiarios de los bonos de alimentos que no encontraran empleo en un plazo de diez días serían reclutados forzosamente en batallones de trabajo. En consecuencia, los litvaks fueron deportados a millares para trabajar en las minas de carbón del Ruhr y de la Alta Silesia, o en los muelles de Tilsit. Los soldados escoltaban a otros trabajadores al campo para construir carreteras y talar bosques. Dormían sobre tablones en barracones de madera sin calefacción, y en el invierno de 1915 centenares murieron de congelación mientras dormían. En la ciudad se desataron la fiebre tifoidea y la disentería. Las madres abandonaban a sus hijos en la calle porque sabían que en los orfanatos estarían mejor alimentados.

En un intervalo de siete años, la soberanía de Vilna cambió de manos ocho veces. En 1918, tras la expulsión de las potencias principales —los alemanes y los rusos—, aumentaron todavía más la anarquía y el hambre. Las agujas de color ladrillo de Santa Ana y los antiguos castaños de indias de la ciudad se erguían sobre barrios de chabolas llenos de prostitutas y traficantes de comida, de niños mendigos y de impredecibles puñaladas nocturnas, donde un plato de carne de caballo con rábanos no era una cena poco común. La tasa de mortalidad entre los litvaks de la ciudad se multiplicó por cinco, y llegó a casi uno de cada diez. Muchos de los residentes más acaudalados se habían ido. En 1918, cuando Frida enfermó de gripe española, un desconocido se presentó en su piso y se sacó un huevo de gallina del abrigo. Haskel lo compró de inmediato. «Dáselo a Senechka», dijo Frida, usando el apelativo cariñoso de su hijo menor. Semión tenía dos años y desde hacía semanas lo único que comía era pan mojado en leche. Haskel se vio obligado a reconocer que su ciudad natal, la ciudad que amaba, se había vuelto inhabitable.

Cerró la consulta de la calle Calvario y cargó a su familia y dos tornos de hierro en un carromato de caballos. Se asentaron unos cien kilómetros al norte, en un anodino puesto de avanzada llamado Utena, en la orilla del río Vyžuona. Un censo de la época lo describe como un poblado con setecientas viviendas, treinta y cuatro comercios, tres molinos, un aserradero, una curtiduría de pieles y un puñado de fábricas pequeñas. En torno a la mitad de los habitantes eran judíos que llamaban al shtetl por su nombre yidis: Utian. El hambre y la enfermedad eran menos extremas y los precios más bajos; el caos y la miseria de Vilna no eran ya más que un zumbido lejano.

Haskel compró una casa de seis habitaciones cerca del centro y abrió al lado una clínica dental. Mi abuelo hablaba de aquellos años con alegre nostalgia; a menudo soñaba con aquella casa grande y bien ventilada. Sus memorias recordaban ese confort provinciano que

describe Chéjov, muy similar al lujo. Tenían flores en cada habitación, un piano, un ama de llaves lituana y una cocinera. Por las mañanas Semión se sentaba a la mesa del comedor con su hermano y su padre mientras Frida trajinaba en la cocina. Haskel bebía café cargado y untaba mermelada de grosella en su tostada, sin dejar de musitar para sí mismo y de hojear el periódico yidis. «Una tortilla para Romochka y un huevo pasado por agua para Senechka», decía la maternal cocinera en un lituano cantarín. Traía de la cocina el huevo pasado por agua, humeando todavía en la huevera de porcelana, y cascaba el extremo con una cuchara antes de depositarlo en el plato de Semión junto con un salero de plata de ley.

He intentado hacer casar los recuerdos bucólicos que mi abuelo conservaba de aquella época y aquel lugar con la historiografía. Los historiadores políticos reducen sus relatos a una mera secuencia de agitaciones políticas engranadas unas con otras, mientras que los historiadores culturales se limitan a hablar de peregrinaciones de una minoría desposeída. He aquí un ejemplo: Vilna estuvo alternativamente en poder de los bolcheviques y de los legionarios polacos. Los polacos acusaron a los judíos de aliarse con el enemigo y profanaron el antiguo cementerio de Shnipishok, donde los rusos habían montado su última línea de defensa, confiando en desenterrar alijos de dinero y de rifles de las tumbas de los rabinos fallecidos hacía tiempo. Los soldados fusilaron a unos ochenta judíos y arrojaron a muchos otros, con las manos atadas a la espalda, a las gélidas aguas del Vilia (el nombre polaco del Neris).

Si tales eventos formaban parte de los recuerdos de mi abuelo, era tan solo como el tema de discretas conversaciones entre adultos. Lo que él recordaba mejor de aquellos años era ir a ver películas. En Utena, que estaba a un paseo de casa de sus padres, abrieron un cine: las butacas estaban tapizadas de terciopelo burdeos y un profesor de música calvo acompañaba las películas mudas aporreando un piano vertical. Semión pasó muchas tardes allí, absorto en la contemplación de Mary Pickford, Buster Keaton, Ivan Mozzhukhin y, la mejor de todas, Marlene Dietrich en *El ángel azul*, una película que continuó siendo su favorita durante el resto de su vida. En las vacaciones, cuando iban parientes de visita, Frida montaba obras de teatro infantiles en el cavernoso salón de la casa. Ella cantaba, alguien tocaba el violín o el piano vertical, y luego Haskel accionaba el gramófono de manivela que lanzaba a Chopin o Strauss a todo volumen hacia la oscuridad de la noche. Los adultos bebían demasiado *slivovitz* y bailaban.

Haskel recitaba el Kaddish[5] en la sinagoga, musitaba apresuradas bendiciones antes de beber vino y comer falda de ternera, y les hablaba a sus hijos en yidis. Frida se dirigía a ellos en el ruso de los

zares. Le parecía vergonzosa la religiosidad de los litvaks de provincias y no tenía su lengua en gran estima. Se mire como se mire, su familia era peculiar en extremo, algo que Semión fue descubriendo cuando sus tíos, tías y primos maternos los visitaban en Utena.

Frida tenía doce hermanos. Su padre, Esai Levin, fue un abogado que alcanzó la inusitada distinción de ser nombrado magistrado. Incluso ya de ancianos, sus nietos seguían jurando que fue el único juez judío en todo el Imperio Ruso. A sus hijos les legó un despreocupado desacato de los rigurosos mandamientos judíos, así como su creencia en la educación secular, la ciencia y la modernidad. Abogaba por la necesidad de viajar y logró inculcar ese gusto a sus hijos. Que Frida estudiara en Alemania es un ejemplo típico de la vida nómada que llevaron todos sus hermanos y hermanas. El pequeño, Aaron, otro dentista formado en Hamburgo, vivía con Haskel y Frida en Vilna, donde permaneció cuando ellos partieron hacia Utena. Leah fue a San Petesburgo, donde se matriculó en uno de los pocos programas universitarios femeninos disponibles en el imperio. David llegó a dirigir la organización internacional comunista en Shanghái y luego abrió una fábrica de bicicletas en China. Max, el más pequeño y el más guapo, llegó a ser un próspero abogado en Múnich. A comienzos de la treintena, se sentó en la cama, se metió el cañón de una pistola en la boca y se pegó un tiro. Dos de sus hermanas dijeron que estaba desesperado porque una mujer lo había rechazado, pero Aaron afirmaba que el pobre Max había contraído sífilis.

En la época en que Frida llegó a Utena, su padre, Esai, ya había fallecido, y su madre, Sarah, se había mudado con ella y con Haskel. Cerca de los ochenta, Sarah disfrutaba contando a los niños historias sobre las mañanas de domingo en la amplia y confortable casa de Esai en Svintsyán. En la larga mesa del comedor a menudo se reunían dos docenas de personas, y Esai presidía mientras Sarah daba vueltas por la habitación con una bandeja de *bialys*[6] templados. Siempre señalaba con orgullo que entre sus invitados había tantos gentiles como judíos.

Les contó a sus nietos una historia que se convertiría en mito fundacional de la familia. Una noche de otoño en algún momento de la década de los noventa del siglo XIX, un hombre se coló en la cocina por una ventana abierta. Esai, que padecía de insomnio, estaba leyendo a la mesa de la cocina y no reconoció al intruso. El desaliñado hombre se sacó una pistola del cinturón y apuntó a Esai. Le recordó al magistrado que él había presidido su juicio (Semión nunca tuvo claro si fue por homicidio involuntario o asesinato) y que lo había sentenciado a varias décadas de prisión. Ahora el prisionero fugado se disponía a vengarse.

Todos los demás en la casa estaban durmiendo. Esai le pidió al intruso que esperara unos minutos antes de dispararle y le ofreció una

taza de té y algo de comer. Sirvió jalá,[7] mantequilla, cerezas amargas en conserva y unas sobras frías de ternera. El fugitivo dejó la pistola en la mesa y comió y bebió con voracidad. Mientras tanto, le contó su historia a Esai, que escuchó como si no sucediera nada malo. Varias horas después, antes de que nadie más se despertara, los dos fueron paseando como buenos amigos hasta el cuartel de policía, donde el intruso se entregó. Sarah juraba que la historia era cierta hasta el último detalle.

Nunca he llegado a saber qué aspecto tenía Esai Levin. La única foto que ha sobrevivido de la familia de Semión se tomó años después de su muerte. En ella, mi abuelo debe de tener unos catorce años; sale con un traje de chaqueta cruzada detrás de sus padres, Haskel y Frida. La abuela Sarah aparece sentada junto a su hija. El hermanastro de mi abuelo, Roma, está de pie tras ella. El tío Aaron, con su hija en el regazo, está sentado a la izquierda. El niño que hay en el centro, el único al que se le permitió posar sin corbata, es el hijo de Aaron. Cada vez que miro la fotografía, se me desvía la atención a la cortina bordada y la foto de alguien sentado que hay clavada con chinchetas a la pared. Por alguna razón, los detalles triviales —la foto, las chinchetas, la percha, las flores bordadas en la cortina— son lo que dotan a la imagen de la lentitud y la verosimilitud de la vida diaria. Fijan a aquellas personas en un momento en que el terrible futuro que se cernía sobre ellos era solo una posibilidad entre muchas.

En la periferia de esas vidas privadas, el país seguía cambiando. En 1920, el año en que mi abuelo cumplió los cinco, las tropas polacas del general Żeligowski tomaron Vilna y una ancha franja de Lituania. Los lugares de nacimiento de mi abuelo y de sus padres quedaron en territorio enemigo. La nueva frontera, una tierra de nadie de diez kilómetros de ancho bordeada de minas, permanecería infranqueable durante casi veinte años. Semión no volvería a ver Vilna hasta hasta el final de la siguiente guerra mundial.

Foto familiar

Cuando mi abuelo tuvo edad, Frida lo envió al famoso liceo Vilkomir Reali. Aunque había una muy respetable yeshivá[8] en Utena, la escuela en Ukmergė (Vilkomir en yidis) era una de las dos únicas en todo el país que impartía clase en yidis en lugar de hebreo. Era una incubadora de las ideas progresistas y seculares de los yidisistas, que creían que el hogar legítimo de los judíos era Lituania —no Palestina, como insistían los sionistas— y que la lengua de la literatura y la pedagogía judías debería ser el yidis, de raíz europea, en lugar del hebreo bíblico. El director era el eminente lingüista y periodista Yudel Mark. Era la única escuela que Frida consideraba aceptable, sin importar que se hallara a sesenta y cinco kilómetros de su casa. Le alquiló a su hijo una habitación en el ático de la casa de un profesor, a escasa distancia a pie de la escuela, y a partir de entonces ya solo se veían durante las vacaciones y en fechas muy señaladas. Además de yidis, Semión estudió ciencias, poesía, música y lenguas extranjeras. Iba a clase con el uniforme planchado, camisa almidonada y una gorra con la insignia de latón de la escuela sobre la visera.

Foto familiar

En vacaciones, Semión volvía a casa cargado de libros. Se pasaba las noches leyendo a la luz de una lámpara, se quedaba dormido al amanecer y solía saltarse el desayuno porque seguía durmiendo. Muchos de los libros estaban en alemán, una lengua que aprendió fácilmente por su semejanza con el yidis; leyó y releyó el *Werther* y el *Fausto* de Goethe y se pasó horas memorizando poemas de Schiller,

Heine y Hölderlin. Durante las cenas del *sabbat*, le gustaba recitar el favorito de Frida —«Canción de la campana» de Schiller— para el franco deleite de su madre. Semión aseguraba haber memorizado los cuatrocientos treinta versos del famoso poema. En aquellas comidas festivas, Haskel murmuraba bendiciones ante el jalá y el vino. A continuación, Semión —aún con la voz aguda, mirando con adoración a su madre— se ponía en pie y recitaba las estrofas en alemán:

Denn mit der Freude Feierklange
Begrüßt sie das geliebte Kind
Auf seines Lebens erstem Gange,
Den es in Schlafes Arm beginnt.

Porque con el festivo son del júbilo
ella saluda al niño amado
en el primer paseo de su vida,
que comienza él en brazos del sueño.

Después de que mi abuelo se graduara en el liceo, Haskel volvió a trasladar a la familia, esta vez a Kaunas, la nueva capital lituana. Lo que he averiguado acerca de su vida allí se reduce a unos pocos acontecimientos claves, sobre todo porque Semión evitaba hablar sobre esos años, que le recordaban los terribles hechos sucedidos a comienzos de los años cuarenta. La guerra dividía su relato del comienzo de la edad adulta en una obertura que, en retrospectiva, fue adquiriendo tintes cada vez más pastorales, y un periodo de calamidades que, según el propio Semión, retorcieron su idea de lo que significaba ser persona.

La clínica dental de Haskel había estado muy parada en el campo, y Kaunas no solo era la mayor ciudad de la recién dividida Lituania, sino también la capital cultural de los judíos. Tras la ocupación alemana de Vilna, más antigua y cosmopolita, a Kaunas le llegó su momento. La calle principal, Laisvės Alėja —un bulevar de tres carriles que desembocaba en una enorme catedral neoclásica— abundaba en hoteles, cabarets y restaurantes recién inaugurados que aspiraban a emular el esplendor de Viena e incluso de París. Sobre la confluencia del Niemen y del Neris, se instaló un funicular de fabricación suiza para transportar a los turistas a un mirador en Aleksotas, desde donde admiraban, maravillados, las iglesias góticas del centro y la amplia plaza adoquinada ante la residencia del arzobispo. Los judíos constituían casi un tercio de la población. Su principal asentamiento estaba ubicado en la orilla más distante del Neris y databa de una época en que no se les permitía instalarse en el interior de la ciudad. El barrio se llamaba Vilijampolė, pero sus

habitantes lo llamaban Slobodka.

La independencia de Lituania llegó con una promesa de igualdad para los litvaks. En 1922, adquirieron una parcela de autonomía cultural y un papel en el Gobierno casi proporcional a su porcentaje de población. Pero en la década de los años treinta, en especial tras el nacimiento del Tercer Reich y el precipitado ascenso del antisemitismo en la vecina Polonia, la situación se tornó peor que en cualquier momento previo de su historia. Se erradicó a los judíos del Gobierno, de los altos rangos militares, de la banca, de la justicia y de la educación. A causa de las presiones ejercidas por los empresarios, también fueron perdiendo presencia en casi todos los comercios respetables.

Todo esto los llevó a construir un hogar vibrante y cosmopolita en la ciudad que ellos llamaban Kovno. Había allí cinco institutos de enseñanza, un seminario, varias escuelas vocacionales, una sociedad etnográfica, un museo, treinta sinagogas, dos teatros, cinco periódicos diarios y tres bibliotecas. Organizaciones de asistencia social, clubes deportivos, gremios, partidos políticos, un orfanato, un hospital e incontables restaurantes y cafés daban forma a una vida social judía a la que solo superaba la de Vilna.

Mi abuelo se matriculó en la Facultad de Matemáticas y Ciencias en 1933. Solo quedaban unos pocos profesores judíos. Durante las clases, algunos estudiantes se quejaban abiertamente del «problema judío». Algunos soltaban bromas hirientes en voz lo bastante alta como para que toda la clase las oyera; se burlaban de los compañeros judíos por hablar en yidis o en lituano con acento. Semión —que hablaba alemán, ruso, polaco y lituano, además de yidis y hebreo— detestaba a aquellos instigadores, muchos de los cuales eran hijos de granjeros de los pueblos cercanos, que no hablaban más que su lengua nativa.

Sus mejores amigos de la universidad mantuvieron un contacto muy estrecho entre sí y con mi abuelo durante los siguientes cuarenta años. Los tres eran lituanos: un mastodóntico calvo prematuro que se llamaba Balevičius y estudiaba Derecho; Savickas, el pintor, y Valius, un ornitólogo alto y delgado. (Mi abuelo heredó varios de los cuadernos de campo alemanes del siglo XIX de Valius, y de niño yo hojeaba los meticulosos aguafuertes pintados a mano de golondrinas de mar y búhos pigmeos de Eurasia, que hoy siguen siendo las ilustraciones más impresionantes que he visto nunca.)

Ya entonces, a los amigos de Semión les maravillaba su ausencia de maldad y de rencor, su infantil capacidad de disfrute y sorpresa, que conservó hasta el final de su vida. Recuerdo que a veces disfrutaba tanto con alguna anécdota o pieza musical que los ojos se le llenaban de lágrimas. Por disparatados e imprevisibles, sus enfados

también eran muy infantiles, y podían resultar aterradores. No tenía una constitución física imponente pero se metía en peleas con frecuencia. En la universidad, cuando algún estudiante se ponía a cecear haciendo una parodia del yidis, Semión le lanzaba un golpe antes siquiera de mirar de quién se trataba, sin importarle las consecuencias. En clase, durante las diatribas nacionalistas, se ponía en pie y discutía a voz en grito con los perplejos profesores: actos de disidencia por los que se ganó reprimendas pero nunca fue expulsado.

Desconozco en qué lugar de Kaunas vivía. Ni su nombre ni el de sus parientes más cercanos aparece en los archivos de la ciudad. El único rastro de los años que pasó allí es una entrada de una enciclopedia de entreguerras donde figura la lista de los miembros de las fuerzas armadas lituanas. Junto al nombre de Semionas Galberstatas aparece un escueto párrafo repleto de fechas y rangos. Gracias a su título universitario, ingresó en el servicio militar como oficial, así que en lugar de tener que ir vadeando campos de patatas cargado con una mochila y un rifle y aturdido de hambre, entró en una academia de oficiales en Kaunas. Allí recibió formación para comandar tropas de caballería y, lo que más extraño me parece, ganó trofeos de equitación.

Más que cabalgar, le gustaban los caballos. Le fascinaban los detalles de sus mecanismos mentales; nunca se cansaba de ver cómo el animal reaccionaba al más mínimo gesto por su parte. En años posteriores, solía tener un cuaderno de dibujo abierto junto al libro que estuviera leyendo y llenaba páginas y páginas de bocetos de caballos, siempre de perfil. Cuando leí su entrada en la enciclopedia militar, intenté imaginarme a mi abuelo como un esbelto jinete con pantalones de montar y botas de charol. Pero no pude: seguía viendo al jubilado barrigudo al que conocí en mi adolescencia y que la mayoría de las noches se quedaba dormido en un sillón de flores amarillas con un ejemplar de *Chess Life* abierto en el regazo.

Se licenció en la Academia de Oficiales como teniente condecorado. Pero luego, cuando buscó trabajo de profesor de ciencias, se topó con que solo había plazas disponibles para los lituanos étnicos. Por casualidad, un amigo le habló de un puesto en un liceo alemán de moda, donde estudiaban los hijos de los vecinos más acaudalados de la ciudad. En lugar de dar clases de botánica y física, Semión se vio frente a un aula de niños de siete años repeinados, cantando en lituano sobre patos que nadan en estanques. Le gustaban los niños y no le importaba trabajar con ellos. Se trasladó a un pequeño piso cerca del centro de la ciudad, y cuando no estaba leyendo, dedicaba las noches a pasear o iba a escuchar orquestas en Laisvės Alėja. De vez en cuando tenía citas con mujeres, pero nunca muy en serio.

Aquellos meses relativamente relajados llegaron a su fin un cálido día de mediados de junio de 1940. Semión iba caminando bajo los viejos árboles de Laisvės Alėja cuando un carro de combate apareció por una calle lateral. En un arranque de pánico, pensó que los alemanes los habían invadido. Alemania había ocupado la vecina Polonia, y él llevaba un año leyendo en los periódicos informes de la brutalidad alemana con los judíos polacos. Los litvaks de Kovno no hablaban de otra cosa. Pero en el costado del tanque no había ninguna cruz: el pasado otoño los soviéticos habían recuperado Vilna para Litunia, y ahora llegaban para cobrar la deuda. Cuando corrió la noticia, algunos judíos lo celebraron. Los tanques rusos, dijeron, formarían una muralla entre ellos y los nazis.

Si bien algunos oficiales del Ejército Rojo impresionaron a los habitantes de Kaunas por su cortesía, aquello no duró. Soldados harapientos saquearon las tiendas, llevándose todos los zapatos de hombre y los abrigos (sin importar la talla ni el estilo), las cámaras de fotos y las cunas; a sus familias en Jimki y en Tula les hacían falta. Destacamentos del Ejército Rojo desmantelaron fábricas enteras y cargaron la maquinaria en camiones para transportarla cientos de kilómetros al este, donde las volvieron a montar. Un anuncio radiofónico informó de que todos los negocios y las viviendas particulares pasaban a ser propiedad soviética, aunque la mayoría de los habitantes de la ciudad continuaron viviendo y trabajando donde lo habían hecho hasta entonces. Por vez primera, los rusos demostraron ser más benévolos con los judíos que con los lituanos, sus antiguos vasallos, de quienes sospechaban que eran simpatizantes proalemanes. De repente, los judíos tenían acceso a altos cargos en las universidades, ministerios y fábricas recién sovietizados, a menudo a expensas de sus antiguos jefes lituanos. Algunos litvaks alardearon de estos ascensos, y a sus vecinos gentiles no se les olvidó.

Los nuevos trabajos apenas compensaron la campaña soviética contra la religión y la clausura de la vida comunitaria. Agentes del NKVD tapiaron sinagogas e iglesias. En las calles, soldados del Ejército Rojo ofrecían chocolatinas a los niños a cambio de la promesa de renunciar a las supersticiones parroquiales. «¿Esta chocolatina te la ha dado Jesús o te la he dado yo?», preguntaban. En la clase de Semión, agentes soviéticos pegaron con cola en la pizarra y en las paredes retratos de miembros del Politburó, y los niños iban a la escuela con imágenes de Mólotov y de Bulganin prendidas a la ropa con alfileres. Los «educadores» soviéticos los hacían desfilar por el patio y les enseñaban a cantar en vacilante ruso. Para Semión, aquellos días tuvieron un aire surrealista; los límites de la realidad se redibujaban cada mañana mientras la ciudad contenía la respiración.

La ocupación llevó nuevos pacientes a la consulta de Haskel; la

mayoría hoscos soldados rusos con abscesos en la boca y mofletes hinchados. En casa, Haskel mantenía la alegría y la serenidad; al margen de algún «*Vey iz mir*» entre dientes, desestimaba con una sonrisa los disgustos diarios. Roma, que lo ayudaba con la consulta, se convirtió en un hombre temeroso de canas prematuras, al que le gustaba permanecer cerca de la familia y que sonreía con timidez, de un modo velado y como suplicante. Pasaba las horas libres en su habitación, pintando acuarelas o escuchando la radio.

Una mañana de la primavera de 1941, Haskel fue a la consulta sintiéndose indigesto, pero por la tarde la molestia se había convertido en un dolor punzante. Durante un descanso entre dos pacientes, le dijo a Frida que salía un momento para ver a un médico, un colega al que a veces le enviaba pacientes. Seguramente le recetaría bicarbonato sódico, le dijo. Haskel estaba sentado en la sala de espera del médico cuando se le crispó la expresión y se desplomó de costado, muerto de un ataque al corazón. El funeral se celebró en el precioso cementerio judío antiguo de Žaliakalnis, un barrio que debía su nombre a la verde colina sobre la que se ubicaba. Estaba lloviendo cuando el enterrador terminó de apelmazar la tierra con la pala. Semión puso una identificación de madera en la cabecera de la tumba de su padre; de acuerdo a la costumbre judía, debía transcurrir un año antes de que los dolientes pudieran erigir una lápida. Docenas de pacientes de Haskel visitaron la casa durante la shivá, el duelo judío. A partir de entonces, Frida se hizo cargo de la consulta.

En marzo, un edicto soviético expulsó a los ciudadanos alemanes de los territorios anexionados. Después de que Mólotov y Ribbentrop, el ministro de exteriores nazi, firmaran un pacto de no agresión en el Kremlin, la Unión Soviética y Alemania se pasaron dos años tratando de hacerse con las tierras existentes entre ambos países. Las fronteras empezaban a parecer demasiado permeables. En Moscú, Stalin se negaba a creer que Hitler violaría el pacto; no obstante, en la periferia occidental del país, las tropas soviéticas estaban intranquilas, veían venir la jugada final como el que huele la lluvia.

En la madrugada del 14 de junio, Kaunas se llenó de camiones que se detenían ante casas y bloques de viviendas. Agentes del NKVD entraron de dos en dos con las carabinas en ristre y obligaron a los residentes a meterse en los camiones. Como en el resto de la Unión Soviética, a los arrestados se les acusó de una amplia gama de infracciones ideológicas y de clase: propietarios, funcionarios del Gobierno, religiosos practicantes, sionistas, bundistas, cualquiera que hubiera hablado públicamente en contra de Stalin y de los sóviets y, como siempre, también los que solo tuvieron mala suerte. Durante cuatro noches, en toda la República Socialista Soviética de Lituania, como ya se llamaba el territorio, la policía secreta arrestó a treinta mil

personas. Entre los prisioneros figuraban lituanos, polacos, bielorrusos y rusos, así como alrededor de siete mil judíos. Tropas del NKVD los metieron en trenes como si de ganado se tratara —de ciento cincuenta a doscientas personas en cada vagón de mercancías, sin aseo y con tan solo un ventanuco de ventilación— y aseguraron las puertas de los vagones con alambre de espino. En los laterales de los vagones escribieron con pintura blanca: «Traidores a la madre patria». Los prisioneros fueron a campos de trabajos forzados en Kazajistán, en el sur de Siberia o en la desembocadura del río Lena, cerca del océano Ártico. Después de las deportaciones, en Kaunas todo el mundo iba en silencio por las calles, cariacontecidos. El tejido de la vida diaria se estaba haciendo harapos y desmoronándose. Incluso los pájaros, decía mi abuelo, dejaron de cantar.

Seis días después de la última redada soviética, el 22 de junio, Semión se despertó en mitad de la noche sobresaltado por una explosión. Eran las tres y media o las cuatro de la madrugada. Oyó sirenas pero no pudo identificar su origen, y acabó por volverse a la cama. Se despertó de nuevo una o dos horas después y abrió una ventana. Más allá de los dos ríos, la base aérea de Aleksotas estaba en llamas. Sobre el amanecer de comienzos del verano —de color ciruela, recordaba él— se alzaba una columna de humo. Semión volvió a tumbarse pero no pudo dormir. Poco después de las seis encendió la radio; el locutor informaba de que el Reich había declarado la guerra a la Unión Soviética. En todas las emisoras se acumulaban las noticias. La frontera con la ocupada Polonia se hallaba a un centenar de kilómetros. Semión era consciente de que los alemanes podían entrar en la ciudad en cuestión de horas.

En el exterior, soldados del Ejército Rojo a medio vestir corrían por la calle, algunos desnudos o sin camisa. Desde algunas ventanas, los partisanos lituanos les disparaban y los rusos casi nunca respondían al fuego. Semión se vistió a toda prisa y fue corriendo al piso de su madre. En los pasillos del edificio donde ella vivía, se encontró con vecinos judíos que discutían sobre si debían quedarse en Kaunas o huir. Todo el mundo se había reunido en el piso: su hermanastro Roma, su abuela Sarah, que se había ido de Utena y ahora vivía con ellos, y por su puesto su madre, Frida, que estaba preparando café sin inmutarse. Semión se apoyó en una pared, jadeando. Se le atropellaban las palabras. Tenían que abandonar la ciudad en un par de horas, dijo, y como nadie le hizo caso se puso a gritar. ¿Es que no habían leído lo que les estaba pasando a los judíos en Polonia?

«Los alemanes se comportarán con amabilidad», respondió Frida con el tono concluyente que empleaba en las discusiones familiares. Recordó la anterior ocupación alemana. El general Ludendorff, mano derecha del mariscal de campo alemán, Paul von Hindenburg, había

escrito un manifiesto que comenzaba diciendo: «Mein liebe Juden…» «Mis queridos judíos», decía: «¡hemos venido a cambiaros la vida!». Los alemanes no es que fueran una bendición, pero ahora volverían a comportarse como europeos civilizados, les aseguró Frida a todos. Eran los compatriotas de Schiller y de Bach. Además, los litvaks habían resistido otras ocupaciones, y volverían a hacerlo. Sarah, que tenía ciento dos años de edad, se rio con su estilo despreocupado. Dijo que llevaba demasiado tiempo en el mundo como para echar ahora a correr y, además, no toleraría alejarse de los *Kinder*.

Solo quedaba Roma. Semión suplicó a su hermanastro, pero Roma bajó la mirada, desconsolado. Lo único que consiguió responder fue que alguien tenía que ocuparse de la clínica dental. Frida había estado trabajando allí sola desde la muerte de su padre, y él no se atrevería a dejarla. «Yo cuidaré de madre», tartamudeó, sin creérselo ni él. Semión tuvo el impulso de agarrar a su hermano por las solapas y sacarlo del piso a la fuerza, pero él también empezaba a albergar dudas. Roma no tenía lo que había que tener para emprender una huida. No estaba en forma y no se sentía cómodo rodeado de desconocidos; un solterón cohibido, la clase de hombre sobre el que los vecinos cuchichean y al que las mujeres rehúyen. ¿Qué le pasaría si acababan separándose? El rostro avergonzado y lloroso de su hermano lo llenó de terror. «Podría estar condenándolo a muerte», pensó. Dudaba entre pensamientos encontrados cuando Frida se interpuso entre los hermanos y apoyó una mano en el hombro de su hijo. Dijo que ellos estarían a salvo en Kaunas y que volverían a verse cuando todo se hubiera calmado. Semión quiso decir algo más, pero no le salieron las palabras. Besó a su madre y a su abuela, le dio un abrazo a Roma y volvió corriendo a casa. Metió a toda prisa unas mudas de ropa, unos pocos libros y algo de comida en una maleta; cerró el piso con llave y se encaminó a la estación de tren. Otras personas, judíos por su aspecto, se apresuraban también a la estación, cargados con bolsas y maletas llenadas apresuradamente.

El andén bullía de gente que intentaba hacerse hueco en un tren donde ya no cabía nadie más. Cuerpos, maletas y niños llorando se hacinaban en los vagones. En el andén, la gente gritaba llamando a los suyos: a los que habían conseguido subir al tren o a los que habían perdido entre la multitud; querían despedirse de alguien o darle un jersey o una hogaza de pan envuelta en papel de periódico. Estallaron peleas. Los hombres más fuertes se limitaban a sacar a otros del tren a empujones y ocupar su lugar. Semión intentó abrirse paso al interior de varios vagones a codazo limpio, pero se topó con un muro de cuerpos. Corrió a lo largo de la vía buscando un hueco. Acabó trepando por una escalerilla metálica para subir al techo corrugado de un vagón de pasajeros. Se tumbó bocabajo con la maleta bajo la

cabeza a modo de almohada.

Había sudado su camisa blanca, que ya estaba mugrienta a esas alturas, y se dio cuenta de lo absurdo que había sido ponérsela. Sonó el silbato y mi abuelo contempló Kaunas, donde se habían quedado casi todas las personas a las que conocía, desaparecer tras él. La columna de humo de la locomotora se alzaba y se dispersaba sobre su cabeza. Iba muerto de miedo por su madre y su hermano cuando las casuchas de madera de la periferia dejaron paso al bosque, esos bosques kilométricos, densos e infranqueables por los que es conocida Lituania. El sol calentó el techo metálico sobre el que viajaba y él se quitó la camisa y se quedó en camiseta. Pasaron las horas mientras el tren traqueteaba agradablemente bajo su cuerpo.

Con el sol asomando entre los pinos, el pánico se le aplacó y el ritmo de sus pensamientos se acompasó con el del tren. Recordó una historia que había leído cuando estudiaba en el liceo de Ukmergė. El ejército de la emperatriz Catalina había sitiado Vilna en un intento de desalojar a los rebeldes polacos. Elijah ben Solomon, el santo erudito conocido como el Gaón de Vilna, de setenta y dos años, llegó a la Gran Sinagoga, donde se había congregado una multitud. Dentro del imponente templo, a la luz de las velas, los frenéticos judíos hablaban de matanzas y de esclavitud. Entre los lamentos, el Gaón abrió el arca y guio a los congregados en una recitación del Salmo 20: «El Señor te responda en el día de angustia». En ese preciso instante, una bala de cañón disparada desde una fortificación cercana cayó en el tejado de la sinagoga sin causar ningún daño; continuó allí hasta bien avanzado el siglo XX. En el interior, los judíos se encogieron al oír el impacto, pero el Gaón anunció que habían logrado quedar libres del mal. Poco después, los polacos abrieron las puertas de la ciudad y el sitio concluyó. Aquello aconteció el 15 de Av (undécimo mes del calendario hebreo) de 1792. Semión se preguntó si, ciento cincuenta años después, otro milagro salvaría a los judíos de Lituania.

Tenía sed y le picaban los ojos. Al anochecer se asomó al borde del vagón y llamó a un hombre en camiseta que estaba asomado a una ventanilla. El hombre y su mujer le ayudaron a bajar y a entrar en el compartimento. Estaba atestado de gente, y Semión se encogió en el suelo, entre las literas. Al cabo de unas horas, una unidad de caballería del Ejército Rojo dio el alto a la locomotora. Un oficial de bajo rango interrogó a todos los hombres aptos que viajaban a bordo, reclutando por la fuerza y de inmediato a casi todos. Cuando le preguntaron por su formación militar, Semión mintió y dijo que no tenía ninguna. Dudaba que los oficiales de Stalin fueran a ser benévolos con un oficial de un ejército extranjero. Además, habiendo tratado ya con los rusos en Kaunas, no quería meterse en el barrizal político del mando. Fue nombrado soldado raso en la infantería

soviética y se le emitió una documentación provisional. Tardaría otras dos semanas en recibir el gabán y el rifle.

Mi abuelo tenía veinticinco años cuando se convirtió en soldado soviético. Durante los siguientes cuatro años no supo nada de su familia ni de ninguno de sus conocidos. A menudo me pregunto cómo pudo soportarlo. No supo qué había sido de su madre, su abuela, su hermano, ni sus amigos y vecinos hasta el final de la guerra. Lo poco que yo he averiguado sobre la vida y la muerte de aquellas personas proviene de informes y de estadísticas rudimentarias compiladas por los oficiales de las SS que llegaron a Kaunas unos días después de que mi abuelo escapara, así como de investigaciones y testimonios de décadas posteriores. No obstante, es más información de la que Semión pudo recopilar en toda su vida.

El domingo 22 de junio de 1941 —la mañana en que mi abuelo salió de Kaunas— había transcurrido menos de una semana desde la última deportación estalinista. En las misas católicas celebradas en la ciudad, los sacerdotes urgían a los fieles a cooperar con el ejército alemán. Desde los púlpitos, algunos llamaban a la venganza contra los colaboradores soviéticos, y contra los judíos en particular. A las nueve y media de la mañana del domingo, Radio Kaunas anunció la formación de un Gobierno provisional lituano. Sonó la marcha de *Aida*, interrumpida por anuncios de que la emisora de radio estaba en manos de partisanos y que los bolcheviques habían huido. Lituania, declaró un locutor, era libre por fin.

Esa tarde, el comandante lituano Jurgis Bobelis anunció que las tropas alemanas habían recibido ataques desde casas donde vivían judíos, y advirtió que se fusilaría a cien judíos por cada soldado alemán muerto. Para cuando la Wehrmacht y la primera unidad de las SS Einsatzgruppen llegaron a Kaunas el martes 24 de junio, un millar de los judíos de la ciudad —uno de cada treinta— había sido declarado muerto. Al tren que siguió al de mi abuelo hacia el este con unas horas de diferencia lo alcanzaron bombas de la Luftwaffe. La locomotora y varios vagones ardieron, descarrilados en un claro. Los pasajeros supervivientes fueron arrestados y devueltos a Kaunas, o violados, o ejecutados en el acto.

Los Brazaletes Blancos, como se empezó a llamar a los paramilitares lituanos, se movilizaron el lunes. Estudiantes de la universidad a la que había asistido mi abuelo cruzaron junto a ellos el puente sobre el Neris camino de Slobodka. En aquel barrio vivían seis mil de los judíos más pobres y píos de la ciudad; algunas familias llevaban allí desde la Edad Media. La muchedumbre lituana portaba rifles, cuchillos, hachas y martillos. Irrumpieron en las casas de Slobodka y arrastraron a sus habitantes a la calle. Cuando se hubo

reunido a una cantidad lo bastante numerosa de judíos, les ordenaron a punta de pistola que corrieran al río. Allí, otros hombres les dieron instrucciones de desnudarse y meterse en el agua. Cuando los hombres y mujeres desnudos, algunos aferrados a hermanos, padres e hijos, entraron en el Neris —el antiguo río que había discurrido ante los túmulos funerarios de los lituanos paganos, ante las piedras mitológicas y los robles sagrados— hombres con ametralladoras abrieron fuego a su espalda.

Una parte de aquella multitud no se dio por satisfecha con una ejecución tan ordenada. Irrumpieron en las casas de Slobodka sobresaltando a las familias, muchas de las cuales acababan de sentarse a comer, clavaron manos a paredes con clavos, atravesaron ojos con agujas y leznas. Decapitaron a un rabino llamado Zalman Ostrovsky y pusieron su cabeza en una ventana igual que una pieza de carne en el escaparate de un carnicero. Quemaron arcas sagradas y manuscritos de la Torá. Cortaron barbas con cristales rotos, rociaron a los hombres con queroseno y les prendieron fuego, mientras los recién llegados oficiales de las SS hacían fotos de los cuerpos en llamas. Las calles quedaron sembradas de cadáveres. Hombres con rifles y ojos turbios, muchos de ellos borrachos, se tambaleaban gritando: «¡Judíos! ¡Comunistas!».

En el resto de Kaunas, los Brazaletes Blancos arrestaron a judíos, sellaron las puertas de sus casas y los trasladaron a los antiguos fuertes zaristas, donde casi todos acabaron fusilados. El viernes 27 de junio, una turba prendió a cincuenta o sesenta judíos más y los condujo a un lugar conocido como Garaje Lietūkis, cerca del centro de la ciudad. Ante la mirada de una multitud, varios hombres abrieron mangueras contraincendios e introdujeron el extremo en la boca de los cautivos hasta que el vientre les reventó. El garaje estaba en la calle Vytauto. Debía su nombre al gran duque cuya carta estatutaria llevó a miles de judíos a la tierra que ellos llamaban Lita, el gobernante a quien apodaban el Ciro Lituano en honor del benévolo rey persa que liberó a sus ancestros del cautiverio babilónico.

No consta por escrito durante cuánto tiempo habían vivido exactamente los judíos entre los lituanos. Se sabe que los primeros llegaron muchos años antes de que los sacerdotes, en tiempos de Jogaila, comenzaran a celebrar bautizos colectivos en el Neris. Seiscientos años de coexistencia llegaron a su término a finales de junio de 1941. En los cinco meses siguientes a la invasión alemana, más de ciento treinta y siete mil de los judíos del país fueron liquidados, en lenguaje de las SS, por sus compañeros de trabajo y vecinos. La mayoría fueron a parar a fosas comunes cavadas a toda prisa. Otros setenta mil fueron fusilados o gaseados antes de que terminara la guerra.

Se catalogaron meticulosamente los muertos. En un informe del 1 de diciembre de 1941, el *standartenführer* Karl Jäger, líder de un escuadrón de exterminio conocido como Einsatzkommando 3, afirmó, faltando un poco a la verdad, que Lituania había quedado *judenfrei*, libre de judíos. Tras el nombre de cada ciudad y shtetl añadió una fecha de liquidación y un recuento de víctimas, que incluía no solo a los hombres, mujeres y niños judíos ejecutados sino también comunistas, ladrones, profanadores de tumbas y los «defectuosos de mente». Los fusilamientos en masa, apuntó Jäger, fueron llevados a cabo «de acuerdo a mis órdenes e instrucciones, por partisanos lituanos».

Menos de uno de cada veinte litvaks vivió para ver el fin de la guerra, la tasa de supervivencia más baja de toda Europa. Los padres de mi madre figuraron entre los supervivientes. Se llevaron consigo vestigios de una cultura que nunca volvería a echar raíces en aquel país septentrional de túmulos, ruinas románicas y bosques infranqueables, donde una Jerusalén moderna se desvaneció como la nieve en primavera.

Como la mayoría de los niños soviéticos, yo crecí viendo programas de televisión sobre la Gran Guerra Patriótica, como se sigue conociendo en Rusia. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la Guerra Contra el Fascismo fue la cúspide de la nación, nuestro gran sacrificio y regalo al mundo, un tiempo en que el pueblo soviético actuó con desinterés y nobleza, aunado por el deber colectivo. Como la mayoría de los niños soviéticos, prefería las películas bélicas a los musicales y a los documentales sobre la producción de grano en las diferentes regiones del Pacto de Varsovia, y veía tantas como podía. Como es natural, me sentía orgulloso de la participación de Semión en la contienda y no dejaba de hacerle preguntas al respecto. El desagrado que a él le producía hablar de ello era casi tan grande como mi ansia por saber.

En las visitas a Vilna, yo jugaba con las medallas que él guardaba en una caja de color hueso. No eran órdenes de importancia, como la Estrella Roja o la Orden de Lenin, que yo había visto en la televisión. Deslustradas, prendidas con imperdibles a cintas de tela a rayas, sus medallas conmemoraban batallas y aniversarios. Una decía: «A la valentía». Semión me contó que la recibió después de que los médicos militares le extrajeran dos fragmentos de metralla de la espalda. Se levantó la camisa para enseñarme una de las cicatrices, una fea grieta en la concavidad pecosa bajo el omóplato. Más tarde, ya en Nueva York, se unió a una organización de veteranos de la Segunda Guerra Mundial: varias docenas de viejos judíos rusohablantes con trajes arrugados que se reunían una vez al mes en un kebab de Queens. No

obstante, Semión apenas hablaba de sus vivencias en la guerra. En el frente vio muchos muertos, la mayoría chicos más jóvenes que él, y decía que no quería que esas imágenes me contaminaran a mí ni a nadie más. Hasta ahí solía llegar la conversación.

En unas pocas ocasiones, mi insistencia logró arrancarle algunos datos. Prestó servicio en la Decimosexta División de Fusileros del Ejército Rojo, conocida como la División Lituana por estar integrada en su mayoría por refugiados de la antigua República Socialista Soviética de Lituania. Operaba un mortero que servía para limpiar trincheras y volar convoyes de vehículos y de tropas. En 1944, un comandante impresionado por su fluido alemán empezó a usarlo como traductor. Semión hizo de intérprete en interrogatorios a soldados enemigos capturados y a miembros de las Waffen-SS; tradujo transmisiones de radio, documentos y comunicados. Después de aquello, decía, ya no vio mucho combate.

A principios de mayo de 1945, entró en Berlín con el Primer Frente Bielorruso, comandado por el mariscal Zhúkov. Semión no daba muchos detalles de lo que allí vio, y mis imágenes de la batalla y de sus consecuencias provienen sobre todo de fotografías y libros: tropas de choque soviéticas y unidades de carros de combate entrando en la capital en ruinas, Buicks y Studebakers de apoyo remolcando artillería ligera, cosacos a caballo con trofeos de guerra colgando de la silla de montar. El día después de la caída del Reichstag, soldados del Ejército Rojo posaron en lo alto del edificio blandiendo la bandera escarlata para una foto que gozó de mucha difusión. Cientos de miles habían muerto o quedado mutilados en los prolegómenos de la batalla final. Las victoriosas tropas soviéticas saquearon viviendas y comercios, fusilaron a soldados prisioneros y a civiles, bebieron licor, cerveza y disolventes de laboratorio, y se pasaron días borrachos. Un corresponsal del ejército soviético relató que «los soldados rusos violaron a todas las alemanas de entre ocho y ochenta años».

Unter der Linden, foto de William Vandivert

Aunque Semión me dijo poco sobre lo sucedido aquellas semanas, sí reconoció que le dejaron una persistente sensación de horror. Me contó algo que sucedió en Unter den Linden, el bulevar que pasa bajo la Puerta de Brandemburgo, donde algunas de las viviendas más lujosas de Berlín se alzaban frente a los antiguos tilos que daban nombre a la calle. En los últimos días de la contienda, los vecinos habían talado los árboles para conseguir leña. Semión dijo que cuando vio por primera vez el bulevar, lloró. La artillería soviética había reducido algunos de los opulentos edificios a esqueletos que se erguían en medio de una escombrera.

Pero no todos fueron destruidos. Semión entró en varias viviendas abiertas y deambuló por habitaciones abandonadas, maravillado por las cretonas y las chimeneas de mármol. En una mesa de cocina se encontró un desayuno a medio comer —aún templado— que los ocupantes habían dejado allí al salir huyendo. Contó que se pasó la mayor parte del tiempo revolviendo entre cientos de libros,

inspeccionando estanterías que llegaban al techo. En una balda, junto a una edición ilustrada a mano de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe y varios libros de poesía, descubrió una novela prohibida de Heinrich Heine. Llenó su mochila con alrededor de una docena de los libros más raros y valiosos.

Semión hablaba de aquellos libros con más entusiasmo que de cualquier otra cosa relacionada con la guerra. Semanas después, su batallón marchó hacia el este desde el frente alemán por caminos sin asfaltar que las botas, los neumáticos de los camiones y los días de lluvia habían convertido en barrizales donde los pies se hundían hasta el tobillo. Las correas de la pesada mochila le hacían cortes en los hombros. Al final, se quitó la mochila y abandonó los libros, incluida la bella edición de *Meister*, en un montón junto al camino embarrado. Nunca se lo perdonó.

Regresó a casa, a Kaunas, en otoño de 1945. Recorrió calles alfombradas de polvo y de escombros, donde ya no parecía vivir nadie. En la ciudad no funcionaba nada. Los que quedaban formaban colas para recibir cartillas de racionamiento. Mi abuelo fue al piso de su madre pero se encontró a una familia lituana viviendo allí. Le aseguraron que no sabían nada de los anteriores inquilinos. El mobiliario y las pertenencias de Frida habían desaparecido.

La consulta dental de Haskel estaba vacía, saqueados incluso los sanitarios del cuarto de baño. Semión encontró escasos rastros de su familia y de su antigua vida. Pero cerca del centro de la ciudad vio una cara conocida: una mujer judía, vecina de Frida de antes de la guerra. Arrugada y flaca, había resultado ser una de las pocas supervivientes del gueto de Kaunas. Se abrazaron. Ella le contó que pocos días después de que él dejara la ciudad, unos hombres armados que llevaban brazaletes blancos llegaron a la casa de su madre. Los partisanos dispararon a su abuela de ciento dos años nada más entrar; Sarah murió desangrada en el suelo del salón. A su madre y a su hermano los llevaron al Séptimo Fuerte. Junto con otras trescientas personas, fueron ametrallados y sus cuerpos arrojados a una fosa común cercana. Seguramente los obligaron a cavar sus propias tumbas, añadió la vecina. «Tu padre era un hombre agudo», comentó. «Hizo bien en morirse cuando se murió.»

Semión abandonó Kaunas unas horas después de haber hablado con la vecina. No soportaba encontrarse con más vestigios de la que había sido su vida allí. Subió al primer tren que salía hacia Vilna, su ciudad natal. No había estado en Vilna desde que tenía dos años, pero para su asombro y alegría localizó al hermano de Frida, Aaron, el dentista; unos treinta años antes, su tío había vivido con ellos en Vilna y, después, los había visitado con frecuencia en Utena. Aaron había tenido una suerte fuera de lo común; había pasado los años de la

guerra en la Rusia profunda, sanando infecciones bucales y extrayendo dientes, e incluso había logrado recuperar su antiguo piso en Vilna. Cuando Semión lo encontró, se fue a vivir con él. Mi abuelo tenía veintinueve años y sentía un gran alivio por haber dado con un superviviente de su familia; el último recordatorio viviente de que no había nacido en soledad.

Los años de posguerra en la Vilna soviética se caracterizaron por todo tipo de escaseces. Como veterano del ejército, Semión tenía derecho a más privilegios que la mayoría, y compartía sus cartillas de racionamiento con Aaron. La mayoría de las veces disponían de azúcar, huevos, café y mantequilla suficientes. Pero una noche, Aaron se sentó a cenar de mal humor. Cuando Semión untó un trozo de pan con mantequilla, su tío le recriminó usar demasiada. ¿Acaso no sabía cuánto costaba conseguir aunque solo fueran cien gramos? Siguió lanzándole reproches hasta que Semión estrelló su plato contra la mesa, se levantó y se puso el abrigo. No podía creer que después de tanto tiempo lejos de casa y de pasar tanta hambre su tío fuese tan mezquino. La discusión subió de tono. «¡Soy la única familia que tienes!», gritó Aaron. «No te va a hacer gracia buscarte la vida por ahí solo, sin nadie, y no tardarás en volver corriendo.» Mi abuelo se abrochó el cinturón. Era una tira gastada de piel de cerdo con una estrella en la hebilla de latón, recuerdo de sus días en el ejército. «En ese caso, no tengo familia», contestó, y salió de casa. Semión pasó meses durmiendo en el sofá de su amigo Valius. Nunca volvió a hablar con su tío.

Durmió mal aquellos años, algunas noches solo tres o cuatro horas. Soñaba casi siempre con su madre y, sobre todo, con su hermano. Los ojos tímidos y oscuros de Roma le lanzaban miradas acusatorias, y Semión se despertaba sobresaltado, con el corazón latiendo a toda velocidad. Esas noches, permanecía tumbado a oscuras y revivía aquella mañana de junio de 1941, convencido de que podría haberlos salvado. Tendría que haberles exigido irse, haberlos amenazado, haberlos sacado de casa a rastras por la ropa, haberlos llevado a la estación. ¿Por qué hizo caso a su madre? ¿Y por qué había antepuesto su propia seguridad a la de su hermano, su amable y solitario hermano, a quien jamás le había oído pronunciar una palabra desagradable sobre nadie?

Su supervivencia, decidió, debía de ser fruto de la más pura suerte. En sueños veía el número de la casa de Frida en Kaunas: 10-9. Pese a su desdén científico hacia las supersticiones, empezó a evitar el número diecinueve, convencido de que traía mala suerte y hasta podía ser letal. Un día, cayó en la cuenta de que la catástrofe que le había acontecido se hallaba seguramente predestinada. De acuerdo al calendario juliano utilizado en la Lituania zarista de su nacimiento, él

nació el 9 de octubre —9/10—, dígitos que sumaban el número malévolo. Así que a la hora de celebrar su siguiente cumpleaños —cumplía treintaiún años en 1945— invitó a unos pocos amigos a su piso el 15 de noviembre, una fecha elegida al azar. Más adelante, utilizó ese día como su fecha de nacimiento a la hora de rellenar documentos oficiales. Estaba dispuesto a ser cinco semanas más joven si eso lo salvaguardaba de la desgracia que lo había dejado solo en este mundo.

En 1945, varios meses después de la caída de Berlín, Semión estaba en un comedor de oficiales cuando vio a una secretaria del ejército rubia con un corte de pelo a lo Veronica Lake. Se dio cuenta de que la había visto antes, en Kaunas; hasta sabía cómo se llamaba. Era de Slobodka y se había casado con uno de los líderes de una organización socialista judía conocida como el Bund. Semión no podía dejar de mirarla. Una rubia natural era poco común entre las mujeres litvaks, pero que además fuera esbelta, con cintura de avispa y esos ojos centelleantes y azules…

Él no fue ni el primero ni el último soldado en cortejarla, pero no hubo pretendiente más tenaz en todo el Primer Frente Bielorruso. Que todo el mundo la considerara fuera de su alcance no lo disuadió; a mi abuelo le gustaba decir que un hombre solo necesitaba ser más guapo que un mono. Antes de que terminara la guerra, ella le concedió alguna conversación e incluso un par de besos. Semión se esforzó en dejar huella en su memoria, convencido de que él no la olvidaría.

Volvió a verla en Vilna dos años tras el fin de la guerra. Ella estaba de pie en una esquina, mirando el escaparate de una tienda de empeños. Las tiendas de empeños, donde la gente vendía sus pertenencias a cambio de unos muy necesitados rublos, eran el único sitio donde se podía encontrar una blusa decente o un buen par de zapatos de piel. La antigua secretaria del ejército vio a Semión reflejado en el cristal, cruzando la calle en su dirección. «Si me ve, nunca podré quitármelo de encima», pensó, y bajó la mirada hacia la acera, pero Semión la había reconocido desde el otro lado de la calle. Había memorizado incluso la forma de su espalda.

Raísa Mebelis accedió a tener varias citas con él. Estaba viuda y había conocido a tantos hombres en el frente que no tenía prisa por conocer a otro. Además, no era de las que se enamoran locamente. A su primer marido, un político serio, lo habían matado en los primeros días de la contienda. Había sido atractivo también de un modo serio: frente alta y estrecha y un ceño prominente que parecía sintomático de sólidos principios y elevados propósitos.

Semión, en fin, como mucho la hacía reír con sus chistes trillados y sus incansables palabras de cariño. Le regalaba flores a diario (aunque

solo fueran margaritas envueltas en papel de periódico), le abría las puertas, la ayudaba a ponerse su abrigo azul aciano con cuello de zorro… Era de fiar y divertido, y su aspecto era aceptable a pesar de su nariz. Se casó con él al cabo de un año. El día de la boda, ella intercambió miradas a hurtadillas con su hermana pequeña, Ida, y alzó los ojos al techo. Raísa le dijo a Ida antes de la ceremonia que seguramente estaría con Semión un año o año y medio y luego se divorciarían rápidamente. Mis abuelos siguieron casados cuarenta y cinco años.

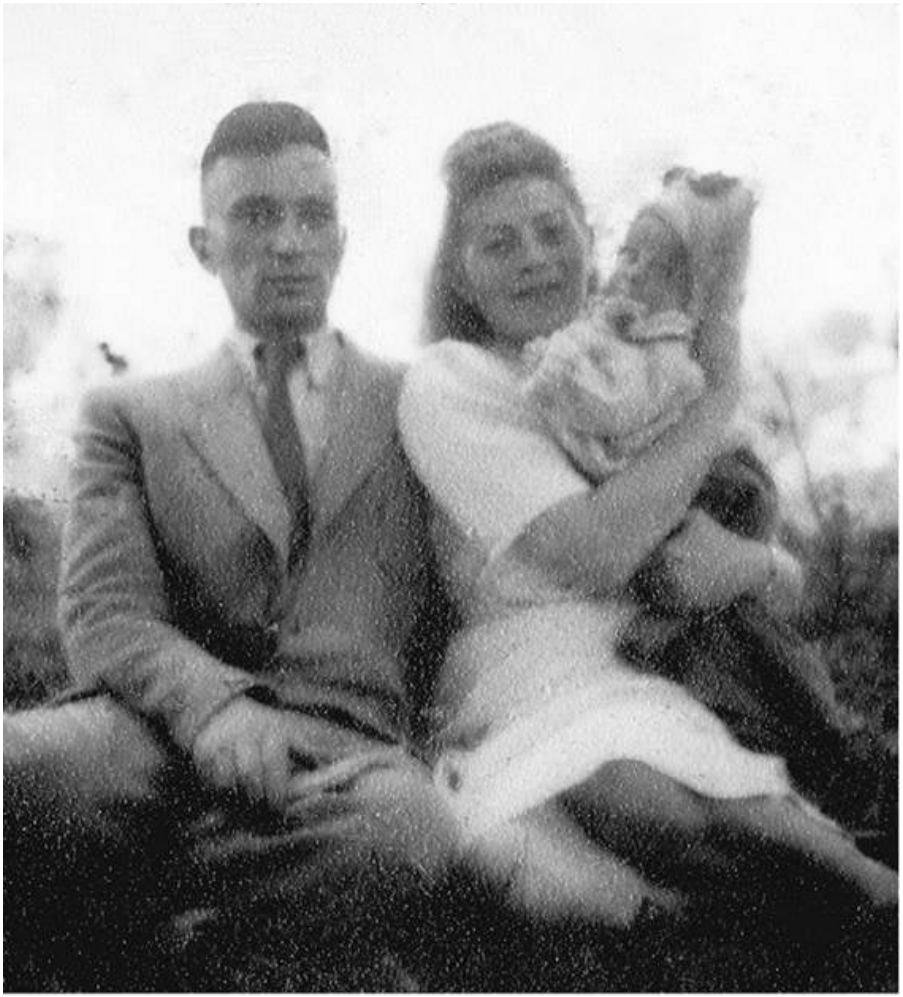


Foto familiar

De niño, yo veía a mi abuela como la mujer perfecta, idea que nunca me ha abandonado del todo. Era alta y delgada, con dedos tan largos que la gente siempre le decía que debería haber sido pianista. A Semión le gustaba decir que se parecía a Ingrid Bergman. Sus amigos,

con el tono un tanto desconfiado y envidioso que los judíos usan para hablar de lo bello, decían que parecía «nórdica». Su apariencia venía complementada por un carácter firme. Raísa rara vez alzaba la voz o empleaba más palabras de las necesarias, y afrontaba las desgracias con un sereno sentido común que calmaba a los demás y que compensaba la falta de tacto de mi abuelo, su parloteo incesante y sus furias caprichosas.

Por lo tanto, recayó sobre Raísa la labor de gestionar la volatilidad de su marido y sacar el mejor partido posible de las lamentables decisiones que él tomaba. Durante sus visitas a Moscú, yo agradecía enormemente su presencia cuando mis padres discutían. Semión se ponía del lado de mi madre y hacía suya la riña, lo cual solo empeoraba las cosas. En esas ocasiones Raísa me tomaba de la mano y me llevaba a otra habitación. Cerraba la puerta y me leía un libro con voz serena y pausada, alzando la mirada de cuando en cuando para asegurarse de que le estaba prestando atención. Yo nunca tardaba en quedarme dormido en su regazo.

A mí no se me pasaba por la cabeza que mi abuela hubiera sido joven alguna vez. Tenía tres o cuatro años cuando ella empezó a padecer temblores en las piernas, que a veces se le agarrotaban, sobre todo cuando estaba cruzando la calle. Un especialista en la escuela de medicina donde Semión daba clase le diagnosticó Parkinson. Una degeneración prematura de los ganglios basales desencadenaba los síntomas, explicó como si lo estuviera leyendo de un libro, y le recetó una ristra de pastillas. Le dijo que se desconocía la causa y que los síntomas solo irían a peor.

Semión se culpaba a sí mismo. Había sido infiel y, aún peor, indiscreto. Una amiga de Raísa lo había visto en compañía de una estudiante de posgrado, una morena rellenita. Raísa le pidió explicaciones y discutieron. Hubo gritos y él le asestó un empujón; Raísa se golpeó la cabeza contra la pared y tuvo dolores varias semanas. Tras el diagnóstico, Semión se sumergió en la lectura de artículos científicos sobre la enfermedad, convencido de que su arrebato de violencia había sido la causa. A partir de entonces, se mostró más atento, más cariñoso, y pasó más tiempo en casa con ella.

Mis abuelos hablaban en ruso con mi madre y conmigo, en lituano con los compañeros de trabajo y los vecinos, pero entre ellos, en casa, hablaban en un yidis cantarín. Mi abuelo se dirigía a su mujer empleando la forma familiar de su nombre ruso —Raya— pero en los momentos afectuosos usaba un yidis suave y aspirado y la llamaba Khayale.

Cuando Raísa me vio por primera vez, contaba mi madre, se quedó sorprendida y encantada por mis ojos azules y pelo rubio (que se oscureció a medida que fui creciendo); dijo que me parecía a su

hermano pequeño, Leib. Uno de mis primeros recuerdos es despertarme en el piso de mis abuelos en Vilna y ver a mi abuela sentada a mi lado. Entre los barrotes de la cuna, yo observaba las figuras geométricas trazadas por el sol en el parqué y me sentía seguro. A Raísa le gustaba que yo le hiciera compañía mientras ella cocinaba y cuando, al final del verano, enlataba pepino, col y conservas.

Cuando yo iba de visita, ella hacía una receta especialmente cara y dificultosa. Enviaba a Semión al mercado a por un pollo, quemaba las plumas que le quedaran sobre un quemador de la cocina, lo deshuesaba y lo troceaba. Introducía la pechuga en un picador de hierro accionado a manivela del que salían espaguetis de carne rosa; añadía leche, cebolla, eneldo y pan muy bien rallado; troceaba la masa y daba a las porciones forma de empanadilla antes de untarlas de mantequilla y dorarlas al fuego. Mientras cocinaba, me hablaba de sus hermanas y primas, a las que yo no conocía y que vivían en sitios como Sydney, Be'er Sheva y Tel Aviv, y a veces me contaba cosas de la infancia de mi madre, o de la suya. Un par de veces, hasta me habló de la guerra. Me daba cuenta de que para ella recordar el pasado era un vicio censurable.

Una tarde, cuando yo tenía siete u ocho años, Raísa debía de estar de un humor peculiar porque sacó un álbum con cubierta de terciopelo rosa repujado y me lo puso delante. Señaló una pequeña foto en blanco y negro. Aparecía ella, con un abrigo de piel de oveja y un cinturón con una estrella en la hebilla de latón. Miraba a la cámara con una media sonrisa desafiante. El uniforme y la insignia militar me emocionaron, pero no pude asociar la expresión desafiante con la mujer bondadosa y frágil que me miraba con ojos reumáticos, agrandados por las gafas de leer hasta unos platillos azules temblorosos. Quise preguntarle por la foto, pero algo en su manera de mirarme me hizo morderme la lengua. Devolvió el álbum a la estantería y regresó a la cocina.

A diferencia de la familia de Semión, la de Raísa no podía presumir de jueces, de chicas solteras que se matriculaban en escuelas alemanas ni de prósperos hombres de negocios. El shtetl donde ella nació el mismo año que mi abuelo era tan humilde y ordinario como cualquier otro de la llamada Zona de Asentamiento. Kaišiadorys —o Koshedar, como se lo conocía en yidis— recibió su nombre cuando el ferrocarril decidió construir allí una parada para que las locomotoras se aprovisionaran de agua a mitad de camino entre Kaunas y Vilna. De acuerdo a una historia probablemente apócrifa, cuando la persona encargada de encontrar el lugar adecuado llegó por primera vez a lo que entonces era un claro en el bosque, se topó con dos campesinos

acampados junto a una hoguera. «¿Qué están haciendo?», preguntó a los hombres, que se pusieron en pie de un brinco y se quedaron petrificados ante el uniforme del oficial ruso. «*Kasha,*[9] excelencia», contestó uno.

El padre de Raísa, Moishe, un hojalatero de pelambrera pelirroja, se dedicaba a techar las endebles casas del pueblo, casi todas habitadas por judíos. Su mujer era una tímida costurera llamada Liba. Ninguno de los dos pudo estudiar mucho, más allá de lecciones caseras de religión y de aprender a leer lo justo para las oraciones. Mi abuela, Khaya en yidis, era la segunda de cuatro hermanos; tres niñas y un niño más pequeño. La mayor, Dvoira, era morena como su madre, pero los demás eran rubios y de ojos azules. Los vecinos gentiles les guiñaban el ojo y preguntaban: «¿Estáis seguros de que sois judíos? ¿No seréis hijos de lituanos y os robó alguien?». En casa no abundaban los rituales ni las oraciones. Nunca había comida, dinero ni ropa suficientes, y nadie era capaz de creer que al Soberano del Universo le preocuparan tales estrecheces.

Foto familiar

A los catorce años, Raísa trabajaba a jornada completa en un pueblo cercano, como contable en una fábrica de cerveza, agua con gas y limonada. En una foto de 1932, aparece un grupo de gente frente a un camión con el nombre de la fábrica en un lateral: Zilberkveito. Raísa, que ahí tiene dieciséis o diecisiete años, lleva un vestido largo con el cuello bordado y sostiene un libro de asientos. Se

encuentra junto a un hombre mayor vestido con terno que parece ostentar cierta autoridad. Al lado de él, con expresión de recelo y los hombros gachos, ella parece absurdamente joven.

Se convirtió —tanto por temperamento como por necesidad— en la hija responsable. Su hermana mayor, Dvoira —que detestaba cómo sonaba su nombre en yidis y prefería que la llamaran por el chejoviano nombre de Vera— era obstinada, ingeniosa y severa. Para cuando Raísa empezó a trabajar en la fábrica, Vera ya había pasado varias semanas en la cárcel por repartir panfletos subversivos. Impenitente, continuó asistiendo a encuentros comunistas clandestinos; en uno de ellos conoció a un muchacho lituano de pelo pajizo llamado Jonas, y empezaron a salir juntos. Cuando Moishe se enteró, desheredó a su hija. Vera abandonó la casa de sus padres sin derramar una sola lágrima, maldiciendo a su padre. No había iglesia o sinagoga dispuesta a casarlos, así que Vera y Jonas hicieron autoestop hasta Klaipėda, una ciudad portuaria del Báltico, para que los casara un juez. Llamaron Karl a su hijo, por el revolucionario lituano Karolis Požela y, por supuesto, por Karl Marx. Vera renegó de los timoratos y pueblerinos judíos de Koshedar al igual que había renegado de su padre; como reza el dicho ruso, les plantó una cruz encima. A partir de entonces, envió noticias solo a su madre y sus hermanos, mensajes escuetos y poco frecuentes garrapateados en postales.

Moishe maldijo entre dientes cuando Liba dio a luz a una tercera niña. Dijo que le hacía tanta falta otra niña en la casa como un *lokh in kop*: un agujero en la cabeza. La hermana menor de mi abuela, Ida, fue una niña indolente y de sonrisa fácil; le encantaban los bailes y las fiestas y se gastaba el poco dinero que tenía en peines y pinzas para el pelo. Después de su *bat mitzvah*, Raísa le enseñó los fundamentos de la contabilidad, trabajo al que Ida se dedicó durante toda su vida laboral.

Leib fue la alegría de la familia. Todo el mundo se acordaba de cuando, durante una cena de Janucá, el pequeño Leibele, con solo cinco años, hizo que todos los adultos presentes se partieran de risa cuando apareció con una caja llena de nieve y dijo que iba a guardarla para el verano. Era encantador y guapo, y a los trece años ya había superado a su padre en altura. Cuando los niños de la familia Mebelis iban al colegio, las tres hermanas lo flanqueaban, protegiéndolo, orgullosas de su niño.

Moishe, Liba y los niños dejaron la casa de madera con techo de hojalata en Kaišiadorys a mediados de la década de los treinta y, como muchas otras gentes del campo, fueron a Kaunas atraídos por la promesa de más trabajo y mejores colegios. Al igual que muchos otros judíos de escasos medios, se instalaron en Slobodka. Dos primas de Raísa, Alta y Esther, vivían en la calle Veiverių, a unos pasos del puente sobre el Niemen, con una excelente vista de la catedral gótica

en la otra orilla. Moishe continuó techando casas; Liba cosía negligés; a Iba y a Leib los matricularon en un concurrido liceo hebreo.

Foto familiar

A mi abuela le encantaba Kaunas. Asistió a clases de contabilidad y encontró trabajo en varias fábricas. Había trabajo de sobra, al menos para ella; Raísa no solo era meticulosa y trabajadora, sino que se presentaba en las grises oficinas de toneleros o de fabricantes de paraguas con elegantes trajes y vestidos, entallados pero nunca subidos de tono. Las costureras de Slobodka se los confeccionaban por la mitad del precio que cobraban los sastres del centro de la ciudad. Raísa los complementaba con camafeos de marfil y coral, cuellos de piel de zorro y encajes ingleses. Los hombres no cesaban de rondarle. Tuvo citas con varios pero se enamoró de un chico esbelto y ambicioso, muy activo en los círculos socialistas y que había alcanzado un puesto de liderazgo en el Bund.

Desconozco su nombre. Mi madre no supo que Raísa había estado casada con ningún otro hombre hasta después de irse de casa para asistir a la universidad. Hablaron de él un par de veces, y nunca delante de mí. Mi madre no recordaba que Raísa hubiera mencionado su nombre siquiera. Mi abuela guardaba en un joyero una foto de su primer marido, y unos años antes de que yo naciera la foto desapareció, o eso aseguraba ella. Cuanto sé proviene de cotilleos que oí de refilón en cenas familiares: fueron una pareja atractiva y vivieron por poco tiempo en un gran piso cerca del centro de Kaunas. Iban a bailar a los clubs nocturnos de Laisvės Alėja, les encantaba el cabaret, cenaban con amigos en restaurantes y cafés de postín. La gente decía de broma que él llegaría a ministro del Gobierno o a juez.

Se casaron menos de un año antes de la invasión soviética.

Un coronel ruso se enamoró de Raísa hasta tal extremo que le consiguió un buen cargo en el Ministerio de Economía; el puesto había estado fuera del alcance de los judíos apenas un mes antes. Ahora Raísa estaba al frente de un pequeño grupo de empleados y, lo más raro de todo, disponía de un chófer que cada mañana la esperaba con un coche frente a su piso. Raísa le caía bien a su supervisor soviético —les caía bien a todos sus jefes— y durante las deportaciones de junio de 1941, cuando varios amigos de su marido fueron arrestados, los agentes del NKVD pasaron por alto su piso. El coronel la llamó unos días después: si los alemanes cruzaban la frontera, le dijo, a ella y a su familia los arrestarían, o algo peor. Al menor indicio de guerra, debía irse.

La mañana de la invasión alemana —el domingo 22 de junio— el chófer del ministerio estaba esperándola frente a su piso. Ella se embutió en el coche junto a sus padres, Ida, Leib y su prima Alta, que llevaba a su hija de cuatro años, Sarah, en el regazo. Los pasajeros iban apretujados entre maletas, bolsas, mantas y un guacamayo. Vera, la comunista renegada, ya había abandonado la ciudad con su marido y el resto de rojos en fuga. El marido de Raísa hizo planes para salir de la ciudad con sus padres; habían acordado reunirse en Rusia. Cuando el coche se puso en marcha, Raísa vio cómo Slobodka desaparecía por el espejo retrovisor.

Soldados soviéticos dieron el alto al vehículo en la frontera bielorrusa. Todos cuantos se dirigieran hacia el este debían viajar a pie. Liba y Moishe protestaron; dijeron que era una locura caminar sin rumbo fijo tanto tiempo. La hija de Alta rompió a llorar. Se quedaron en el arcén mirándose entre ellos. Finalmente, la mitad decidió dar media vuelta y probar suerte en Kaunas. Liba lloró al abrazar a sus hijos, que le dieron casi todo el dinero que llevaban. Raísa vio a sus padres y a su prima desaparecer tras una curva de la carretera, que discurría por mitad de un bosque. A continuación recogió sus cosas y, junto a su hermano y su hermana menores, echó a caminar hacia el este.

Las maletas pesaban y la comida se les terminó varios días después. Los pueblos por los que pasaban parecían medio desiertos: casas abandonadas a toda prisa, ventanas rotas, ganado que vagaba por las carreteras mugiendo. Sopesaron dar media vuelta pero oyeron que Kaunas había caído, que los alemanes avanzaban hacia el este pisándoles los talones. Cuando se les agotó el dinero, empezaron a canjear sus pertenencias por comida. En iglesias y cuadras, junto a camiones, en los arcenes de las carreteras, Raísa intercambiaba sus camafeos y combinaciones de seda por una hogaza de pan duro o unas cuantas manzanas verdes envueltas en un delantal. Las mujeres de los

pueblos se probaban la ropa delante de ella, en plena calle, y se la solían quedar aunque no fuera de su talla. Raísa malvendió guantes ribeteados de piel, dos sombreros, los peines de marfil de Ida, polveras, joyas y hasta la última prenda de ropa interior. Cuando ya no quedaba nada en las maletas, también las intercambió. De lo último que se deshizo fue su alianza de oro.

Tres semanas después de haber partido de Kaunas estaban famélicos. A menudo no sabían dónde estaban ni qué día de la semana era. Un día, un hombre que pasó junto a ellos en carro por un camino embarrado los llevó hasta una estación de tren. A mi abuela le pareció un milagro. Les quedaban las pertenencias justas para canjearlas por tres billetes.

No había comida a bordo del tren, y en cualquier caso no tenían nada para trocar. El segundo día, Ida encontró un currusco de pan rancio bajo una litera. Lo partieron en tres trozos y se lamieron las migajas de las manos. No preguntaron adónde iba el tren. En algún sitio hicieron trasbordo, luego otra vez, y permanecieron abordo mientras se dirigieran hacia el este o el sur. Los vagones iban atestados de refugiados presas del pánico o la resignación. Cuando algún hombre se acercaba furtivamente a las chicas, Leib ejercía de protector, aunque estaba delgado y no aparentaba más de dieciséis años.

Una noche Raísa se despertó con fiebre. Tenía la ropa empapada en sudor y los brazos cubiertos de un sarpullido violeta. Ida le puso un trapo húmedo en la frente, pero por la mañana Raísa había empezado a delirar. Mi abuela me contó que no recordaba lo que pasó después. Solo se acordaba de fragmentos: estar tumbada en un catre, manos desconocidas que retiraban de su lado la comida y el té que ella no había podido tragarse, alguien que en plena noche la colocaba de costado para cambiar las sábanas.

Volvió en sí en un hospital improvisado. Una enfermera le dijo que había estado a punto de morir de tifus, que llevaba delirando tres semanas y que estaba en Uzbekistán. Cuando se tocó la cabeza se encontró con que no tenía pelo; mientras estaba inconsciente, una enfermera la había afeitado para contener la propagación de piojos infectados de tifus. Ida también estaba allí, rapada como ella —había tenido disentería—, pero su hermano no. Mientras Raísa e Ida estuvieron enfermas, un regimiento del Ejército Rojo reclutó forzosamente a Leib y se lo llevó al frente. El hospital, una granja colectiva reconvertida, apestaba a refugiados hambrientos y andrajosos, muchos de ellos enfermos o agonizantes. No había pan ni carne ni nada de comer salvo arroz y melones insípidos. Un celador uzbeko que le limpiaba la habitación se declaró a Raísa. «Cásate conmigo, tengo un diente de oro», le ofreció sonriendo. Ella e Ida

dormían junto a desconocidos y por las noches las despertaba el hambre. «Tenemos que irnos», le dijo Raísa a su hermana una mañana, «o moriremos aquí.»

Tomaron un tren hacia la capital uzbeka, Tashkent, donde habían oído que había una misión lituana. Arañaron dinero suficiente para llegar a mitad de camino. En su compartimento del tren, una familia judía las estudiaba con recelo: dos mujeres calvas, consumidas y pálidas por la enfermedad y el hambre, vestidas con abrigos del ejército apolillados a pesar del sofocante calor de finales de agosto. «Cuidado con esas dos», murmuró una anciana en yidis en la litera de enfrente. «Parecen ladronas.» Raísa sonrió. «No somos ladronas, solo tenemos hambre», contestó en el mismo idioma, y poco después todos conversaban y reían en el compartimento. La mujer sacó de una bolsa una patata cocida y se la ofreció a Raísa. El revisor iba a pasar para comprobar los billetes, así que Raísa e Ida se tumbaron en una litera inferior, pegada una a la otra como dos tenedores en un cajón, y la familia las tapó con chales y vestidos. Cuando entró el revisor, la mujer judía le pidió que hablara más bajo; ¿no veía que su anciana madre dormía bajo aquella ropa?

Desconozco lo que pasó después de que mi abuela llegara a Tashkent. No se lo pregunté a tiempo. Sé que en algún momento las dos hermanas fueron evacuadas a una ciudad cerca de los Urales, donde trabajaron en la cadena de montaje de una fábrica de munición. En otro sitio, Raísa estuvo vendiendo soda saborizada con sirope. Finalmente, en algún momento de 1942, ella e Ida se alistaron a la división lituana del Ejército Rojo. Ella tenía veintiséis años. Me habló de cómo dormía en tiendas de campaña plantadas en la nieve y de cómo lavaba la ropa interior de los soldados en ríos helados, pero como yo era un niño no me dijo que poco después de alistarse se enteró de que habían matado a su marido. Muchos años después, le confesó a mi madre que tuvo un amante ruso durante la guerra, un soldado de Moscú que se llamaba Vasili. Después de la guerra, él fue a Vilna y se le declaró, pero era gentil y ella lo rechazó.

En mayo de 1944, Raísa vio por fin a su hermano pequeño. Sucedió en un sueño: ella iba paseando por un parque en un templado día de sol cuando vio a un niño en un banco, envuelto en vendas de la cabeza a los pies. Supo de súbito, como sucede en sueños, que se trataba de Leib. Gritó y lloró en el sueño y se despertó jadeante, con la cara húmeda de sudor y de lágrimas. Esa tarde le contó el sueño a Ida; unas horas después, un secretario entró en el barracón y le entregó un telegrama que ella abrió con manos temblorosas. Leyó que el 1 de mayo, el soldado raso Leib Mebelis, de veintidós años, había muerto en acción cerca de Vítebsk.

Meses después, un hombre de la compañía de Leib le contó en

detalle a Raísa lo sucedido. Durante un contrataque alemán, el oficial al mando solicitó un voluntario para reparar una línea de teléfono cortada en territorio enemigo. Era una misión peligrosa, y dos soldados de mayor edad se llevaron a Leib a un lado: Tú no tienes mujer ni hijos esperándote en casa, le dijeron. Ve tú. La línea telefónica se usaba para comunicar con el comandante de división, y Leib tuvo que ir en tres ocasiones a repararla antes de que un proyectil de mortero lo matara de manera instantánea. Un telegrama posterior lo declaró héroe de guerra y le concedió una medalla póstuma, que se le entregó a Raísa en una caja de cartón sin adornos: un trozo de satén azul cielo prendido a un disco de latón chapado en oro que rezaba: «Al valor».

Después de la guerra, Raísa regresó a Kaunas. El ejército la ayudó a localizar lo que quedaba de su familia. Su hermana mayor, Vera, había pasado la guerra tejiendo bufandas en una granja colectiva cerca de los Urales. Su prima menor, Esther, había estado trabajando en otra granja colectiva en Uzbekistán. Pero su regordeta y alegre prima Alta había estado prisionera en el gueto de Kaunas. Raísa apenas la reconoció. Su cara era del color del sebo. Se quedaron sentadas un rato, abrazadas. «Tu madre ha muerto», dijo Alta en voz baja, y se echó a llorar.

Poco a poco, Alta le fue contando lo que había pasado después de que se separaran en el bosque de la frontera bielorrusa cuatro años atrás. Antes de que pudieran llegar a Kaunas, una banda de paramilitares lituanos fusiló a Moishe y detuvo a Liba y Alta. En el gueto, las dos mujeres compartieron habitación. Según contaba Alta, en algún momento de 1944 unos guardias se llevaron a Liba y la metieron a la fuerza en un transporte. La llevaron a Stutthof, un campo de concentración cerca de Danzing, donde murió en la cámara de gas.

Poco después de encontrar a Alta, Raísa cruzó el puente camino de Slobodka, rumbo a la antigua casa de su familia en la calle Veiverių. La única persona a quien reconoció allí fue a su viejo empleado de mantenimiento lituano. Estaba sentado en las escaleras de entrada fumando un cigarrillo; se saludaron y él la invitó a pasar. El hombre le ofreció té y hablaron sobre lo que había sucedido. «¿Qué podíamos hacer?», dijo él, avergonzado. Después de despedirse, cuando Raísa ya se dirigía a la puerta, se fijó en que las sábanas que había en el catre del hombre eran las de ella.

Varios años más tarde, tras haberse instalado en Vilna con mi abuelo, tomaron un autobús a Kaišiadorys, el shtetl donde ella había nacido. Durante la guerra, las SS lo habían convertido en un campo de trabajo donde los prisioneros del gueto de Kaunas extraían turba de bosques pantanosos. Nadie allí recordaba a los padres de Raísa, o eso

dijeron; las familias judías que ella conocía habían desaparecido. No quedaba ninguno de los carteles escritos a mano en yidis que antes había en las calles, y ya nadie llamaba a la ciudad por su nombre yidis, Koshedar, que en adelante ya solo aparecería en libros. En los carteles figuraba solo el nombre lituano de la ciudad, Kaišiadorys. Mi madre recorrió en silencio las calles. La casa de su infancia estaba donde la recordaba, y llamó a la puerta. Una familia lituana vivía allí ahora. La mujer que abrió la puerta llevaba puesto el abrigo de su abuela.

Raísa tenía treinta y cuatro años cuando nació mi madre. Semión quería un niño pero se entusiasmó al saber que tenían una hija. Después de aquella guerra, dijo una vez, ¿quién querría nacer hombre? Semión y Raísa decidieron que había pasado el tiempo de los nombres hebreos, y llamaron a su hija Anna, como la heroína de Tolstói. Los tres se mudaron a un edificio *art decó* de cuatro plantas en la que antes había sido la calle Zavalnaya pero que ahora se llamaba calle del Komsomol. Compartían un segundo de dos habitaciones, sin agua caliente, con otra pareja casada que trabajaba en la ópera de la ciudad y con sus hijos, llamados Alfredas y Violetta por los trágicos amantes de la ópera de Verdi. De niña, mi madre jugaba a las familias con Alfredas: él era el padre, ella la madre, y su mono de plástico, envuelto en una toalla de manos, su hijo.

Los tres niños crecieron creyendo que eran rusos y que quizá todo el mundo lo fuera. El ruso era la lengua que les hablaban sus padres, la lengua de la guardería y de la escuela, de los anuncios de la radio y de los letreros de las calles. Las demás lenguas quedaban para las conversaciones privadas entre adultos. Fue la abuela de Alfredas quien hizo que mi madre descubriera que sí eran diferentes pese a todo. La anciana estaba enjabonando la cabeza del niño en la bañera comunitaria cuando comentó, en lituano, que los vecinos eran judíos. Mi madre, que estaba al otro lado de la puerta del baño, preguntó qué eran los judíos; nunca había oído la palabra. «La niña entiende», murmuró la abuela, y no añadió más. Era conocida en el edificio por hacer declaraciones crípticas y de una franqueza incómoda. Cuando se conocieron, les dijo a Semión y a Raísa que era cleptómana; muchas noches se la podía encontrar andando a escondidas por el sótano, aspirando con una manguera el queroseno de los calentadores ajenos.

Mi madre tenía ocho años cuando Semión la llevó por primera vez a Kaunas. (Raísa, que después de la guerra se mudó a Vilna con sus hermanas y primas, despreciaba y temía la pequeña ciudad, y prefirió quedarse en casa. La única ocasión en que accedió a volver allí fue años después, para la inauguración de un monumento por las víctimas del gueto de Kaunas para el cual ella y Semión habían hecho una donación.) En la estación de tren tomaron un autobús hasta la cumbre

de una colina verde y soleada y fueron paseando al cementerio Žaliakalnis, donde Semión quería poner por fin una lápida en la tumba de su padre. El guardés les dijo que los registros del cementerio habían quedado destruidos o se habían perdido; Semión tendría que dar con la tumba por su cuenta. Durante el resto del día, Semión llevó a mi madre de la mano frente a hileras e hileras de obeliscos de mármol, mausoleos y grupos de lápidas de granito. Se detenía en cada tumba sin identificar, tratando de recordar si era allí donde él había estado durante el funeral de Haskel once años antes, pocos meses antes de las deportaciones soviéticas y de la invasión alemana.

El sol casi tocaba las copas de los árboles y él seguía sin encontrar la tumba. Al final, estaba entre tres candidatas. A la mañana siguiente, encargó una sencilla lápida de granito con el nombre de Haskel en ruso y sus fechas de nacimiento y defunción, que había de ser entregada en el cementerio. El guardés le preguntó en cuál de las tres tumbas quería que la colocara. «Elija usted una», le dijo Semión, y tomando a su hija de la mano echó a andar hacia la puerta de forja con la estrella de David.

Después de que mi madre y yo nos registráramos en el hotel de Vilna, ella quiso dar un paseo hasta la Puerta del Amanecer. En una capilla al aire libre que se alzaba muy por encima de la calle adoquinada, un cura estaba diciendo misa en polaco. Los peregrinos van allí a ver el famoso icono de la Virgen, que se dice que está inspirado en Barbara Radziwiłł, una noble que tuvo una aventura con Segismundo II Augusto, llegó a reina y falleció poco después, posiblemente envenenada por la madre del rey. Antaño, los judíos se quitaban la kipá al pasar por la puerta. A veces, si se negaban a hacerlo o se les olvidaba, me dijo mi madre, los cristianos se la arrebataban de la cabeza y la clavaban a una pared. En tiempos soviéticos, el culto a la Virgen suscitaba desprecio, pero de niña mi madre disfrutaba viendo a los peregrinos —la mayoría ancianas de zonas rurales— postrarse en el suelo de adoquines bajo la Madona.

Cuando nosotros fuimos, había varios cientos de peregrinos congregados ante la puerta. Permanecían arrodillados bajo la lluvia y, en determinados momentos del servicio, tocaban los adoquines mojados con la frente. Muchos llevaban botas y cazadoras de cuero, algunos con el emblema de Harley-Davidson a la espalda. Eran miembros de un grupo de moteros cristianos devotos de Nuestra Señora de la Puerta del Amanecer y habían ido hasta allí desde Polonia en moto. La dirección de la página web del club figuraba en la espalda de sus ponchos impermeables amarillo reflectante. Apiñados en la estrecha calle, con pañuelos en la frente y gafas de sol de aviador, los moteros parecían a la vez temibles y fuera de lugar, como

un grupo de metal que se hubiera colado en el rodaje de una película medieval. Cuando se inclinaron al unísono ante la Virgen, destelló todo un campo de remaches cromados.

El casco antiguo de Vilna, semejante a una Praga en miniatura, es delicado como una talla en madera. Mientras callejeábamos por la ciudad, traté de imaginar su aspecto en los años inmediatamente posteriores a la guerra, durante la infancia de mi madre. Incluso hoy en día, Vilna tiende a desaparecer; si caminas un rato, la calle se transforma de repente en un camino sin pavimentar flanqueado por solares y destartaladas casas de madera. Puedes encontrarte una bomba de agua o gallinas correteando por la hierba. La ciudad de la infancia de mi madre estaba llena de muros de piedra medio desmoronados y solares de edificios demolidos donde crecían hierbajos y dientes de león: un sitio atenazado por el paso de la guerra. Una mañana, cuando ella tenía cinco o seis años, Semión la llevó a una librería. Estaban echando un vistazo a las estanterías cuando oyeron lo que les pareció un trueno y de repente las ventanas se oscurecieron. Un edificio de cinco plantas, abandonado desde la ocupación, se había venido abajo en la acera de enfrente.

Mientras caminábamos por la ciudad, mi madre dijo que casi nada había cambiado. Fue un comentario extraño. Como si ella no viera las torres de oficinas de cristal y acero al norte del río, las tiendas de teléfonos móviles ni las franquicias europeas de ropa que jalonaban las calles. Finalmente llegamos al achaparrado edificio donde vivió de niña. La calle ahora se llamaba Pylimo; en la sucia fachada de color mostaza figuraba grabado el año de construcción del edificio, 1912.

Mi madre llamó a la puerta y un joven con cara de sorpresa y camiseta blanca abrió y nos invitó a pasar, divertido por aquella visita del pasado remoto. Mi madre recorrió el piso, las manos extendidas ante ella como si tanteara el camino en la oscuridad. Con cuidado, cruzó el umbral de la habitación que había compartido con sus padres. Estaba enmoquetada con tripe verde; junto a un futón, un ordenador ronroneaba sobre una mesa de cartas cual icono en un altar.

Foto familiar

Los recuerdos más antiguos de mi madre se hallan poblados de primas y tías. De niña, veía poco a sus padres y, durante varios años, no los vio casi nada. Poco después de que ella naciera, Semión empezó un doctorado en la Universidad Estatal de Moscú —no había ningún neurofisiólogo cualificado para supervisarlo en todo el Báltico— y pasaba temporadas de varios meses en la capital soviética. Tras asistir a clases de economía en la universidad, Raísa encontró trabajo en una oficina del Gobierno encargada de gestionar la producción de alimentos. Realizaba auditorías en fábricas remotas y rara vez llegaba a casa antes de que mi madre se fuera a la cama, aunque volvía de esos viajes con su bolso de cuero azul a rebosar de caramelos y barquillos para su hija.

Después de volver de Moscú, Semión se quedó en casa para escribir su tesis, y casi todo el cuidado de la niña recayó sobre él. Su temperamento infantil hacía de Semión un perfecto compañero de juegos. Hizo creer a mi madre que él había trabajado en un circo, y para demostrarlo hacía trucos de magia e incluso malabares, si bien con poca maña. Improvisaba poemas sobre un niño travieso llamado Vovka y, cuando mi madre tenía cinco años, le enseñó a leer y a dibujar. Paseaban juntos por toda la ciudad, iban al cine Pioneer, al mercado junto a la estación de tren, al club de ajedrez en la plaza Lenin. A veces la llamaba por un nombre de niño, Andriusha, y peleaba con ella como si fuera un chico. Ella se sentaba en sus rodillas mientras él escribía a máquina y le daba la tabarra para que le dibujara caballos, cosa que él solía hacer, silbando mientras tanto

melodías de Verdi. En lugar de contarle cuentos de hadas, le hablaba de la gran casa de sus padres en Utena, donde Frida interpretaba obras de teatro y por la mañana la cocinera le servía un huevo pasado por agua, y donde había flores recién cortadas en cada habitación.

De niña, mi madre pasaba la mayoría de las tardes en casa de las hermanas y las primas de Raísa, que vivían a poca distancia unas de otras en el antiguo barrio judío de la ciudad. Le gustaba visitar a Esther, la prima de su madre, que tenía un hijo de la misma edad que ella, y jugar con las miopes y amables hijas de Ida. Vera vivía en un nuevo edificio de hormigón al borde de la ciudad. Su marido lituano había muerto junto con toda su compañía en un bloqueo alemán y había sido proclamado héroe de la Unión Soviética a título póstumo. Como viuda de un héroe, a Vera se le concedió un piso privado con agua caliente. En lugar de acudir a los baños públicos, donde las familias se azotaban con ramas, los fines de semana Raísa llevaba a mi madre al piso de su hermana mayor en la calle Shevchenko para disfrutar de un baño privado.

Foto familiar

Alta, la tía de mi madre, no había tenido hijos. Era rolliza y alegre; le gustaba la repostería y, para el deleite de todos, se presentaba en las reuniones familiares repartiendo galletas recién hechas, pasteles y abrazos escandalosos e infantiles. Cuando en la radio ponían un vals o un romance ruso, Alta hacía cabriolas por el salón, abrazando a una pareja de baile invisible, y gorjeaba con una melancólica voz de soprano. Solo fruncía los labios y se tornaba sombría en presencia de mi madre, que durante años pensó que debía de caerle mal. Alta le

daba de comer debidamente y se asomaba a comprobar que estaba bien de vez en cuando, pero nada más; se encerraba en su habitación hasta que Raísa le tomaba el relevo.

Yo ya había nacido para cuando mi madre averiguó el porqué de la actitud distante de Alta. Tres años antes de la guerra, Alta tuvo una niña, morena y de ojos verdes, a la que llamó Sarah. En el gueto de Kaunas, las dos compartían cama a unos pasos de Liba, que ayudaba a cuidar de la niña. La mañana del 27 de marzo de 1944, los alemanes se presentaron en camiones y reunieron a los niños. Los alemanes llamaban a sus masacres colectivas planificadas «acciones», y ninguna fue más notoria que la Acción de los Niños. Los testigos recordaban que los llantos y los gritos de las madres judías se siguieron oyendo en las calles durante horas.

Un policía del gueto fue a por Sarah aquella mañana, ladrando órdenes en polaco, pero Alta se negó a entregarla. Acabaron en la calle y, después de una trifulca, Alta tomó en brazos a su hija de seis años y echó a correr. El policía alzó la carabina y disparó. La bala alcanzó a Alta en el brazo izquierdo y a Sarah en el pecho. Sarah murió al instante en brazos de su madre. Alta se desmayó. Despertó en la enfermería del gueto, lloró y gritó hasta vomitar y atragantarse; durante días no pudo retener en el estómago ni comida ni agua. Un médico concluyó que estaba psicótica y se pasó semanas inyectándole sedantes.

En 1971, cuando mi madre ya estaba en la universidad y volvió a casa en vacaciones, Alta la apartó del resto y le contó esta historia. Alta le dijo que para ella había sido difícil estar cerca de mi madre porque, de niña, se parecía mucho a su hija.

Desde mi primera visita, yo había quedado hechizado por Vilna, con sus iglesias en miniatura y los tejados abuhardillados a dos aguas, los primeros ejemplos de arquitectura no soviética que había visto. La ciudad me parecía un asentamiento gótico en la frontera con el mítico Occidente, un sitio misterioso y fascinante al estilo de los cuentos de hadas. Pero Vilna también tenía algo que yo no tardaría años en entender. Una vez, cuando tenía cinco o seis años y había ido a visitar a mis abuelos, conocí en su patio a un niño de mi edad. «¿Eres judío?», me preguntó. Nunca me habían hecho esa pregunta y respondí que no lo sabía. Era cierto. Pero por la reacción de mis abuelos advertí las corrientes ocultas de temor y de odio entre los cristianos y los judíos de la ciudad, que para mí —un hijo del socialismo— parecían tan arcaicas como su arquitectura. Y percibía el temor y la incomodidad de mi madre siempre que iba a la ciudad e incluso cuando hablaba de ella. Ella solía decirme que Vilna no tenía nada de mágico.

Una constante sensación de amenaza permea todas las historias de su infancia. Mi madre era demasiado joven para recordar cuando echaron a Semión de su puesto docente en la Universidad de Vilna, semanas antes de la fecha fijada para defender su tesis. No se ofreció ninguna razón oficial, pero todos lo entendieron. Era 1952 y el Gobierno de Stalin había retomado su peor discurso antisemita, sembrando el país de purgas; estas alcanzaron niveles delirantes en la primavera y el verano siguientes, cuando a un grupo de médicos judíos se los acusó de conspirar para matar a Stalin.

Semión y Raísa se temían lo peor —un regreso a las persecuciones de los años de la guerra— y trazaron un plan. Un viejo amigo de Semión, un abogado alto y calvo que se llamaba Balevičius, se llevaría a mi madre, que entonces tenía tres años, a vivir en el campo con sus ancianos padres. Estos teñirían de rubio el cabello moreno de la niña y le prestarían su apellido. Balevičius —un lituano criado en un shtetl y que hablaba yidis con fluidez— se casó con la hija de un vecino judío y pasó los años de ocupación alemana dando clases de matemáticas a los niños del campo y ocultando la identidad de su mujer. Después de la guerra, cuando un vecino ruso la llamó *zhidovka* —un término ofensivo para dirigirse a los judíos—, Balevičius rompió a patadas las ventanas del sótano de aquel hombre y pasó varios meses en la cárcel por vandalismo.

La más perturbadora de las historias de mi madre sucedió a mediados de la década de los cincuenta, cuando el cadáver de una niña lituana de cinco años que había sido violada y estrangulada fue descubierto en un sótano de Vilna. Durante la muy divulgada búsqueda del asesino, volvieron a circular viejas habladurías por la ciudad: un judío había matado a la niña para emplear su sangre en rituales religiosos. Las semanas siguientes, un sombrío ánimo de venganza pendió sobre las tiendas de la ciudad, sobre los patios de los colegios y sobre las aulas. Se dijo que el alcalde había solicitado que se acantonaran tropas alrededor de la ciudad, en previsión de revueltas.

Las habladurías cesaron cuando se dio con el asesino. Era un lituano problemático, de veintitantos años, hijo de un profesor de biología llamado Petrila que casualmente daba clase en el mismo departamento de la universidad que mi abuelo. El asesino confesó el crimen a su padre y poco después murió desangrado en la bañera; su madre, la exmujer del profesor, le había ayudado a cortarse las venas. Después de que Petrila acudiera a la policía y de que la identidad de su hijo se hiciera pública, los funcionarios del partido le reprocharon no haberlo entregado antes a las autoridades; lo privaron de su piso y de su puesto y recibió orden de reubicarse en una granja colectiva.

El profesor Petrila era amigo de la familia. Fue a ver a mis abuelos

por última vez, para despedirse y pedirles dinero. Al cabo de una breve conversación, Semión salió de casa; a su regreso, menos de una hora después, entregó a Petrila un grueso fajo de billetes, la totalidad de sus ahorros. Mi madre, no mucho mayor que la niña estrangulada, presenció esto mientras desayunaba. A menudo he pensado en lo cerca que estuvo ella de la violenta tensión entre los lituanos, los rusos y los judíos de aquella ciudad, esa brecha que nunca se cerrará, el día que vio a aquel hombre destrozado en la cocina de sus padres.

Finalmente, los peores presagios se aplacaron. Mi madre no tuvo que irse al campo ni teñirse el pelo. Balevičius llegó a rector de la Facultad de Derecho de Vilna. La muerte de Stalin propició el fin de la propaganda antisemita más extrema. Meses después del funeral de Stalin, en lo que ahora me parece una auténtica bravata, Semión demandó a la universidad por despido improcedente y, para sorpresa de todos, lo readmitieron. Ejerció allí otros veintisiete años.

Mi madre recuerda los años siguientes como una época de abundancia y calma relativas; dan fe de ello los detalles de sus historias: el calentador de agua que Semión instaló a principios de la década de los sesenta, las mujeres miembros de los viejos creyentes que ayudaban a Raísa con las tareas de la casa y la cabaña en el campo que alquilaban en julio y agosto. En aquella cabaña cerca de la playa de Valakampiai había un jardín, un pozo con una bomba de manivela y una anciana casera, una polaca a la que todos llamaban Pani Verpakhovska, que tenía la costumbre de hablarles en voz alta a sus cinco gatos. Ida y Esther alquilaban cabañas adyacentes, y mi madre recuerda que pasaba los largos días veraniegos jugando con sus primas en el bosque. Un verano, después de leer *El último mohicano*, ella y su prima Grisha se embadurnaron la cara con betún, fabricaron faldas con hojas de roble y se adornaron el pelo con plumas del sombrero de Esther. A continuación se encaramaron a un roble, desde donde se dedicaron a gritar a quienes pasaban por debajo, simulando ser indias.

Foto familiar

La familia completa se reunía en vacaciones y en las festividades, habitualmente en el piso de Ida, que era un segundo. La hermana menor de Raísa era la mejor cocinera de la familia, además de una anfitriona nata, y en aquellos años de la posguerra las celebraciones familiares incluyeron a las hermanas de mi abuela junto con sus maridos e hijos. No hace mucho, mi madre me habló de una fiesta de cumpleaños (no recordaba de quién), cuando ella tenía cinco o seis años. Era más de medianoche y todos habían comido, bebido y

bailado mucho. Sin ganas de despedirse, los adultos dormitaban en los sillones. Solo la prima Esther estaba en la cocina, fregando los platos. Los niños dormían en otra habitación, menos mi madre, que se había quedado dormida hecha un ovillo en un rincón del sofá. En algún momento de la noche, abrió los ojos, sobresaltada por algún ruido o por un sueño, y recorrió la estancia con la mirada.

La hermana mayor de su madre, Vera, estaba sentada aparte, con el abrigo abotonado y su cuello de chinchilla puesto, los labios apretados en un gesto arisco incluso en sueños. Ida, la anfitriona, echaba una cabezada apoyada en el hombro de su marido, Chaim, a quien nadie consideraba una lumbrera pero que tenía buena voz para el canto y un armario repleto de trajes vistosos. Raísa estaba reclinada en el sofá junto a mi madre, que había apoyado la cabeza en el regazo de Semión. En el centro de la habitación, sobre dos mesas que habían juntado y cubierto con un mantel, se exhibía la abundancia propia de aquellos tiempos: sobras de arenques en salsa agria (en ruso: «arenques con abrigo de pieles»), las famosas albóndigas de pescado de Ida, guiso de ternera con pasas y zanahorias, rábanos picantes, pan de centeno, jalá, los pasteles de nata y chocolate de Esther y cortezas de naranja cocinadas con azúcar. Había una botella de vodka y otra de vino tinto. Había tazas de té sobre platillos a juego, una tetera de porcelana azul, un sifón, una jarrita para la leche, rodajas de limón dispuestas en abanico en un plato, un azucarero decorado con flores amarillas, dos jarrones de cristal tallado con flores de sauce y de mimosa. Había fotos de familia enmarcadas en las paredes, tallas en madera adornadas con ámbar lituano, un calendario de los de arrancar las hojas que iba con dos días de retraso, una menorá en miniatura, un reloj horrible de latón y malaquita falsa. Y en una pared, quizá lo más extraño de todo, un tapiz de un galán con sombrero de tres picos ayudando amablemente a una mujer con vestido dieciochesco a cruzar un arroyo. Libros en una estantería, cortinas caseras verde mar que se mecían con la brisa, un perchero, un paragüero que albergaba varias espadañas secas pero ningún paraguas, y en la pared, un espejo oval con marco de color perla, ante el que las mujeres se retocaban por turnos el maquillaje y donde los hombres evitaban mirarse.

En el rincón había una radio, un aparato de madera clara con patas que se afinaban hacia la base y coronado por una antena en V; el frontal era un panel de vidrio ahumado con grandes mandos giratorios de baquelita. Estaba encendida y se oía muy bajito uno de aquellos temas de *big band* que aún estaban de moda a mediados de los cincuenta, quizá «Bésame mucho» o «Noches de Moscú». Alta, la tía que rara vez le sonreía a mi madre, la que había perdido a su hija en el gueto, bailaba sola a la luz de una lámpara. Movía las caderas bajo el peso de su falda plisada, dando tironcitos a las esquinas de un chal

imaginario al ritmo de la música. Sus ojos, maquillados con esmero, no se abrieron en ningún momento. Trazó un giro al compás, acompañando el paso con un golpe de falda. Solo mi madre la vio. La orquesta siguió tocando, alternando trompetas y mareantes saxofones, con una percusión de fondo. Alta bailó junto a la radio iluminada y las cortinas mecidas por el viento, bailó seguramente durante mucho rato, o al menos hasta que mi madre, bostezando en el sofá, cerró los ojos.

Gracias a su recién logrado puesto de docente en la universidad, Semión pudo conseguirle a su hija una plaza en el mejor colegio de la ciudad, junto a los hijos de la élite y de oficiales locales del partido. El pupitre junto al de mi madre lo ocupaba el hijo del jefe del partido en Lituania. El niño sentado a continuación era el hijo del comandante de la división lituana del Ejército Rojo. Para mi madre era un sitio asfixiante, donde se sentía sola. Su mejor amiga era una chica de facciones angulosas y actitud masculina llamada Giedre. En sus confabulaciones después de clase criticaban siempre a las rubias tontas que se dedicaban a cocinar, tejer y fantasear con el día de su boda. A mi madre siguió sin gustarle el colegio incluso después de que las demás chicas tuvieran que reconocer que era guapa y la invitaran a fiestas donde las parejas populares fumaban cigarrillos, se emborrachaban con sidra y bailaban al ritmo de grabaciones piratas de Connie Francis y Paul Anka.

Después de que un dibujo suyo ganara un concurso local, a mi madre empezaron a interesarle sobre todo las clases de arte; el resto del tiempo lo pasaba leyendo. En octavo empezó a asistir también, después de clase, a un club de literatura dirigido por su profesora favorita, una rusa melancólica de pelo muy corto y gafas de cristales gruesos llamada Rosa Vladimirovna. Con el tiempo, Rosa le habló a mi madre de sus padres, que habían sido editores de prensa en Moscú. Los arrestaron y fusilaron en 1937, en la cúspide del Gran Terror, y ella pasó el resto de su infancia en un orfanato en la desolada ciudad de Gorki, que debía su nombre al autor de las populares novelas realistas socialistas. Incumpliendo la política del colegio, en el club leyeron a Anna Ajmátova, Marina Tsvietáieva y Ósip Mandelstam, los grandes poetas de la edad de plata que se habían ganado la ira de Stalin. El poeta de Vilna Tomas Venclova —con fama de disidente a sus veintitantos años, alto y delgado, ataviado con jersey y boina negra— visitó el club y habló al grupo de alumnos de trece años del suicidio de Tsvietáieva, la demencia de Mandelstam y su muerte en un campo de trabajos forzados. «¿Os habéis detenido a pensar que ninguno de nuestros grandes poetas ha muerto por causas naturales?», preguntó a los estudiantes.

Durante aquellas reuniones después de clase, mi madre empezó a

sentir el peso y la oscuridad del lugar y la época en que vivía. Tal descubrimiento prendió en ella un rabioso desprecio adolescente por las versiones soviéticas oficiales de la historia y de la cultura que les enseñaban en clase. No obstante, también se percataba de lo afortunada que era. En aquellos años, pensaba a menudo en una historia de la guerra que le había contado su tía Esther. Un día, cuando Esther tenía diecisiete años y vivía en una granja colectiva en Uzbekistán, dibujó sin darse cuenta un par de cuernos en una foto de Stalin que aparecía en la primera plana de un periódico. Después de que una compañera de habitación la denunciara, dos agentes del NKVD se la llevaron a una oficina sin ventanas y la interrogaron durante horas. Al final, se libró del arresto solo por ser huérfana y no tener aún dieciocho años. Mi madre recordaba la historia de Esther mientras reflexionaba sobre su propia vida; se daba cuenta de lo afortunada que era por haber nacido después de las purgas y del final de la guerra.

Mi madre se percataba de que era diferente, aunque al principio no sabía por qué. Al fin y al cabo, ¿no era la Unión Soviética un Estado libre de clases donde todos compartían una nacionalidad común, donde la religión se había tachado de superstición? Un par de veces oyó a compañeros de clase murmurar que Hitler no había terminado su trabajo, pero insultos tan abiertos eran infrecuentes. Sí que abundaban indicios más sutiles. Advertía las miradas y los silencios con que la recibían en las asambleas y los bailes del colegio, y luego aprendió a identificar las miradas más serias y solapadas de los adultos.

Era todavía una niña, y en Vilna solo los niños disfrutaban del privilegio de desconocer el pasado, que yacía justo bajo la superficie de las pausadas rutinas diarias de aquella ciudad provinciana. Apenas habían transcurrido quince años desde que los restos de ochenta o noventa mil personas, en su mayoría judíos de la localidad, fueron enterrados en claros del bosque siete kilómetros al suroeste de Vilna, un lugar pintoresco llamado Ponary donde las familias iban de pícnic antes de la guerra. El mando alemán lo escogió por los profundos pozos que los soldados rusos habían excavado allí para almacenar gasolina y diésel. Como sucedía con gran parte del pasado reciente de Lituania, todo el mundo sabía lo de Ponary, pero ahora casi nadie pronunciaba su nombre. A medida que mi madre fue comprendiendo mejor esta historia, empezó a detestar la bonita ciudad barroca donde había nacido, cuyos secretos yacían a la vista de cualquiera que quisiera verlos.

El sueño de los yidistas había quedado desacreditado. Los últimos judíos de Lituania sabían que el país ya nunca volvería a ser un hogar para ellos. Ida y sus hermanas fueron las primeras de la familia en

emigrar; mi madre tenía quince años cuando les dio un abrazo de despedida en el aeropuerto. Esther y su familia las siguieron a Israel cuatro años después. Pronto Vera, sus hijos y Alta también se fueron. Para cuando yo tenía cinco años, mi madre y sus padres eran los últimos miembros de la familia de Raísa que quedaban en la Unión Soviética. Mi madre imploró a sus padres que se fueran —a Israel, Estados Unidos, Australia o, en realidad, a cualquier sitio con tal de salir de allí. Creía que la clave de su felicidad y la de sus padres residía al otro lado de la frontera cerrada donde el sol se ponía sobre el Báltico.

Permanecían en Vilna por Semión. De lunes a viernes, pasaba el día encorvado ante pilas de carpetas, trabajando en una tesis doctoral que siempre estaba a punto de terminar. Había libros y artículos científicos a medio escribir o sin empezar, y él se hallaba continuamente al borde de un avance que traería consigo mayor prosperidad para todos. Mi madre discutía con él casi a diario, furiosa con su padre por tenerlos anclados a la claustrofóbica ciudad, más incluso que por las infidelidades que él era incapaz de ocultarle ni siquiera a su hija. Mi madre se había convertido en una adolescente terca y orgullosa, que juzgaba a Semión con la inequívoca superioridad moral de los jóvenes.

Para empeorar las cosas, la carrera profesional de Semión no tenía esperanza alguna de mejora. La discreción y el tacto de los que había carecido en su juventud no los había adquirido con la edad. Era incapaz de ser cortés con colegas a los que deploraba, y se dirigía a sus superiores de la universidad con una franqueza que lindaba con la grosería. En una fiesta de bienvenida para nuevos estudiantes, bebió un vaso de vodka tras otro con el estómago vacío, sufrió el primero de sus tres ataques al corazón, y lo sacaron de la sala en camilla. Publicaba sin descanso —doce libros y docenas de artículos—, pero su falta de tacto y su incapacidad para esquivar temas de conversación polémicos ponían fuera de su alcance los ascensos y los reconocimientos que anhelaba.

Semión era especialmente antipático con un primo suyo, hijo de la hermana mayor de Frida, que los visitaba varias veces al año. Tales visitas podrían haber sido motivo de alegría, dado que Valeri Kirpotin era de los pocos supervivientes de la familia de Semión. Se trataba asimismo, sin lugar a dudas, de alguien importante. Kirpotin era un *nom de guerre* revolucionario; su verdadero apellido era Rabinovich. Había sido un destacado creyente en la causa bolchevique, y en los primeros años de la Unión Soviética había sido secretario personal de Maksim Gorki, el más famoso novelista de Rusia. Más adelante, se convirtió en uno de los mayores críticos literarios del país.

Pese a que Kirpotin era un estudioso de Dostoyevski, figuraba entre

los más destacados custodios de la estética y la ideología realistas socialistas. En la prensa oficial, censuraba a colegas escritores y a críticos por sus tendencias antisoviéticas, por elogiar a los autores equivocados y por imitar el estilo aburguesado de Occidente. Había esculpido sus opiniones mientras tomaba acta de las reuniones entre Gorki y Stalin, y hasta su muerte permaneció implicado personalmente en la producción, recepción y censura de la literatura soviética.

El primo de mi abuelo residía en un piso palaciego en Moscú y se desplazaba en una limusina con chófer. Su hermano, otro antiguo bolchevique llamado Serguéi Dalin, fue un prominente economista que centró sus estudios en China y en Estados Unidos. Cuando Kirpotin se hallaba en la cúspide de su influencia, Dalin fue arrestado y sentenciado a veinte años de trabajos forzados. Esto iba en línea con la costumbre de Stalin de arrestar a los cónyuges, hermanos e hijos de los miembros de su círculo cercano y de otras figuras destacadas para asegurarse su lealtad y docilidad.

A mi madre le gustaban las visitas de Kirpotin, pues su famoso tío —que le hablaba de autores y de libros y la animaba a leer— era el único miembro de la familia que la trataba como a una adulta. Hay una foto de ambos en un parque de una pequeña ciudad llamada Ignalina. Kirpotin, que sostiene un sombrero de ala ancha, está sentado junto a su mujer; su hermano Dalin y su tía Tania están sentados a continuación; mi madre está en pie detrás del banco junto a Frosia, el ama de llaves rubia de sus padres.

Foto familiar

Kirpotin había estudiado en la yeshivá de un shtetl y llegó a convertirse en uno de los líderes de la oficialidad intelectual de la nación, pero esto a Semión no le inspiraba ningún respeto, y trataba a su primo con sospecha y, a menudo, desdén. Durante las cenas, discutían a gritos, apuntándose con sus prominentes narices por encima de la mesa como un par de duelistas en un prado. Aquellos enfrentamientos se prolongaban hasta bien entrada la noche, avivados por las declaraciones de Kirpotin a favor del discurso oficial del partido, que Semión despachaba como «mierda comunista». Por la mañana, los dos estaban enfurruñados y se evitaban, y el resquemor les podía durar meses. Desconozco si Semión se percataba del grave riesgo que sus proclamas anticomunistas suponían para él y su familia, pero en cualquier caso siguió aireándolas sin ningún pudor en presencia de su primo. «Cuando veas una multitud correr en una dirección», le dijo una vez a mi madre, «tú corre en la contraria.»

Para cuando yo empecé a visitar a mis abuelos, se habían mudado del centro de Vilna a un barrio de las afueras llamado Antakalnis. Su piso particular de tres habitaciones estaba en un grupo de edificios diseñados por un arquitecto sueco y, por lo tanto, considerados chic. Mi madre vivió allí varios años antes de graduarse con matrícula de honor y salir huyendo a Moscú, su parada intermedia antes de partir hacia Jerusalén, Sidney o Nueva York.

Semión transformó la antigua habitación de mi madre en un laboratorio, y de niño yo pasaba allí las tardes de verano, ayudándole con sus experimentos. Lo que más hacía era diseccionar ranas. Practicaba incisiones en el dorso del animal, aplicaba electrodos a los dos haces principales de nervios que discurrían a lo largo de la columna vertebral, y a continuación pinchaba a la rana con toda una colección de herramientas. Mientras tanto, un tembloroso brazo metálico registraba las respuestas involuntarias de la rana en forma de garabatos de tinta sobre un rodillo de papel giratorio. Semión insistía en la humanidad de los experimentos. Sedaba a las ranas con éter antes de empuñar las tijeras de cirugía y después las liquidaba atravesándoles el cerebro con una aguja.

Mi recuerdo más claro del laboratorio son los sonidos: el croar de las ranas en los frascos junto al rodapié, los graznidos de los pájaros enjaulados, el ronroneo del eje que hacía girar el rollo de papel, la charla zalamera de estudiantes de posgrado que siempre accedían a quedarse a cenar, el ruido de fondo de los partidos de fútbol en el televisor del salón. A veces Raísa, desde la cocina, le pedía a gritos a Semión que bajara la basura o que se ocupara de alguna otra tarea doméstica. Él asentía distraído, sin apartar la vista del trabajo, y

contestaba, apenas lo bastante alto como para que se le oyera: «Cariño, no tengo ni idea de lo que estás hablando».

Su carácter despistado era cosa de siempre. A diario daba vueltas por el piso buscando desesperado las gafas que llevaba subidas a la frente. Por las mañanas, preparaba huevos pasados por agua, que le encantaban desde que era niño. Al menos una vez al mes, después de dejar los huevos en el agua hirviendo, se ponía a pensar en el trabajo y salía a dar un relajado paseo de veinticinco minutos. Decía que caminar le ayudaba a pensar. Cuando volvía a casa, los huevos habían reventado y la cazuela estaba quemada. Una vez, cuando estaba a punto de salir de casa para dar una clase, recordó que se le había olvidado ponerse la corbata y se guardó una en el bolsillo. Se la anudó en el autobús sin ayuda de ningún espejo. Al final de la clase, un estudiante se le acercó y le preguntó con timidez: «Profesor, ¿por qué lleva usted dos corbatas?».

Foto familiar

A veces, cuando iba a trabajar me llevaba con él. De acuerdo a sus cálculos, había impartido clase a treinta y cinco mil estudiantes. Tal estimación incluía a la mayoría de los médicos de la ciudad, y se topaba con ellos en todas partes. Casi en cada manzana alguien le decía hola o le dedicaba un gesto de saludo. Muchos de los estudiantes de Semión, a los que yo conocí incluso después de haber venido a Nueva York, recordaban sobre todo su falta de remilgos. Cuando enseñaba a una clase cómo realizar una extracción de sangre, mi abuelo se remangaba la camisa y apoyaba un brazo en la mesa, con la palma de la mano hacia arriba. Se comía un sándwich u hojeaba un

libro de zoología mientras treinta estudiantes de medicina esperaban en fila para pincharle por turnos la vena con una jeringuilla soviética de tamaño gigante. A veces echaba un vistazo para ofrecer consejo.

En un edificio neobarroco amarillo del campus, Semión dirigía un pequeño museo de zoología. Sus tres salas prestaban alojo a una barba de ballena, un glotón disecado, un inmenso crustáceo moteado del género *Homarus*, varios huesos de mastodonte, una vitrina de colibríes que contenía varios ejemplares de orejas violetas procedentes de Sudamérica, cuerpos iridiscentes del tamaño de un pulgar sujetos con alfileres sobre terciopelo negro. Mientras fisgaba en una caja llena de insectos satinados, decidí que cuando fuera mayor sería un experto en el escarabajo de la patata de Colorado. El insecto a rayas naranjas y marrones tenía un reconfortante aspecto depredador y, lo mejor de todo, provenía de Estados Unidos. Yo tenía siete años y le conté el plan a mi abuelo. «Naturalmente», contestó asintiendo. «Eres un hombre, no una mujer con cerebro de mosquito, y algún día también serás científico.» Y dicho esto, cerró la puerta del museo con la anticuada llave que llevaba colgada de una enorme anilla, me tomó de la mano y echamos a caminar hacia el ascensor.

El día después de llegar a Vilna, mi madre y yo localizamos la consulta de Haskel, en el número 12 de la calle Calvario, donde sus abuelos extraían dientes con tenazas de hierro. Un letrero escrito a mano delante de una boutique en el bajo del edificio anunciaba rebajas en lencería. Pasamos frente al colegio de mi madre, que según ella seguía igual; el busto del poeta futurista al que debía su nombre seguía junto a la entrada. Recorrimos el barrio judío, por la calle de los Cristaleros y la calle de los Judíos, y nos detuvimos a mirar una placa que casi pasaba desapercibida y que señalaba el lugar donde había estado la vivienda del Gaón de Vilna.

Cuando se encendieron las luces de los cafés y las cervecerías, alumbrando las sombrillas amarillas y verdes, acompañé a mi madre al restaurante donde había quedado con sus amigas. Cuarenta y dos años después de graduarse del colegio, asistía a la primera reunión de exalumnos. Cuando vio a un grupo de mujeres que esperaba fuera del restaurante, echó a correr. Hubo muchos besos y abrazos, y luego las mujeres permanecieron muy juntas, abrazadas a la cintura de las demás, llorando.

Poco a poco, pusieron al día a mi madre sobre sus compañeros de clase. La chica inteligente y delgada que gustaba a todo el mundo y que llegó a periodista de televisión murió de cirrosis a los cuarenta y tantos. Otra no podía salir de casa por complicaciones de la diabetes. La rubia guapa con mucho pecho a la que todas envidiaban cuando estaban en décimo curso vivía ahora en Alemania y les había enviado

un correo electrónico. Las mujeres dijeron que a las chicas les había ido mejor que a los chicos, más de la mitad de los cuales había muerto: algunos por el alcohol, otro se había suicidado, varios por enfermedades cardiacas. Y el chico de mirada somnolienta con el que todas querían bailar, el delgado de pelo castaño y liso, había salido a navegar por un lago en su barca y, después de pasarse todo el día bebiendo, se había caído por la borda y se había ahogado. Tenía poco más de cuarenta años. Varias de las mujeres habían asistido al funeral. «Pero es una maravilla verte», le dijeron a mi madre, y volvieron a echarse a llorar. Finalmente, le pasaron los brazos por los hombros y entraron al restaurante. Yo me despedí y volví al hotel.

A la mañana siguiente su amiga Giedre nos llevó a la torre desde la que se podía ver toda la ciudad. La bandera tricolor lituana ondeaba en la cima, visible a kilómetros de distancia. De acuerdo al antiguo relato, Gediminas, el abuelo del rey Jogaila, encabezó una partida de caza al valle de Šventaragis, como se llamaba la tierra donde estábamos, y mató un uro. Esa noche, en un sueño muy vívido, vio a un lobo inmenso —de hierro y con armadura de hierro— aullar en la cumbre de la montaña donde él había matado al animal. Era como si cientos de lobos aullaran al unísono. Por la mañana, el alto sacerdote pagano Lizdeika interpretó el sueño. Le dijo a Gediminas que una ciudad tan dura como el hierro y tan temible como los aullidos de los lobos había de fundarse en aquel lugar. Nosotros contemplamos Vilna desde la torre de piedra que Gediminas erigió allí; la ciudad, construida con el detalle ornamental de los antiguos tableros de ajedrez, se extendía bajo un cielo encapotado de nubes tormentosas.

Autor desconocido

A nuestros pies, vimos el rectángulo pontificio de la catedral reconstruida, las cúpulas y agujas del casco antiguo, los medianos bloques de viviendas en las afueras, la cinta de humo plateado que era el Neris y, en la otra orilla del río, la implacable extensión de cemento de un estadio de deportes soviético. Ocupaba el lugar del antiguo cementerio de Shnipishok, suelo sagrado para los judíos desde el siglo XV. Muchas de las lápidas, adornadas con leones de Judá, se habían vuelto ilegibles. Antes de demolerlo en 1949, las autoridades soviéticas permitieron a los judíos de la ciudad recuperar los restos de solo siete tumbas. Claro está, una de ellas fue la del Gaón de Vilna. Cuando abrieron su tumba, miembros de la sacra sociedad judía afirmaron que el cuerpo permanecía incorrupto, que incluso los pelos de la barba del Gaón se hallaban intactos.

Trasladaron los restos a Dembovka, un cementerio judío más reciente en una zona desierta de Vilna. El mausoleo del Gaón está allí ahora. La losa sobre la tumba está salpicada de notas mohosas en hebreo y en yidis, con súplicas al santo para que interceda a favor de los pocos judíos que aún quedan en la ciudad y por quienes vengan de visita desde el extranjero.

Las cenizas del *ger tzedek* —el posiblemente apócrifo Recto Prosélito— yacen cerca de allí. Tan extraño título le fue otorgado a un polaco, el conde Valentine Potocki, que a mediados del siglo XVIII cometió el insólito acto de convertirse al judaísmo y de adoptar el ostentoso nombre de Abraham ben Abraham. Tras ignorar las súplicas de sus padres para que renunciara a la fe pagana —incluso se ofrecieron a construirle un castillo donde pudiera practicar su religión en paz—, las autoridades católicas lo sentenciaron a muerte. Supuestamente, el Gaón fue a visitarlo a prisión y llegó a ofrecerle su ayuda para escapar de la celda. Pero Potocki decidió morir como un mártir. Los judíos de Vilna recitaron el Kaddish por él el día que ardió en la pira, el segundo día de Shavout de 1749. Un árbol con una extraña forma retorcida, que se decía que recordaba a un cuerpo humano, creció en el sitio donde lo enterraron en el cementerio de Shnipishok. Después de que unos vándalos le arrancaran las ramas, los judíos construyeron una verja de hierro a su alrededor. Los creyentes y los supersticiosos aseguraban que el árbol se secaría cuando la desgracia amenazase a los judíos de la ciudad. Seguía allí en 1941, poco antes de la llegada de los nazis, cuando alguien lo taló.

Cuando Semión era niño, por los caminos de Shnipishok deambulaban cantores litúrgicos que se ofrecían a cantar por los difuntos de los visitantes a cambio de unos pocos groschen. En una lápida figuraba escrito: «¡Detente y mira! Tú aún vienes de visita; yo estoy en casa». Después de que los buldóceres soviéticos allanaran el

cementerio, las lápidas se usaron para construir una escalera en la ladera de una colina próxima. Si te fijas en los escalones, todavía puedes ver los nombres de los difuntos.

Y así, aquella metrópolis de sinagogas, mataderos y baños rituales, de teatros yidis y de cafés, la ciudad judía más próspera de la diáspora, se fue desvaneciendo poco a poco. Una vez que los judíos se fueron, los restos de su cultura se borraron meticulosamente. En una calle lateral cerca del edificio donde vivió Ida, la tía de mi madre, me sorprendió encontrar restos de letras yidis sobre las ventanas del bajo. Eran apenas visibles, fantasmas bajo una fina mano de pintura blanca.

El más firme recordatorio de la Vilna judía se encuentra al borde de una colina sobre la calle Pamėnkalnio. Una casa de madera cuyo extraño aspecto rural recuerda al de un ultramarinos de pueblo americano. Casi todo el mundo la llama la Casa Verde, aunque más formalmente se la conoce como el Museo Estatal Judío de Lituania. En sus escasas salas, la única exposición permanente, titulada *La Catástrofe*, documenta el abrupto final de la Vilna judía. En la Casa Verde no hay expuestos muchos objetos originales por falta de fondos; la mayoría de las fotografías y documentos que hay en sus paredes son fotocopias.

Una reproducción ampliada del Informe Jäger ocupa toda una pared. Cuando mi madre y yo visitamos la Casa Verde, me quedé ante la reproducción mucho rato, leyendo el recuento de fallecidos. La entrada correspondiente a Utian, la ciudad donde vivió la familia de Semión, pormenorizaba el exterminio llevado a cabo allí el 31 de julio de 1941: «256 judíos, 16 judías, 4 comunistas lituanos, 1 ladrón, 1 asesino». Una semana después, otro recuento: «483 judíos, 87 judías, 1 lituano (ladrón de cadáveres de soldados alemanes)». La entrada de la ciudad natal de Raísa, Koshedar, era más sucinta: «1911: todos hombres, mujeres y niños judíos».

Frente a la Casa Verde, al otro lado de la calle, un letrero bastante reciente señala el camino hacia el Museo de las Víctimas del Genocidio, una institución mucho más imponente. Ocupa un palacio de justicia zarista neoclásico que sirvió como cuartel general de la Gestapo y, después de la guerra, como prisión del KGB. El Centro de Investigación del Genocidio y la Resistencia de Lituania se encuentra en el portal siguiente. Las exposiciones del interior documentan la deportación, el encarcelamiento y la represión política de los lituanos étnicos por parte de los soviéticos; ese es el genocidio al que se refiere el nombre del museo. Entre las piezas expuestas hay fotos granulosas de disidentes llevando a cabo acciones de protesta, una colección de panfletos y correspondencia del KGB, y la gorra de un general soviético. Solo unas pocas cartelas explicativas mencionan a los judíos lituanos.

El doble relato del genocidio, como ha llegado a conocerse —la idea de que todos sufrieron por igual durante la guerra— se ha convertido en la justificación para el rechazo del Gobierno a reconocer el papel de Lituania en el Holocausto y a llevar a juicio a los colaboradores de los nazis. En 2007, de ese relato brotó un extraño apéndice. Aquel año, el fiscal jefe de la nación dio inicio por fin a una investigación de los crímenes de guerra. Curiosamente, sus objetivos no fueron los colaboradores locales con los nazis, sino judíos —dos mujeres y un hombre, los tres de más de ochenta años— que sobrevivieron al gueto de Vilna. A principios de la década de los cuarenta, según alegó el fiscal, los tres participaron en ataques a lituanos étnicos. Los acusados no lo negaron. Durante la guerra fueron miembros de la resistencia judía, y los lituanos en cuestión trabajaban para las SS. Uno de los acusados era un antiguo presidente del Yad Vashem, el memorial del Holocausto en Jerusalén. Otro era un amigo de mi familia: una abuela de seis nietos que impartió clases de Biología en la Universidad de Vilna junto con Semión. Mediante editoriales de prensa, se urgió al Gobierno a llevar a juicio el caso contra los octogenarios. En las noticias locales se referían a ellos como «terroristas».

Con la economía lituana yéndose a pique, un ánimo áspero pendía sobre la bella nación báltica, miembro de la Unión Europea y de la OTAN, e independiente desde hacía casi veinte años. En Vilna, alguien escribió con espray *Juden Raus* en la última sinagoga que quedaba en la ciudad; alguien más dejó una cabeza de cerdo en las escaleras de otra sinagoga en Kaunas. En 2009, el tercer mayor periódico del país, *Respublika*, publicó un editorial en primera plana. En la viñeta que lo acompañaba aparecían dos hombres cargando a hombros la esfera del mundo. Uno llevaba sombrero negro, tenía la nariz ganchuda y estaba gordo; el otro llevaba los ojos maquillados, estaba bronceado y la única prenda que cubría su musculoso cuerpo era un tanga. El editorial —titulado «¿Quién gobierna realmente el mundo?»— afirmaba que los judíos y los homosexuales conspiraban entre ellos para destruir la economía de Lituania. Tres días después —alegando una marea de interés y de apoyo por parte de sus lectores— *Respublika* reimprimió la viñeta en primera plana.

La viñeta fue uno de los temas de conversación que salieron aquel día en el apartamento —enorme y repleto de libros— de Dovid Katz, adonde fui tras visitar la Casa Verde. Katz era una de las pocas figuras públicas en Lituania que insistía en hablar del Holocausto, y yo quería conocerlo. Era un eminente lingüista que había impartido clase en Yale y en Oxford, y que fue a Vilna en la década de los noventa para crear un instituto yidis, un gran logro para la universidad de provincias donde mi abuelo había dado clase. Entonces, sin dar

ninguna explicación, la universidad despidió a Katz. Insistía en que se habían librado de él por haber escrito editoriales de prensa en defensa de los ancianos partisanos judíos acusados, y por haber presionado a diplomáticos europeos y estadounidenses para que intercedieran en favor de ellos. «El problema es que aquí nadie está dispuesto a denunciar tales abusos», dijo Katz mientras me rellenaba la copa de champán.

Con su amplia barriga, ropa negra y una imponente barba también negra, Katz parecía un sacerdote ortodoxo ruso; cuando viajaba a Bielorrusia y a Ucrania, mujeres con pañuelo se postraban a menudo de rodillas a sus pies y le besaban las manos. En realidad era hijo de un célebre poeta yidis de Brooklyn. Aquel día daba una fiesta en su casa y danzaba de un lado a otro presentando a los invitados, alternando entre un funcionario del Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington D. C., un periodista británico y la embajadora estadounidense en Lituania, una mujer de apariencia vigorosa con una falda plisada azul marino y que lucía en la solapa un pin del Departamento de Estado. Alguien estaba comentando un par de leyes que acababa de promulgar el Gobierno. Una castigaba la «negación o la minimización de los dos genocidios» con una pena de dos años de prisión; la otra legalizaba la esvástica como «símbolo de importancia nacional».

Un empleado del consulado alemán les estaba hablando a dos visitantes suecos sobre el reciente desfile del orgullo gay. Era solo el segundo en celebrarse en los Estados bálticos y había obligado al Gobierno de Vilna a acordonar la ruta con barricadas y antidisturbios. A los alrededor de trescientos participantes, en su mayoría mujeres y extranjeros, los esperaban varios miles de manifestantes que les lanzaron piedras, salchichas crudas y bombas de humo. Dos parlamentarios saltaron las barricadas y los tuvo que retener la policía. Algunos entre la multitud eran *skinheads*; otros ondeaban la bandera del Tercer Reich. Desde que llegué a Vilna, yo era muy consciente de encontrarme en una capital europea con un único bar gay, un lugar donde las agresiones a hombres y mujeres homosexuales eran casi tan comunes como las bromas homófobas en cenas supuestamente educadas, lo que llevaba a pensar que mucha gente en la ciudad seguía viviendo en un pasado al que no querían o bien no eran capaces de enfrentarse.

En el piso de Dovid Katz, copa de champán en mano, charlé con el marido de la embajadora de Estados Unidos, que gozaba del atractivo insulso y los modales escrupulosos de un diplomático profesional. Parecía haber pasado la mayor parte de su vida con traje. El que llevaba aquella noche era impecable. Habló largo y tendido acerca de la «situación sobre el terreno». Claro está, me aseguró, era compleja.

Había realidades geopolíticas e intereses económicos a tener en cuenta, y por supuesto la historia, que era asimismo compleja. Después de la humillación de la guerra y de numerosas ocupaciones extranjeras, me dijo, la gente de allí necesitaba sentir que controlaba su destino. Necesitaban sentirse orgullosos. Era una frase que yo había oído con frecuencia en Moscú, atribuida habitualmente a Putin. El pueblo de Moscú también necesitaba sentirse orgulloso de su historia, aunque hubiera que reescribir esa historia para que se acomodara a su orgullo. El diplomático estadounidense tenía una tendencia a divagar, una voz baja y un tono monocorde que dificultaban seguir el hilo de lo que decía. Lo cual, según empecé a percatarme, era su intención.

En la Casa Verde, un hombre achaparrado y barrigón se acercó a mi madre y a mí y nos preguntó de dónde éramos. Formuló la pregunta en tono provocador y demasiado alto, mirándonos fijamente con unos ojos castaños muy juntos. La camiseta que le ceñía el vientre rezaba: «*Shalom* desde Nueva York». Se llamaba Efraim Gartman. Nos lo dijo sin que nosotros se lo hubiéramos preguntado, y añadió que era un guía y genealogista aficionado de Kaunas. Cuando mi madre mencionó que sus padres habían vivido allí, él levantó una ceja y preguntó: «¿Judíos?». Su avidez resultaba un poco desagradable. Asentí y dije que estábamos buscando información. «En ese caso, está decidido», exclamó Gartman aferrándonos por el brazo como si fuera un pariente con el que nos hubiéramos reencontrado después de mucho tiempo. «Mañana vendréis a Kaunas.» Escribió el nombre de dos calles y dijo que nos encontraríamos en esa esquina a las diez de la mañana siguiente.

Conseguimos que nos llevara en coche a Kaunas un sobrino de la compañera de clase de mi madre, un economista desempleado que se llamaba Arunas. Las gafas de leer le agrandaban los ojos y llevaba la camisa de manga corta rigurosamente remetida en los pantalones. Nos escrutaba a través del espejo retrovisor de su Škoda, tímido al principio pero con genuino interés. Durante el viaje de una hora vimos a mujeres en el arcén vendiendo fresas silvestres y setas. En un momento del trayecto, Arunas compartió con nosotros que un amigo suyo, un internista, había sido alumno de Semión.

«Parece que tu abuelo era un hombre curioso», dijo Arunas. Según su amigo, Semión era famoso por una historia que les contaba a sus alumnos de cuando era soldado en Berlín, poco después de la victoria aliada. «Tu abuelo decía: "Allí estábamos, Halberstadt, Shapiro y Gutman, soldados lituanos caminando por Berlín y cantando canciones lituanas"». Los hombros se le agitaron al ritmo de una risa silenciosa. «Imaginaos: Halberstadt, Shapiro y Gutman… ¡vaya lituanos!»

Efraim Gartman nos estaba esperando en la esquina acordada,

lanzando miradas impacientes a su reloj. Arunas aparcó a una manzana de Laisvės Alėja, frente al cubo de hormigón que albergaba los archivos de la ciudad, y reclinó el asiento para echarse una siesta. Era una cálida mañana de viernes. Dentro, la recepcionista miró a Gartman como si lo hubiera estado esperando. La mujer nos informó de que la archivera jefe estaba en casa resfriada, así que tendríamos que volver la semana siguiente. Gartman nos guiñó un ojo. Ignorando a la recepcionista, entró sin permiso en una oficina de techo bajo y nos invitó a tomar asiento ante una mujer con un cárdigan de mohair. Ella lo miró con el semblante de quien hacía mucho que había renunciado a discutir con él. «Hola, Efraim», dijo.

Gartman le comunicó que buscábamos a dos familias que habían vivido en Kaunas, y ella accedió a ayudarnos a regañadientes. Yo escribí los nombres de los padres y los hermanos de Semión y de Raísa en un papel y le conté a la mujer lo que sabía. Respondió que estaría de vuelta en media hora y desapareció por una puerta lateral. A su regreso, señaló una bandeja donde había varios papeles amarillentos. «Ningún Halberstadt», dijo. Cuando se trasladaron a Kaunas, seguramente sus registros se quedaron en Utena, explicó, y casi todos los registros y los documentos de las ciudades pequeñas se perdieron en la guerra. «Pero he encontrado varios Mebelises.»

Nos tendió una bandeja con tres carnés de identidad amarillentos. Rellenados a mano, contenían los nombres de la familia de mi madre, direcciones y fotos. El hermano de Raísa —dieciocho años, pelo bien cortado y peinado, guapo, con traje oscuro y corbata— miraba fijamente a la cámara. Su carné rezaba: «Mebelis, Leib, tendero, nacido el 7 de abril de 1922, en Kaišiadorys». Nacionalidad: *Žydu*, judío. Bajo la foto, su firma, con una disparatada caligrafía infantil.

Foto de archivo

Los otros carnés correspondían al padre de Leib, Moishe, hojalatero, nacido en Ukmergė. Reconocí sus grandes orejas, iguales que las de Raísa; a ella le avergonzaban un poco así que llevaba el pelo largo para taparlas. Había un segundo carné emitido seis meses después del primero, después de que Moishe perdiera el pasaporte en 1940. Su nombre aparecía también en una lista de pasaportes perdidos o robados publicada en un periódico, otro de los documentos en la bandeja de la archivera.

Foto de archivo

En la primera foto, Moishe aparece sereno, incluso imponente: bien vestido, con corbata y chaqueta oscura; está claro que se había vestido especialmente para la ocasión. En la segunda, tomada en vísperas de la anexión soviética de Kaunas, está desarreglado y sin afeitar, no lleva corbata, frunce el ceño y parece varios años mayor que en la anterior, con una chaqueta deslucida y la camisa abotonada hasta el cuello. ¿Qué sucedió en los meses que mediaron entre una y otra? La información de los carnés era idéntica. Complexión, color del pelo, color de los ojos, ocupación. En el apartado de altura, ambos decían: «Media». El sello azul del departamento de policía le cubre el hombro izquierdo. En ambas fotos tiene cincuenta y cinco años, un año más joven que la edad que mi madre tenía aquel día en Kaunas. Ella estudió atentamente los documentos y señaló cuánto se parecía Moishe a Raísa. Era la primera vez que veía una foto de su abuelo.

Foto de archivo

Les dio la vuelta a los carnés y leyó una dirección en voz alta:

—Veiverių, 30, apto. 1. —No lo van a encontrar —intervino Gartman, mirando por encima del hombro de mi madre—. Han cambiado la numeración de las calles. Se rascó la cabeza; de pronto sonrió y, sin dar explicaciones, subió las escaleras a la carrera. En su ausencia, nosotros dos estuvimos paseando bajo los árboles de Laisvės Alėja. El día seguía soleado pero había bajado la temperatura; por el cielo se deslizaban nubes como claveles. Gartman dio con nosotros y me plantó en la mano una hoja de papel. Sonreía orgulloso. Era una fotocopia de un mapa de Slobodka de antes de la guerra. El número 30 estaba al final de la calle Veiverių, a unos pasos del Neris. «¡Sigue ahí!», dijo, con los ojos resplandecientes bajo su enorme visera.

La casa del mapa asomaba por el paisaje gris como el tocón de un árbol en mitad de un bosque milenario. Se hallaba en lo que antaño fue una ajetreada calle principal. Unos años atrás, el ayuntamiento demolió las viviendas y los negocios del lado más cercano al río y ensanchó la calle para transformarla en autovía. Coches y camiones

pasaban zumbando en dirección a la ciudad. Una estación de servicio —unos pocos surtidores sobre un tramo de asfalto que brillaba tras décadas de pérdidas de aceite— ocupaba un solar adyacente. El barrio seguía siendo el más pobre de la ciudad, y apenas se habían molestado en modernizarlo. Igual que sucedía en la periferia de muchas ciudades soviéticas, todo parecía hallarse en retroceso hacia un pasado agrícola. Construcciones desvencijadas, en su mayoría de madera, con añadidos improvisados a la carpintería anterior a la guerra, jalonaban la calle como setas mustias. Me pregunté si los anticuados techos de hojalata habían sido obra de Moishe.

La casa donde mi abuela vivió de joven era la más alta de los alrededores: un rectángulo descamado de ladrillo y cemento agrietado con tablas en varias de las ventanas. En la fachada trasera, un balcón del segundo piso se había venido abajo. La principal función del inmueble parecía ser la de sustentar un cartel publicitario de una cadena de supermercados francesa. Increíblemente, alguien continuaba viviendo allí. Había ropa tendida en el patio trasero, y dentro, en un alféizar en lo alto de la escalera, una lata de sardinas rebosaba cenizas y colillas. «Deben de ser indigentes», murmuró Gartman en tono desaprobador.

La pintura verde estaba desconchada y dejaba ver partes rosas y otras azules. Un candado cerraba la puerta del apartamento 1, donde mi abuela, sus hermanos y sus padres vivieron durante décadas después de mudarse de Kaišiadorys. Estiré el cuello para atisbar por una ventana, pero había poco que ver más allá de una habitación vacía con varios paneles de pladur sin pintar apoyados en un rincón. No quedaba rastro de lo que allí había sucedido ni del lugar tal como ellos lo habrían recordado. Mi madre bajó las escaleras y se quedó plantada en la acera con gesto inescrutable, los pensamientos amortiguados por el bramido de los camiones de mercancías.

Efraim Gartman nos llevó a Slobodka, un barrio que desde hacía mucho era conocido por su nombre lituano, Vilijampolé. En una calle encontramos un monumento conmemorativo del gueto de Kaunas, para el que mis padres habían hecho una donación. Era un obelisco gris liso, con un breve texto grabado en lituano y en hebreo y las fechas 1941-1944. Más insulso que una boca antiincendios.

Delante del monumento, Gartman escupió al suelo. Pequeño, terco, con camiseta y gorra cubiertas de palabras en hebreo, su aspecto desafiante quedaba absurdo en un sitio donde ya casi no había judíos. Gartman, natural de Kaunas, nos contó que era programador informático pero que había acabado interesándose por la historia local. En su rol de pesado del pueblo, rociaba la prensa con cartas y editoriales sobre el pasado de la ciudad; escribió a la archidiócesis informando de los errores históricos que había encontrado en una

placa en la entrada principal de la catedral. Hacía poco, incluso había autopublicado un folleto turístico en francés, titulado *Les traces de France à Kaunas*, sobre vestigios locales del Ejército de Napoleón. Pero sobre todo trabajaba como guía para visitantes extranjeros; en su mayoría judíos estadounidenses y canadienses en busca de sus antepasados en Kaunas y en los shtetls de los alrededores. «No tanto por dinero», insistía. «Más que nada por interés personal.»

Se movía con soltura por las calles, blandiendo un puño contra la ciudad. Unos adolescentes que hacían corro alrededor de un guitarrista se acercaron para preguntarle si era un «anti-*skinhead*». Pasé toda la mañana evitando hacerle la pregunta obvia y seguramente impertinente que me había venido a la cabeza en cuanto lo conocí, pero al final me pudo la curiosidad. Estábamos comiendo en un restaurante del centro. «¿Por qué sigues viviendo aquí?», pregunté. «¿Por qué no?», respondió.

Después de comer, Arunas nos llevó en coche a Žaliakalnis, donde mi madre quería buscar la tumba de su abuelo. La puerta de forja del cementerio, adornada con la estrella de David, estaba abierta de par en par, roto el candado. El sendero que conducía al interior parecía la entrada de un bosque. Aunque algunas tumbas eran posteriores a la guerra, el lugar parecía producto de la antigüedad, desolado como una necrópolis romana. Unos cuantos monumentos y lápidas asomaban de la tierra de vez en cuando, apenas visibles entre la exuberancia de zanahorias silvestres, ortigas y hojas de arce que ocultaban los nombres de los difuntos. Lápidas derribadas yacían entre latas de cervezas, envoltorios de comida y más basura. La mayoría de las tumbas estaban vacías, retiradas las losas y las lápidas. Gartman nos dijo que en época soviética se había contratado a un responsable del cementerio, pero desde la independencia estaba prácticamente abandonado. No quedaban suficientes judíos en Kaunas para sufragar su mantenimiento, y los habitantes del pueblo se habían llevado muchas de las losas de mármol y granito; un vecino de Gartman utilizó una de ellas para fabricar las escaleras del cobertizo donde guardaba sus barcas. El cementerio había acabado convirtiéndose en un lugar de reunión para adolescentes, un sitio inquietante y romántico al que acudir de noche, lejos de las luces de la ciudad y de las patrullas de policía.

Foto del autor

Al principio nos pareció que éramos los únicos visitantes de Žaliakalnis. Pero en un claro nos topamos con media docena de adolescentes, bien vestidos y peinados, reunidos alrededor de un hombre de mediana edad sentado en una tumba. Un chico con un anorak de esquí estaba leyendo algo en alemán de un aparato que sostenía en la mano, y cuando acabó los demás aplaudieron. Me acerqué a preguntarles quiénes eran. El profesor, alto, rubio, con gafas de montura de plástico, me dijo en inglés que eran estudiantes de instituto que habían ido de viaje de estudios desde Berlín. Estaban en el cementerio para «aprender sobre las facetas más oscuras de la historia de nuestro país». Aquellos estudiantes habían escogido ir allí, me aseguró el profesor; el resto de la clase había ido a Marruecos. Le di las gracias y me estrechó la mano con más firmeza de lo habitual, para dejarme clara su solidaridad. Parpadeó para contener las lágrimas.

Foto del autor

Gartman, Arunas, mi madre y yo paseamos entre las tumbas durante horas pero ninguno encontró el nombre de Haskel. Mi madre era demasiado pequeña en 1957 para recordar su última visita a aquel sitio. Además, Gartman dijo que la tumba probablemente había desaparecido. Pasamos ante obeliscos —demasiado grandes para llevárselos, me imaginé—, ante tumbas de niños que parecían troncos de árboles desprovistos de ramas, ante mausoleos de difuntos adinerados y eminentes, ante inscripciones en hebreo, en yidis, en ruso, en polaco, en lituano e incluso en inglés. Nadie dijo nada. De regreso al coche de Aruna, cerca del límite del cementerio, encontramos una tumba con un nombre que me sorprendió reconocer. Rodeada de una pila de basura, la tumba pertenecía a Danielius Dolskis.

Foto del autor

Unas horas antes, bajo los olmos de Laisvės Alėja, habíamos visto la estatua de bronce de Dolskis que la ciudad había erigido unos años atrás. Él aparecía con frac y pajarita, y desentonaba entre las pizzerías y las tiendas de teléfonos móviles. El cantante conocido en su momento como Daniel Dolski llegó a su país de adopción desde San Petersburgo en 1929, solo dos años antes de su muerte a los cuarenta; tras aprender la compleja lengua con una facilidad asombrosa, escribió y grabó una mina de canciones que casi cualquier lituano de cierta edad aún puede cantar o silbar de memoria. Dolskis llenaba los cabarés de Laisvės Alėja, locales con nombres como Versalles y Metrópolis. Raísa bailó en esos clubs con su primer marido; Semión tuvo citas allí en los años posteriores a la guerra. Dolskis interpretaba canciones sincopadas y sentimentales de un género llamado *Schlager* y cantaba sobre una flor veraniega que le había robado el corazón, y sobre Palanga Beach, donde su enamorada se ahogó entre las frías olas y él quedó eternamente a la espera de volver a oír su voz.

Resultaba que Dolskis era judío. En un claro poblado de dientes de león y de zumaque, su tumba, no mayor que las adyacentes, yacía entre latas vacías de cerveza Barry, bolsas de patatas fritas, envoltorios de caramelos y colillas, un lugar de reposo insospechado para el más querido intérprete del país. «Una lástima», se quejó Arunas, recogiendo las latas de cerveza. Gartman bizqueó ante la luz del sol poniente y no dijo nada. Entre la maleza crecida, parecía un elemento más del paisaje, tan inescrutable como las estatuas de los

decrépitos mausoleos. Mi madre estaba sumida en sus pensamientos, intentando recordar la letra de una melodía de Dolskis que Semión le cantaba a la hora de dormir. Recordó un par de versos. «*Onyte, einam su manim pašokti, / Leisk man karštai priglaust tave*», cantó. «Anna, ven a bailar», decía la canción, «déjame estrecharte con ternura.» Mi madre se quedó allí de pie, cantándosela al viento.

Varios años después, regresé a Vilna para un trabajo de verano: impartir clase en un curso para estadounidenses y canadienses que querían aprender a escribir en entornos exóticos. Pasaba tres tardes a la semana con ocho estudiantes, casi todos adultos, en un colegio empanelado en madera, y disponía del resto del tiempo para mí. La coordinadora del curso me llamó desde Montreal pocos días antes de mi vuelo. «Hemos tenido que reorganizar los alojamientos, así que vamos a ponerte en otro sitio», me dijo. «Por favor, toma nota de tu nueva dirección. Es Kalvarijų, 12, segundo piso.»

Me quedé mirando fijamente el bloc de notas, pensando que se me había cortocircuitado alguna sinapsis cerebral. El número 12 de la calle Kalvarijų era una de las dos o tres direcciones que me eran conocidas en Vilna. En mi última visita, mi madre y yo habíamos ido allí: un edificio blanco de tres pisos, de estilo *art decó*, repintando y remodelado tantas veces que parecía existir en varios periodos históricos al mismo tiempo. Allí había estado la consulta de dentista de mi bisabuelo Haskel. En 1916, en la segunda planta, una partera había traído al mundo a su segundo hijo, mi abuelo Semión. Nadie del curso de escritura estaba al tanto de ello.

Foto del autor

El edificio se hallaba en una manzana al norte del río Neris, separado del centro urbano por un puente decorado con ennegrecidas estatuas realistas socialistas de trabajadores y de soldados. Cuando mi taxi se detuvo en la acera, la tienda de ropa del bajo estaba abierta. En el exterior, una pizarra anunciaba rebajas en lencería, igual que años atrás. La dependienta, la misma con la que yo había hablado aquella otra vez, seguía sin saber nada sobre el pasado del inmueble. Me miró sonriente, divertida. Donde había estado la casa en que vivieron

Haskel y Frida —el número 13, al otro lado de la calle— había ahora un bloque de cristal y acero de altura media que albergaba un Holiday Inn.

El portal en penumbra de la casa de mi bisabuelo tenía el olor turboso de las casas viejas de Europa del Este. El piso, en la segunda planta, estaba recién pintado y amueblado con la suerte de objetos anodinos que suelen acabar en las habitaciones que se alquilan por semanas: un sofá de dos plazas, un hervidor de agua eléctrico y una foto enmarcada de un paisaje caribeño. Los únicos indicadores de la edad del piso eran las gruesas paredes de escayola y el balcón de hierro forjado con ventanas francesas por encima de un patio. Desde el balcón, vi las puertas de viejos trasteros, donde antaño los vecinos guardaban carbón y productos perecederos. Ahora casi todo el patio estaba ocupado por Škodas y Volkswagens aparcados bajo un tilo solitario y polvoriento que les prestaba cobijo bajo sus hojas en forma de corazón.

Más allá del patio, un caos arquitectónico se extendía hacia el norte. Había achaparradas casas encaladas del siglo XIX, ya grises por el tiempo; bloques de viviendas soviéticos como los que circundan todas las ciudades del antiguo imperio; varias casas de madera de edad incierta con erosionadas fachadas de chilla, y las recientes torres de cristal de los bancos finlandeses y austriacos. Las grúas trazaban círculos, bañadas por una luz de otro mundo, y durante un rato me quedé mirando su pantomima a cámara lenta. Un amigo lituano me dijo que, por el batiburrillo urbanístico, a aquella zona de Vilna los locales la llamaban «Hong Kong».

Julio es el mejor momento para ir a Vilna. Las noches son frescas y las calles huelen a lilas. La gente se sienta en los bancos y mira pasar a los transeúntes, como si eso todavía se hiciera. Las sombrillas de las cervecerías se quedan en las aceras hasta la mañana siguiente y el centro urbano aún está concurrido a las dos de la madrugada. Tras los meses oscuros y glaciales, todos disfrutan del delirio veraniego propio de las ciudades norteñas, con la misma sociabilidad y ganas de juerga que te encuentras cuando se pone el sol en Estocolmo, Reikiavik y San Petersburgo.

El día siguiente a mi llegaba asistí a una fiesta de bienvenida que el curso de escritura celebraba en el centro de la ciudad, y después fui a dar un paseo, deambulando por zonas desconocidas con la esperanza de dar con algún sitio que me resultara familiar. ¿Cómo de grande sería la ciudad? Era mi cumpleaños y estaba disfrutando de no habérselo dicho a nadie. Dos alumnas del curso, unas californianas de cuarenta y tantos años que estaban escribiendo sendas novelas, me acompañaron. Contemplamos tiendas desconocidas, altas ventanas enrejadas y monumentos dedicados a grandes duques barbudos, y

comentamos lo extraño que era estar allí. Al cabo de un rato, las dos escritoras pararon un taxi.

Nos despedimos en la calle de los Cristaleros, al borde del antiguo barrio judío, junto al pequeño y moderno monumento al Gaón de Vilna, y durante un rato paseé sin prestar atención a dónde estaba. Pasé frente a una iglesia luterana y luego frente a una ortodoxa rusa antes de ir a parar ante las agujas bermejas, como de juguete, de Santa Ana. Parece ser que cuando pasó por allí de camino a Moscú, Napoleón dijo que quería tomar la iglesia en la palma de su mano y llevársela a París, y comprendí por qué. Casi había anochecido del todo cuando llegué a la ribera y empecé a recorrer el Neris, que brillaba como una cinta azul eléctrico entre las orillas oscuras. Estaba gratamente perdido. Era estimulante hallarse inmerso en la historia pero a salvo de ella, desplazarse por las calles silencioso como un pececillo.

Un rato antes, al pasar ante la estación de tren de época soviética, recordé uno de los viajes de mi infancia a Vilna. Yo debía de tener cinco o seis años. Ya entonces me gustaba viajar en tren y me pasé casi todo el trayecto desde Moscú corriendo arriba y abajo por el pasillo, asomándome a otros compartimentos, haciendo preguntas a desconocidos y viendo deslizarse el paisaje con la frente pegada a las ventanillas. Lo que mejor recordaba eran las cortinillas del tren. Cada una tenía una ilustración de los puntos de interés de Vilna, conectados con líneas sinuosas: un plano turístico de dibujitos. Yo estaba intentando descifrarlo cuando mi padre apareció detrás de mí. Estaba de buen humor. Me apoyó una mano en la cabeza y se arrodilló a mi lado.

Señaló la cortinilla, en concreto un punto situado un poco por encima del mapa, y dijo que allí era donde íbamos a alojarnos, en el piso de Semión y Raísa en Antakalnis. A continuación, fue deslizando el índice de un dibujo a otro —un museo, una iglesia, las torres de la universidad— y me explicó lo que era cada uno. Yo sentía su aliento en la nuca. Incluso entonces me daba cuenta de lo excepcional de aquel momento, y me apoyé tímidamente contra él. En mi recuerdo, la luz del sol entra con tanta fuerza por las cortinas que vuelve incandescentes las motas de polvo que hay en el aire y la alianza de boda de mi padre. Me rodeó con un brazo, apretó su rasposa mejilla contra la mía y me dio un sonoro beso en la oreja. Recuerdo que el pecho se me hinchó de emoción como un globo, hasta tal punto que pensé que iba a perder el sentido en cualquier momento. Entonces mi padre señaló un dibujo en el centro del mapa, una fortaleza medieval de piedra en lo alto de una colina. «Si eres bueno», dijo, «subiremos a la colina y hasta lo alto de la torre.» De pie en la oscura calle me acordé de aquello. El cielo se hallaba despejado, la luna estaba casi

llena, y las cigarras chirriaban a lo largo del río. Por encima de los tejados, distinguí la silueta de la torre de piedra de Gedimina.

Caminé durante horas aquella noche, por momentos sin saber dónde estaba. Paré un rato en un bar muy iluminado con interior de madera labrada, donde me entretuve con una pinta de *pilsner* y observé a las parejas tomarse la última ronda de la noche. Hablaban y reían sobre un fondo de canciones pop de los noventa, pero al estilo lituano, en voz baja, casi con timidez. Pagué y eché a caminar por una calle de casas encaladas, perdiéndome de nuevo hasta que di con un cartel que ya había visto antes. La reciente capa de pintura no conseguía ocultar por completo las negras letras en yidis. Solo quedaban dos o tres letreros así en la ciudad, algunos de los últimos vestigios de los judíos de Vilna que sobrevivían fuera de los museos.

En algún momento debí de girar hacia el norte, porque después de un rato volví a ver el Neris y el conocido puente jalonado por esculturas ennegrecidas de soldados y obreros. En lugar de cruzar hacia mi piso en la otra orilla, giré a la derecha y seguí caminando a lo largo del río. Las calles se habían vaciado, y nada más que un coche, con prisa por llegar a casa, alumbró brevemente el lugar con sus faros. Llegué a una rotonda y pasé por delante de una iglesia del Barroco tardío. Detrás del muro color crema de san Pedro y san Pablo se alzaba la fachada en forma de pastel, con la leyenda REGINA PACIS FUNDA NOS IN PACE escrita en letras grandes. Más allá de la iglesia, el casco antiguo terminaba de golpe, dejando paso a una ancha calle típica de la planificación urbana de época socialista.

De niño, yo contemplé aquella misma calle desde la ventanilla de un tranvía. Ahora, pasada la medianoche, los tranvías habían dejado de circular; su ruta estaba señalada por los cables gemelos tendidos sobre los carriles desiertos. Caminé por la calle Antakalnio durante casi una hora. Seguía habiendo edificios de hormigón de la era soviética, pero todos los letreros que yo recordaba de mi infancia habían desaparecido. Pasé ante una pizzería, un gimnasio, un café que anunciaba batidos de chocolate, y la fachada verde y amarilla de un supermercado. Recorrí un largo tramo de calle donde solo había edificios de viviendas idénticos, y luego pasé frente al cubo de hormigón de un colegio de principios de los años sesenta. Al llegar a la entrada cerrada de un centro de investigación, doblé a la izquierda y tomé una calle estrecha y arbolada que subía poco a poco hacia las colinas de los alrededores.

Me había alejado del centro. No había muchas farolas y no alcanzaba a leer los nombres de las calles, pero un instinto de búsqueda me empujó a continuar subiendo la colina, aunque no estaba seguro de hacia dónde. Tenía la mente agradablemente en blanco. Sentía el vasto vacío de la noche y era grato pasear.

La callejuela debía su nombre a un compositor polaco. Más arriba, discurría ante algunas de las propiedades más caras de la ciudad, villas erigidas en una ladera sobre el río, pero no llegué hasta allí. Doblé a la izquierda al reconocer el familiar perfil del antiguo edificio de mis abuelos; me pregunté si el techo metálico del cobertizo que había delante seguiría pintado de un verde jaspeado, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlo. Me senté en el borde de una jardinera de hormigón, junto a una palmera y unas bicis aparcadas, y miré las ventanas del primer piso, donde Semión, Raísa y mi madre habían vivido, y donde yo pasé varios veranos. Las ventanas tenían las cortinas echadas y estaban a oscuras, salvo por un resplandor azulado que quizá proviniera de un televisor o de la pantalla de un ordenador. No había nadie fuera. El viento amainó y las hojas de los árboles cesaron su clamor.

Allí sentado, recordé una mañana de julio del verano en que cumplí ocho años. Sabía qué año había sido porque tanto mi madre como mi padre estaban en Vilna; fue el último verano que pasamos en familia. Aquella mañana me desperté en lo que antaño fue el cuarto de la criada; las piernas ya me habían crecido demasiado para la cama infantil. Por el brillo rojizo tras las cortinas, supe que aún era temprano y que todos estarían durmiendo todavía, así que, en calcetines, deslizándome sobre el parqué frío, salí al pasillo. Semión y Raísa habían cedido el salón a mis padres. La puerta estaba entreabierta y vi a mi madre y a mi padre dormidos en el sofá cama; se hallaban entrelazados, abrazados el uno al otro del modo reservado y desesperado que los caracterizó en su último año juntos. Dormían sobre sábanas blancas, rodeados por los cientos de libros que llenaban las estanterías de madera —más libros, me parecía, de los que se podían leer en una vida— mientras un reloj hacía tictac ruidosamente en una mesa de café.

La cocina olía a pan de centeno, semillas de amapola y jabón. No había rastro del ratón solitario que sacaba a mi madre de sus casillas y que Semión, dedicándome un guiño cómplice, se negaba a atrapar. Una ristra de setas secas, para la sopa de Raísa, colgaba del pomo de un armario. Más tarde, Semión iría al mercado a por la gallina que luego mi abuela desplumaría y pasaría sobre uno de los fuegos de la cocina, llenando el piso de un agradable olor a plumas chamuscadas.

Me colé en el estudio de mi abuelo. Semión y Raísa dormían en un rincón. A diferencia de mis padres, estaban tumbados cada uno en un extremo de la cama, absortos en sus propias obligaciones oníricas. El equipo de laboratorio de Semión ocupaba dos grandes mesas: calibres, reglas, montones de bandejas de disección enceradas, alfileres, fórceps, tijeras quirúrgicas, bobinas de papel sujetas con gomas elásticas y, sobre todo eso, seis altos recipientes de aluminio,

plateados a la luz matutina, que recordaban la silueta de una ciudad retrofuturista de Fritz Lang.

Una vez me hube asegurado de que mis abuelos estaban dormidos, me acuclillé ante una hilera de frascos con agujeros en las brillantes tapas de metal, y contemplé los animales que había dentro. Un estudiante de posgrado los había llevado la víspera. Varias ranas y un solitario y malhumorado sapo de un tono verde oliva apagado que ocupaba él solo el frasco más grande. Aquel verano yo había pasado horas tumbado en el suelo contemplando las ranas y había recibido órdenes estrictas de no tocarlas.

Pero todo el mundo estaba dormido, así que ¿qué había de malo? Desenrosqué una tapa y la dejé en el suelo, con cuidado de no hacer ruido, y saqué la rana de la jarra, con las manos temblando un poco de emoción. Sostuve al animal frente a mi cara —con demasiada fuerza, por miedo a que se me escapara—, pero cuando abrí la mano, la rana permaneció sentada en la palma, con aire aturdido pero, sin duda, viva.

Su cuerpo, compacto y granuloso, era inesperadamente sólido. Los ojos —negros, con un ribete cobrizo—, estaban fijos en los míos. Mi abuelo roncaba a nuestro lado aparatosamente. El grifo de la cocina goteaba. En aquel momento fui consciente de que en todos y cada uno de los pisos de la ciudad otros niños dormían en sus camas, rodeados por los ronquidos de los adultos, por muebles acogedores y relojes ruidosos; niños que incluso en sueños sabían que estaban a salvo, calentitos y rodeados de amor, como yo esa mañana.

Me pregunté de dónde provendría la rana; deseé poder discernirlo mediante la mera observación de las manchas y marcas de su cuerpo. Tan solo sabía que una ciudad no era lugar para ella, mucho menos un piso concurrido; al igual que yo, la rana solo estaba de visita. No era culpa suya estar allí, y quise salvarla de la bandeja de disección. Pero yo no sabía dónde había un estanque, que era donde me sonaba que vivían las ranas, y aunque lo supiera, no lo podría encontrar en aquella ciudad desconocida. Además (pese a haber cogido la rana prohibida), yo me enorgullecía de mi obediencia. No sabía que un año después dejaríamos atrás aquel país y a mi padre, no me imaginaba que estuviera permitido, ni que fuera posible, darle semejante vuelco a tu vida entera. Miré a la rana y ella me miró a mí. Luego, agradecido por nuestro breve encuentro, la devolví con cuidado a su frasco.

3

LA LLAMADA DE LA MADRE PATRIA

Foto familiar

Estoy de pie en una cancha de baloncesto con un ramo de claveles en las manos. No recuerdo muy bien qué tiempo hacía aquella mañana. Hacer memoria es como intentar examinar una foto usando

solo la visión periférica: si la miro fijamente, la imagen se transforma en un borrón. Lo que sé con certeza es que era el primer día de clase en el colegio para los hijos de los diplomáticos y la élite de Moscú, y que yo estaba en primero, así que debe de ser el 1 de septiembre de 1977. Los niños aguardamos en formación en el patio, un batallón uniformado con tejido sintético azul y marrón, aferrando cada uno un ramo de flores. Desde los laterales, nuestros padres nos lanzan gritos de ánimo; unos pocos hacen fotos. Hay un atril sobre un estrado, y tras él una mujer con la silueta de una máquina expendedora pronuncia un discurso campanudo que resuena sobre el resto de sonidos; esto parece apropiado, dado que es la directora. Tras ella, alguien ha colgado unos retratos de Brézhnev, Gromyko y otros miembros del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Intento permanecer firme y prestar atención, pero no puedo, porque las flores de la niña de siete años que está delante de mí me tienen absorto. De cada tallo, todos de un metro de largo, brota una docena de flores de color sangre. Creo saber que se llaman «gladiolos». Sé también que son caros y un símbolo de estatus, y que, en comparación, mis claveles son vulgares. Las elefantiásicas flores se tambalean inestablemente por encima de la impecable coleta de la niña, y yo las miro con atención, rabiando de envidia. Es menuda para sus siete años, y los gladiolos son casi tan altos como ella. La directora sigue con su perorata. Las flores pesan demasiado para las finas muñecas de la niña, y poco a poco se inclinan hacia atrás, como un patinador sobre hielo que cae a cámara lenta, hasta que los gladiolos aterrizan sobre mi cabeza y acarician mis hombros. No puedo ver a mi madre y mi padre, que me están mirando desde algún lateral. Me entero más tarde de que están asfixiados de la risa, pero yo he cumplido siete años hace poco y estoy sufriendo una humillación repentina y absoluta precisamente hoy, el día más importante de mi vida. Susurro súplicas a la espalda de la niña. Intento apartar las flores, avisar de alguna manera a la niña sin romper la formación, pero ella no puede o no quiere oírme y, oculto bajo las hojas con forma de espada, rompo a llorar.

Mi madre era la abeja reina del Departamento de Psicología cuando mi padre le habló por primera vez. Se conocieron en una sala de descanso para estudiantes fuera de su clase de Materialismo Dialéctico, en el antiguo edificio de la Universidad Estatal de Moscú en la calle Mokhovaya. Ella estaba leyendo un relato de Flannery O'Connor en un ejemplar de *Foreign Literature*. A partir de fotografías, he reconstruido el aspecto que ella debía de tener en aquel momento: pelo largo que trazaba una S sobre sus mejillas y le caía por la

espalda, minifalda verde oliva, botas de cuero hasta las rodillas con tacón cubano, piernas cruzadas, un cigarrillo colgando de la comisura de la boca, sin maquillaje y con una expresión que oscilaba entre la timidez, la provocación y la precocidad, pero siempre cohibida.

Foto familiar

Claro está, sin duda ella sabía que era guapa y que tenía estilo, y era consciente del estatus que esto le otorgaba. Estaba esperando a que empezara la clase. Le aguardaba una charla sobre los primeros textos de Lenin, o una larga cita de Engels para copiar de la pizarra y aprenderse de memoria, y ella a veces combatía el aburrimiento

mirando hacia las ventanas de la morgue de la Primera Universidad Médica Estatal, donde algunas tardes los estudiantes practicaban autopsias a cadáveres. Era 24 de mayo de 1969; hacía tres días que había cumplido veinte años.

En una biblioteca del mismo edificio, un estudiante cetrino y de pelo rizado llamado Izya dibujaba una tabla cronológica de los congresos del partido para el próximo examen oral de mi madre. Era la clase de trabajo que ella detestaba. Izya era uno de los varios chicos a los que ella permitía sentarse a su lado en la cafetería, quizá media docena de muchachos que le llevaban los libros, la agasajaban con mandarinas del mercado y le hacían los deberes de Comunismo Científico. Solían ser judíos, más simples que ella pero pacientes y con iniciativa. A cambio de las atenciones y la compañía de mi madre, no parecía importarles ser utilizados o, tal como ella lo veía, ser útiles. Mi madre no les decía que no salía con chicos judíos; le parecían demasiado tímidos, demasiado ligados a sus madres, y le recordaban demasiado a Semión.

En el autobús que iba de su residencia en la Colina de Lenin a las aulas de la calle Mokhovaya, a veces llevaba un traje de pana con pantalones de campana y una larga bufanda del color de una bandera revolucionaria. Los autobuses iban atestados de mujeres con abrigos y jerséis tradicionales de confección, de vuelta de la compra con sus bolsas de malla; a su lado, ella parecía recién salida de las páginas de *Buenos días, tristeza*. Hombres mayores con fundas de oro en los incisivos y medallas sobre la pechera de sus chaquetas raídas la fulminaban con la mirada. Uno le exigió, invocando su edad y su estatus de veterano, que volviera a su casa y «se pusiera algo decente». Ella hizo como si no lo hubiera oído. Algunas amigas de mi madre la creían inmune a todo daño. A veces también ella se creía capaz de anular la grisura plomiza y el clima gélido de la ciudad tan solo a base de negarse a creerlos. Moscú era lúgubre, pero a ella le gustaba su enormidad. Servía como solución temporal a Vilna, una ciudad de provincias que ella consideraba atrapada bajo la asfixiante campana de cristal de la historia.

A veces su pensamiento mágico la volvía temeraria. Durante las tediosas reuniones obligatorias de la Liga de Juventudes Comunistas —el Komsomol— en ocasiones se levantaba y se iba. Sus mejores amigos eran estudiantes de intercambio, una pareja de canadienses llamados Donald y Faye (todos los adultos soviéticos sabían que tratar con extranjeros occidentales siempre era una decisión algo arriesgada). Los tres iban al Café Metelitsa en Kalinin Prospekt a escuchar a los grupos de jazz, o se quedaban por el campus para escuchar a las bandas de rock estudiantiles, lideradas casi siempre por hijos de oficiales del partido y de diplomáticos, que se podían permitir

el lujo de tocar «(I Can't Get No) Satisfaction» en público.

Con Beba, su compañera de habitación, una judía morena y rellenita de Beltsy, mi madre iba en metro a una sinagoga cerca de la plaza Noguín. Delante del edificio, hombres de traje oscuro filmaban desde la plataforma de un camión a cuantos entraban y salían. Ella era consciente de que, a causa de sus transgresiones ideológicas, le podían revocar las ayudas para los estudios y para pagar la residencia, la podían expulsar del Komsomol e incluso de la universidad, pero se negaba a plantearse seriamente tales posibilidades. Ni siquiera después de que Beba encontrara un agujero en lo alto del armario de su habitación, donde había oculta una maraña de cables y un diminuto micrófono.

Mi padre se le acercó mientras ella leía el relato de O'Connor. Comezó diciendo que había oído por un amigo que ella tenía copias de poemas de Joseph Brodsky. ¿Se los podía prestar? No era una solicitud inusual. Gran parte de la mejor ficción y poesía de los últimos años estaba prohibida oficialmente y circulaba en forma de fajos de copias en papel carbón conocidas como *samizdat*; las páginas se alquilaban a veces por periodos tan breves como un día o incluso unas pocas horas.

Lo que le extrañó fue su aspecto. Parecía mayor que el resto de estudiantes —¿unos veinticuatro años?— y el pelo corto, la camisa blanca almidonada, la cara chaqueta de terciopelo y los pantalones planchados con raya formaban un conjunto que, para un estudiante en 1969, resultaba sospechoso. Por un momento, ella supuso que debía de ser uno de aquellos estudiantes mayores que a veces aparecían en clase a mitad del semestre, hombres que apenas podían seguir el ritmo de las clases pero que estaban allí por razones «sociales», lo que significaba que complementaban sus becas académicas informando sobre otros estudiantes al KGB. Y peor aún, pertenecía al Departamento de Filosofía, que por su carácter «ideológico» les estaba vetado a los judíos y al resto de personas «no fiables», y su nariz chata y ojos grises terminaban de señalarlo como gentil. Pero allí estaba, pidiéndole prestada poesía prohibida. Aunque sabía que debía darle largas, por algún motivo no lo hizo. Hablando con él advirtió que era al menos aceptablemente listo, que se expresaba bien y que estaba coqueteando con ella. Se llamaba Viacheslav, pero todos lo llamaban Slava. A ella le pareció que se parecía un poco a Steve McQueen en *El rey del juego*, una película de la que solo había visto un trozo y sin sonido.

La noche siguiente se encontraron delante de la residencia de ella a la hora convenida. Ella le pasó unas páginas de poesía con muchas esquinas dobladas, pero él no acababa de irse y al final le preguntó si le apetecía dar un paseo, así que pasaron las primeras horas de la noche caminando por el Arbat. Aún faltaban años para que el bulevar

se convirtiera en una ristra de tiendas de color lavanda y amarillo para turistas; los edificios todavía conservaban la pátina desvencijada del Moscú de posguerra. Slava habló de discos de jazz, películas extranjeras y novelas traducidas; a ella le quedó claro que trataba de impresionarla con su esotérico conocimiento de Occidente. Era alegre y expresivo, con tendencia a los arranques de entusiasmo. Pero cuando le llegaba a ella el turno de hablar, a diferencia de la mayoría de los hombres, escuchaba sin interrumpirla, dándole la impresión de que se estaba tomando en serio lo que decía. Sus anticuados modales también eran atractivos: le regalaba flores, le abría las puertas, la ayudaba a ponerse el abrigo cuando se iban de los cafés.

También fueron a pasear la noche siguiente, y la siguiente. Él resultó ser muy distinto de la persona por quien lo había tomado. Como ella, detestaba las clases de política obligatorias, y divagaba emocionado sobre las manifestaciones de estudiantes en París, sobre Howlin' Wolf y Nabokov. Cuando se enteró de que ella había estudiado inglés en la escuela, le llevó un artículo de *Down Beat* sobre un saxofonista llamado Steve Lacy y, con sinceridad infantil, le suplicó que se lo tradujera. Una mañana la llevó a desayunar al Séptimo Cielo, un café en la séptima planta del Hotel Moscú en la plaza Manezhnaya. Cuando se sentaron, le recitó un poema.

Casi un mes después de conocerse, estaban sentados una tarde en un banco cerca del Arbat, bajo una pancarta que rezaba: «Blande Alta la Bandera del Internacionalismo Proletario». Ya casi había anochecido; la mayoría de los transeúntes se había ido a su casa. Mi padre le estaba hablando de Vinnitsa y de Tamara —todavía no le había contado nada sobre Vasili— cuando, de manera inesperada, empezó a hablarle de una mujer casada con la que había tenido una aventura cuando se trasladó a Moscú. La historia no incomodó a mi madre. Ya sabía que él había pasado tres años en el ejército y se imaginaba que tenía experiencia con las mujeres. Ella era virgen y no tenía nada comparable que revelar, así que, en lugar de eso, le habló de la primera vez que estuvo enamorada, de un chico que se llamaba Kolya. Ella tenía diecisiete años entonces y todavía iba al colegio. Se conocieron cuando mi madre estaba visitando a unos amigos de la familia en Moscú, y después de que él volviera a la ciudad se escribieron largas cartas románticas. Él le pidió que se fuera a Moscú y se casara con él; ella dijo que sí, pero Raísa se lo prohibió: olvídate de él, le dijo, sois demasiado jóvenes. Al cabo, Kolya se comprometió con una chica que vivía mucho más cerca.

Foto familiar

Cuando mi madre miró a mi padre, él estaba doblado por la cintura, sollozando. «Sé que nunca me querrás así», dijo enjugándose la cara con un pañuelo. Ella lo tomó de la mano.

Lo que sé de su noviazgo es casi todo por mi madre. Dos o tres veces mi padre también me habló del tema, en las contadas ocasiones en que estábamos a solas y se sentía parlanchín. Durante una de mis visitas, pasamos caminando frente al Hotel Metropol y llegamos a una esquina donde él quedaba a veces con mi madre en aquella época. Se detuvo, hizo un gesto con la mano abarcando la ciudad a nuestro alrededor y dijo, de forma un tanto críptica: «Lo único que teníamos era nuestra juventud».

Lo que sé sobre su primer año de relación se puede resumir en una serie de escenas sueltas, como fotografías. He aquí una: al concluir el semestre a finales de mayo, tomaron un tren rumbo a un destino de vacaciones llamado Djemete, en Crimea, un sitio para estudiantes con tiendas de campaña, partidos de fútbol y de bádminton, y bailes nocturnos al ritmo de la radio o de la guitarra de alguien. Mi padre le dijo a mi madre que él no sabía bailar, así que ella bailó con otros chicos, un twist de Chubby Checker que conocía de las fiestas del colegio. Cuando volvió luego junto a mi padre, se encontró con que él la había estado observando presa de un ataque de celos; él le hizo reproches y acabó enfurruñado.

Otra escena: en junio o julio, ella fue a verlo al piso de un solo dormitorio que mi padre compartía con Tamara, su marido, Mijaíl

Mijáilovich, y la madre de Tamara, María Nikoláyevna. Tamara era una de las pocas personas capaces de intimidar a mi madre. Poco después de conocerla, Tamara comentó que el traje de pana favorito de mi madre estaba cortado y cosido de mala manera. En hombres no era una experta, pero sí en cuestiones de estilo. Sabía que la función de la ropa es insuflar confianza y poder a quien la lleva, y diseñó las camisas con monograma y las americanas desgastadas de mi padre, supervisando a las costureras de la Casa de la Moda que las cosieron. Para entonces ya llevaba el pelo teñido de rubio y permanentado, y aquellos accesorios rococó que recuerdo de mi infancia.

Aquella noche en particular, Tamara les había regalado entradas para una obra de Chéjov, y mi madre llegó con un vestido rojo de verano y un clavel rojo en el pelo. Tamara declaró, a su modo inequívoco, que mi madre era guapa y tenía estilo. Era el mayor cumplido que podía dedicarle a alguien. Más adelante, cuando mi madre se quedaba en el piso algunos fines de semana, empezó a anhelar el momento de volver a ver a Tamara. Aquellas noches María Nikoláyevna horneaba sus famosos *pirozhki*[10] y todos comían en la gran mesa de la cocina; luego mi padre dormía en una cama plegable en la cocina y mi madre en el sofá del salón. No pasó mucho tiempo antes de que mi padre le pidiera a mi madre que dejara la residencia en la Colina de Lenin y se fuera a vivir con ellos.

María Nikoláyevna no estaba dispuesta a permitirlo. Durante décadas había visto a maridos y amantes —tanto los de su hija como los suyos propios— aparecer y largarse con idéntica rapidez, y no tenía ninguna intención de compartir su casa con una estudiante a la que le triplicaba la edad. Mi bisabuela prefería los niños a los adultos, pero por poco. En mis recuerdos más tempranos, está sentada en un taburete junto a la ventana de la cocina con un vaso de té, tez morena y cuerpo recio, triturando azucarillos con unas tenazas de acero ennegrecidas y metiéndose el azúcar entre la mejilla y la dentadura postiza.

Mi bisabuela disfrutaba mucho hojeando los periódicos en busca de viñetas políticas. En una típica aparecía un corpulento banquero con sombrero de copa y monóculo —con «OTAN», «EE.UU.» o «AGRESOR IMPERIALISTA» escrito en mayúsculas sobre el pecho— impartiendo órdenes a unos demacrados trabajadores de piel morena y, si yo estaba en la cocina, María Nikoláyevna me subía a su regazo, señalaba el dibujo y me leía el texto al pie con regodeo patriótico. Los fines de semana, horneaba *pirozhki* de manzana y los racionaba con austeridad militar. «Coge uno y estás muerto», murmuraba cuando yo me acercaba a hurtadillas a la fuente. Tenía una visión periférica preternatural; ni siquiera se molestaba en levantar los ojos del periódico para lanzarme su advertencia. Si yo me sentía osado y y

alargaba la mano, salía corriendo a por mí con las suelas metálicas de sus zapatos ortopédicos retumbando contra el parqué.

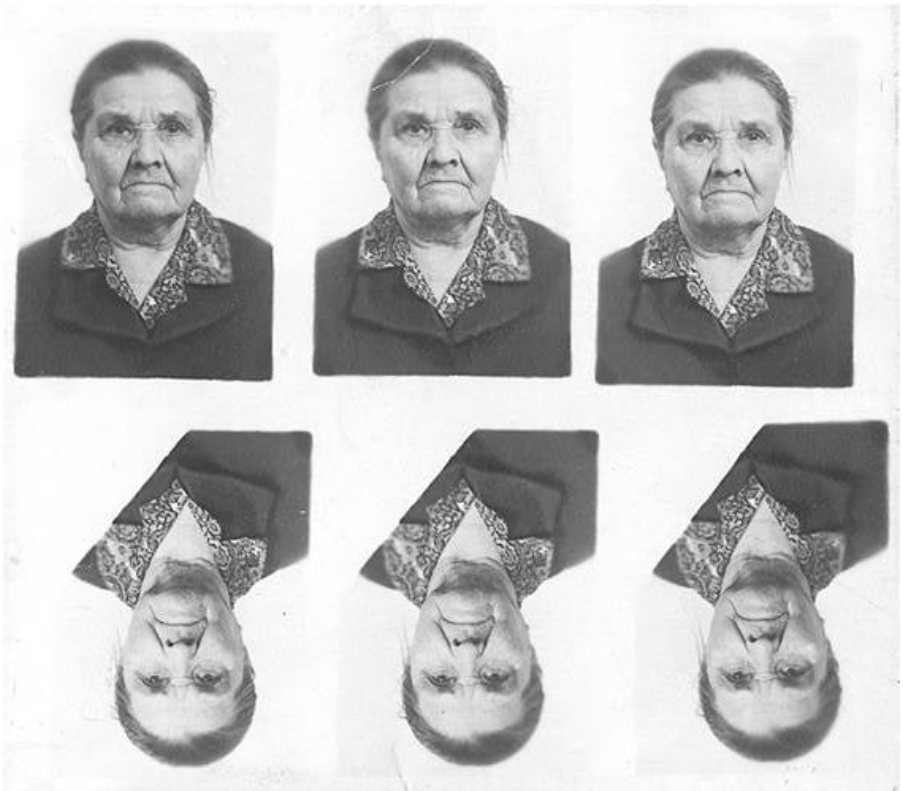


Foto familiar

María Nikoláyevna no era nada sentimental y creía en el poder de un discurso sin adornos. Así que no reveló ninguna emoción al enterarse, a finales de otoño de 1969, de que mi madre estaba embarazada. «Si lo tienes, no creas que voy yo a cuidar del crío, como si no tuviera nada mejor que hacer», le soltó una tarde a modo de saludo. Al cabo de una discusión de dos días con Tamara, acabó cediendo, y mi madre se convirtió en la cuarta inquilina de aquel piso de dos habitaciones. Durante semanas, el embarazo de mi madre fue el tema de conversación principal en la mesa de la cocina. «Eres demasiado joven para quedarte en casa con un bebé», le aconsejó Tamara. «Vas a echar de menos los bailes. Tardas veinte minutos en abortar y ni siquiera duele.» La noche siguiente Tamara cambiaba de parecer e insistía en que tuviera al niño. Mi padre dijo que la decisión le correspondía a ella y se mantuvo al margen. Mi madre no se atrevía a decírselo a Raísa; ya era bastante malo que estuviera saliendo con un gentil. Estaba convencida de que si Raísa descubría que su hija no

era virgen, se le detendría de golpe el corazón.

Mi madre estaba embarazada de casi dos meses cuando, en febrero, junto a unos abedules a la orilla de un estanque todavía helado al suroeste de la ciudad, mi padre se le arrodilló y le ofreció una sobria alianza de oro. Ella había decidido tener el bebé. Tamara y Mijaíl Mijáilovich fueron en coche cama a Vilna para conocer a Semión y Raísa y planear la boda. La ceremonia se celebró unas semanas después en un zigurat de hormigón del bulevar Leningrado llamado Palacio del Matrimonio —en Moscú, casi todas las ceremonias civiles se tramitaban en un palacio—, el mismo sitio donde semanas antes mi madre había recogido un cupón que le permitía adquirir un par de zapatos blancos de tacón en la tienda de bodas del edificio contiguo. Todavía no se le notaba el embarazo y seguía sin decírselo a su madre, pero una amiga suya, Lyuba, lo arruinó todo cuando llegó a la boda con una caja de juguetes para bebé adornada con un lazo rojo.

Sus primos fueron desde Vilna, los amigos de la universidad de mi padre se compraron sus primeras corbatas, y Mijaíl Mijáilovich, el hombre más bajo de los allí presentes, se puso un traje tan brillante que mi madre juraba que iluminaba todo el salón. Hasta Kirpotin y Dalin, sus tíos bolcheviques, asistieron a la ceremonia; con sus trajes oscuros de solapas anchas, parecían un par de contrabandistas de Chicago. Mi madre firmó el registro de boda con un ramillete de claveles blancos en la mano y otro sujeto en el pelo.

Foto familiar

A continuación, todos fueron en coche a un salón de banquetes en

el Consejo de Cooperación Económica en Kalinin Prospekt; una clienta de Tamara, la mujer de un viceministro, había movido hilos para conseguirles la recepción. Dos noches después, Anna y Slava tuvieron otra celebración con sus amigos, esta vez en la residencia de la Colina de Lenin. Se atracaron de champán soviético y de sobras de pollo asado de la recepción escuchando una copia pirata del *White Album* que alguien había cambiado por un par de botas de agua.

Semión, que pasó sus noches en Moscú jugando despiadadas partidas de ajedrez con su nuevo yerno, seguía teniendo tan poco tacto como siempre. Cuando se enteró de que mi padre estudiaba Filosofía, le preguntó, en tono afable y para nada discreto: «¿Cómo el hijo de un soldado y de una costurera termina siendo filósofo?». Raísa odiaba que su yerno fuera gentil —con toda probabilidad un donjuán y un borracho, según la bien conocida tradición eslava—, pero, siempre discreta, le ahorraba esas opiniones a su hija. Semión era más pragmático. Cuando cayó en la cuenta de que su nieto figuraría como ruso, no como judío, en su pasaporte, le dijo a Raísa que era lo mejor. Después de los pogromos y de los campos de concentración, ¿qué sentido tenía traer más judíos al mundo?

La ausencia de Vasili en la boda había sido llamativa. Alegando que su presencia pondría a Mijaíl Mijáilovich insoportablemente celoso, Tamara le había prohibido a mi padre que lo invitara. En cualquier caso, él no pensaba hacerlo. Cuando lo llamó dos semanas antes para contarle lo de la boda, Vasili señaló que casarse con una judía arruinaría, casi con toda seguridad, las posibilidades de mi padre de hacer carrera en el Gobierno y de ingresar en el partido. Mi padre le colgó. «Todo lo que hay de bueno en mí lo he heredado de mi madre», le dijo más tarde a mi madre. Vasili fue a Moscú aquel otoño. Según mi madre, iba elegante, con un traje de impresionante calidad, encandiló a Semión y a Raísa y le dijo a Tamara que estaba más hermosa que nunca. Me contó que fue amable y afectuoso conmigo, que me peinó delicadamente el pelo mojado mientras yo hacía gorgoritos sentado en la bañera.

A continuación, mi madre y Vasili tomaron té y charlaron. Aunque él se expresaba bien y era encantador, a ella le dio la impresión de que ocultaba un gran vacío, de que estaba corroído por dentro. Entre las risas y el buen humor del piso de Tamara, mi madre se fijó en cómo su nuevo marido se dirigía a su padre con la formalidad quebradiza de un compañero de trabajo. Mi padre y Vasili nunca se pusieron de acuerdo sobre lo que sucedió entre ellos en los años posteriores a aquella visita. Vasili me dijo que al final, por mera ansia de venganza, mi padre cortó sin más toda relación con él; mi padre aseguraba que fue Vasili el que dejó de devolverle las llamadas y de responder a sus cartas, preocupado por que la religión de mi madre y su previsible

solicitud de abandonar el país echaran a perder su intachable reputación en el KGB. El caso es que aquel día de octubre de 1970 fue el último en que se vieron.

Yo nací seis meses después de la boda de mis padres, en julio. Al cabo de unos minutos de dar a luz, mi madre estiró de golpe una pierna al sufrir un calambre y me tiró de una patada de la mesa de partos. Una matrona me atrapó en el aire. A la mañana siguiente mi madre descubrió que alguien me había inscrito como Aleksandr en el certificado de nacimiento; Semión y mi padre lo habían decidido sin consultárselo. Furiosa, dijo que ella me había parido y sería ella la que escogería mi nombre. Tardó meses en decidirse, dudando entre Vadim y Vladímir, hasta que una mañana, dándome un paseo en cochecito por un parque, se sentó en un banco junto a una anciana con pañuelo. Se pusieron a hablar, y mi madre dio rienda suelta a su indignación por lo de mi nombre. «Debe de ser su destino», dijo la mujer, mirando al interior del cochecito, y mi madre se ablandó.

En casa, yo dormía con mi madre en la cama plegable de la cocina de Tamara. Para solicitar un piso privado en Moscú era necesario un *propiska*, un permiso de la policía para residir dentro de los límites de la ciudad. El único modo que tenía mi madre de conseguirlo era registrarse como residente en el piso de una habitación de Tamara. Pero no había tenido la previsión de hacerlo, y a causa de la escasez de viviendas en la ciudad, la espera para el nuevo piso podía ser de varios años. Los contactos de Tamara volvieron a serles útiles; al cabo de nueve meses viviendo de subalquileres ilegales, mis padres se mudaron a un piso privado en uno de los edificios de viviendas de nueve plantas que acababan de construirse en el extremo suroeste de la ciudad. Con el dinero que Semión y Raísa les dieron, compraron la vivienda cooperativa de dos dormitorios —un necesario resquicio legal a la prohibición soviética de la propiedad privada—, y Tamara los puso a la cabeza de la lista de espera mediante un certero soborno. El piso resultó ser muy lujoso, con balcón y una cocina-comedor con linóleo del color de una garganta inflamada. El edificio, construido con bloques de hormigón blancos que casi de un día para otro ya estaban grises, se encontraba cerca del sitio donde mi padre le había propuesto matrimonio a mi madre un año antes; habían drenado y rellenado el estanque y habían talado los abedules. Hoy en día esos edificios de viviendas idénticos se conocen como los Brézhnevki, por el osuno secretario general que ordenó su construcción.

Foto familiar

Nuestro barrio se llamaba Tyopli Stan, que significa «región templada», extraño apodo para la cima de una colina donde, la mayor parte del año, el viento helado soplaba con tal fuerza que les arrebataba el sombrero a los viandantes. En verano, mis padres me mandaban a la dacha de Tamara o a Vilna, con Semión y Raísa, y recuerdo nuestro barrio moscovita casi perennemente gélido y cubierto de nieve. En primavera, las calles se llenaban de un barro que te llegaba a los tobillos. Las primeras tiendas del barrio no abrieron hasta dos años después; como era de esperar, una de ellas fue una licorería. En el ínterin, en un camión aparcado en nuestra acera, una mujer con el pelo cubierto por una redecilla vendía cebada, patatas, leche y unas tortas de carne poco hecha conocidas como «hamburguesas de seis kopeks».

El cableado telefónico tardaría aún más en llegar, así que los vecinos de nuestro edificio y del aledaño hacían cola frente a un par de cabinas en la acera. Había largas filas de personas incluso cuando hacía un frío polar. En nuestro piso, la calefacción funcionaba a ratos. Mi madre lavaba mis pañales a mano, los colgaba sobre la cocina y encendía todos los quemadores para secarlos. Jugando al ajedrez con Semión una mañana, mi padre empezó a vomitar; estuvo gimiendo en el suelo de baldosas del cuarto de baño hasta que unos paramédicos se lo llevaron en camilla. En el hospital le dijeron que se había intoxicado por inhalación de gas.

El vecino al que mejor recuerdo pasaba el rato en una silla plegable en el descansillo de la segunda planta. Tenía un torso convexo y su cara parecía una col rojiza. Vestía pantalones de chándal y camisetas de tirantes que dejaban ver la copiosa y oscura pelambrera de su pecho. En el edificio todos le llamaban Puzyr: Burbuja. Desde mi temprana infancia supe que Burbuja era nuestro funcionario residente de los órganos, el término utilizado para referirse a los múltiples tentáculos del KGB. Tenía sentido que Burbuja se pasara los días y las noches vigilando las idas y venidas de quienes vivíamos en el edificio. El ascensor estaba permanentemente averiado, y no teníamos más opción que subir por las escaleras, pasando por delante del rellano de Burbuja. Cada 7 de noviembre, Día de la Revolución, cuando todos se congregaban frente a los televisores para ver el programa especial de variedades en el Canal 1, a Burbuja le gustaba recordarnos su presencia usando una llave maestra para acceder al sótano y cortar la electricidad de todo el edificio.

Una mañana, después de ver a mi padre subir por las escaleras con unos muebles infantiles nuevos, Burbuja hizo una llamada a sus superiores. Debió de suponer que donde había muebles infantiles nuevos también tenía que haber poesía clandestina o revistas pornográficas o incluso una radio de onda corta alemana para sintonizar la propaganda burguesa de La Voz de América. A mi padre lo convocaron a Lubianka, donde fue interrogado por un investigador con aire aburrido. Desde la denuncia, mi padre le guardó rencor a Burbuja; sospechaba de él cada vez que no había agua caliente o no llegaba gas a los quemadores de la cocina.

Lo cierto es que Burbuja tenía buenas razones para sospechar de mi padre. Como miles de moscovitas, mi padre era un *fartsovshchik* —un estraperlista que intercambiaba o vendía mercancías prohibidas o difíciles de obtener—, un cómplice de la creciente plaga de individualismo que corrompía nuestro país desde dentro, según decían los periódicos vespertinos. El trueque, al igual que la compraventa sin licencia, era una de las obsesiones de un país donde encontrar un tubo de gel anticonceptivo o una camisa de nailon de tu talla suponía a menudo una odisea de dos meses. El valor de un objeto se calculaba por su escasez y por la creatividad requerida para su obtención. Una tarde cuando yo tenía seis años, mi madre se topó con un antiguo compañero de clase que regentaba una tienda llamada Regalos del Mar, cerca del Parque de la Cultura. Allí en la misma acera, él le dio la bolsa de plástico llena de patas de cangrejo de Alaska congeladas que llevaba a su casa, y ella le dio un broche de ámbar lituano, para su mujer. Yo nunca había visto una pata ni ninguna otra parte de un cangrejo, y me importaba poco la joyería femenina, así que cuando ella abrió la bolsa para enseñarme los espinosos apéndices de

crustáceo, le dije a mi madre que había hecho un trato astuto y muy original.

El negocio de mi padre despegó en serio después de que encontrara su primer trabajo en el Instituto de Historia y Teoría del Cine cerca de la calle Gorki. Era la clase de sinecura que a menudo se les concedía a los hijos de artistas o de directores de cine oficialmente sancionados. También aquello se amañó gracias a los contactos de Tamara. Mi padre estaba obsesionado con las películas desde que vio *Tú serás mi marido* de pequeño en Vinnitsa; el puesto le permitía excavar en los archivos del instituto en busca de copias de películas de Ford y Bresson inexistentes en el resto del país.

En el instituto, mi padre por fin tuvo la oportunidad de escribir para publicar, algo que siempre había deseado. Era un lector ávido e incansable y contaba historias vívidas y con un tempo increíble. Pero tras empezar a trabajar en varios artículos, descubrió que no tenía estómago para escribir la clase de críticas que se publicaban en los periódicos oficiales, artículos que analizaban películas de temática marxista donde se mostraba una clase obrera ennoblecida. Esta es, al menos, la razón que me dio a mí para haber dejado de escribir. Pero a mi madre le dijo que creía que no era tan bueno como los escritores a los que admiraba, y no soportaba la idea de ser mediocre.

Se ofreció voluntario, por tanto, para trabajar en la modesta biblioteca del instituo, que tenía nada más que una sala (esta, de nuevo, fue su versión de los acontecimientos; años después, en Nueva York, un antiguo compañero suyo de trabajo le dijo a mi madre que lo habían degradado a la biblioteca por no haber llegado a publicar). Era un trabajo humilde que, sin embargo, lo puso en contacto con libros raros y, lo que es más importante, con visitantes y diplomáticos extranjeros que tenían el envidiable privilegio de viajar fuera del país y de pasar por la aduana sin grandes escrutinios por parte de los inspectores. A cambio de algo, los había que estaban dispuestos a traerle discos de rock y de jazz de sus misiones oficiales en Alemania, Francia y Estados Unidos. En menos de un año, pasó de ser un sencillo *fartsovshchik* de barrio a un conocido proveedor de música de contrabando; los discos daban más dinero que los libros y se convirtieron pronto en su mercancía principal. Se decía que lo hacía por amor al rock y al jazz, pero al mismo tiempo descubrió que tenía talento para ganar dinero.

Hacía sus trapicheos en nuestro piso. Sonaba el timbre y al otro lado de la puerta esperaba un hombre —siempre un hombre— con una bolsa al hombro y mirada expectante y nerviosa. El truco favorito de mi padre era vender juntos el disco que quería el cliente y otro par que no quería. Por ejemplo: recibía una llamada de algún barbudo fanático del jazz que había oído que mi padre tenía una copia en

perfecto estado de *John Coltrane Live at the Village Vanguard* y estaba interesado. Cuando el tipo llegaba emocionado a nuestro piso al cabo de dos horas de viaje en un autobús municipal, mi padre le informaba de que el disco de Coltrane solo estaba disponible como parte de un lote: junto con los *Greatest Hits* de Bread y un recopilatorio de los singles de Anne Murray, todos a un precio exorbitado.

Su cliente más fiel era un colega *fartsovshchik* que se llamaba Gosha, un hombrecillo pajaril de nariz afilada y cazadora sucia. Tenía una debilidad infantil por todo lo estadounidense y hacía gala de un vocabulario de hípster moscovita: *shoozi* para zapatos, *Frenk* para Sinatra. Para Gosha, desatender una muela cariada o perder una novia con la que llevaba siete meses era un precio razonable por una copia un poco magullada de *They Only Come Out at Night* de Edgar Winter o por un tubo de vacío para un antiguo receptor McIntosh que había conseguido sacarle al yerno de un agregado cultural danés a cambio de adulaciones y de una enorme suma de dinero. Una noche, Gosha se presentó muy tarde en nuestro piso sin avisar, con una mirada victoriosa y acunando en sus brazos un par de mocasines de piel seminuevos. Había pagado por ellos el equivalente al salario mensual de un cirujano, pese a que los *shoozi* eran tres números más grandes que los suyos. Antes de que mi padre se cayera al suelo presa de un ataque de risa, Gosha, en tono altanero y herido, exclamó: «¿Pero no ves que son de Brooks Brothers?».

Mientras tanto, más de un año después de haber completado una tesis sobre los efectos emocionales del estrés en equipos de cosmonautas, mi madre seguía sin encontrar trabajo, aunque era su obligación por ley. Stalin había declarado la psicología una pseudociencia, la Universidad Estatal de Moscú había inaugurado su Departamento de Psicología apenas unos años antes de que mi madre se matriculara, y los pocos trabajos existentes en ese nuevo campo eran casi todos en agencias gubernamentales clandestinas. En la universidad, un hombre con traje gris le había ofrecido un trabajo de psicóloga con el astronómico sueldo de trescientos rublos al mes. «El único requisito», le dijo claramente a mi madre, «es no tener sangre francesa en las cinco generaciones precedentes.» Ella no era la persona idónea, contestó mi madre; «francés» era el eufemismo extendido para los judíos. Mi padre se preguntaba por qué no se limitaba a aceptar un trabajo de cajera en unos grandes almacenes.

Durante una entrevista de trabajo sintió tal desánimo que se echó a llorar. «Tengo a mi hijo en casa, con una intoxicación alimentaria, y usted no me va a contratar, así que no nos hagamos perder el tiempo el uno al otro», le dijo al hombre al otro lado del escritorio, y empezó a ponerse el abrigo. O bien él se compadeció de ella, o bien le impresionó su franqueza, porque una semana después ella empezó a

trabajar en el Instituto de Psicología de la calle Mokhovaya, en el Departamento de Salud Mental para Adolescentes. Su supervisor era un psicólogo de Tayikistán que se había casado con la hija de un miembro del Comité Central; hacía sus rondas fumando un cigarrillo y con una copa de brandi en la mano. En Dusambé había sido director de un centro para adolescentes con problemas disciplinarios y hubo de trasladarse a Moscú después de que un subalterno presentara una queja a un oficial local del partido acusándolo de haber presionado a varios estudiantes para prestarle favores sexuales a cambio de dinero. El primer día de mi madre en el trabajo, le ordenó escribir una chuleta para el examen de acceso a la universidad de su hija.

Con solo veintitrés años, la antigua abeja reina del Departamento de Psicología ya rara vez veía a sus amigos o salía del piso los fines de semana. Vivíamos tan lejos del centro de Moscú como era posible sin salir de los límites de la ciudad, el metro Kaluzhsko-Rizhskaya todavía no llegaba a nuestro barrio, y los amigos no llamaban porque no teníamos teléfono. Cuando mi madre volvía del trabajo, a menudo me llevaba de compras. Cargaba conmigo en brazos y, cuando ya fui mayor, tiraba de mí en un trineo; yo iba dando botes por la nieve compacta, sentado en el trineo de madera verde y amarillo con una bolsa de patatas, una botella de agua mineral sulfurosa y unos cortes de ternera congelada repiqueteando entre las rodillas.

La mayoría de las veces, ir de compras significaba localizar una cola sugerentemente larga y coger sitio. No nos enterábamos de para qué estábamos haciendo cola hasta más tarde. La pregunta más común al final de una cola era: «¿Qué están dando?». Nosotros necesitábamos de todo: taburetes de cocina con asiento de mármol falso, sombreros de mujer rumanos, uvas de Bakú, bombones de la marca Octubre Rojo, base de maquillaje de la que las mujeres llamaban «cenizas de Lenin», carteras de polipiel, sujetadores. Mucha gente compraba varias unidades de lo que fuera para regalarlas o revenderlas a familiares y vecinos.

Mi padre anunciaba su vuelta del trabajo cerrando la puerta de golpe y gritando: «¿Dónde está la cena? ¡Me muero de hambre!». Algunas noches lo hacía de buen humor, con una sonrisa; normalmente solo estaba cansado e irritable después de pasar una hora en un metro y un autobús atestados. A mi madre le gustaba poco cocinar, pero como la mayoría de las esposas soviéticas, cocinaba todas las noches, y luego lavaba los platos mientras mi padre hablaba de discos y libros con clientes u otros vendedores en el estudio. A veces yo fisgaba por una rendija de la puerta, atisbaba objetos extraídos de maletines o de bolsas de plástico y entreoía palabras extranjeras que siempre asociaba con algo ilícito y por lo tanto deseable: Sansui, Rossellini, Wrangler.

Mi padre convirtió nuestro piso en un altar dedicado a Occidente, lleno de poesía clandestina, de cajones repletos de pantalones vaqueros pulcramente plegados y de pósteres de Louis Armstrong y Ella Fitzgerald. Mi madre había comprendido hacía mucho la razón por la que él amaba cuanto fuera extranjero y detestaba la cultura oficial soviética. Él le había dicho que se avergonzaba de Vasili, se avergonzaba por portar los genes de un oficial del KGB, de alguien con autorización legal para asesinar, y a veces él parecía querer desaparecer por completo en los Estados Unidos de su imaginación, un reino imaginario de discos, libros, películas y un océano de tela vaquera.

Él rara vez le hablaba a mi madre de su infancia, y no creía que sirviera de mucho airear sus miedos y sus dudas. Pero tanto los miedos como las dudas lo visitaban en frecuentes pesadillas. En tales noches, mascullaba en sueños y se despertaba gritando. Siempre era el mismo sueño: oía el estruendo metálico de maquinaria pesada, que según él sonaba como una imprenta antigua. En el sueño él era un niño y tenía miedo, pero nunca le dijo a mi madre de qué exactamente. Al cabo de un tiempo, ella estaba convencida de que algo en lo más profundo de su ser se había retorcido tanto de vergüenza que había acabado por romperse.

Otras noches, mi padre no volvía a casa. Cuando yo tenía tres años, desapareció durante casi cuatro días. La primera noche, después de que ella volviera de trabajar, mi madre echó unas cuantas monedas en la cabina de teléfono de la acera y llamó a todos y cada uno de sus amigos, y también a Tamara, y al final me llevó rastras a la comisaría de policía para denunciar la desaparición de su marido. Mi padre sonrió avergonzado cuando por fin volvió a casa; le contó a mi madre que se había encontrado con un amigo y que habían ido a pescar a la casa de campo de este, que estaba junto a un lago. ¿Cómo iba él a llamar si no tenían teléfono en el piso? Mi madre se alegró tanto de volver a verlo que decidió ignorar sus sospechas de que le estaba mintiendo.

Mi padre empezó a desaparecer más a menudo. Su explicación habitual era que se había topado con algún amigo que acababa de regresar del extranjero con discos raros, y que se habían pasado la mayor parte de la noche escuchando los *diski*, y al final había tenido que quedarse a dormir en casa de su amigo porque el metro no pasaba después de medianoche. Mi madre no lo presionaba. Después de trabajar, preparaba la cena, hacía la colada, fregaba el suelo y hacía colas, pero también me leía y me atendía cuando me sangraba la nariz y durante mis continuos resfriados. Mi prenda de ropa favorita era un voluminoso mono forrado de algodón, y cada vez que tropezaba e iba a parar a un charco o uno de los baches llenos de barro que

proliferaban en las aceras del barrio, el camino de vuelta a casa con el mono empapado me costaba siempre una fiebre o un resfriado. A mi madre le llevaba casi tres días secar el mono sobre los quemadores de la cocina.

Yo no ocultaba el placer que me producía estar enfermo. Era una oportunidad para no ir al colegio, quedarme en casa y disfrutar de los cuidados de mi madre. Aquellas mañanas, me tumbaba en la cama y mi madre me frotaba la espalda con alcohol. Prendía fuego a una bola de algodón atada al extremo de un lápiz, metía la llama dentro de una tacita de cristal y me la pegaba a la espalda. Lo repetía una docena de veces. A continuación me echaba una manta por encima y yo me quedaba ahí quieto con las tazas pegadas a la espalda, como una especie de lagarto aplacado. Me gustaba el aire místico de aquella costumbre, pero sobre todo me encantaba que me tocara. Mi recompensa por soportar la proximidad de la llama a mi piel eran dos huevos crudos que mi madre vertía en un bol y mezclaba con cacao en polvo y azúcar revolviéndolo todo con una cuchara, una exquisitez llamada *gogol-mogol*. Estar enfermo durante unos pocos días me convertía en el centro de atención de la casa —a veces hasta mi padre se sentía obligado a sentarse en el borde de mi cama y leerme un libro —, así que yo vivía el comienzo de una cargazón en el pecho o de una inflamación de amígdalas con una punzada de expectante placer.

Heredé de mi madre la tendencia a ponerme enfermo. Ella no era dada a las pesadillas, pero somatizaba la adversidad y el estrés —y sobre todo las desapariciones de mi padre— en forma de gastritis, bronquitis, bursitis, mastitis, erupciones cutáneas y migrañas. Cuando yo tenía cuatro años, contrajo neumonía. Mi padre estaba trabajando y Tanya, una amiga que vivía en nuestra calle, vino a cuidar de ella. Después de poner una tetera al fuego, Tanya le contó a mi madre que la noche anterior mi padre había estado en el piso que ella compartía con su novio, y que había llevado con él a una morena delgada llamada Svetlana. Al cabo de unos chupitos de vodka, mi padre anunció que se iba a casar con Svetlana. Tanya le dijo que se estaba comportando de manera lamentable, ¿por qué no estaba en casa, cuidando de su mujer enferma y de su hijo? La historia de Tanya confirmó lo que mi madre ya sospechaba.

Recuerdo con una claridad agobiante las discusiones de mis padres. Lo que me parecía llamativo incluso de niño era la incapacidad de mi madre para enfadarse por las infidelidades de mi padre. En lugar de eso, a medida que iban saliendo a la luz, ella se fue volviendo cada vez más introvertida y distante, como si creyera tener la culpa de las desapariciones de mi padre. Al cabo de un tiempo, ya llevaba la depresión como un abrigo.

No hace mucho, me contó una historia que yo no conocía, sobre lo

difícil que fue mi parto. Cuando me dio a luz, tuvo un desgarro y sangró mucho; un obstetra joven la suturó en la sala de partos. El desgarro tardó meses en curarse, e incluso cuando hubo sanado, el coito seguía siendo doloroso. Después de que yo naciera, hubo noches en que mi padre se mostró herido en su orgullo: salía de casa hecho una furia y dando tal portazo que hacía temblar la puerta. Mi madre, que había perdido la virginidad dos meses antes de quedarse embarazada de mí, se culpaba.

A menudo me he preguntado qué llevaba a mi padre a desaparecer con las Irinas y las Svetlanas que conocía en estaciones de tren y en cafeterías de estaciones de esquí. Yo suponía que le hacían olvidar, por espacio de unas horas o unos días, al hombre que era su padre y el país donde vivía, y olvidar asimismo la infelicidad que lo aguardaba en casa. «Nada volvió a ser lo mismo después de que tú nacieras», me dijo una vez, hablando sobre su matrimonio con mi madre. Durante su primer año juntos, creyó que en mi madre había encontrado una compañera de viaje, alguien con quien podía pasar la noche en vela escuchando discos de Otis Redding y debatiendo sobre *Un hombre y una mujer*, alguien que le traduciría fragmentos de revistas y los comentarios del dorso de los discos, alguien como él. Pero después de que yo naciera, de la noche a la mañana mi madre se transformó en una mujer agotada por el trabajo y las horas que pasaba en el metro, además de por todas las labores de la casa y la crianza, en las que mi padre no participaba: cocinar, limpiar, leerme cuentos y perseguirme para que me metiera en la cama. Además, ser padre resultó ser mucho menos estimulante de lo que él esperaba. «Te has vuelto interesante», me dijo una noche, cuando yo ya tenía dieciocho años y había ido a visitarlo a Moscú. «Ahora podemos hablar de poesía y de jazz. No eras muy divertido cuando tenías cinco años.»

Cuando tenía cinco años, veía a mi padre como el antagonista de una novela, un personaje con escasas apariciones pero que desempeñaba un papel dramático fundamental. Cuando él estaba fuera, yo pegaba la cara a la manga de una americana de espiga que me encantaba y respiraba el aroma de sus cigarrillos turcos sin filtro. A veces me colaba a escondidas en su estudio y deslizaba los dedos sobre el secante de la mesa y el cenicero, o me tumbaba sobre la colcha roja de su cama y hundía la cara en su almohada.

Yo ya llevaba dos años en la guardería cuando mi padre fue a recogerme por primera vez. Como a la mayoría de los niños, a mí no me gustaba la guardería, con sus hileras de camitas de madera y la cobaya enjaulada que vivía debajo de un retrato tamaño póster de Lenin, a quien teníamos terminantemente prohibido dibujar, no fuera a ser que nuestra técnica infantil deformara sus rasgos inmortales. La guardería tenía aspecto de búnker y estaba en una depresión del

terreno —habían cavado demasiado al sentar los cimientos—, así que cuando nos soltaban para que jugáramos fuera, todos los niños acabábamos tan salpicados de barro que parecíamos una tribu de salvajes aborígenes ecuatorianos. Cuando mi padre me tomó de la mano y echó a caminar hacia la puerta, nuestra *vospitatelnitsa* —que significa «educadora»— me aferró de la otra mano y tiró de mí para liberarme de él. No iba a permitir que un desconocido me llevara consigo, dijo, y mi madre tuvo que ir a dar fe de la identidad de mi padre.

Mi recuerdo más nítido de mi padre es de él tumbado en el sofá —hasta el sofá lo teníamos tapizado con tela vaquera— escuchando música con unos auriculares que parecían dos medios pomelos pegados a sus orejas. El cable rizado culebreaba por el suelo hasta el mayor motivo de orgullo de mi padre: un reproductor Telefunken con docenas de diales e interruptores, cuyo plato giradiscos resplandecía con la promesa de un país extranjero. Una lámpara de pie iluminaba su cara con un resplandor rojizo. Si yo entraba en el salón mientras él estaba escuchando sus discos, pisaba con cuidado, intentando que mis pies no hicieran ruido al contacto con el linóleo y que mis sandalias de plástico no rechinasen, porque mi padre escuchaba con los ojos cerrados y, cuando notaba mi presencia, abría los ojos de repente y me miraba, aún inmerso en la música, con una expresión que mezclaba suave amabilidad y suave decepción. Yo me quedaba muy quieto, avergonzado de haberlo molestado, avergonzado de parecerle infantil y nada interesante; su expresión entonces era muy distinta de otra que yo conocía bien: la alegre y un tanto maliciosa que le iluminaba la cara cada vez que estaba en el estudio con sus amigos, *connoisseurs* como él de la Paul Butterfield Blues Band, de los vaqueros Wrangler y de Antonioni.

Así que yo intentaba empaparme de las cosas de mi padre, en especial de la que él estaba más orgulloso, el equipo de música. Un día, cuando yo tenía cinco años y él no estaba en casa, levanté la tapa de plexiglás del plato e, imitándolo, bajé el brazo a la superficie plástica giratoria. Mi tía Lyusia, la hermanastra de Tamara, estaba conmigo. Le aseguré que sabía cómo funcionaba el tocadiscos, pero ella me miraba preocupada, nada convencida, repitiéndome que tuviera cuidado. Lyusia había sido adicta a la metanfetamina y estuvo cinco años en una prisión en algún punto del Volga septentrional (hasta tenía un tatuaje de un imperdible en el hombro para demostrarlo), pero las ocurrencias de un niño de cinco años la aterraban. Pues resultó que se me había olvidado poner un disco en el plato. Cuando me pegué a uno de los amplificadores Latvian de mi padre, cada uno del tamaño de una panera con una tela plástica clavada a la rejilla, lo único que oí fue un fuerte chasquido. El plato

de plástico había rebanado la aguja; no había consuelo posible para el disgusto de mi padre. Se pasó semanas llamando a colegas *fartsovshchik* por nuestro nuevo, negro y reluciente teléfono en busca de un recambio y contándoles, en tono resignado pero efusivamente alto, que su hijo de cinco años «le había jodido el equipo».

Sentí la pérdida del favor de mi padre y me dije que lo recuperaría. Decidí ser atlético como él, y un día me llevó, calzado con esquís infantiles, a la barranca que hendía la llanura sin árboles frente a nuestro edificio. Era una mañana de domingo gélida y radiante. Los vecinos se deslizaban con sus niños por las laderas en trineos y esquís. Todos los inviernos mi padre volaba al Cáucaso para descender esquiando peligrosas laderas de alta pendiente (y, como entendí más tarde, para conocer mujeres) y tenía un par de preciosos esquís de descenso apoyados contra el perchero de la entrada. Con las manos apoyadas en la cadera, me vio bajar mi primera ladera. Yo apuntaba el extremo delantero de los esquís uno hacia el otro por miedo a cobrar demasiada velocidad, y me deslicé hacia el fondo vacilando, como a cámara lenta. Mi padre bajó con soltura detrás de mí. Tras otro tímido descenso por mi parte, él volvió a subir, diciendo que tenía que ver a un amigo y que estaría de vuelta en quince minutos, veinte como máximo. «Diviértete», gritó antes de desaparecer, «lo estás haciendo muy bien.»

Intenté subir la ladera como él me había enseñado, colocando los esquís perpendicularmente a la dirección de bajada y empujándome con los bastones, pero había demasiada pendiente y al cabo de veinte minutos de resbalones me rendí. Desde el fondo de la barranca vi la puesta de sol, el cielo teñido de un dramático rojo, y luego de granate y violeta. Y se hizo de noche. Los demás niños habían vuelto a sus casas. Varios padres me preguntaron dónde estaba el mío, y yo respondía que había ido a ver a un amigo y que volvería enseguida. Al final me quedé solo. Anclado a mis esquís, con los brazos asomando en diagonal por el abultado mono de algodón y con el gorro de lana calado, aferré rígidamente los bastones a ambos lados del cuerpo. No sabía cuántas horas habían pasado cuando mi madre apareció en lo alto de la pendiente y me remolcó ladera arriba, lívida de cólera. Entró en casa maldiciendo a mi padre; discutieron hasta pasada la medianoche. Yo estaba sentado en el estudio, escuchando los sonidos al otro lado de la puerta cerrada: voces enfurecidas, el estrépito ocasional de una cazuela volcada y, un par de veces, un grito ahogado —como si alguien tomara aire con fuerza—, que significaba que él le había dado un empujón.

Después de aquello empecé a sentir un odio ardiente e irremediable hacia mi padre. En mi interior, ese odio estaba enzarzado en un enfrentamiento perpetuo con mi anhelo de cercanía física, de

estar cerca de él con cualquier pretexto. Pronto me di cuenta de que con lo segundo me estaba engañando, no había esperanza de que sucediera. Mi padre nunca me pegó; desde su punto vista, eso le habría hecho parecerse demasiado a su propio padre. Lo que hacía era no tocarme en absoluto. Lo que más recuerdo era su disgusto, contenido pero perpetuo: porque yo ponía demasiada mantequilla en el pan, porque no sabía rematar de cabeza jugando al fútbol, porque no aprendí a leer hasta los cinco años (él lo había conseguido a los cuatro) y porque mi adoración por su disco de la Creedence Clearwater Revival no se basaba en sus méritos musicales.

Me sentía como si estuviera vadeando aguas profundas en la periferia de su consciencia, incapaz de acercarme más a él. Creo que habría preferido que me gritara. Yo todavía no comprendía que mis padres eran muy jóvenes, que su matrimonio y la vida adulta les resultaban extraños y apenas podían desenvolverse en ellos. Para mí eran como las mezquinas deidades de los libros de mitología griega y romana que me daba mi padre, ilustrados y censurados a conciencia; deidades enzarzadas en ruidosas batallas cuyos motivos caprichosos escapaban a mi conocimiento. Con tres o cuatro años, me vengué de ellos hundiendo el índice en la taza del váter y pintarrajeando con mierda el empapelado floral amarillo canario del cuarto de baño. Imprimí variedad a la dirección y el grosor de las pinceladas cual Kandinsky coprofílico. Una noche mi madre me encontró jugando a oscuras en la cocina. Cuando encendió la luz, vio que estaba serrando la cabeza de un muñeco con el cuchillo del pan.

Encontraba refugio de la infelicidad de mis padres en la cooperativa de dos habitaciones de mi abuela, muestra de la creciente hegemonía de Tamara en La Casa de la Moda. Me encantaba todo cuanto había allí. Un par de candelabros de cristal iluminaban el salón; el asiento del váter, de plástico acolchado color burdeos, siseaba cuando me sentaba en él. Tamara tenía predilección por el esplendor del barroco tardío: una mesa de comedor con patas en forma de pezuña, cretona con estampado floral en las paredes y las cortinas, paisajes al óleo con elaborados marcos dorados, y mi favorito: un juego de porcelana china de imposible finura que le había regalado una presentadora de televisión. Cuando sostenías una de aquellas tazas a la luz, en la base se transparentaba el perfil de la reina Isabel II.

El marido de Tamara, Mijaíl Mijáilovich, regentaba un almacén de fruta y verdura en la periferia de la ciudad. Como cualquier otro gerente soviético, rara vez se iba del trabajo sin haber llenado el maletero de su Fiat con mercancía fresca que había registrado como podrida. En la nevera, sus botines compartían espacio con los regalos de las clientas de Tamara. A mí me gustaba plantarme delante y mirar

las latas de carne de cangrejo con etiqueta vietnamita, las salchichas húngaras, el bacalao ahumado, los racimos de uvas. Tamara se codeaba con un grupito de mujeres aristocráticas de mediana edad con ojos impecablemente maquillados a las que recibía en su casa los sábados. Antes de que llegaran, me llevaba a la cocina, me subía a un taburete y me ponía delante una taza de cartón llena hasta el borde de caviar de beluga. Me daba una cuchara sopera. «No quiero volver a verte hasta que te lo acabes», decía, y me dejaba en la cocina reflexionando sobre la tarea que tenía por delante.

Las noches en casa de Tamara giraban en torno a su televisor en color, el único que yo había visto jamás. Ella se apoltronaba en el sofá con una bata de crepé de China ribeteada en piel y hojeaba un *Vogue* italiano mientras Mijaíl bebía botella tras botella de cerveza y roía tiras de *vobla*, un pescado salado y seco. Cuando Tamara no estaba mirando, él me pasaba tiras de pescado y me dejaba tomar un sorbo de cerveza. Yo saltaba en el sofá siempre que ponían mi película favorita, *Tractoristas*, en el Canal 4. Era un musical de la era de Stalin ambientado en una granja colectiva que trataba sobre una pareja feliz que denuncia a un vago de su barracón y celebra con sus canciones las bondades del vehículo que da nombre a la obra. Los domingos por la mañana, me despertaba pronto para ver *Reloj despertador*, un programa infantil de variedades, seguido por un montaje de dos horas ininterrumpidas de metraje militar titulado *Yo sirvo a la Unión Soviética*. Además de hipnotizarme con imágenes de hombres rapados y musculosos que sorteaban circuitos de obstáculos y repostaban vehículos armados, el programa alimentaba mi fascinación febril por las curiosidades militares mediante fragmentos explicativos sobre las jerarquías de hombreras y medallas, o sobre la historia de la familia de rifles de asalto Kaláshnikov.

Foto familiar

Mi compañía durante los episodios de *Yo sirvo a la Unión Soviética* era un pastel relleno de crema del tamaño de una pelota de tenis, cubierto de dulce de azúcar y mantequilla y espolvoreado con nuez triturada. Los llamábamos Nuececitas, y Tamara los compraba por cajas en un quiosco cerca de la estación de metro de Belyaevo. Las Nuececitas provocaban violentas discusiones entre mi padre y Tamara. Él siempre decía que aquellos pasteles me iban a acabar convirtiendo en un «pensionista gordo». Tamara le contestaba que, como él y mi

madre no se molestaban en alimentarme como era debido, tenía que hacerlo ella. Mientras los escuchaba discutir desde su taburete en la cocina, mi bisabuela, María Nikoláyevna, me guiñaba el ojo por encima de la tetera y del azucarero.

Volver del piso de Tamara a mi casa significaba tomar el metro o el autobús y luego caminar un kilómetro. En el autobús, las ancianas me hacían monerías y a veces me pellizcaban las mejillas. Cuando empecé a caminar, algunas le decían a mi madre que me parecía a Lenin de pequeño, seguramente por mi expresión severa, la cabeza grande y el pelo rubio y ondulado. Para cuando cumplí cinco años, tenía una melena rubia que me llegaba a los hombros y una colección de jerséis blancos finlandeses que Semión y Raísa me enviaban por correo, y una mujer en el parque le dijo una vez a mi madre que me pegaría mucho montar en poni. Una noche de invierno, en el autobús urbano, una pasajera de cara cansada se quedó tan prendada de mí que introdujo la mano en el bolso y me dio una pera. A todos los pasajeros se les escapó una exclamación de asombro. La fruta fresca era algo inusitado en invierno. Aunque sé que mi memoria puede haber deformado lo sucedido, lo recuerdo como una suerte de navidad secular. En el autobús a oscuras, rodeado de pasajeros con botas de fieltro y parcas húmedas, el fruto amarillo alumbró un círculo de rostros asombrados, desprendiendo rayos de luz dorada como un halo en un lienzo de Botticelli.

Una de las primeras tiendas en Tyopli Stan fue un búnker de hormigón donde vendían vodka y vino tinto argelino. El vino dejaba una película negra sobre el cristal; según una leyenda urbana, lo traían desde África en la bodega de un petrolero. A continuación abrió un supermercado. Tanto de día como de noche, en la explanada de hormigón ya agrietado que había delante, podías ver a grupos de hombres acurrucados de tres en tres alrededor de un cubo de basura al que habían prendido fuego y pasándose una botella de medio litro de vodka. Dentro, las estanterías estaban casi desiertas. Para disimular el vacío, el mismo producto enlatado —por ejemplo, besugo en salsa de tomate— venía etiquetado en colores diferentes, y las reponedoras levantaban pirámides rosas, azules y turquesas de pescado enlatado en busca de crear la ilusión de que existía toda una variedad de opciones.

Mi amigo Vova, el hijo de un teniente del ejército que vivía en la sexta planta, era un niño flacucho, tartamudo y con el pelo de color azufre. En invierno yo lo remolcaba en trineo por la barranca y cavábamos túneles en la nieve. Cuando los frentes polares amainaban, encendíamos hogueras y echábamos al fuego frascos de perfume vacíos para que las llamas se volvieran verdes. Una vez, encontramos varios cargadores de pistola sin disparar y también los echamos al

fuego, para luego pasarnos horas refugiados en una zanja, tumbados bocabajo a la espera de que las balas silbaran sobre nuestras cabezas.

La mayoría de nuestros vecinos eran parejas recién casadas o padres jóvenes, y nadie tenía muchos juguetes, así que los domingos Vova y yo trepábamos al cobertizo de techo plano donde estaban los fusibles eléctricos del edificio y saltábamos al rincón en que se guardaban los cubos de basura. La basura fue nuestra portilla al mundo de los adultos, un almacén de información inaccesible de otro modo. Había botellas de friegaplatos que usábamos para fabricar pistolas de agua, cojinetes de bolas, libros con ilustraciones de vagones de tren y de aves subtropicales, pantis enredados, condones usados metidos en bolsas de papel plegadas, maletines y carteras ajados, un par de botas que parecían de montar y que nos quedaban grandes pero que nos pusimos y jugamos a desfilar, como si estuviéramos en un episodio de *Yo sirvo a la Unión Soviética*.

Cuando los cubos de basura no regurgitaban nada útil, encendíamos hogueras de hierba seca frotando un trozo de pedernal contra el borde de una matrícula de coche para sacarle chispas, o si no Vova y yo arrancábamos un trozo de corteza del abeto solitario que había detrás de la licorería y tallábamos barquitos con una de las cuchillas de afeitar de recambio de mi padre. Fabricábamos la quilla con un tubo de pasta de dientes, las velas con páginas del periódico *Izvestia*, y los echábamos a navegar en el canal de desagüe o en alguno de los inmensos charcos alrededor de nuestro edificio. Cuando el barquito escapaba a nuestro alcance en la rápida corriente de nieve derretida que corría a lo largo de la acera, nos poníamos firmes y hacíamos el saludo militar.

Fui hijo único en un país de hijos únicos. De mis padres y abuelos, solo Raísa podía presumir de un hermano con el que compartiera padre y madre. Un estudio publicado cuando cumplí tres años reveló que el sesenta y cuatro por ciento de las mujeres soviéticas en edad fértil tenían un único hijo, mientras que otro diecisiete por ciento no tenían ninguno. Casi todas las mujeres que participaron en el estudio declararon que les habría gustado tener dos o tres hijos, pero que el trabajo a jornada completa, las tareas de la casa, un marido que no las ayudaba y las escaseces constantes lo hacían imposible. Como la mayoría de los niños de Moscú, yo quería tener un hermano o una hermana, alguien para hacer más llevaderas todas las horas que pasaba jugando solo, pero también alguien junto a quien sobrellevar los enfados de mi padre y la infelicidad de mi madre. Recuerdo que les imploraba a mis padres que «me hicieran un hermano o una hermana», y sus risas.

Tenía casi seis años cuando a mi madre, que se estaba recobrando

de una gripe, se le interrumpió la regla. La primera prueba de embarazo fue negativa; la segunda, no concluyente. El médico que la examinó le dijo que estaba embarazada de tres meses, dos semanas por encima del límite permitido para abortar. Apenas podía levantarse de la cama para ir al trabajo, abrumada por la desesperanza y el sentimiento de culpa; la perspectiva de tener otro hijo la aterraba. Se despertaba varias veces cada noche, preguntándose qué hacer. Finalmente, le expuso su dilema a Tamara, la persona, de cuantas conocía, más capacitada para resolver problemas irresolubles, en especial cuando requerían puentear la ley. Resultó que la jefa de obstetricia de una clínica para empleados del KGB era clienta de Tamara. A cambio de cierta cantidad en efectivo y de algún favor, ella conseguiría el papeleo necesario y una estancia en el hospital, y practicaría el aborto en casa. Ni mi madre ni Tamara le contaron a mi padre aquel plan.

Se llevó a cabo en el piso de Lyuba, una amiga de mi madre rubia, alegre y bulliciosa a la que conocía desde el primer año de universidad. La obstetra resultó ser una cincuentona de aire eficiente que llevaba el pelo gris recogido en un tenso moño; se presentó y se puso rápidamente la bata blanca. Mi madre se tumbó de espaldas sobre una sábana que Lyuba había extendido encima de una mesa de café. Se suponía que el procedimiento era pura rutina, pero por culpa del desgarro mal suturado del primer embarazo de mi madre, la médica tuvo más trabajo del que esperaba. Mi madre solo empezó a preocuparse cuando vio que Luyba se quedaba pálida. Parecía aterrada. La sangre había empapado la sábana y corría por las patas de la mesa hasta el suelo. Demasiada sangre. La doctora trabajaba en silencio, con la respiración acelerada. Dos horas y media después, con la paciente sedada y dormida, la médica encendió un cigarrillo y confesó a Lyuba que mi madre había estado a punto de morir desangrada.

Mi madre me lo contó muchos años después de que llegáramos a Nueva York. Para entonces yo ya sabía que los abortos en la Unión Soviética eran mucho más comunes que en Occidente; mi madre conocía a mujeres que a los veinticinco años ya se habían hecho seis o siete. Los diafragmas eran difíciles de conseguir y poco fiables, y los condones, tan gruesos que los hombres a menudo se negaban a ponérselos, así que para muchas mujeres el aborto se convirtió en una alternativa a los anticonceptivos. Incluso ahora, sabiendo todo esto y siendo consciente del dolor y del miedo que pasó mi madre, sigo dándole vueltas de vez en cuando, siempre con un inexplicable sentimiento de culpa, a la aritmética azarosa que decretó que yo naciera pero mi hermano o mi hermana no.

Después de dos años en el Instituto de Psicología, mi madre reunió el coraje para presentar una queja oficial contra su supervisor, que se apresuró a despedirla. Consiguió otro trabajo casi de inmediato, realizando tests psicológicos en Kashchenko, un centro psiquiátrico de trescientas camas conocido antes de la revolución como Hospital Alekseevsky, y previamente como la Dacha de Kanatchikov, por el comerciante moscovita que la construyó, como sanatorio para su hija perturbada. El hospital era un purgatorio para los rebeldes, los indiscretos, los raros y los que solo tuvieron mala suerte. El académico soviético Andréi Snezhnevsky escribió aquello de que la esquizofrenia causaba la mayoría de las formas de disensión política y social, y los *refuseniks* —judíos a quienes se les negaba la emigración— solo eran los más notorios de una amplia gama de pacientes que incluía a nacionalistas bálticos, cristianos, *drag queens*, veganos y un grupúsculo de enfermos de verdad. Entre los pacientes recién ingresados que pasaban por el despacho de mi madre hubo un carnicero que etiquetaba mal la carne a propósito; un estudiante de instituto que se tumbó en el suelo de su aula y se negó a levantarse; un recluta de policía que se había pasado días vagando por un bosque, y un preso que, intentando que lo transfirieran a un pabellón para desequilibrados, se había clavado el escroto al suelo.

Un ala adyacente del hospital, mucho más lujosa, alojaba a los miembros con trastornos psicológicos de la élite del partido. En las pausas para fumar, mi madre veía a sus mujeres y amantes subir por la escalera pintada de verde quirúrgico, camino de las visitas conyugales, arrastrando sus pieles por los escalones de cemento. Su paciente favorito era un delincuente sexual extrañamente agradable que se llamaba Antosha. Le administraba medicación para su mala costumbre de toquetear los pechos a las mujeres en la playa, y a veces, cuando terminaban los test de Rorscharch y los cuestionarios, hablaban un rato sobre sus vidas. «Tengo treinta y cuatro años», le confesó Antosha, «y nunca me han correspondido en el amor.»

Mi madre decía que en aquellos años desarrolló lo que los manuales de diagnóstico soviéticos denominaban «anestesia dolorosa»: la sensación de ver el mundo a través de un cristal sucio. Al final, dejó de interrogar a mi padre sobre sus desapariciones, y él cesó de dar explicaciones. A veces, cuando lo asaltaba el arrepentimiento, él le decía que «esas otras mujeres no te llegan ni a la suela de los zapatos». Aun así, después de comprar un abrigo para una de sus novias, una modelo de catálogo de ropa nacida en Kiev, le preguntó a mi madre qué le parecía. «Tienes un gusto excelente», añadió. Mi madre y yo pasamos la Nochevieja de 1976 delante de nuestro televisor en blanco y negro, escuchando las campanadas de medianoche sobre una imagen estática del Kremlin mientras mi padre se llevaba a su novia a un

restaurante kebab llamado Baku. Ahora había menos gritos cuando él estaba en casa, pero el tenso silencio —cargado de recriminaciones calladas— acababa por saturar hasta el último centímetro cúbico del piso.

Mientras que antes yo deseaba que mi padre desapareciera, ahora lo evitaba, porque sabía que el problema entre nosotros dos era yo. Después de todo, *él* parecía ser experto en casi todo: había estado a punto de ser jugador profesional de fútbol, esquiaba en las pendientes más peligrosas del Cáucaso, era un maestro de la pesca, estaba deslumbrante con las chaquetas de deporte y de ante que le diseñaba Tamara, leía largos y complejos libros extranjeros y era capaz de abrir una botella de cerveza usando solo las manos. Un verano, cuando aceptó un trabajo de talador cerca del círculo polar, le dio un hachazo a un avispero y sobrevivió a sesenta o setenta picaduras. En la guardería yo había conocido a otros padres, claramente inferiores a él —hombres que se peinaban intentando disimular la calvicie, con barriga cervecera, trajes mal cortados y camisas de poliéster con estampados *op-art*— y sabía que cualquier niño se sentiría afortunado por ser hijo de mi padre. Me era asimismo obvio que mi padre se merecía un hijo más listo que yo, más limpio y más guapo, además de mejor deportista, más masculino y seguro de sí mismo, pero por mucho que yo lo intentara nada podría convertirme en ese niño, así que seguíamos en un callejón sin salida.

Para cuando cumplí siete años, mi madre y yo nos habíamos vuelto inseparables. Por las noches cocinábamos juntos o bailábamos torpemente un vals sobre la alfombra del salón al ritmo de un disco rayado de *Die Fledermaus*. Después de cenar, íbamos paseando hasta el rastro, donde los vecinos vendían e intercambiaban sus pertenencias, y luego subíamos la colina hasta la nueva planta de reciclaje de vidrio. Pasábamos frente a una tienda que se llamaba Jadran, cuyos escaparates exhibían resplandecientes conjuntos de fiesta yugoslavos y bufandas de mohair con precios muy por encima del alcance de la mayoría de los moscovitas. Nuestro destino era la entrada del cine del barrio, donde había una máquina de esas en las que puedes obtener premios atrapándolos con una pinza, y yo me lanzaba a la batalla con un puñado de monedas. Nunca conseguí sacar el conejo disecado, y mucho menos la botellita de brandi armenio que los hombres que salían del cine intentaban rescatar de su cárcel de cristal. De camino a casa, yo agasajaba a mi madre con promesas de devoción, como los juramentos a Lenin y al partido que pronto me tocaría recitar en el colegio. «Nos vamos a casar», le prometía. «Yo llevaré corbata y mi padre vendrá de visita, pero no mucho.» Yo confiaba en nuestro vínculo y nunca me pregunté si mi madre quería tener por confidente a un niño de seis años, aunque a veces, en sus peores momentos, ella

me preguntaba a cuál de mis padres quería yo más.

Su incapacidad, o su falta de voluntad, para decirles a sus padres que su matrimonio se estaba viniendo abajo ahondaban su desgracia. Semión y Raísa la habían tenido bastante tarde, pasados los treinta, e incluso de niña ella los había visto como personas de mediana edad y frágiles, huérfanos agotados por la guerra que no podían soportar más sorpresas ni decepciones. Era consciente también de que las hermanas y las primas de su madre y sus amigos judíos rara vez se divorciaban, y lo consideraban una forma de fracaso moral, un motivo de vergüenza. Como otros hijos de supervivientes del Holocausto, mi madre se veía a sí misma como una encarnación de las aspiraciones de sus padres. Las tragedias que habían afrontado antes de tenerla la dejaban en deuda con ellos. Pensaba con frecuencia en los familiares que ambos habían perdido en la guerra. ¿Cómo podía decirles a Semión y a Raísa —que lucharon y padecieron por la supervivencia de sus familias, y que habían hecho de la supervivencia su obsesión— que ella quería romper su familia, y que había acabado por voluntad propia con la vida de su hijo no nacido?

Irónicamente, la única persona a quien le confió sus miserias y su soledad fue su suegra. Tamara se convirtió en la mejor amiga de mi madre y en su hada madrina. La animaba regalándole lencería con volantes, frascos de colonia de cristal tallado y duras lecciones de feminismo doméstico. Tamara veía a los amantes y a los maridos, y a los hombres en general, de manera dialéctica, como una ventaja o como una molestia: podían ser recipientes de sensato afecto o incluso de amor, pero no les estaba permitido dictar el comportamiento de ella ni adueñarse de su bienestar. De su baja opinión de los hombres ni siquiera se libraba su hijo, al que regañaba a menudo por sus infidelidades. Así que, pese a empatizar con la aflicción de mi madre, era incapaz de tomarse demasiado en serio el comportamiento de ningún hombre. Creía firmemente que era más importante tener buen aspecto que sentirse bien, y que lo segundo era consecuencia de lo primero. «Cuando estoy crispada», le decía a mi madre, «me pongo maquillaje y algo *precioso*.»

Tamara, que se acercaba a los sesenta años, opinaba que la figura estilizada y los pómulos altos de mi madre eran el lienzo perfecto. Le diseñó el vestido de boda —un *peau de soie* hasta el suelo complementado por largos guantes blancos— y luego le confeccionó una colección de minifaldas para asegurarse de que su nuera destacara entre el resto de chicas vestidas con imitaciones soviéticas de Pucci. Cuando mi madre se sentía hundida, Tamara se sentaba junto a ella en el sofá, le pedía que escogiera una camisola o una blusa del último número del *Cosmopolitan*, y le prometía hacerle una copia. Cuando ni siquiera esto funcionaba, Tamara se la llevaba con ella y con Mijaíl

Mijáilovich de vacaciones, y compartían los tres una habitación en un complejo turístico de Sochi o Yalta. Yo me quedaba con María Nikoláyevna, que decía a veces que no me podía quedar en casa con mi padre porque también él estaba de viaje. Yo nunca pregunté adónde iba él.

Durante una de aquellas peculiares vacaciones familiares, en un complejo turístico en el Mar Negro, un hombre trabó conversación con mi madre en un café de la playa. Era un arquitecto de ojos oscuros con un leve acento georgiano, que se sentó cerca de ella y la miró descaradamente a los ojos, sin ocultar su interés. En mitad de la conversación, mi madre vio a Tamara y a Mijaíl Mijáilovich, que se acercaban paseando en su dirección. Cuando Tamara vio a mi madre y a su pretendiente, tomó a Mijaíl Mijáilovich del brazo, le hizo dar media vuelta y echaron a caminar en la dirección contraria. Más tarde, Tamara le pasó un brazo a mi madre sobre los hombros y le dedicó una mirada valorativa. «Querida», le dijo, «¿por qué no te buscas un amante? Nadie se va a enterar.»

Cuando yo tenía cuatro años, un *jet* Boeing con una hermosa banda azul acuosa en los flancos llevó a Gerald Ford a la ciudad portuaria de Vladivostok, en el lejano oriente del país. Vino para reunirse con el Sóviet Supremo Leonid Brézhnev y discutir los detalles de un tratado de control armamentístico denominado SALT II. Antes de la llegada de Ford, el jefe local del partido transformó el centro de Vladivostok en un inmaculado decorado de cine. Los burócratas comunistas trajeron en avión desde Moscú a cocineros y camareros para los restaurantes locales. Había hombres en autobús que recogían a los borrachos y los vagabundos y se los llevaban fuera de la ciudad para ser sometidos a «tratamiento».

Las conversaciones tuvieron lugar en el balneario de un pueblo cercano, Okeanskaya. El jefe del partido decidió que la carretera que iba del sanatorio a Vladivostok —la ruta por la que la comitiva de Brézhnev y de Ford circularía en un recorrido turístico— debía ser un reflejo del renacimiento de la ciudad. En cuestión de días, la policía desalojó a familias que vivían en cabañas y chabolas junto a la carretera y prendió fuego a sus casas. Cuadrillas de trabajadores talaron cientos de los más altos y más rectos abetos de la región de Primorsky, los transportaron a bordo de camiones desde los bosques circundantes y los clavaron, bien derechos, a lo largo de la carretera en terraplenes de nieve recién levantados por excavadoras. Fue una variante de una vieja tradición. Según algunos historiadores, cuando el mariscal de campo Potemkin llenó las desoladas orillas del río Dniéper de falsas fachadas de edificios, primorosamente pintadas, durante la visita de la emperatriz Catalina a Crimea en 1787, no lo

hizo por Catalina sino para impresionar a los emisarios extranjeros que la acompañaban en su viaje.

Brézhnev y Ford, David Hume Kennerly, Gerald R. Ford Presidential Library and Museum, dominio público.

En Rusia, las apariencias siempre han importado más que la realidad, y a juzgar por las apariencias, vivíamos en una Arcadia socialista levantada gracias al sacrificio voluntario de nuestros abuelos. Así es como yo veía mi país incluso después de haberme ido de él. Era una convicción inculcada casi desde el momento de tu nacimiento por los dibujos animados y los libros infantiles, por los cuidadores que nos enseñaban que «el secretario general es el mejor amigo de los niños» y, más explícitamente, por los profesores. Mi madre y mi padre se tomaban mi patriotismo con ironía, pero sabían bien que era mejor no contradecirlo, no fuera yo a repetir sus bromas y sus comentarios privados en clase.

Por lo que yo entendía, la Gran Revolución de Octubre zanjó siglos de lucha de clases y de desigualdades, la Gran Guerra Patriótica la ganamos nosotros, Jrushchov sentenció el Gran Terror y Brézhnev le dio sepultura. ¿Quedaba algo Grande por hacer? La economía soviética era la segunda mayor del mundo, después de la de Estados Unidos. En 1974, un trabajador medio soviético ganaba tanto como uno estadounidense a comienzos de la década de los veinte y le correspondía un espacio habitable de siete metros cuadrados y medio, un tercio que a su homólogo estadounidense. Aun así, nuestros cuidadores y profesores nos recordaban semana tras semana que

nuestro país podía enorgullecerse de avances que Estados Unidos no poseía: educación y asistencia médica gratuitas, igualdad de género, casi un cien por cien de alfabetización y máquinas expendedoras en todas las regiones del país, de las que emanaba una mezcla de agua con gas y sirope de fruta que se tomaba de un vaso compartido. El precio de la carne era estable, el consumo de alcohol se había cuadruplicado desde la guerra y la mitad de las viviendas de la nación podían presumir de nevera.

Toda esta nueva opulencia se veía mejor en la televisión que en ninguna otra parte. La continua programación de documentales sobre planificación urbana en Bulgaria, musicales de la era estalinista y dramas de la Segunda Guerra Mundial iba *in crescendo* hasta llegar a la retransmisión de Nochevieja, un ritual postprandial en casi todos los hogares soviéticos, durante el que las lucecitas de colores y el espumillón de los árboles de Año Nuevo iluminaban a los notables que aparecían en pantalla. Aquellos programas parecían concursos para ancianos. Miembros del partido con traje negro y corbata —las pajaritas habían sido tachadas de burguesas hacía décadas— y sus mujeres (¡algunas de ellas con diseños de Tamara!) se sentaban alrededor de mesas redondas y aplaudían obedientemente a estrellas domésticas del cine y de la música. Habitualmente esto iba acompañado de un montaje de imágenes que plasmaban la gran satisfacción a lo largo y ancho de toda la nación por el Plan Quinquenal, seguido de un barítono bajo que voceaba una aria de Glinka y, por último, un *medley* de Alla Pugacheva, la cantante de rock suave autorizada por el Estado. Sus ojos con maquillaje tropical y sus pastiches de temas de ABBA repletos de sintetizadores —sobre soleadas mañanas de primavera y candorosos amores adolescentes— llenaban millones de pantallas de televisión en once zonas horarias diferentes.

Muchos moscovitas ni siquiera querían pronunciar el nombre de Brézhnev en voz alta, y lo que hacían era pasarse un dedo por encima de los ojos, aludiendo las enormes cejas del líder. El programa de televisión navideño ofrecía la oportunidad de ver a nuestro jefe de Estado en un entorno más amable, en lugar del habitual decorado de la cima del mausoleo de Lenin, desde donde, en las festividades importantes, saludaba a una procesión de misiles balísticos intercontinentales remolcados a cámara lenta por tráileres. La cabeza de Brézhnev parecía tallada en un nudoso bloque de madera de pino. Era perfectamente rectangular desde todos los ángulos —su mujer, Viktoria, era igual de compacta— y se movía con la languidez de un paquidermo segundos después de recibir el impacto de un dardo tranquilizante. Fue el primer jefe de Estado en desembarazarse de la austeridad bolchevique y abrazar el esplendor de sus homólogos en

Filipinas y Uganda. Cuando salía del Kremlin, se desplazaba en un Maserati, un Lincoln *vintage* y un Rolls-Royce Silver Cloud. En una foto oficial de la TASS, la agencia de noticias soviética, aparecía cerca de una de sus cinco dachas cenando al fresco en compañía de su partida de caza de jabalíes, ataviado con un abrigo loden, un sombrero de estilo alpino adornado con una pluma y un par de revólveres ornamentados enfundados en sendas pistoleras de cuero repujado colgando de la cadera. En los congresos del partido televisados y en las reuniones del Comité Central leía sus discursos con la gestualidad de un muñeco de ventrílocuo, de ahí el conocido chiste sobre él:

> Llaman a la puerta de Brézhnev.
>
> Él se levanta del sofá, camina sin ninguna prisa hasta el vestíbulo, se pone las gafas, saca una tarjeta del bolsillo de la camisa y la lee titubeando:
>
> —¿Quién… es?

La belleza florecía a nuestro alrededor en Moscú. Muy por debajo de las calles, las paredes y las columnatas de las estaciones de metro me deleitaban con sus bronces en relieve de ganaderos y soldadores. Le pedí a Mijaíl Mijáilovich que me llevara a la Exposición de los Logros de la Economía Nacional, para ver la monumental escultura obra de Vera Mújina: *Obrero y mujer de granja colectiva*. Yo la conocía porque salía en el centro del logotipo de la productora Mosfilm antes de *Tractoristas* y de otras de mis películas favoritas; me parecía detectar algo innegablemente erótico en el modo como el musculoso obrero acercaba su martillo a la hoz de la granjera tetuda. En casa, yo hojeaba libros con ilustraciones de monumentos. Para mí no había nada comparable a *La llamada de la Madre Patria* en Volgogrado, antes conocido como Stalingrado, escenario de algunos de los más sangrientos enfrentamientos de la Gran Guerra Patriótica. Con sus ochenta y cinco metros, era una de las estatuas más altas del mundo: una mujer blandiendo una espada en alto y avanzando resuelta, con expresión de éxtasis marcial, sobre una llanura de hierba cuidadosamente segada.

The Motherland Calls, Anastasia Galyamicheva, Creative Commons Attribution-Share Alike International 4.0 license.

Me fijaba también en el interior de las panaderías y las mueblerías, espacios anodinos, adornados todos ellos con idénticos retratos de grupo del Politburó —todos ellos hombres, viejos y blancos—, como si fuéramos una nación insular cuya única contribución a la conciencia colectiva mundial fuera un solo grupo de pop. El Politburó era nuestro Menudo.[11] El único rincón de las tiendas que no estaba empapelado con material impreso era la estantería donde reposaba un libro grueso

y encuadernado en plástico titulado *El libro de las quejas y las sugerencias*. Junto a él colgaba un cabo de lápiz atado a un cordón. Si estaba allí para tentar a la clientela a quejarse por las colas interminables o a sugerir que en la tienda hubiera más de una variedad de queso procesado, nadie mordía el anzuelo. Aquellos libros, con sus reconfortantes páginas en blanco, eran motivo de cientos de chistes privados.

Antes de cada fiesta nacional, yo veía cómo Mijaíl Mijáilovich, muy serio, metía una botella de brandi y varios paquetes en un maletín para dárselos a su jefe, un director regional cuyo nombre nunca se pronunciaba en voz alta en casa. Mijaíl Mijáilovich se refería a él haciendo un gesto sutil con las cejas. Yo comprendía que sin aquel hombre no llegarían a diario a casa productos frescos en el maletero del coche, sin él ni siquiera habría coche, comprendía que en nuestro país la calidad de vida de muchas personas dependía de su superior inmediato.

Lo experimenté en mis propias carnes cuando pasé a primaria. Tamara se encargó de que yo no fuera a parar a una escuela cualquiera, sino a una academia para los hijos y las hijas de burócratas del partido, diplomáticos y oficiales de alto rango de los órganos, donde el aprendizaje de inglés era obligatorio. Seis mañanas a la semana, Mijaíl Mijáilovich me dejaba ante la fachada dórica de la escuela. Mi uniforme —*blazer* y pantalones de poliéster azul marino, con un parche donde aparecía un sol naciente sobre las páginas de un libro abierto cosido a media altura en la manga derecha— siempre iba recién planchado. En la solapa, un pin de una estrella roja desde cuyo centro miraba serenamente un niño Lenin en relieve dorado. La estrella significaba mi membresía de la división infantil de la hermandad comunista —conocida como los Niños de Octubre, *oktyabryata*—, el deber y el privilegio de todos los niños y las niñas de entre siete y nueve años.

Al igual que los miembros de la orden internacional de los Shriners, a los soviéticos les volvían locos las insignias y tenían debilidad por los pines y las chapas conmemorativas o *znachki*, obsesión que llegó a su cumbre durante los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980. Yo era igual. A primera hora de la mañana del 8 de marzo —el Día Internacional de la Mujer— desperté a mi madre para sorprenderla con un regalo de fabricación casera. Había prendido con un alfiler un pequeño retrato rectangular del Lenin adolescente a un recibo de la tintorería y pegado a cada lado un ramillete de gipsófilas con cinta adhesiva. A ella apenas le dio tiempo de darme las gracias antes de que los ojos se le llenaran de lágrimas y tuviera que darme la espalda para que yo no la viera partirse de risa.

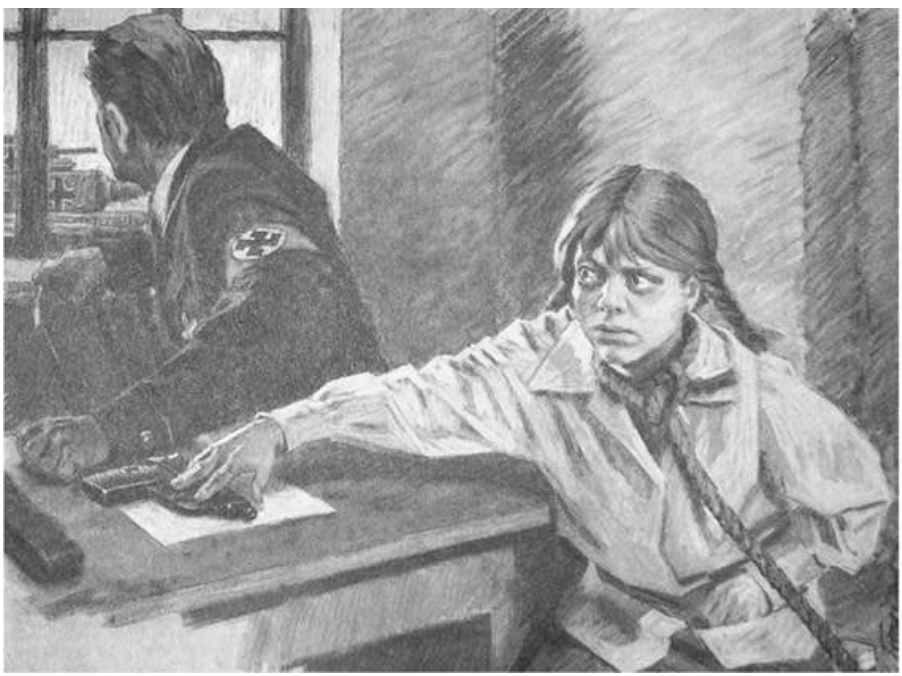
Los sábados, le llevaba a la maestra flores de mimosa; a Tamara las

manzanas le parecían muy de clase baja. La maestra se llamaba Nina Petrovna, y dividía nuestras jornadas en caligrafía, memorización y copiar textos de la pizarra. A veces pasábamos horas garrapateando en nuestros cuadernos cuadriculados en silencio, algo que ella consideraba un agradable ejemplo del comportamiento apropiado para niños de nuestra edad. Nos advertía a diario sobre los peligros de emborronar los márgenes con tinta y recorría los pasillos arriba y abajo para asegurarse de que tuviéramos las manos inmaculadas. «*Povtorenye mat uchenya*», le gustaba decir: la repetición es la madre del aprendizaje. Solía adoptar la expresión de dedicación afligida —nosotros no habíamos aprendido aún a diferenciar entre seriedad e infelicidad— que se esperaba de un educador socialista.

—Niños, ¿cuál es el país más agresivo del mundo? —preguntaba Nina Petrovna en tono cantarín al comienzo de la clase de historia.

—¡Israel! —gritábamos al unísono.

El primer libro que recuerdo de la escuela —sobre niños que habían obrado actos de valor extraordinarios— se titulaba *Jóvenes héroes de la Unión Soviética*. El Capítulo 1 era la historia apócrifa de Pavlik Morózov. Durante la colectivización, denunció a su padre ante los rojos por esconder unos sacos de grano, un crimen que a su padre le costó el fusilamiento. Para ser un libro destinado a niños de seis o siete años, llamaba la atención tal abundancia de torturas, venganzas y asesinatos, ilustrado todo ello con los colores saturados propios de una pesadilla.



La imagen que mejor recuerdo era la de un oficial de la Gestapo que estaba interrogando a una adolescente de pelo pajizo con coletas. Se llamaba Zina Portnova. En la ilustración, el oficial está distraído y Zina alarga la mano hacia su pistola, que está sobre el escritorio. Lleva una soga al cuello, seguramente porque intentó matar a unos alemanes envenenándoles la sopa, que luego le obligaron a tomarse ella. Aunque en las fotografías Zina parecía una adolescente guapa y bastante normal, en la ilustración tiene los párpados gruesos y una expresión rabiosa, casi endemoniada. El texto junto a la imagen informaba a millones de niños soviéticos de que en los momentos inmediatamente posteriores al que mostraba la ilustración, Zina «mató a tiros al hombre de la Gestapo» y fue torturada «bestialmente» hasta la muerte. Por sus actos patrióticos, la mayoría de los niños de *Jóvenes héroes de la Unión Soviética* fueron castigados: ahorcados, fusilados, inmolados, envenenados o abandonados en la nieve para morir de frío. Su valor no era meritorio en sí mismo, solo al morir se convertían en héroes. La muerte los hacía hermosos.

Fue observando el dibujo de un héroe revolucionario adolescente —un chico en esta ocasión— cuando experimenté por primera vez las sacudidas del deseo sexual. Las siguió, de inmediato, el pánico. Me dije que había sido la valentía del chico lo que me había acalorado. Pero me volvió a pasar unas semanas después en el museo Pushkin, donde vi un pequeño bronce de un Prometeo desnudo y estilizado encadenado a una roca, con un ave de presa devorándole el hígado. Esta vez ya no estuve tan seguro. Algo relacionado con los cuerpos masculinos y con la muerte se estaba fusionando en mi cerebro y me desencadenaba descargas eléctricas en el plexo solar. Comprendí, si bien de un modo impreciso, que tal atracción me hacía diferente de —y seguramente inaceptable para— mi padre y lo único que se me ocurrió fue apartar la vista antes de que mi madre me pillara mirando la escultura.

Mientras tanto, nuestro libro de texto se dedicaba a acongojar a toda un aula de chavales de siete años recordándoles cómo incendiar un establo para que los caballos no caigan en manos de los zaristas y cómo detener un tren cargado de municiones nazis arrojándote bajo sus ruedas. El significado de esas historias quedaba claro: la voluntad de la sociedad importaba más que el bienestar del individuo, y el mejor destino que podíamos desear era dar nuestra vida por esa sociedad. «Un individuo, ¿de qué sirve?», escribió Vladímir Mayakovsky, cuyos poemas recitábamos en pie y firmes junto a nuestro pupitre. «Una sola voz es más débil que un chillido.» Había un monumento a Pavlik Morózov en casi todas las ciudades y los pueblos

de cierto tamaño de la Unión Soviética.

Y otra cosa: también nos enseñaban que la época en que vivíamos era menos importante que el pasado. La edad dorada que éramos demasiado jóvenes para haber vivido fue un periodo no de paz sino de guerra. Aprendimos que el conflicto proveía a nuestras vidas de significado; un significado que manaba de afrontar intensos sufrimientos y luchas, y, a ser posible, de morir por ellas. Por desgracia, nuestra época —la relativamente pacífica década de los setenta— no nos ofrecía oportunidades para morir por nuestro país a millones, pero continuaba siendo nuestro deber comportarnos de manera tan desinteresada como los mártires infantiles de nuestro libro de texto. De tal modo, nuestro orgullo no había de provenir de la abundancia material, ni siquiera de la realización personal, sino de una serie de abstracciones nacionales —el arsenal nuclear, la exploración espacial, la agricultura colectiva, la construcción de presas y sobrios monumentos— que nada tenían que ver con la a menudo miserable realidad de nuestra vida cotidiana. La adoración de tales abstracciones es lo que en Rusia se conocía como espiritualidad.

Pese a todo el adoctrinamiento que recibíamos en la escuela, los límites de lo que podíamos hacer no estaban bien demarcados. Una mañana, mientras nos dirigíamos a clase, susurré al oído de otro niño la palabra *khui* (polla). Se la había oído decir a mi padre cuando él estaba enfadado o cuando bromeaba con sus amigos, y decidí probar a usarla.

Una maestra que iba delante de nosotros se dio media vuelta y me ordenó repetir lo que había dicho. No recuerdo qué murmuré como respuesta, pero minutos después estaba sentado en el despacho del director esperando a que llegaran mis padres; los habían llamado por teléfono al trabajo y convocado a una reunión de emergencia. Más tarde, sentados junto a mí, escucharon contritos mientras el director les sermoneaba sobre la política de tolerancia cero con el lenguaje soez, sobre la delincuencia adolescente y el peligro de las drogas, sobre el «parasitismo», sobre escuelas estrictas que había en las afueras de la ciudad para niños echados a perder por falta de disciplina.

El día más temido del calendario escolar era la visita trimestral del dentista. Una enfermera nos sacaba uno por uno de clase y nos acompañaba a una sala de examen en el sótano. Allí dentro, una alegre mujer de mediana edad en bata de laboratorio taladraba y tironeaba de los restos de nuestra dentadura de leche sin que ni siquiera se le pasara por la cabeza anestesiarnos; por lo visto, la novocaína también había sido tachada de burguesa, como las pajaritas. Hasta a mi padre le daba miedo ir al dentista. Los tornos eran lentos y desprendían humo, las inyecciones de analgésico se

reservaban solo para las endodoncias, y él solía desmayarse en el sillón del dentista cuando le empastaban las muelas. Yo exageraba los terrores de la consulta del dentista cuando hablaba con Kiril, mi mejor amigo, tratando de impresionarlo con mi estoicismo. Él era bajo para su edad, llevaba ortodoncia y el pelo rubio le caía sobre el ojo izquierdo, pero era popular por ser capaz de dibujar un camión de volquete ZiL con inquietante exactitud, y sobre todo después de que nuestra maestra colgara su dibujo en el tablón de anuncios junto a un retrato del ministro de Asuntos Exteriores Gromyko.

La madre de Kiril había muerto en el parto y su padre trabajaba en el consulado soviético en Nueva York, así que pasaba la mayoría del tiempo con sus abuelos. Cuando su padre venía de vacaciones, los tres pasábamos las tardes en su cavernoso piso del centro de la ciudad, jugando con los indios y los vaqueros de plástico que el padre le había traído del extranjero. No había juguete que los superara, y mi admiración debía de ser cristalina. Unos días antes de Año Nuevo, antes de que me llevaran a casa en el Volga del padre de Kiril, encontré un vaquero metido en mi katiuska amarilla. El vaquero tenía una camisa lavanda y agitaba un lazo sobre su Stetson negro. Al comprender que me lo podía quedar casi lloré de felicidad. Dormí con el vaquero mirándome desde la mesilla de noche, y fantaseé con enormes cactus saguaros, apaches armados con tomahawks y diestros artesanos fabricantes de muñequitos milagrosos. Cuando confesé mi amor por Estados Unidos en una cena en casa de Tamara, Mijaíl Mijáilovich soltó una carcajada. Ladró que el único propósito de Estados Unidos era debilitar la Unión Soviética y oprimir a los trabajadores, y que no tenía nada de admirable pese a lo que algunos judíos nos quisieran vender. Tamara le dio un codazo y Mijaíl Mijáilovich se serenó. María Nikoláyevna sofocó una risita y me dio la espalda para seguir comiendo su cerdo en gelatina.

Para cuando Semión y Raísa fueron a visitarnos a Moscú a finales de 1976, ya se habían percatado de la infelicidad de su hija. Mi madre no se atrevía a contárselo, claro está, pero mientras ella estaba trabajando, una vecina subió a casa y los puso al tanto de nuestros dramas familiares. Ese mismo día, Semión le dijo a mi padre de forma cortante que él no hablaba con mujeriegos y, fiel a sus principios, no volvió a dirigirle la palabra durante su estancia. No obstante, no iba a llegar hasta el extremo de renunciar a sus partidas de ajedrez, y pasaron varias horas todas las noches en el estudio de mi padre, sentados ante el tablero y encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior, su silencio interrumpido solo por la metódica pulsación del botón del cronómetro.

En Nochevieja fuimos en taxi a casa de Tamara. Mijaíl Mijáilovich

había subido a rastras un enorme abeto hasta el quinto piso, Tamara y yo lo habíamos decorado con campanillas, espumillón y estrellas de porcelana, y todos nos reunimos a su alrededor y brindamos con champán soviético y, en mi caso, con una taza de zumo de tomate. Tamara sacó un cancionero en miniatura, encuadernado en plástico rojo, y ella y yo interpretamos varias canciones sobre la Gran Guerra Patriótica con las que nos ganamos los aplausos del resto. Mi favorita se titulaba «Las campanas de Buchenwald». Me pasé toda la noche echando miradas a los regalos colocados bajo el árbol.

Hacía pocos días, Tamara me había llevado a la más fastuosa tienda de juguetes de la ciudad, El Mundo de los Niños, para escoger un juego de construcción y un microscopio infantil con el que aplacar mi incipiente interés por la ciencia. Mientras esperaba a Tamara fuera de la tienda, reconocí la estatua de Feliks Dzerzhinsky —el primer jefe de la policía secreta del país—, cubierta de nieve en lo alto de un pedestal situado en el centro de la plaza, y vi por vez primera la imperturbable fachada de Lubianka alzándose tras él. Yo no sabía aún que en Moscú, «El Mundo de los Niños» se había convertido en un eufemismo para el cuartel general y la prisión del KGB, de manera que un moscovita podía decir: «Dos agentes detuvieron a Olga por vender certificados de cambio de divisas, y pasó tres días en El Mundo de los Niños».

Mientras volvíamos a nuestra casa desde la de Tamara, pasamos por delante de un Ded Moroz,[12] con barba postiza y un saco cargado al hombro, que se estaba subiendo a un sedán negro. Parecía cansado y helado de frío. Dentro del coche, le dio un tiento a una botella de vodka. Aun así, yo seguí creyendo en nuestro Santa Claus soviético hasta unos meses después, cuando, sentado junto a Tamara en el asiento trasero del sedán Zhilugi de Mijaíl Mijáilovich mencioné a Ded Moroz por última vez. «¡Ya eres demasiado mayor para creer en esa bobada!», me soltó ella. «Soy *yo* quien te compra los juguetes. El hombre al que viste era un alcohólico con un gorro rojo.»

Mi madre dejó a mi padre en febrero. Yo no sabía que el septiembre anterior habían estado en un juzgado cerca de la parada de metro de Novye Cheryomushki para firmar un acuerdo de divorcio — un juez ordenó que la manutención infantil se pagara a partes iguales — y luego fueron paseando hasta un restaurante llamado Minsk donde comieron juntos. Tampoco sabía que hacía mucho que ellos habían planeado separarse, pero a causa de la escasez de alojamiento en la ciudad, la única opción posible habría sido una permuta de viviendas. Eso significaba que mi madre y yo habríamos tenido que mudarnos a un piso de una habitación, mientras que mi padre habría debido conformarse con una habitación en un piso compartido, cosa que él se negó a plantearse.

Sí advertí la presencia cada vez más frecuente en nuestra casa de Volodya, amigo y antiguo compañero de clase de mi padre, también *fartsovshchik* y nativo de Ufa, una ciudad al sur de los Urales. Generalmente venía cuando mi padre no estaba. Mi madre lo detestaba, al menos al principio —estaba convencida de que era él quien arrastraba a mi padre a sus negocios ilegales— y le dijo a mi padre que no quería que fuera a casa. No obstante, Volodya siguió apareciendo por allí. Cuando mi madre estaba sola, él le hablaba en tono consolador, dejando caer detalles sobre las novias de mi padre y sus paraderos, y diciéndole que ella se merecía algo mejor, con una indignación apenas contenida. «Si no te quiere», le dijo, «debería dejarte libre.»

Volodya era menos apuesto y más robusto que mi padre, pero comprendía la utilidad de la paciencia. Finalmente, le confesó a mi madre que estaba enamorado de ella, que la quería desde que la conoció, que deseaba ayudarla a criar a su hijo, y que estaba dispuesto a alquilar un piso para los tres si ella lo permitía. La noche en que mi madre se fue de casa, otro amigo de mi padre lo estuvo esperando en el salón, fumando un cigarrillo tras otro hasta bien pasada la medianoche. Mi madre se acordó de su vigésimo séptimo cumpleaños, el mayo anterior, cuando mi padre se pasó la noche jugando al ajedrez en el balcón con un vecino e ignorándola. También recordó que unas semanas antes, cuando se pasó sin avisar por la oficina de mi padre en el instituto del cine, lo descubrió besando a una compañera de trabajo más joven que él.

Mientras el amigo de mi padre esperaba en el salón, fumando cigarrillos sin filtro sin soltar su bolsa de discos de Elmore James, mi madre metió algo de ropa para ella y para mí en una maleta, cogió el globo terráqueo luminoso que Tamara me había regalado por mi séptimo cumpleaños y me metió con nuestras cosas en un trineo del que tiró hasta la casa de una amiga que vivía en la misma calle.

Tres días después, mi madre y yo estábamos en una habitación desconocida y lóbrega. Ella intentaba convencer a una mujer de mejillas hundidas cercana a los noventa años para que se mudara con su hijo y nos subalquilara ilegalmente el piso. La vivienda parecía embrujada. Un espejo brumoso, desazogado casi por completo, colgaba en el pasillo. La mujer llevaba una boina demasiado grande y parecía tan frágil como un helecho mustio. Mientras ella y mi madre hablaban de dinero, yo tomé asiento en el borde de una silla; se desintegró bajo mi peso como si estuviera hecha de serrín, y me caí de culo al suelo. La anciana se disculpó y me trajo otra silla, pero esta vez las patas cedieron, abriéndose como las de un cervatillo. Nos mudamos allí a la mañana siguiente. Volodya y mi madre se quedaron con el dormitorio y a mí me tocó dormir en el sofá.

Insomne y confuso en el salón, me pregunté si por fin le había ganado a mi padre. Vivíamos ahora en el cuadrante noroccidental de Moscú —en la parada de Voikovskaya de la línea Zamoskvoretskaya de metro—, a media ciudad de él, y mi madre me había elegido a mí, como yo sabía que haría. Yo habría hecho lo mismo por ella. Cada noche antes de dormir, Volodya me leía un cuento; a la hora de la cena me decía que no tenía que comer la sopa de col que yo tanto detestaba. Hasta entonces, él nunca me había prestado atención, y yo sabía que solo me mimaba para ganar puntos ante mi madre, pero me caía bien de todas formas.

Nuestro edificio de la era estalinista tenía altos techos de escayola y un patio interior al que daban sombra unos viejos robles, y yo me hice con una cuadrilla de amigos. Dina, que tenía la mano derecha amputada hasta la muñeca, asumió el papel de líder. La carne del muñón se curvaba hacia dentro como el pelo de un moño y lo llevaba envuelto en un sucio pañuelo verde. Varias veces al día, se arrancaba el pañuelo y blandía el muñón como una pistola, arrancándonos risas y chillidos mientras salíamos corriendo en todas direcciones; Dina era la que más se reía.

Mi nueva vida perfecta no duró mucho. La joven esposa de Volodya, Marina, se presentó en el hospital psiquiátrico donde mi madre trabajaba y amenazó con matarla y luego suicidarse. También llamó mi padre. Estaba dispuesto a perdonarle cualquier cosa, dijo, «menos lo de Volodya». Mi madre sabía que no estaba enamorada de Volodya. Cuatro meses después de irnos, quedó con mi padre en una cafetería. Tras terminarse sus cafés, ella lo acompañó a nuestro antiguo piso en Typoli Stan, y al final se quedó y volvimos a mudarnos. Yo me sentí traicionado, pero Tamara estaba exultante. Ella quería que mis padres pasaran tiempo a solas, y me quitó de en medio llevándome con ella a su dacha todo el verano.

La inmaculada cinta de asfalto que conducía al pueblo de Stepanovskoye era la misma carretera que tomaban los ministros y los académicos para ir a sus suntuosas dachas en Zhukovka y Usovo, la misma carretera que llevaba a Kúntsevo, donde Vasili pasaba las noches patrullando los caminos alrededor de la dacha de Stalin. Stepanovskoye era más pequeño y más familiar: una carretera polvorienta jalonada por casas de madera anteriores a la guerra, dos charcas poco profundas, algunos árboles, un cobertizo de metal corrugado a modo de tienda donde vendían leche condensada y cigarrillos, y, en una colina, una iglesia encalada desprovista de cúpulas y cruces, donde los sábados por la noche todo el pueblo veía películas sentados en sillas plegables. En verano, Stepanovskoye se poblaba de hijos de otros moscovitas acomodados: Mitya, cuyos padres eran músicos que iban de gira por Europa con la Filarmónica

de Moscú, y que tenían bidé en el cuarto de baño; y Lionya, que cautivaba a los niños más pequeños cuando pronunciaba las incomprensibles palabras «limusina Chevrolet» como si fueran un encantamiento extraído de *Las mil y una noches*.

María Nikoláyevna y yo vivíamos en la mitad delantera de una casa baja y verde con contraventanas azules; Tamara y mis padres iban a vernos los fines de semana. El verano en que cumplí cinco años, mi padre me empujó a la carrera por la calle principal, con una mano en la parte de atrás del sillín de mi bicicleta nueva mientras yo pedaleaba rabiosamente. Le había quitado los ruedines esa mañana. Cuando miré por encima del hombro y lo vi parado a seis casas de distancia, me estrellé contra una pila de leña y me abrí una brecha en la frente.

Setas, foto de Bjorn S…, Creative Commons Attribution-Share Alike 2.0 Generic license.

Por las mañanas, llenaba un cubo de agua en un pozo con bomba de manivela, lo acarreaba hasta la casa y María Nikoláyevna encendía el samovar. Tomábamos café instantáneo flojo y pan de molde con mantequilla y nos íbamos al bosque. María Nikoláyevna sabía cuáles eran los árboles buenos. Entre el musgo y las hojas secas junto a las raíces asomaban racimos de setas, y ella se agachaba para cortar por el tallo las más grandes, las únicas que cogíamos, con una navaja. Si dejas las raíces, me explicó, a la mañana siguiente saldrán nuevas setas.

Me enseñó cuáles eran las más valiosas, tanto por su escasez como

por el sabor: las crujientes *siroezhki* (género *Russula*), con su bonete bermejo, verde y amarillo, eran las más comunes; las esbeltas *maslyata* («babosillas») eran mejores; luego venían las chantarelas, llamadas *lisichki*, que significa «zorritos»; y finalmente las densas y bulbosas *boroviki* (*Boletus edulis*), que eran las más raras y deliciosas. Llevábamos a casa el botín diario en cestas de mimbre. Mientras María Nikoláyevna freía patatas en una sartén de hierro, yo limpiaba las setas, las cortaba en tiras y las secaba antes de que ella las echara, junto con media cebolla picada, a la mantequilla chisporroteante. Esa era nuestra cena, siete noches a la semana.

Después de cenar, María Nikoláyevna me mandaba a la letrina al otro extremo de un sendero en el jardín. Dentro había en las paredes asientos de plástico pertenecientes a la familia de la casera y a los huéspedes. El mío era el más pequeño, de color manteca. Mientras estaba sentado en mi asiento, «pensando en mis asuntos», como mi bisabuela insistía en llamarlo, oía gemir el viento nocturno entre las tablas mal resanadas, el suave susurro del trigal tras la valla, el zumbido de las moscardas en la oscuridad acre. Después de que María Nikoláyevna alimentara el fuego y subiera a su ático encima de la *pechka* (una estufa de leña incrustada en la pared), yo me tumbaba en la cama y contemplaba el Rincón Rojo de nuestra casera: tres iconos bajo un alero —un par de santos, uno a cada lado de una madona de piel oscura como la de una etíope que llevaba al niño en un manto dorado—, y un trozo de pan del día anterior encajado en un rincón del marco. Pasé horas mirando las misteriosas figuras, preguntándome quiénes serían.

De regreso en Moscú, algo en mi padre había cambiado. Estaba más tranquilo, más atento, menos ansioso por desaparecer sin dar explicaciones; yo a veces también lo notaba más triste. Aunque yo no sabía por qué, él y mi madre parecían haber firmado una tregua que a veces cedía el paso a una ternura cautelosa. Más adelante, ella me contó que durante aquellos meses, mi padre padeció sus pesadillas con mayor frecuencia, a veces durante varias noches consecutivas.

Me quedé asombrado cuando mi padre empezó a pasar tiempo conmigo. Me llevó a la Casa del Cine para ver un pase de *Stunts*, un *thriller* sangriento y absurdo con Robert Forster que me dejó confuso y aterrado a la par. Me pedía que lo acompañara al piso de un amigo o a comprar cigarrillos al quiosco de la esquina. Pasamos una tarde entera en la estrecha biblioteca del instituto del cine, donde me enseñó libros raros, anteriores a la revolución, y latas de películas extranjeras, y me presentó a sus compañeros de trabajo en la cafetería. En casa nos quedábamos despiertos hasta tarde viendo películas en blanco y negro, y después jugábamos con unas espadas de plástico que él nos

había comprado y al final siempre me dejaba derrotarlo. Yo estaba desconcertado por el cambio pero aceptaba y disfrutaba la atención. Elaboré teorías acerca de su metamorfosis. Lo que yo no sabía era que se estaba despidiendo de nosotros.

Mi madre tomó la decisión aquel otoño, cuando la carne empezó a desaparecer de las tiendas. Un domingo, fue corriendo al supermercado dos veces en dos horas, después de que Tamara llamara para avisar de que estaban «dando» ternera congelada. Volvió a casa abrazada a tres bolsas, con el pelo y el abrigo cubiertos de la nieve de noviembre. Mi padre no estaba. Raísa, que había ido a visitarnos desde Vilna, miró a mi madre. «Tenemos que irnos de este país», dijo quedamente. Su hermana Ida, la última de su familia que se había ido, llevaba años viviendo en Haifa. Sus otras hermanas, sobrinas y sobrinos vivían en Sidney y Tel Aviv.

En las semanas que siguieron, mis padres pasaron las noches encerrados en el estudio de mi padre, negociando sin que yo los oyera. Él no sabía qué hacer. Por momentos, parecía a punto de venirse abajo. «No quiero que mi hijo crezca en este país», reconoció. Dijo que había decidido abandonar el país con nosotros, pero luego se dio cuenta de que sería incapaz de hacerlo. «Si voy con vosotros, acabaré pasando los días tumbado en el sofá, con mi único par de pantalones vaqueros y escuchando los mismos discos de siempre.» Y: «Si yo fuera judío, me largaría ahora mismo, pero soy ruso y siempre añoraré este país». Y en una ocasión dijo también: «En cuanto os vayáis, pienso ahorcarme».

Tamara trató de negociar con mi madre. Le suplicó que me dejara en Moscú, prometiéndole abandonar su trabajo y dedicarse por entero a cuidar de mí. Una vez, llegó a ofrecerse a salir del país con nosotros. Cuando se enteró, Mijaíl Mijáilovich se enfureció, acusó a mi madre de robarme, de privarles de mi presencia. «Mezquinos judíos, ¿cómo nos hacéis esto?», le gritó antes de encerrarse en su habitación.

Mi madre solicitó un visado de salida a Israel —nuestra única ruta legal para dejar la Unión Soviética— en noviembre de 1978, una semana después de que Semión y Raísa presentaran sus solicitudes en Vilna. Ida nos había enviado por correo desde Haifa las invitaciones y el justificante de recursos requeridos. Mi madre estaba informada sobre cómo era la vida en Israel y le preocupaba el servicio militar obligatorio, así como el riesgo de que su no del todo judío hijo se convirtiera en un ciudadano de segunda, y también que nos tacharan de judíos no practicantes y resentidos. Se imaginaba Israel como una versión a gran escala de la comunidad judía de Vilna, con su carga de provincialismo y de murmuraciones, con todos sus rencores y miedos fruto de la estrechez de miras. Así que decidió que iríamos a Nueva York.

Cuando ella presentó la solicitud en la agencia de visados, mi padre firmó un formulario autorizando a mi madre sacarme de modo permanente del país, sin posibilidad de regresar. A cambio, ella lo liberó de su obligación de pagar parte de mi manutención. Ninguno de los dos creyó buena idea contarme nada de aquello. Mijaíl Mijáilovich siguió llevándome al colegio de lunes a sábado; en segundo curso, empecé a estudiar inglés. Los domingos, continuaba levantándome al amanecer para desayunar con Tamara y María Nikoláyevna y ver *Yo sirvo a la Unión Soviética* en su televisor en color.

Al día siguiente de que mi madre presentara la solicitud para el visado de salida, el director del hospital la despidió. Mi madre no recibiría ingresos mientras esperaba el fallo de su solicitud, un proceso que podía durar años, así que poco a poco fue vendiendo su abrigo de oveja finlandesa, la mayoría de las blusas de seda y de las faldas que Tamara le había hecho, sus dos pares de Levi's y casi todas sus joyas y libros. Por las mañanas, un sedán Volga negro solía estar aparcado frente al portal de nuestro edificio, y más tarde reaparecía ante el instituto del cine. Los órganos pasaron a interesarse mucho por el negocio privado de mi padre; él no se imaginaba lo intrusivo que su escrutinio llegaría a ser.

Mis recuerdos del verano en que cumplí nueve años, el último que pasé en la URSS, están desordenados como postales en una caja de zapatos. Tamara y Mijaíl Mijáilovich me llevaron con ellos, en coche y dando muchos rodeos, a Yalta, en el Mar Negro; por alguna razón, el momento que mejor recuerdo es el ataque de llanto que sufrí en algún lugar cerca de Kiev, cuando Mijaíl Mijáilovich atropelló a un pato. Yalta fue el sitio donde, por primera vez en mi vida, vi una palmera y un mar azul como la tela vaquera. Yo solo había conocido a Tamara con ánimo optimista, pero en las playas de arena blanca de Yalta la sorprendí varias veces mirándome fijamente, con expresión desconcertada y desvalida, como si estuviera tratando de resolver una ecuación. Fue la primera vez en que la vi indefensa. Cuando le pregunté si había algún problema, negó con un gesto y me sonrió. En el camino de vuelta a Moscú, apenas le dirigió la palabra a Mijaíl Mijáilovich.

La carta de la agencia de visados llegó en julio. Mi padre la trajo del buzón con los ojos llorosos, o eso dijo mi madre. No recuerdo que me preguntaran qué quería hacer yo, ni siquiera si me gustaría ir «al oeste» con mi madre. Ella solo me dijo que pasaríamos un tiempo fuera, que pronto volveríamos y yo vería de nuevo a mi padre y a mis amigos. Tampoco recuerdo haber sentido gran cosa, al margen de una excitación con sordina. Disponíamos de tres meses para salir del país.

Le di la noticia a mi vecino y amigo Vova. Parpadeó, confuso, cuando le puse en la mano unos soldaditos de plástico verde y una

bola de metal. En la escuela, Nina Petrovna nos había dicho que los emigrantes eran traidores a la madre patria, pero cuando se me escapó que mi madre y yo nos íbamos a Estados Unidos, la superpotencia capitalista, ella se limitó a suspirar y me acarició el pelo. Aunque yo fuera ahora un traidor, me permitió seguir siendo un Niño de Octubre y llevar la estrella en la solapa hasta mi última clase. Me despedí de Kiril en el comedor de la escuela. Nunca seríamos Pioneros juntos, me dijo enjugándose las lágrimas. Yo nunca vestiría el pañuelo rojo alrededor del cuello ni realizaría el famoso saludo con la mano alzada sobre la cabeza, simbolizando el triunfo de la voluntad de muchos sobre la de uno solo. Kiril me había puesto una mano en el hombro y lloraba. «Ya no podrás morir por tu país», me dijo.

Los visados de Semión y de Raísa llegaron una semana después que el de mi madre. Semión decidió que se llevarían consigo hasta la última de sus pertenencias: un juego de dormitorio chapado en madera de arce, espátulas y cucharas, el picador de carne a manivela, una radio Grundig de los años sesenta y cuatrocientos cincuenta kilos de libros que empaquetó en más de un centenar de cajas. Llevó toda aquella diversidad de objetos a un puesto de control aduanero en Brest, desde donde viajarían por mar a Viena, y al cabo llegarían a Nueva York. Mi madre y mi padre se reunieron con él en Brest. Esperaron semanas en un hotel venido a menos mientras los agentes de aduanas peinaban las cajas de Semión, rompiéndolas y volcando el contenido al suelo, que luego ellos tres tenían que volver a empaquetar. Los visados de salida estaban a punto de expirar, y mi madre fue en tren a Moscú para solicitar en la agencia de visados una prórroga de dos semanas. En Brest, la espera continuaba. Tamara sugirió solicitar otra prórroga, pero mi madre tenía miedo. Había tenido un sueño en el que esperaba en una cola en la agencia de visados, y una de las mujeres que trabajaban allí le rompía los documentos y le decía que su visado de salida había sido revocado.

El día en que mi madre y yo llegamos al aeropuerto de Sheremétievo con nuestras maletas, solo nos quedaban veinticuatro horas para salir del país. Los billetes de avión a Viena habían costado dos mil rublos, unas quince veces el salario mensual de mi madre. Mi padre le había dado la mayor parte del dinero a cambio de quedarse él con el piso. Mi madre pagó otra suma, menor, para renunciar a nuestra ciudadanía soviética y a nuestros pasaportes internos. Después de haberlo vendido casi todo, cuanto le quedaba eran dos jerséis, varias blusas y faldas, algo de ropa interior, un abrigo de invierno, dos pares de zapatos, una cámara portátil, tres tarros de caviar osetra que alguien le dijo que podría vender fuera del país, y un libro de poemas de Anna Ajmátova encuadernado en tapa dura.

El recuerdo de mi última mañana en Moscú tiene la nitidez

enfermiza de los instantes previos a sufrir un accidente de tráfico. Mijaíl Mijáilovich conducía prácticamente mudo. Todavía hay veces en que creo poder recordar aquel trayecto al aeropuerto hasta en sus últimos detalles. Mi padre ocupaba el asiento del acompañante, muy tieso. Yo iba en el asiento trasero, apretujado entre mi madre y Tamara, que no me soltó la mano hasta que vimos las torres de control del aeropuerto. Aquella mañana María Nikoláyevna se había negado a despedirse de nosotros y se había encerrado en su habitación.

En el aeropuerto, una mujer de uniforme nos condujo a mi madre y luego a mí a cubículos separados para una última inspección de aduanas. Dejé caer unas monedas en la bandeja. Mi madre me contó más adelante que se nos permitía llevar un solo álbum de fotos, ninguna obra de arte ni antigüedades, cinco gramos de oro como máximo y, exactamente, ciento treinta y siete dólares estadounidenses. Antes de despedirse y de darle un abrazo, mi madre le había devuelto a Tamara el reloj de oro que ella le regaló en su boda. Otro agente de aduanas, un hombre, ordenó a mi madre que se desnudara mientras un tercero inspeccionaba los tacones de sus botas por si llevaba piedras preciosas ocultas dentro. Ella estaba temblando porque había oído que a algunas mujeres las sometían a exámenes ginecológicos en el aeropuerto. Una semana después, Semión y Raísa pasaron por una sala similar en otro aeropuerto, donde un oficial de aduanas les abrió las suelas de los zapatos con una cuchilla y, sin ninguna ceremonia, volcó al suelo el contenido de sus maletas. «Dile al profesor judío que se calme», le ladró el oficial al soldado que guardaba la puerta.

Foto familiar

Después de que nos devolvieran el equipaje, mi madre y yo pasamos unos minutos en un pasillo anodino fuera de la zona de aduanas, mirando por una ventana el *jet* que nos llevaría a Viena. El fuselaje estaba adornado con la hoz y el martillo alados de Aeroflot. Hacía una mañana luminosa y despejada, y mi madre y yo nos quedamos un rato junto a aquella ventana del aeropuerto de Sheremétievo, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, aunque ya no fuéramos ciudadanos de ese país, ni de ningún otro. De camino a la puerta de embarque, nos equivocamos y fuimos a parar a

una sala de espera para diplomáticos amueblada con piezas escandinavas de cuero y metal cromado. Fue una situación como de sueño. Nadie se dirigió a nosotros ni nos pidió la documentación. Salimos a un balcón acristalado sobre la sala de espera. Mi padre y Tamara estaban abajo. Alzaron la mirada y nos vieron, y saludaron. Mi padre estaba llorando. Llevaban allí dos horas, incapaces de reunir la fortaleza de ánimo para volver a casa. Les devolví el saludo durante lo que me pareció mucho rato, desde el balcón, con mi chaqueta de nailon acolchada y mi gorro de lana. Mi madre me tomó de la mano. «Mira bien a tu padre», me dijo, «porque nunca más volverás a verlo.»

El vuelo transcurrió sin incidentes. A bordo del Túpolev Tu-154 nos sirvieron una comida inesperadamente exquisita: pollo asado con puré de patatas y un triangulito de queso blando procesado en cuyo envoltorio de papel de aluminio se leía: «¡Progreso!». Recuerdo que mi madre se guardó los tenedores y los cuchillos metálicos en el bolsillo del abrigo. Al cabo de una hora de vuelo, el piloto anunció, primero en alemán y a continuación en ruso, que el avión había salido del espacio aéreo soviético. «Meine Damen und Herren…», comenzó el anuncio, y cuando concluyó, uno o dos pasajeros, los más osados, aplaudieron. Miré por la ventanilla, pero el cielo y los rectángulos de tierra seguían siendo iguales que un momento antes. Después de aterrizar, sentado en mi maleta, vi salir por la puerta al piloto, con la gorra adornada por la estrella de seis puntas de la fuerza aérea israelí. «¿Austria es un país capitalista?», le pregunté a mi madre, aterrado de repente. Años después, me dijo que yo había parecido «un conejo asustado».

Pasamos una semana en una hostería destartalada a las afueras de Viena —solo recuerdo que su bucólico nombre incluía la palabra *Grüner*— que lindaba con un pequeño parque amurallado. El dueño era un gordo pelirrojo con un abrigo de cuero negro brillante y un Porsche negro aparcado en el patio trasero, que tenía la costumbre de poner los ojos en blanco, escupir al suelo y a veces soltarnos algún grito cuando se cruzaba con los refugiados soviéticos. Quería dejar claro que no le gustaba nuestra presencia en su establecimiento y que solo nos aceptaba por el dinero. Supongo que su actitud era comprensible; éramos una cohorte nerviosa y demacrada, familias de tres o cuatro miembros con cazadoras de nailon y abrigos acolchados con bolas de algodón. Fuéramos adonde fuéramos, nos empeñábamos en llevarnos nuestras maletas, algunas cerradas con cinta adhesiva, por temor a dejarlas en nuestras habitaciones aunque solo fuera unos minutos. En las habitaciones intentábamos cocinar en hornillos eléctricos diseñados para otro voltaje y hacíamos saltar los fusibles.

Desde una cabina en la recepción, mi madre llamó a Moscú a una

hora acordada, cuando todos estaban reunidos en el piso de Tamara. Pulsó una serie de códigos de una hoja mimeografiada, dijo unas palabras y me pasó el auricular. Me dijo que tenía un minuto. Yo saludé rápidamente a mi padre y le pedí que me pasara con Mijaíl Mijáilovich. «¡Hemos venido desde el aeropuerto en un Mercedes!», grité al oír su voz. «¡Era mucho mejor que tu mierda de coche soviético!»

El momento que más nos daría que hablar en los años siguientes fue nuestra primera visita a un supermercado austriaco. Ver los envoltorios coloridos y de bellos diseños, la ausencia de estanterías vacías y, por encima de todo, la coexistencia de diferentes marcas para un mismo tipo de alimento fue una revelación de intensidad casi incómoda. A todos se no quedó grabado. Pasear por el centro de Viena, con sus palacios y jardines ornamentales, nos trajo otras sorpresas más livianas. Vi a un niño que vendía periódicos dejar en la acera una gorra llena de monedas y un fajo de periódicos e irse, mientras que los transeúntes, de camino al trabajo, cogían un periódico y dejaban caer en la gorra el precio exacto. También: prístinos pasteles rectangulares coronados de gelatina en vitrinas resplandecientes, dentro de luminosas tiendas que estaban incomprensiblemente vacías. Y, en un autobús urbano, hablar con mi madre en tono normal de conversación, y darme cuenta al cabo de un rato de que casi todas las cabezas se habían vuelto para mirarnos con germánicas expresiones de reproche.

Nuestra estancia en Viena duró diez días, la siguiente parada de la caravana de refugiados era Italia. Cruzamos la frontera dormidos, en un autobús sin identificación y con los cristales tan oscuros que apenas distinguíamos el paisaje. Partió de Viena a las cuatro de la madrugada; como precaución, nos dijo el conductor, contra potenciales ataques terroristas, como cuando seis años antes un grupo autodenominado las Águilas de la Revolución Palestina secuestró en Austria a varios refugiados soviéticos. Eso también explicaba los soldados con subametralladora y chaleco antibalas que esperaban medio dormidos en el triste edificio de hormigón de la estación de autobús.

El primer paseo que dimos mi madre y yo al llegar a Italia fue por un sendero de grava jalonado por cipreses. Por los huecos periódicos entre tronco y tronco se veían verdes bosquecillos de olivos. Estábamos alojados en el Hotel Flamingo, en la Via Flaminia, cerca de Roma. Un gato persa caminaba a nuestro lado y se restregaba contra la corteza polvorienta de los cipreses. Eran mediados de noviembre, y debía de faltar una hora para el anochecer. El paisaje parecía una imagen sacada de un folleto de viajes y, si yo hubiera visto alguno, habría reconocido su estudiada vistosidad. Pero solo tenía nueve años

y le dije a mi madre, ojiplático, que el paraíso debía de ser así.

Después de cuarenta y ocho horas en Italia, ya recordábamos Viena como un sitio nervioso y crepuscular, como uno de los últimos cuartetos de Shostakóvich. En Lazio el tiempo era templado; los colores resplandecían. El sendero de grava llevaba a un edificio que a lo lejos parecía un castillo pero que resultó ser un convento del siglo XV. A su alrededor crecían rosales, caquis y macizos de adelfas. Pasamos ante él en un placentero silencio cuando la puerta de una cabaña de madera que había en el recinto se abrió de golpe y un hombre nervudo, de pelo oscuro y que llevaba un delantal salió y echó a caminar en nuestra dirección. Mi madre me agarró por los hombros y me colocó a su espalda en gesto de protección. Ella supuso que el hombre era un guardés que venía a decirnos que aquello era propiedad privada, pero él, en lugar de echarnos, nos invitó a entrar en su cabaña. En el interior estaban una mujer y otra pareja; dijeron unas frases en un italiano melodioso e incomprensible, nos invitaron a sentarnos a una larga mesa de madera y nos pusieron delante un plato con pan y queso y una botella de vino tinto. Yo me senté y mordisqueé un trozo de queso duro mientras mi madre conversaba con las parejas. Ellas no hablaban ruso, francés ni inglés, y nosotros no hablábamos italiano, pero se las apañaron gesticulando con las manos y recurriendo a unos cuantos términos geopolíticos comunes para todos. Que unos extranjeros desconocidos nos invitaran a su casa y nos ofrecieran comida y vino nos dejó a mi madre y a mí aturdidos; el paisaje del *quattrocento* contribuyó a la impresión. Antes de despedirse de nosotros en la oscuridad con aroma a adelfas, la mujer le regaló a mi madre una brazada de mandarinas que aún conservaban sus brillantes hojas.

El Flamingo era un cubo estucado en rosa construido en la década de los cincuenta, desconchado y que no tenía mucho éxito entre los turistas, de modo que se alquilaba como alojamiento temporal a refugiados. La mañana después de nuestro paseo al convento, nuestro desayuno consistió en café, unos cuantos envases de plástico de mantequilla y mermelada y una cesta de bollos de pan que resultaron estar prácticamente huecos. En nuestra mesa, un hombre de Odessa con un jersey ceñido sobre su enorme panza sacó salami de un maletín, lo puso sobre su plato y procedió a cortarlo como pudo con el cuchillo de mantequilla.

Los acontecimientos comunitarios más habituales en el Flamingo eran los bazares que los judíos soviéticos organizaban en el aparcamiento del hotel. Sobre mesitas cubiertas con telas, nuestros compañeros refugiados ofrecían delicados binoculares para el teatro, collares de ámbar y ciudades enteras de tazas de té con rosas pintadas. Mi madre vendió su cámara y, pese a mi berrinche, dos cucharillas de

té de plata y esmalte —el mango de una tenía forma de cacatúa y el de la otra de oso— que Tamara había escondido dentro de un chanclo de goma cuando preparó mi equipaje en Moscú. Los italianos husmeaban entre la mercancía, regateaban y desplegaban fajos de coloridas liras. Yo le di la vuelta a un billete y me quedé asombrado al encontrarme con el retrato de un barbudo Leonardo da Vinci; era la primera vez que veía dinero sin la imagen de Lenin.

El ambiente en el hotel era similar al de un campamento de verano, incluso a finales del otoño. Todos dejaban las puertas abiertas. Iban de unas habitaciones a otras, compartiendo su sorpresa por la fruta recién recogida que se vendía en puestos al borde de las carreteras, quejándose por intervenciones odontológicas de mala calidad, debatiendo si era mejor ir a Boston, a Sydney o a Tel Aviv. Mi madre coqueteó con un hombre que parecía seguro de sí mismo, de pelo negro rizado y cazadora de cuero; no recuerdo su nombre, seguramente porque en el Flamingo abundaban los hombres de pelo negro rizado con cazadora de cuero. Nuestra idílica estancia en el campo duró menos de dos semanas. Un trabajador de la Sociedad de Ayuda a los Inmigrantes Hebreos (HIAS) nos informó de que mientras que algunos de nuestro grupo serían trasladados a una ciudad llamada Ladispoli, a nuestra familia la reubicarían en Lido di Ostia, un complejo vacacional en la playa a unos treinta minutos de Roma. A continuación le hizo entrega a Raísa de un sobre lleno de liras: nuestra prestación para los siguientes dos meses; la mayor parte reservada para el alquiler. Allí, junto al mar Tirreno, aguardaríamos nuestros visados de entrada en Estados Unidos.

Ostia no se parecía en nada a las imágenes de los folletos de viajes. Las *trattorias* al borde de la costa daban de comer a romanos de clase trabajadora, jornaleros, soldados y otros inmigrantes, que llegaban en tren desde Piramide cargados con sillas plegables, radios, bolsas de pipas y loción bronceadora, incluso en diciembre. La ciudad estaba levantada en una marisma palúdica. Cuatro años antes, uno de los héroes de mi padre, el director de cine Pier Paolo Pasolini, fue asesinado en una playa de Ostia por un chapero de diecisiete años que le pasó varias veces por encima con su propio Alfa Romeo. Varios años después, las Brigadas Rojas secuestraron y asesinaron al antiguo primer ministro Aldo Moro. Uno de los escondites del grupo marxista-leninista se hallaba entre los bloques de apartamentos que abrazaban las playas de Ostia, y poco después de nuestra llegada los *carabinieri* llevaron a cabo una redada e incautaron un cargamento de armas y treinta kilos de explosivos.

Nuestro piso de una habitación, amueblado con sillas inestables y provisto de un incongruente suelo de mármol auténtico, estaba en la tercera planta de un edificio del barrio comunista. Los vecinos

llamaban al otro lado de la ciudad, el más elegante, el distrito fascista. Nuestro primer día en Ostia, mi madre vio una manifestación de ancianos en camisa de manga corta que recorrían nuestra calle ondeando banderas rojas y cantando «Bandiera rossa», un himno comunista que ella había aprendido en un campamento de pioneros en Lituania, durante un arrebato de solidaridad internacional. Detrás de nuestro edificio había un camino de cemento jalonado por palmeras en macetas y un espigón cubierto de grafitis. Alguien había escrito en él: «¡Viva Stalin, Viva Brézhnev!», con pintura escarlata.

En Viena, muchos de nuestro grupo habían estado comparando los pocos países que aceptaban refugiados soviéticos: nuestros futuros hogares. De aquellas reuniones en las habitaciones de hotel de otras personas, recuerdo los largos silencios, los suspiros y los intercambios de informaciones incorrectas o incompletas; muchos rusos estaban de acuerdo en que Canadá y Australia eran las opciones más atractivas por aceptar a pocos inmigrantes, por sus bajos índices de contaminación y porque era donde menos negros había. Pero Canadá y Australia no admitían a refugiados con enfermedades crónicas, como el Parkinson de Raísa, y la mayoría de las ciudades de Estados Unidos exigían una invitación por escrito de algún familiar residente allí. Por suerte, en el destino que nosotros habíamos escogido —Nueva York—, la numerosa comunidad judía estaba dispuesta a acoger tanto a los enfermos como a quienes no contaran con parientes en la ciudad. Pasamos varias semanas en Roma a la espera de revisiones médicas, de entrevistas en la embajada de Estados Unidos y de una interminable firma y contrafirma de documentos. En 1979, más de cincuenta mil judíos abandonaron la Unión Soviética; eran tantas las familias de Sochi y de Ufa hacinadas en la sala de espera de la agencia de reubicación que cuando alguien abría la puerta, media docena de personas tenían que moverse de sitio. A veces, después de esperar desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde sin conseguir que nos atendieran, nos decían que volviéramos a la mañana siguiente.

Una tarde interminable en la sala de espera de la HIAS, un hombre con barba sacó de una caja de cartón un libro con una portada roja lisa que procedió a entregarme. «Un regalo», me susurró en ruso. El libro contaba la vida de Jesús en formato de cómic, con globos de diálogo. Yo nunca había visto un cómic, y lo leí y lo releí hasta que las páginas quedaron dobladas por las esquinas y salpicadas de manchas de comida. Con un juego de rotuladores de colores procedentes de El Mundo de los Niños, hice dibujo tras dibujo de la crucifixión. Ponía especial detalle en los pectorales y los dorsales de Cristo, y también en el halo, que pintaba de naranja eléctrico.

Mi madre y yo llevábamos varias semanas en Ostia para cuando

Semión y Raísa llegaron de Viena y se instalaron en nuestro marmóreo piso; unos días después, los sorprendí con varias docenas de dibujos de Jesús en la cruz. Yo nunca había visto a mi abuelo empalidecer con tanta rapidez. Se puso a gritar. ¿Es que no me daba yo cuenta de que pagábamos la comida y el alquiler con dinero que nos dejaba la comunidad judía internacional? Nos retirarían inmediatamente todas las ayudas, bramó, si el asistente social descubría mis dibujos blasfemos e ingratos. Me arrancó los dibujos de las manos e intentó tirarlos a la basura, pero me interpuse; forcejeamos por toda la habitación, tirando de ellos, hasta que Raísa nos los arrebató y los escondió al fondo de una maleta.

Nuestro asistente social en Roma nos advirtió sobre la delincuencia callejera y aconsejó a mi madre que llevara sus joyas y dinero ocultos en las botas o en el sujetador. A Raísa la aterraban los ladrones y se empeñó en llevar casi todas nuestras pertenencias de valor en un bolso azul marino de polipiel con cierre dorado que aferraba con las dos manos, abrazado bajo los pechos. Una mañana soleada de febrero, mi madre y yo estábamos frente a la ventana de la cocina observando a Raísa salir a estirar las piernas por la acera. Salir sola le causaba gran angustia, pero mi madre y yo la animamos a hacerlo, insistiéndole en que fuera más independiente. Desde la acera, Raísa alzó la vista hacia nosotros y sonrió, mientras daba unos pasitos vacilantes. De repente, un ciclomotor donde iban dos adolescentes apareció doblando una esquina y aceleró hacia ella. Con un movimiento desenvuelto, el chico que iba detrás se inclinó a un costado, atrapó con un gancho metálico las asas del bolso de Raísa y se lo arrebató de las manos. Raísa lanzó un alarido. Intentó perseguir el ciclomotor pero al cabo de unas zancadas cayó de rodillas. Mi madre y yo corrimos escaleras abajo, pero los *ragazzi* del ciclomotor ya se habían largado.

En el bolso, Raísa llevaba su anillo de oro de compromiso, las pastillas del Parkinson y la mayor parte de nuestros documentos y de nuestro dinero. Mi abuela no era dada a la autocompasión; yo nunca la había visto llorar, y nunca volví a verla. Pero allí, en una acera de Ostia, lloró desconsolada, esparciéndose el pintalabios por las mejillas con el pañuelo blanco de Semión. «¿Por qué la vida es tan cruel?», preguntaba a nadie en concreto. Estuvo inconsolable hasta que un asistente social nos ayudó a rellenar una denuncia en la comisaría y nos devolvió una parte de la asignación que nos habían robado.

Cuando estudiaba en la universidad en Moscú, mi madre había tenido una compañera de clase cuyos padres eran altos cargos del partido; durante una visita a su colosal piso, vio una pila de catálogos de American Spiegel. Me contó que, mirando las modelos que aparecían en las páginas, pensó que mientras que en la Unión Soviética la vida era en blanco y negro, en Occidente vivían en color.

Nuestras excursiones semanales a Roma lo corroboraban. Aunque en noviembre la temperatura seguía siendo templada, las mujeres iban cubiertas de pieles de la cabeza a los pies y los hombres llevaban abrigos de cachemira. Mi madre y yo parábamos a tomar *tramezzinos* cerca de la Fontana di Trevi y helado en la Piazza Navona, y luego continuábamos con diferentes recorridos que nos ocupaban todo el día: a la Galería de los Mapas del Vaticano, a la basílica de San Pedro Encadenado en el Esquilino para admirar el Moisés cornudo de Miguel Ángel, y a la Villa Borghese, donde pasamos una hora sentados tranquilamente en una sala repleta de Caravaggios prácticamente negros. Mi madre estaba saliendo con un hombre de San Petersburgo, y los tres pasamos una tarde dando de comer a los gatos asilvestrados que vivían entre las piedras desmoronadas del Coliseo, donde un transeúnte nos hizo una foto, los tres bizqueando por el sol.

Foto familiar

En Roma, mi madre estaba exultante. Le encantaban las palmeras y las escuálidas ruinas de la ciudad. Entre hombres que se le insinuaban en los autobuses y mujeres que cruzaban taconeando plazas barrocas, experimentó los primeros atisbos de la auténtica libertad. En un café cerca del Panteón, se topó con Izya, su antiguo compañero de clase, el que le hacía los deberes en la Universidad Estatal de Moscú y aspiraba a dar clases de marxismo y leninismo. Él se estaba apeando de un autobús en compañía de su mujer embarazada. Mi madre y él se

abrazaron. «¡Nos vamos a Nueva York!», dijo él.

Dos semanas después, con los visados ya en nuestro poder, embarcamos en un *jet* de Alitalia con destino al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Familias de Tula y de Bujará, algunas de las cuales no habían viajado nunca antes en avión, deambulaban por los pasillos. En menos de media hora, todos los retretes del 747 estaban atascados con envoltorios de comida y pañales usados. Los compartimentos superiores para el equipaje se abrieron de golpe cuando el avión atravesó una zona de turbulencias sobre el Atlántico, y casi todos chillamos del susto. Nueve horas después, mis abuelos, mi madre y yo entramos a una sala donde agentes de inmigración, de aduanas y de la policía de Nueva York nos esperaban impasibles. Alguien había colocado una pancarta de papel sobre una fila de detectores de metales que decía: «¡Bienvenidos a los Estados Unidos de América!».

Mi madre distinguió a Lyuba, su mejor amiga de la universidad, que nos saludaba desde el exterior de la zona de recogida de equipajes. Llevaba poco más de un año viviendo en Queens. Ya había anochecido cuando un autobús sin identificaciones nos llevó a los seis por los páramos de Queens rumbo a Manhattan, donde nos dejó en el cruce de la calle 96 con Broadway, ante un apartotel llamado Greystone. Con su ducha de agua caliente y sus sábanas limpias, nuestra pequeña habitación nos pareció de un lujo innecesario. Más tarde, cuando mi madre y yo salimos al pasillo, varios ancianos que tenían abiertas las puertas de sus habitaciones nos miraron con una mezcla de curiosidad y aprensión.

A la mañana siguiente mi madre me enrolló una bufanda hasta las orejas y me llevó a pasear por nuestra nueva ciudad. En el Upper West Side de Manhattan no había ni palmeras ni plazas barrocas. Estábamos en marzo y la parte alta de Broadway estaba cubierta de aguanieve. Hacía el mismo tiempo, comentó mi madre, que la mañana de noviembre en que nos fuimos de Moscú. Rectángulos de cielo encapotado asomaban entre anodinos bloques de pisos; los transeúntes avanzaban trabajosamente, abrigados con botas de goma, cazadoras de nailon y parkas. Yo escudriñaba tímidamente la ciudad por encima de mi bufanda. Mi madre me puso las manos en los hombros. «¿Lo ves?», me dijo en tono tranquilizador. «Estados Unidos no es tan diferente después de todo.»

Nuestro asistente social en la Asociación de Nueva York para Nuevos Estadounidenses insistió en que alquiláramos un piso en Brighton Beach, el barrio costero donde vivía alrededor de un tercio de la población rusohablante de Nueva York, en su mayoría judíos soviéticos. De modo que una tarde soleada mi madre y yo fuimos en

metro hasta el final de la línea, atravesando todo Brooklyn. Presas del asombro, pasamos caminando bajo las vías de un tren elevado. Muchos de los letreros de las tiendas en Brighton Beach Avenue estaban en ruso; había uno en concreto que decía: libros/tintorería. Había puestos de venta casi en cada esquina, rodeados por cajas de fruta fresca de colores saturados. Había tiendas de comida especializadas en cuyos escaparates vimos *pelmeni*, esturión ahumado aún con la piel, mantequilla sueca y polaca y ristras de salchichas. Había tiendas donde se vendían libros en ruso, discos y casetes junto a matrioshkas y gorras militares soviéticas. Había restaurantes de lujo donde, entre mesas repletas de asado de cordero y de botellas de Smirnoff, las bailarinas lanzaban patadas altas al ritmo de grupos de pop en directo que cantaban en ruso, inglés, yidis y francés. Brighton Beach no era Occidente, no exactamente. Era una fantasía de Occidente, un alivio de las principales escaseces soviéticas mediante una oferta casi inagotable de música pop, carne, fruta tropical, alcohol y erotismo suave.

Casi todo el mundo en Brighton Beach hablaba ruso. Las mujeres llevaban sombreros de mohair y los hombres gorras de fieltro con visera estrecha, como en Minsk y en Odessa, pero combinados con prendas y complementos que, al menos para nosotros, eran simbólicos de Occidente: chaquetas de cuero, pantalones vaqueros, relojes digitales y gafas de aviador. Mi madre y yo nos sentamos en un banco del paseo marítimo a observar a las parejas que paseaban. Aún hacía demasiado frío para presenciar el estilo que acabaría siendo sinónimo de Brighton Beach; en los meses cálidos, las mujeres paseaban con tops ceñidos y escotados con estampado de leopardo, gafas Gucci de imitación con adornos dorados en las sienes, zapatos de tacón de piel y el pelo permanentado y teñido de un alarmante color naranja.

Pero nosotros habíamos llegado a Nueva York hacía apenas unas semanas, ¿qué sabíamos de Brooklyn? Otros refugiados soviéticos a los que conocimos en las salas de espera de la agencia de reasentamiento describían el barrio bien como un paraíso de oportunidades económicas y de cultura judía, bien como un refugio para soviéticos analfabetos que acababan trabajando de chóferes de limusina y solicitando subvenciones que no les correspondían. Y, claro está, todos hablaban de los legendarios gánsteres rusos de Brighton, siempre esforzándose por dejar muy claro que no eran judíos. Pero, al final, daba igual todo aquello; mi madre ya se había decidido. Sentados en el banco contemplando el océano Atlántico, le pregunté si nos íbamos a mudar a Brighton Beach. Me miró y respondió: «No hemos venido a Estados Unidos para hablar ruso».

Ella quería vivir más cerca de Manhattan, y una semana después abonó el depósito de un piso de tres habitaciones en un edificio sin

ascensor en Long Island City, Queens, a una manzana y media de donde vivía Lyuba. Como casi todo Queens, Long Island City era un vecindario de clase trabajadora media-baja integrado por gente de otros países, y nadie parecía muy emocionado de estar allí. Las tres habitaciones de nuestra nueva casa no tenían puerta; incluso cuando el sol estaba en lo más alto, el interior del piso era sombrío.

Lyuba nos llevó unas cuantas cazuelas y sartenes y nos habló del Día de la Basura. Un día a la semana, Lyuba, mi madre, Semión y yo íbamos a ver si había algo rescatable entre la basura de los vecinos. En unas pocas semanas, habíamos amueblado el piso con un sofá, una mesa de cocina, un somier y un colchón y un televisor en blanco y negro. Los muebles estaban dados de sí, les faltaban tiradores y olían a comida y a moho, pero eran gratis y utilizables. Alguien había arrancado la antena del televisor, y cuando lo encendí, crepitó con un rabioso sonido de estática. En nombre de la ciencia, desplegué una percha de alambre y enganché un extremo a la base de la antena y el otro a un carrito de supermercado herrumbroso, otro botín del Día de la Basura, y, cuando moví el carrito alrededor del televisor, las interferencias cambiaron y bailaron hasta que apareció una película del Canal 2.

Unas noches después de que yo puenteara la antena, estábamos todos sentados frente al televisor cenando sándwiches de mortadela italiana y compota de manzana como auténticos neoyorquinos. En el Canal 2 ponían *Amor al primer mordisco*, una película sobre otro emigrante de Europa del Este: George Hamilton interpreta a un vampiro que viaja a Nueva York desde Transilvania. En una escena, se transforma en murciélago y entra volando en un modesto edificio de viviendas muy parecido al nuestro, donde una familia puertorriqueña lo persigue con una sartén y una escoba, gritando: «Pollo volador». Ninguno pillamos en chiste, pero nos reímos hasta atragantarnos.

En el PS 166, el colegio de enseñanza primaria de la avenida 35 donde empecé a ir a clase una semana después, la mayoría de los alumnos tenían apellidos griegos. Mi inglés era muy pobre y me obligaba a estar siempre concentrado. Intentaba no olvidarme de palabras importantes como «almuerzo», «auditorio» y «cuarto de baño», y las vocalizaba varias veces en silencio antes de decirlas en alto. Pasé bastante tiempo sin saber si le llegaría a coger el tranquillo al inglés, y algunos días incluso me preguntaba si quería hacerlo y fantaseaba con Brighton Beach y sus puestos de *kvass* y sus letreros en ruso. Me conformaba con soñar despierto en ruso, hasta que un día me topé con la cubierta azul y roja de la novelización de *El imperio contrataca* —la primera película que yo había visto en un cine de Estados Unidos— en un carrusel de libros en la biblioteca del colegio. La manoseada edición de bolsillo me insufló el ansia de leer en inglés,

y la tuve en mi mesilla de noche toda la primavera.

Nuestra nueva lengua, la moneda y el sistema de transporte hacían oscilar a Semión y a Raísa entre el desconcierto y la consternación. Tenían asimismo conflictos con las fiestas nacionales. El Día de la Independencia les incomodaba especialmente; a Semión le dio por llamarlo el «Día de No Salir de Casa». Mis abuelos celebraban el Cuatro de Julio echando las persianas. Al anochecer, todos los vecinos salían al rectángulo de hierba que había bajo nuestras ventanas para lanzar fuegos artificiales. Eran ilegales en la ciudad de Nueva York, pero todo el mundo parecía disponer de ellos en abundancia. Primero salían familias completas; los adultos bebían de latas de cervezas ocultas en bolsas de papel y encendían chispeantes candelas romanas que ascendían al cielo emitiendo un siseo relajante. Una vez que los adultos y los niños se retiraban a sus casas, los adolescentes procedían a disparar su artillería hasta el amanecer. Las bombas cereza y los M-80 estallaban con tanta fuerza que yo sentía las ondas expansivas en el plexo solar. Semión y Raísa se acurrucaban en el sofá y subían al máximo el volumen de la televisión-carrito de supermercado. Raísa decía que las explosiones le recordaban a los bombardeos alemanes.

Al cabo de menos de un año, mi madre se dio cuenta de que el alquiler que pagábamos era demasiado alto, y los cuatro nos mudamos a unas manzanas de allí, a un bajo de una sola habitación en Ravenswood Houses: un grupo de viviendas protegidas que ofrecían rentas muy subvencionadas para los estratos más bajos de la clase media y para los pobres. Semión y Raísa dormían en un sofá cama en el salón, y mi madre y yo compartíamos el dormitorio. El linóleo era un tono más oscuro que el de nuestro piso de Moscú.

Solo había otra familia rusohablante en el edificio y a mí me cohibía mi mal inglés, pero mi madre me insistió para me hiciera amigo de los vecinos. En el parque conocí a Jason y a Junior, dos hermanos que vivían en el sexto y que les gustaba hacerse llamar J&J; eran más o menos de mi edad, tenían bates y guantes de béisbol e intentaron enseñarme las interminables y complejas reglas de ese deporte. Lanzábamos y bateábamos en el parque, y una vez en que Jason bateó una pelota que rompió una ventana del segundo piso, corrimos a escondernos en las escaleras y nos reímos hasta que nos dolió la barriga.

Pocas semanas después, en el parque, yo iba pedaleando en una Ross amarilla y púrpura de tres velocidades, con un sillín alargado y manillar alto que había rescatado un Día de la Basura, cuando aparecieron Jason y Junior con sus Schwinns. Iban con un grupo de niños mayores a los que yo no había visto nunca. Al igual que J&J, eran flacos, negros e iban en camiseta. Me siguieron durante un rato hasta que me paré y, a horcajadas sobre mi bici, los saludé. «¿Qué

hay?», grité, orgulloso de mi recién aprendido neologismo, y sonreí intentando transmitir cercanía. Uno de los niños mayores trazó un círculo con su bici a mi alrededor y luego embistió la mía con fuerza. Caí y me arañé un codo. Los niños se rieron y me rodearon, como una partida de rancheros. Antes de alejarse pedaleando, uno me gritó: «¡Comunista!».

Era una palabra que yo ya había oído en el colegio. La mecánica social de la escuela primaria no perdonaba una; a quienes tenían sobrepeso, a los que padecían acné, a los huérfanos, a los extranjeros y a los claramente pobres no se les permitía olvidar su condición. El veredicto lo solía pronunciar una boca con ortodoncia y venía acompañado de risas y abucheos. En mi caso, a «comunista» lo seguía a veces el anticuado dicho «antes muerto que rojo» o, con más frecuencia, «¡vuélvete a tu país!».

Sabía que ser comunista era malo. Era algo que me perseguía como un olor vergonzoso. La imagen que el mundo tenía de mi antigua patria se hallaba oscurecida por la sombra de una gran nube en forma de hongo. En un discurso que pronunció durante una convención de evangélicos en Orlando, Ronald Reagan la llamó «imperio de mal»; según los telediarios que yo veía en la televisión, la URSS disponía de misiles balísticos intercontinentales suficientes como para destruir Estados Unidos once, quince o hasta veintidós veces. Y lo que era aún peor, en película tras película, los estadounidenses gozaban derrotando a fornidos villanos soviéticos carentes de emociones. Después de que unos paracaidistas soviéticos invadieran Colorado y mataran al padre de Patrick Swayze en *Amanecer rojo*, alguien sentado detrás de mí gritó: «¡Vuelve a tu casa, puto comunista!», tan alto como para que todos en el comedor lo oyeran y se me erizara el vello de la nuca de miedo.

Mi condición de rojo y mi acento extranjero no eran los únicos obstáculos para mi aculturación. En la escuela pasaba casi todo el tiempo rodeado de chicos, y una vez, al despedirme de uno especialmente atractivo que se llamaba George Kaklamanis, debí de darle un abrazo un poco demasiado largo. Porque luego, Denise DiNunzio —con coletas, guapa y acostumbrada a puntuar las tres íes de su nombre con redondeados corazones púrpura— se me acercó y me preguntó, en voz bien alta: «¿Tú eres gay?». «No. ¡Claro que no!», respondí, sorprendido por la pregunta. «¿Cómo lo sabes?», me contestó burlona. «¿Has ido al médico?» Yo estaba temblando, de asombro y por la sospecha reprimida de que Denise tuviera razón. No tenía del todo claro lo que implicaba ser gay, solo sabía que era algo indeseable en términos sociales, catastrófico quizá. Sabía que mi nombre, mi pasado y lo que el flequillo y los ojos azules de George me hacían sentir eran problemas que requerían una solución drástica.

Por lo tanto, me propuse como misión personal llegar a ser, de manera permanente e irrefutable, estadounidense; es decir: normal. Conseguí librarme pronto de mi nombre, igual que otros chicos procedentes de las repúblicas socialistas soviéticas; muchos Vladímir, Ilya y, el peor de todos, Vadik (un nombre que los niños estadounidenses pronunciaban *va-DICK*[13] con minuciosa crueldad) se convirtieron en Steve, Jason o Bruce. Poníamos mala cara a nuestros padres por hablarnos en ruso delante de los compañeros de clase, y en los supermercados, y en las lavanderías. Entre nosotros hablábamos inglés, con acento pero en voz muy alta, para dejar claro a los nativos que pudieran oírnos nuestro amor por Estados Unidos. No queríamos tener nada que ver con todo lo ruso, con el pasado, con los suspiros y las quejas de nuestros abuelos, que, con sus jerséis de mohair, boinas y botas impermeables de astronauta, se pasaban el día sentados en los bancos de la Autoridad Reguladora de la Vivienda lamentándose de que las fresas del A&P de Rego Park, aunque baratas y abundantes, no eran tan dulces como las que compraban en los mercados al aire libre de Gorki.

Al igual que los nuevos Jasons y Steves, yo practicaba inglés hablando delante del espejo, adoptando con los labios y la lengua las posiciones y aberturas prescritas, poniendo la voz grave para que sonara más masculina. Alguien me dijo que para hablar un idioma a la perfección tenías que pensar y soñar en él, y casi cada noche, en la cama, antes de que mi consciencia resbalara hacia el sueño, ensayaba monólogos en inglés, con la esperanza de que se filtraran a mis sueños. Como no funcionó, recurrí a la imitación. Me pasé tres años diciendo «dist a minute»[14] en tono alegre antes de preguntarme qué querría decir *dist*.

Después de terminar *El imperio contraataca* con mucho esfuerzo y la ayuda de un diccionario, me pasé horas inmóvil en el suelo, delante del televisor, analizando las retransmisiones de béisbol, con sus desconcertantes intervalos de inactividad e incomprensibles reglas; me maravillaba la capacidad de improvisación de los enanos y los gigantes que se peleaban en el Canal 9, con las caras cubiertas de sangre auténtica; me estremecí cuando Alexis le lanzó copas de Baccarat a Krystle en *Dinastía*. Bebía cultura estadounidense como agua del grifo, y mi sed no se aplacaba nunca.

Una noche, cuando tenía doce años, un judío de cincuenta y tantos con cabello entrecano y una cazadora *bomber* de cuero vino a nuestra casa; Gordon había conocido a mi madre mediante un anuncio clasificado en el dorso de la revista *New York* y había ido a buscarla para tener una cita. Dijo ser propietario de un almacén de discos y cintas de música, y antes de irse me dio una brazada de casetes de Waylon Jennings, George Jones y Johnny Paycheck; era la música más

estadounidense que yo había oído, interpretada por hombres de verdad, y durante meses casi lo único que escuché fue *honky-tonk* y *outlaw country*.

Fuera de casa, abjuraba de todo lo ruso. Cuando Semión tronaba contra mi consumismo en el supermercado —«¡Deja esas minipizzas!», declamaba en el pasillo de los congelados, «¡No somos millonarios!»— yo simulaba no oírlo y me apartaba disimuladamente, dejando suficiente distancia entre nosotros para dar a entender a todos en Met Foods que no tenía nada que ver con él. El elemento de mi pasado que más detestaba era mi padre, y acabé diciéndole a todo el mundo en el colegio que él había muerto, con la esperanza de que matarlo en efigie acabara asimismo con mi necesidad de él y la vergüenza que me producía su ausencia voluntaria de nuestras vidas. En mis relatos lo convertí en víctima del cáncer y luego en un oficial de alto rango del Ejército que había fallecido heroicamente en la guerra de Afganistán. Matarlo me ayudó a que me preocupara menos que durante nuestro segundo año en Nueva York mi padre dejara de escribir y de llamarnos; me ayudaba a olvidar que siempre que consultaba la hora, le sumaba siete, la diferencia horaria entre Nueva York y Moscú, y que seguía dando un respingo siempre que sonaba el teléfono por las mañanas.

Aún no sabía que la represión perpetúa el trauma. No comprendía que las pesadillas que me atormentaban varias veces a la semana guardaban relación con mi radical transformación en un estadounidense moderado pero sin fisuras. E intentaba ignorar los sueños más felices, en los que mi padre me vigilaba mientras yo aprendía a nadar en las oscuras aguas de la laguna en Stepanovskoye y me gritaba que pataleara más fuerte.

Cuando terminé primaria en el PS 166, mi madre decidió sacarme del sistema de educación pública de Nueva York —había oído historias de bandas, de embarazos adolescentes y de marihuana—, pero no podía pagar la matrícula de un centro privado. Como trabajadora social en una clínica mental para refugiados soviéticos en Coney Island, ganaba doce mil cuatrocientos dólares al año y, más allá de la comida, el alquiler, los servicios de la casa, el bono del metro y algunas compras ocasionales de ropa muy rebajada, no se podía plantear otros gastos. Pero una amiga le habló de una pequeña yeshivá dirigida a niños de familias religiosas y más o menos adineradas, aneja a la imponente sinagoga de estilo neoárabe en el centro de la ciudad; los refugiados soviéticos eran una causa popular para la comunidad judía, y el centro quería incorporar a uno de los nuestros, seguramente con una beca completa. Ni a mi madre ni a mí nos hacía mucha gracia la parte religiosa del trato, pero yo sabía que

asistir a una escuela en Manhattan representaba una oportunidad para progresar en mi americanización, para diferenciarme de los hijos de los demás inmigrantes que vivían en Long Island City; era comprensible, al fin y al cabo, que los rusohablantes llamaran a Queens *Svinsk*, o Cerdópolis.

Con mis gastos de enseñanza reducidos a tan solo cien dólares al semestre, empecé el séptimo curso en el colegio Park East en calidad de refugiado soviético simbólico del centro. Asistía a clases del Talmud impartidas en arameo junto a adolescentes con buenos cortes de pelo, ortodoncia cara y polos Lacoste de todos los colores imaginables, y a los que, después de clase, iban a recogerlos chóferes en limusinas con ventanillas eléctricas. La restitución por la generosidad del centro me era reclamada en las asambleas semanales, cuando el director, el doctor Smilowitz, me pedía que dijera «unas palabras» sobre mi experiencia como judío oprimido al otro lado del telón de acero. Yo me plantaba detrás del atril frente a mis compañeros de clase y les contaba con mi inglés aún lastrado por el acento que en Moscú todos nos odiaban, que debíamos especificar nuestra nacionalidad judía en el pasaporte, que mi madre fue la mejor estudiante de su escuela pero que no la admitieron en el instituto de Bellas Artes, se lo contaba porque era lo que mi madre me sugirió que dijera, pero lo que realmente pensaba era que en Moscú mi abuela tenía un televisor en color, un sedán y un juego de té con la efigie de la reina de Inglaterra en la base, y que yo nunca me había topado con nadie que odiara a los judíos, y que, en cualquier caso, era cien veces mejor que vivir en los barrios bajos y llevarte palizas por ser extranjero. Al menos, en Moscú, todos sabían que no éramos comunistas.

Los viernes, todos se emperifollaban para el *sabbat*; las chicas con vestidos de manga larga, y los chicos con elegantes trajes y corbatas, casi siempre de Brooks Brothers. Así que cuando me aceptaron en el colegio Park East, mi madre me llevó de compras a la tienda de saldos de la calle Steinway donde me había comprado mi peto Wrangler de imitación. Como de costumbre, se dirigió a la atractiva adolescente que atendía el mostrador y le preguntó por la sección de chicos grandotes. La chica me miró y disimuló una risita. Mi madre me compró una ondulante camisa blanca de vestir y pantalones anchos azul marino de poliéster que producían un sonido susurrante al caminar. El viernes siguiente, el doctor Smilowitz se acercó a mí en el comedor; todo el mundo se quedó callado. Mirando fijamente mi vestimenta, me dijo que si no podía llevar algo apropiado para el *sabbat*, era mejor que no fuera. Dicho esto me mandó a casa. Hice el trayecto en metro de regreso a Long Island City encantado por haber salido de clase antes de lo normal y deseando ver el partido de los

Mets esa tarde en el Canal 9.

Por breve espacio de tiempo, mi profesor favorito, el rabino Steinig, se convirtió también en mi mejor amigo. Me daba clases particulares de hebreo después de la escuela y me grabó una cinta de The Mamas and the Papas. Siempre me decía que, si quería dar sentido a mi vida, debía aprender a vivir como un judío. Al principio me resistí a la idea —estaba creciendo en un país orgulloso de su ateísmo— pero sus palabras pacientes y afectuosas minaron mi resolución. Poco a poco me fui convenciendo de que él tenía razón; la comunidad judía nos había prestado ayuda para ir a Estados Unidos, y ¿quién era yo para negar que después de morir te ponen delante un registro de *mitzvot* y pecados, como la cuenta de un restaurante? Desayunando en casa un fin de semana, pocos días antes de la Pascua judía, le dije a mi madre que íbamos a ser rectos: de acuerdo a la ley judía, durante siete días no comeríamos pan leudado ni lo tendríamos en nuestra casa. Para subrayar la idea, abrí una caja de pan ácimo que me habían dado en el colegio, y me puse a untar mantequilla en una gran rebanada. Mi madre asintió sin prestarme atención, mientras hojeaba un *Cosmopolitan*.

En la noche previa a la Pascua, me puse la kipá y dejé caer los flecos de un *tzitzit* sobre mi camiseta de Waylon Jennings; cogí el pan de molde, los *cornflakes* de mi madre y mis cereales Franken Berry y lo tiré todo a la basura. Pronuncié la oración hebrea obligatoria. Recorrí la cocina sosteniendo una vela encendida, abrí las puertas de los armarios y, con una larga pluma de ganso que me había dado el rabino Steinig, barrí las migas de pan leudado. Mi madre volvió del trabajo y me encontró llevando a cabo la limpieza ritual de la cocina. «Vamos a ser buenos judíos», dije a modo de saludo. La vela le iluminó la cara. Parecía muerta de vergüenza. «No, señor», dijo posando las bolsas de la compra. «Apaga esa vela antes de que prendas fuego al edificio y deja de tirar la comida.»

Frente al colegio, al otro lado de la calle 67 Este, estaba el gris edificio cúbico de la misión soviética. A menudo lo miraba durante las clases. No había en él nada digno de mención, salvo el hombre con prismáticos y *walkie-talkie* que patrullaba tranquilamente el tejado. Parecía muy aburrido y muy solo, y yo me compadecía de él. Una vez a la semana, los profesores nos entregaban cartulinas donde escribíamos mensajes para el Gobierno soviético. Algunos pintábamos la bandera azul y blanca de Israel; otros escribían: «Liberad a nuestro pueblo»; y a continuación los profesores pegaban con cinta adhesiva esos mensajes a las ventanas, mirando hacia el solitario hombre de la azotea.

Si yo necesitaba motivación adicional para mi proceso de desrusificación, la obtenía cuando alguno de los amigos exsoviéticos

de mi madre venía de visita. Aquellos adultos parecían haberse quedado en un curioso punto intermedio entre una cultura que empezaban a olvidar y otra que eran incapaces de asimilar, y en algunos casos ni siquiera querían. En momentos mezquinos, yo los compadecía, y creo que les tenía un poco de miedo, pues a mí me miraban con similar reproche, sobre todo si yo osaba dar alguna opinión o mencionar un recuerdo de nuestro antiguo país. «¿Qué sabrás tú de eso? No eras más que un crío», decían, dejando claro al más puro estilo ruso su conocimiento experto de todas las cosas, y su don de zanjar conversaciones.

Aquellos adultos no hicieron más que afianzar mi convencimiento de que mi pasado no me servía de nada; en Estados Unidos, nadie anhelaba morir por su país. La mera idea era morbosa. Lo que yo había deducido a partir de los textos culturales de mi preadolescencia era que lo que de veras importaba en Estados Unidos era la superación creativa de las limitaciones personales. Como Luke Skywalker y Waylon Jennings, tan solo mi imaginación limitaba mis perspectivas. Y sabía asimismo que ser más estadounidense era también ser menos de lo que obviamente era: un extranjero sospechoso, enclenque, pobre, mal vestido, que hablaba con acento, cobarde, contaminado de comunismo y sin el más mínimo interés por las chicas. Ansiaba el momento en que el tsunami de mi transformación barriera los restos de la historia.

Una tarde de noviembre volvía yo caminando a casa cuando uno de los tres chicos que había en la esquina de la calle Crescent me preguntó la hora. Distraído, miré el Swatch que mi madre me había comprado en Gimbels. «Las cuatro menos veinticinco», dije. Me di cuenta entonces de que estábamos justo debajo del reloj del Long Island City Savings and Loan, y de que lo que los chicos querían saber era si yo llevaba reloj de pulsera. No era raro en Ravenswood, y sabía que la reacción apropiada era encogerme de hombros o escupir en la acera y seguir caminando, teniendo buen cuidado de no mirar atrás.

Me siguieron. Reconocí a uno; vivía en el edificio contiguo al mío. La sangre me zumbaba en los oídos, pero estaba casi frente a mi edificio, no tenía más que cruzar la calle y abrir la puerta del portal. Sabía que podía librarme de ellos. Saqué la llave del bolsillo y eché a correr cruzando la calle 24. Los oí correr detrás de mí. Al acercarme a la puerta vi que un trozo de cinta aislante tapaba el agujero de la cerradura, y un cartel escrito con rotulador avisaba de que no cerraba. Entré a la carrera en el vestíbulo y me apoyé contra una pared, jadeando; me tenían.

Eran más o menos de mi edad. Me rodearon; empuñaban escalpelos —cuchillas oxidadas con mangos de plástico azul— que

debían de haber sacado de los contenedores de basura de la avenida 34. Uno se quedó de guardia en el vestíbulo mientras los otros dos me hicieron avanzar por el pasillo hasta donde nadie nos pudiera ver, y me empujaron contra la puerta del apartamento 1ºD. «Vacíate los bolsillos», me ordenó el más alto con sorprendente profesionalidad. Recordé que se llamaba Wayne.

Me volví los bolsillos del revés y abrí las manos; en una palma sostuve dos peniques, todo el dinero que tenía. Wayne, cuyas gruesas gafas le encogían los ojos hasta convertirlos en dos uvas pasas furiosas, me abofeteó tan fuerte que me zumbó el oído. «El reloj», dijo. Yo curvé la espalda para no pulsar el timbre con la mochila, ya que me encontraba contra la puerta del piso de mis abuelos. Oía débilmente la televisión y sabía que Semión y Raísa la estarían viendo sentados en el sofá cama. Yo temía que, si alguno de ellos abría la puerta, Wayne se envalentonara y les robara también. Tuve una visión fugaz del pájaro disecado que había en el aparador —una estrilda, regalo de los alumnos de zoología de Semión—, y junto a él la caja de cigarros con sus medallas, las medicinas para el corazón, las pastillas para el Parkinson de Raísa y su cartilla bancaria, entre cuyas páginas guardaban veinte o veinticinco dólares.

En un bolsillo interior de la cazadora, yo llevaba una navaja plegable con mango de falsa madreperla que había comprado en una tienda de parafernalia para consumidores de cannabis que había en la calle 14. Supe que tratar de sacarla y abrirla me llevaría mucho tiempo y seguramente solo conseguiría que me apuñalaran. Ojalá mi madre me hubiera dejado comprar la navaja automática que yo había visto en un mercado callejero en México el verano anterior, durante nuestra primera y única escapada de Nueva York, cuando pasamos medio día en Tijuana con un amigo de la universidad de mi madre que vivía en Los Ángeles. Por primera vez, también quise tener una pistola. Wayne me arrancó el Swatch de la muñeca y me abofeteó de nuevo. La cabeza me vibró como si fuera de latón. «Nos vemos, marica», dijo, y salió corriendo a la calle junto con los demás.

Tras echar un vistazo al vestíbulo para asegurarme de que se habían ido, llamé al timbre de mis abuelos y les conté a Semión y a Raísa lo que había pasado. Esperaba que se consternaran o al menos que se preocuparan, pero se limitaron a sonreírme. «No estás herido», me dijo Raísa, acariciándome el pelo. «No ha pasado nada.» Agradecí su ecuanimidad pero seguí sintiéndome mal. Cuando me senté en el sofá, no pude contener un gemido grave, gutural. Semión se sentó a mi lado, me dio unas palmaditas en la espalda y dijo: «Ya estás a salvo, deja de llorar».

Subí a mi casa y llamé a la policía. Mi madre estaba trabajando, y esperé en la cocina sin quitarme la cazadora. Veinte minutos después

llamó al timbre un agente de la Autoridad Reguladora de la Vivienda, se sentó en el sofá y tomó unas notas en un cuaderno negro rectangular. Levantaba la vista de cuando en cuando para mirarme mientras yo hablaba. Era pelirrojo, se estaba quedando calvo y tenía panza; según la chapa metalizada que llevaba prendida al uniforme, se llamaba «O'Malley». «Podemos subir al coche patrulla y dar unas vueltas por ahí, y me los señalas», me dijo cuando terminé de hablar. «Pero solo pasarán unas horas hablando con un asistente social, y luego esa panda de negratas saldrán de rositas, e irán a por ti.»

Aparté la mirada. Aquella palabra —«negratas»— me dejó claro que el agente era corrupto y carecía de autoridad, y me sentí solo y asustado. Me dedicó una mirada cómplice y dijo: «Te recomiendo no presentar cargos».

Unos días después, vi desde mi ventana a Wayne y a sus dos amigos en bici por la acera. Era sábado y yo también quería salir a la calle, pero tenía miedo, y la vergüenza que me atenazaba era peor incluso que el miedo. Quise entonces, más que nunca, oír la voz de mi padre; estaba convencido de que él sabría qué hacer, pero hacía casi un año que no hablaba con él. Cuando mi madre volvió a casa, le conté lo que había pasado y le pedí que me dejara comprar una pistola.

En adelante, adopté una rutina: en el colegio, esperaba hasta que anocheciera antes de volver a casa y entonces, al amparo de la oscuridad, vigilaba mi edificio desde detrás de los setos pulcramente podados de las torres Queensview, un grupo de viviendas de mayor calidad que había al otro lado de la calle, donde los guardias de seguridad patrullaban los senderos en carritos de golf de tres ruedas. Una vez que me aseguraba de que Wayne y sus amigos no andaban por allí, cruzaba rápidamente la calle y los quince metros restantes hasta el portal.

En aquella época, mi madre estaba saliendo con un afable químico israelí llamado Tzvi, que la llevó de vacaciones a Bélgica. Volvieron de Europa con regalos: un grabado enmarcado de un canal y, para mi sorpresa, una pistola de dos cañones del siglo XIX. «No dejabas de pedirle a tu madre una pistola», me dijo Tzvi giñándome irónicamente un ojo, «así que te he comprado una». Me quedé mirándola con la piel de gallina, pero me fijé en que los cañones estaban clausurados con plomo. Era una reliquia inutilizable: dos gatillos con rastros de cardenillo, dos percutores, dos cámaras para la pólvora y una empuñadura de nogal nudoso. En el cuarto de baño, apunté a mi reflejo en el espejo, armando los percutores con el canto de la mano izquierda a lo Clint Eastwood. Vista de frente, parecía una escopeta recortada.

La llevaba al colegio a diario. Sabía que si algún profesor la veía,

llamaría a la policía, así que la dejaba todo el día en la mochila. Cuando salía del metro en Long Island City, esperaba a que el andén se vaciara, la pasaba al bolsillo de mi amplio abrigo y caminaba a casa con una mano en la empuñadura. Nunca me detuve a pensar en lo que pasaría si la sacaba y apuntaba con ella a alguien, pero no dejaba de fantasear con ello, y practicaba delante del espejo del cuarto de baño a desenfundarla como si fuera un *sheriff* del salvaje Oeste. La llevaba conmigo a casi todas partes, porque me di cuenta de que así tenía menos miedo. Sentía la madera y el metal cálidos al contacto con mi mano.

Una noche después de clase, yo estaba en mi habitual puesto de vigilancia detrás de los setos de los edificios Queensview en la calle 24. De pronto me quedé lívido. A la luz de la bombilla sobre el portal de nuestro edificio, vi a Raísa sola, aferrando su bolso con las dos manos. Temblaba un poco, como siempre. Semión, que salía con ella de paseo varias veces al día, debía de haber vuelto adentro a por algo. A unos metros, Wayne y otro chico estaban agachados detrás de una furgoneta aparcada, observándola, y se acercaban poco a poco. Ella no los había visto. Supe que se disponían a robarle el bolso de un tirón.

Lo que sucedió a continuación fue cuestión de segundos. Dejé caer mi mochila al suelo y salí corriendo de detrás del seto. Aceleré hacia ellos, acortando la distancia que nos separaba, aferrando el arma que llevaba en el bolsillo del abrigo. Debí de gritar porque Wayne se volvió para mirarme. No sé cuál sería mi cara, pero para mi asombro él le dio un codazo al otro chico y echaron a correr, desapareciendo detrás de una fila de coches aparcados. Semión salió a la calle justo entonces. Corrí hacia él y me agaché, jadeante, decepcionado por haber desaprovechado la oportunidad de sacar el arma. Semión me miró de arriba abajo, divertido. «¿Y a ti qué te ha dado?», me preguntó.

Cuando yo tenía quince años, mi madre me llevó con ella a un instituto en Manhattan para asistir a una lectura de Joseph Brodsky, el gran poeta de cuando ella era joven; igual que nosotros, ahora vivía en Nueva York. Su poesía, me recordó mi madre, hizo posible que ella y mi padre se conocieran. Desde su atril en el salón de actos, Brodsky, con el pelo prematuramente canoso y los faldones de la camisa asomando por debajo de un jersey dado de sí, leyó apresuradamente, en un ruso jadeante, haciendo pausas solo para anunciar los títulos de los poemas. Luego, cuando un miembro del público le preguntó por los poetas más famosos de la Unión Soviética —Yevtushenko y Voznesenski—, Brodsky respondió: «Son poetas de segunda fila, y personas de segunda fila». Mi madre estaba cautivada. Después de la charla, hizo cola para hablar con Brodsky, y estuvieron charlando

junto al atril hasta que casi todo el mundo se hubo ido. Pocos días más tarde, él la llamó para invitarla a cenar.

Se vieron intermitentemente durante años. Cuando mi madre tomaba el metro a Manhattan para visitar a Brodsky en su casa ajardinada de la calle Morton, donde a menudo pasaba la noche, llevaba ropa que compraba en tiendas del Upper East Side y que normalmente pagaba a plazos: un vestido de crepé sin mangas color amapola; una gabardina azul grisácea con un fedora de hombre. Sobre su escritorio, Brodsky tenía una foto enmarcada de Billie Holiday y otra de su gato. Brodsky le pidió a mi madre que leyera una obra que él había escrito y le habló de Anna Ajmátova, que había sido profesora suya. Y, mejor aún, la puso en contacto con su amigo Tomas Venclova, el poeta disidente lituano que visitó el club de lectura del instituto de mi madre en Vilna y que ahora vivía en un *cottage* en New Haven. Brodsky podía ser soberbio y distante, y mi madre estaba al tanto de su reputación de mujeriego, pero no parecía preocuparle. Cuando volvía a casa después de verlo, colgaba el abrigo del respaldo de una silla y se encerraba en su habitación para anotar en un cuaderno todo de lo que habían hablado.

Una noche, antes de volver de la casa de Brodsky, mi madre llamó por teléfono para pedirnos a Semión y a mí que fuéramos a esperarla a la parada de metro de Broadway porque no quería volver andando sola a casa. Ya de regreso los tres, caminando a la par por la acera, nos contó que había ido a un restaurante japonés con Brodsky, su amigo Mijaíl Baryshnikov y la novia de este, una bailarina de ballet, y que durante toda la noche la gente no dejó de pedirle autógrafos a Baryshnikov. Le pregunté a mi madre si no había sido raro cenar en público con un poeta famoso y un actor de Hollywood. «No», respondió sin pensarlo mucho. «No ha sido nada raro.»

En casa, a mi madre le gustaba escuchar un viejo disco combado de diez pulgadas de Ajmátova leyendo sus poemas: una voz fatigada y melancólica, apenas audible bajo una tormenta de chasquidos y ralladuras. Guardaba el disco en una caja de cartón junto a varias casetes de los Beatles, los grandes éxitos de Ray Charles y un viejo LP Melodiya de canciones tristes de Bulat Okudzhava sobre tranvías y la Gran Guerra Patriótica, que ponía siempre que otros antiguos soviéticos iban de visita.

Una noche, mientras ella estaba escuchando el disco de Ajmátova, algo dentro de mí se rompió, como una correa de ventilador vieja. Ya no podía soportar ni un segundo más aquel disco rallado, su nostalgia asfixiante y su colosal tristeza, que eran las emociones que yo asociaba, por encima de todas las demás, con nuestra antigua patria. «Cómo puedes escuchar eso?», le grité. «¡Es deprimente de cojones!»

Ella estaba preparando la cena; dejó de trocear comida, me miró y

dijo: —Eres un ignorante y te vendría bien leer en ruso. Sabes el idioma, ¿por qué no lo usas?

—Porque no sirve de nada —repliqué, satisfecho de haberla hecho enfadar—. ¿Para eso me trajiste a Estados Unidos? ¿Para escuchar discos rusos viejos y sentirnos como una mierda todo el día?

Intenté quitar el disco, pero ella salió de la cocina y me apartó. Nuestro gato, un atigrado que habíamos adoptado en el refugio de animales, salió huyendo y se refugió debajo del sofá.

Mi madre también se puso a gritar. Yo nunca la había visto tan furiosa, y me produjo un efecto eufórico. «¿Por qué odias lo que eres?», me gritó. «¡Te odio *a ti*!», le grité yo, y lo creía de veras, pensando de repente en todas las veces que me había dejado solo para irse a pasar la noche con Brodsky. Agarró una de sus botas de piel —sus favoritas, de color crema, altas hasta la rodillas y con tacón cubano— y me atacó con ella. Falló el primer golpe, pero el segundo me alcanzó de través en la espalda. El tacón de la bota cayó al suelo. Mi madre lo miró incrédula. «Lo has roto», aulló. Me desplomé al suelo, presa de un ataque de risa. «Ojalá nunca te hubiera tenido», dijo en voz baja, y se sentó en el sofá y lloró tapándose la cara con las manos. A la mañana siguiente se disculpó y dijo que no lo había dicho en serio, pero yo me encerré en mi cuarto y me aproveché de aquello otro día y medio.

Un año antes, yo había empezado a asistir a Stuyvesant, un instituto especializado en ciencia y matemáticas en el East Village de Mahattan. Para acceder al centro había que aprobar un examen al que se presentaban chicos y chicas de toda la ciudad, y que te aceptaran era todo un triunfo; Stuyvesant estaba a cuarenta y cinco minutos en metro, pero era gratuito.

Más de una tercera parte del alumnado eran inmigrantes que, al igual que yo, vivían sobre todo en Queens o en Staten Island. Los nativos solían ser genios del ajedrez o aficionados a la ciencia ficción e hijos de profesores universitarios de sociología, de directores de documentales, de editores de prensa política de izquierdas y de otros miembros de la clase media del Upper West Side. Stuyvesant acogía asimismo a una reducida pero llamativa población de adolescentes bien vestidos y acicalados, muchos de los cuales vivían en el Upper East Side o en el centro de Manhattan y almorzaban en Stavy's, un restaurante en la esquina de la Primera Avenida con la calle 15. Tenían nombres como Tinsley, Blair, Preston y Cole, y la actitud relajada y un poco atolondrada de quien siempre ha vivido rodeado de dinero. Llevaban monopatines y unas Ray-Ban auténticas, acompañaban a sus padres a mítines en Battery Park por la liberación del Tíbet y pasaban el verano en Amagansett y Sag Harbor. Al resto

nos quedaba clarísimo que se estaban acostando con gente. Pertenecían a una casta inalcanzable y, para ocultar nuestra inferioridad y nuestra envidia, mis amigos y yo los evitábamos a toda costa.

Si mi madre había empezado a preguntarse por qué yo no pasaba más tiempo con chicas y no salía con ninguna, solo lo mencionó en una ocasión. Era fin de semana y ella estaba contemplando el desorden de mi cuarto. El linóleo estaba totalmente cubierto por una morrena de libros de bolsillo, cartas de béisbol, ejemplares de *National Geographic* abiertos por la mitad y ropa sucia. «A veces me he preguntado si te gustan los chicos», empezó diciendo desde el marco de la puerta, y sus palabras me cortaron la respiración. «Pero me he dado cuenta», prosiguió, «de que eres demasiado desordenado para ser gay. ¡Mira qué habitación!» Solté una risita incómoda —quise hacerla pasar por una risa normal, y quizá lo consiguiera— y le contesté que tenía toda la razón. Me dijo que limpiara mi cuarto, algo que los dos sabíamos que no iba a hacer, y cerró la puerta.

Por supuesto, yo no le había hablado de Luka. Personaje secundario en mi grupo de frikis de barrio en Stuyvesant, Luka era un inmigrante yugoslavo callado y empollón que vivía con sus padres en Fort Greene. Yo me había quedado prendado de él casi de inmediato —Luka era un chico desgarbado, de ojos grandes y una extraña elegancia— y cuando se acababan las clases pasábamos horas sentados en los alféizares de las aulas desiertas hablando de Herman Hesse y de William Burroughs. Luka hablaba despacio, pensando mucho cada frase, con las piernas flexionadas y la barbilla contra las rodillas, y de cuando en cuando me miraba con una expresión distante y amable que me hacía ruborizarme. Durante una temporada nos vimos casi a diario y pasábamos juntos todo el tiempo posible, y yo empecé a echarlo de menos cuando no estaba con él, y luego a pensar en él con un sentimiento de posesión nuevo para mí. Que él estuviera embelesado con una chica de su clase y que hablara de ella cada vez con más frecuencia eran cosas que me negaba a ver.

Debatiendo sobre *El juego de los abalorios*, que a mí me parecía interminable y aburrida aunque fingía que me gustaba para complacer a Luka, acabamos hablando de cómo Hesse escribía sobre el amor: amor a Dios, o amor universal, o de alguna otra variedad trascendental y casta. Debí de apreciar cierta abertura en él, porque le dije a Luka que creía que lo quería y alargué la mano para acariciarle la cara. Entornó la mirada y supe al instante que había cometido un error. Me agradeció mi honestidad y dijo que se tenía que ir. Unos días después me pidió que nos viéramos después de clase en el comedor, donde me estaba esperando con un grupo de amigos. En tono sombrío, uno de los chicos me comunicó que yo ya no era

bienvenido en su mesa a la hora del almuerzo, por «homo».

Luego estuvo Hector. Es como si lo viera ahora mismo, en el pasillo del segundo piso del instituto, con sus Lee ajustados y una camiseta de Run-D.M.C. Estaba escuálido y tenía una voz cómicamente grave; su posesión favorita —unas gafas Cazal de montura de plástico demasiado grandes para su cara— le daba un aire de insecto amenazador. Sus andares arrogantes eran una pantomima de los de un hombre más grande. Se había criado en Haití y vivía en el Bronx con una madre muy católica y con toda una serie de padrastros violentos de los que de vez en cuando salía huyendo.

A mis otros amigos, que aspiraban a entrar en Cornell y Dartmouth, Hector les parecía sórdido, raro y probablemente peligroso. Además de enumerar actos ficticios de justicia callejera en los que era el protagonista, a Hector le encantaba comentar las proezas de Run-D.M.C., de Kurtis Blow y de sus demás raperos favoritos. Después de ver *Los caballeros de la noche*, una película sobre una banda de rap callejera que intenta conseguir un contrato con una discográfica, entró en el comedor del instituto con una grabadora portátil con la que había grabado toda la película. Sus fanfarronadas podían ser desquiciantes. Una vez se sacó de la cazadora vaquera dos cápsulas de *crack* que dijo que eran para un amigo; las guardó en el mismo bolsillo donde escondía una navaja automática que le gustaba sacar de vez en cuando para lanzar estocadas al aire. Si Hector tenía algún otro amigo además de mí, yo nunca lo conocí.

No recuerdo cómo trabamos amistad. A lo mejor fue por sus ojos de cordero, o por su cómica masculinidad, o por los padrastros a los que también yo acabé detestando. Después de que se escapara de casa y durmiera una noche en un banco de Union Square, le dije que podía pasar el fin de semana con nosotros en Ravenswood. Yo sabía que seguramente mi madre no estaría de acuerdo, pero ella se iba a pasar el fin de semana con una amiga a Montreal, así que el piso estaría vacío. Hector llegó muy temprano, cuando mi madre todavía estaba bajando el equipaje al coche. Intercambiamos las típicas cuatro vulgaridades y ella le hizo un par de preguntas a Hector. Me fijé en que a él le temblaban las manos mientras respondía atropelladamente. Antes de irse, mi madre me dijo: «Ese chico me da mala espina».

Hector y yo vimos *Friday Night Videos*, compartimos una lata de carne guisada que calenté en la cocina y luego nos sentamos en el sofá a beber por turnos de una botella de Cutty Sark que él aseguraba haber robado. «¿Qué chicas te gustan?», preguntó. Nombré a varias a las que dio el visto bueno. Dijo que a él le gustaba una pelirroja de su clase que se llamaba Megan y que tenía «un buen par de tetas». «Me la voy a follar», dijo. Era una fanfarronada tan demencial que nos hizo reír a los dos. Puede que fuera por lo tardío de la hora o por el

whisky, pero yo solté que cuando me cambiaba de ropa en clase de gimnasia, a veces miraba a los chicos. Hector dijo que estaba bien. Él también miraba a los chicos… a veces. Pero más a las chicas.

Nos desnudamos debajo de una manta. Las luces estaban apagadas y yo sentía su respiración en el cuello. Con nuestras frentes tocándose, nos sacudimos torpemente el uno sobre el otro hasta que terminamos. Nos quedamos un rato tumbados en silencio y luego Hector se envolvió en una sábana y fue al baño. Oí la ducha y encendí la luz. La cama plegable que le había preparado aguardaba junto a mi cama. Eran las tres o las cuatro de la madrugada. La atmósfera de la habitación estaba cargada de vergüenza, o tal vez de algo peor.

Esperé tumbado. Hector salió de la ducha envuelto en una toalla. El triángulo de su torso, de color avellana, se veía infantil y pequeño. Apagó la luz de un manotazo. Sin decir nada, pasó frente a la cama plegable, se quitó la toalla y se metió en la cama junto a mí. Me abrazó y apoyó la mejilla en mi cuello. Su piel olía agradablemente a jabón. Su respiración se fue volviendo más profunda y lenta, hasta que se quedó dormido.

Yací a su lado, aturdido de felicidad. De algún modo, ya entonces era consciente de que el sexo, sin que importe lo truncado o lo breve que sea, es una llamada a ser amado. Y supe que había fuentes de amor diferentes a las que yo había conocido hasta entonces. Y esta se hallaba a salvo del pasado, de la distancia y de la rabia, y no le pertenecía a nadie más que a mí. Apoyé una mano en la nuca de Hector y escuché su respiración, tratando de permanecer despierto todo el tiempo posible.

Por razones que sigo sin tener claras, empecé a escuchar el disco rallado de Ajmátova, y luego a leer el pequeño libro de pasta dura de poemas de Ajmátova que mi madre había traído desde Moscú. Acabé aprendiéndome de memoria alrededor de una docena de sus poemas. Lo hacía a escondidas y nunca se lo conté a mi madre. Cuando ella se iba a dormir, yo me sentaba en el salón con la televisión encendida a un volumen muy bajo y escribía mis propios poemas con rima y metro, en inglés —extrañas versiones victorianas y sentimentales de Ajmátova y de Brodsky— y me preguntaba cómo sería ser escritor.

Sospecho que empecé a escribir como una suerte de ritual mágico para repeler el mal. Muchas noches, seguía durmiendo con un cuchillo debajo de la almohada, no solo como protección contra sueños aterradores sino también por el temor, que padecía en plena vigilia, de que la puerta de nuestra casa se abriera de golpe, reventada por una fuerza maléfica a la que yo no podía poner nombre. Fue cuando empecé a escribir —y a reflexionar, por vez primera, sobre todos los aspectos de mi ser— cuando se me ocurrió que la fuerza maléfica

podía ser el pasado que yo tanto me había esforzado en repudiar. Mientras escribía acompañado del tranquilizador murmullo de la programación nocturna, había momentos en que me parecía posible permitir al pasado entrar en mi interior sin que viniera acompañado de ninguna emoción concomitante de violencia, sin la necesidad de borrarlo, de manera que, en mi imaginación, podía por fin reclamar mi derecho a la suma de varios momentos y lugares; es decir, al conjunto completo de mis recuerdos.

Años después, cursando escritura creativa en Manhattan, traduje varios poemas de Ajmátova al inglés, incluido el favorito de mi madre: la parte 5 de *Elegías norteñas*. La narradora es una mujer que se ve obligada a vivir una vida muy diferente a la que pretendía vivir. Ajmátova lo escribió durante la guerra, después de haber sido evacuada a Uzbekistán, donde contrajo tifus mientras su hijo estuvo encarcelado y su obra fue prohibida.

> Estos malos tiempos me han curvado
> como a un río
> mi vida fue reemplazada por otra
> fluyó hacia un tributario
> y mis orillas desconozco.
> Es tanto lo que he perdido de vista,
> el telón se alzó sin mí,
> y sin mí bajó.
> Tantos amigos a los que no he conocido.
> Tantas ciudades que nunca
> me han hecho llorar. Solo conozco una ciudad.
> Sonámbula, a tientas, por ella podría encontrar mi camino.
> Tantos poemas que nunca escribí.
> Sus coros secretos me acosan, y quizá
> algún día me ahoguen…
> Sé los comienzos, sé también los finales,
> y la vida después de la muerte, y algo más que ahora
> debería recordar. Otra mujer ocupó mi lugar,
> tomó mi nombre y me dejó a cambio un apodo
> con el que, quizá, he hecho lo mejor
> que he podido. Ni siquiera la tumba donde yazca
> será la mía…
> Pero si salir de mí pudiera y contemplar la vida que tengo
> sabría al fin lo que es la envidia.

Me gustaría que me enterrasen en Staten Island, en el Cementerio Unitario Hebreo en la esquina de la Avenida Clarke con Arthur Kill

Road. Raísa y Semión yacen allí en parcelas contiguas, pero no es esa la única razón. También es el lugar más apacible donde he estado jamás. Muchos cementerios son tranquilos, pero en este te sientes como en un bosque distante, a muchos kilómetros de la ciudad, y solo se oyen los pájaros y el susurro del viento entre los olmos. El ruido del tráfico apenas llega como un zumbido lejano.

Enterramos allí a Raísa en 1992, tres años después de que una serie de ataques la dejaran incapaz de expresarse con frases completas y, a veces, de reconocernos. En aquellos años hubo una pauta. Le daban de alta en el hospital, se trasladaba a una residencia, volvía al hospital unos días o unas semanas después. Nos llamaba un médico a mi madre o a mí y mencionaba fiebre y úlceras de decúbito, y nos daba un número de habitación del hospital al que la habían llevado. Los ataques la dejaban prácticamente inmóvil, y luego sus movimientos parecían reacciones constreñidas a la incomodidad o al dolor.

Semión iba a visitarla a diario. No falló ni una sola tarde, ya estuviera él enfermo, o fueran vacaciones, o hiciera mal tiempo. Solía ponerse uno de los dos trajes que se había llevado de Vilna y el fedora con la pluma escarlata en la banda, y llevaba una bolsa de plástico con un periódico en ruso y el *Times* plegados. Al cabo de un viaje de una hora en dos trenes, llegaba al Beth Israel en el cruce de la calle 16 con la Primera Avenida. Pasaba las tardes junto a la cama de Raísa, una cama que no cesaba de emitir resuellos y pitidos; leía y le hablaba en voz baja y solícita, negociando con ella para que tomara otra cucharada de compota de manzana, incluso cuando ella no le respondía o ni siquiera parecía reconocerlo. A veces ella sonreía de oreja a oreja, y toda su cara se iluminaba y volvía a parecer por unos momentos la persona que nosotros conocíamos. Yo acompañé a mi abuelo al Beth Israel docenas de veces; de camino a los ascensores pasábamos por delante de la sala de urgencias donde yo había trabajado como voluntario cuando estaba en el instituto. Creo que nunca admiré tanto a mi abuelo como durante aquellas visitas.

Foto del autor

Una primavera, ya en la universidad y habiendo decidido que iba a ser fotógrafo de prensa, fui a casa de visita y les hice una foto a Semión y Raísa en su habitación del hospital. Él aparece sentado junto a la cama con su traje a rayas y apoya una mano en la frente de Raísa en un gesto extraño, que yo creo que pretendía ser afectuoso y protector. Un lado de su cara está distorsionado por el gran angular. Una copia grande en blanco y negro de la foto obtuvo el segundo premio en un concurso artístico del pueblo de Ohio donde estaba mi universidad, y unos meses después decidí enmarcarla y regalársela a mi madre. Me arrepentí nada más dársela. La miró un instante, impactada, creo, por el aspecto débil de su madre, la devolvió a la caja y la metió en un armario, donde sigue hoy en día.

La última vez que oí la voz de Raísa fue el 24 de noviembre de 1989. Recuerdo la fecha porque fue el mismo día en que mi madre se casó con su segundo marido, un pintor moscovita que se llamaba Vitaly. Un juez de paz celebró la ceremonia en el Centro Municipal de Staten Island; estaba menos concurrido que el de Manhattan, y Vitaly y mi madre querían tomar el ferri matinal que cruzaba la bahía. Después, los tres fuimos a visitar a Raísa a una residencia en Chinatown. La habitación estaba mal amueblada y en penumbra; recuerdo que desde la ventana se veía la entrada del Manhattan Bridge. Mi madre se inclinó sobre la cama y le dijo a Raísa, despacio y alzando la voz, que se había casado, algo que mi abuela había querido desde hacía mucho. Mi madre alzó la mano, con la alianza de oro en el dedo, a unos centímetros de los ojos de su madre. Raísa intentó

varias veces levantar la cabeza de la almohada y movió los labios sin llegar a pronunciar ningún sonido, como si ensayara lo que quería decir. A continuación susurró, con voz apenas audible: «Nunca os separéis».

Tres años después, poco antes de mi graduación, mi madre me llamó una mañana de primavera temprano para decirme que Raísa había muerto. Fui a Nueva York en el coche de varios miembros de Socialistas Democráticos de América que iban a una convención en Harlem. La ceremonia fúnebre se celebró muy cerca de Ravenswood Houses, en una sinagoga con fachada de ladrillo en la calle Crescent que se llamaba Hijos de Israel, donde los sábados mi abuelo recitaba el Kaddish por sus padres y su hermanastro, Roma.

Tras el fallecimiento de Raísa, Semión a menudo parecía perdido. Antes se había entretenido con sus escritos y enviando cartas sobre temas científicos a académicos y congresistas, pero ahora ya no sabía cómo ocupar su tiempo. Ya no había visitas al hospital que dieran estructura a sus días, y casi nunca salía de su piso de la planta baja donde ahora vivía solo. Se pasaba el día entero leyendo el *Times*, sección por sección, de cabo a rabo, y anotando comentarios y definiciones en los márgenes con bolígrafo azul. Perdía continuamente las llaves, la cartilla del banco y los fajos de billetes de un dólar que solía guardar en los bolsillos. Miraba con aire interrogante a quienes iban a visitarlo, como si alguna pregunta que él hubiera formulado hacía mucho tiempo continuara pendiente de respuesta y se hubiera quedado flotando en el aire. Su palidez se tornó gris. Cuando yo iba a verlo, me daba un beso húmedo en la mejilla, me hacía sentarme en el sofá, me traía un plato con una pequeña manzana colorada y una gruesa tajada de queso anaranjado y lo ponía en la mesa junto a un vaso de zumo de arándanos Ocean Spray. Desde la muerte de Raísa, un residuo amarillento cubría los platos, los vasos y los cubiertos; yo comencé a verlo como el residuo de la vejez.

Aunque antes se afeitaba a diario, Semión empezó a dejarse la barba; utilizaba una maquinilla desechable que guardaba en la jabonera del cuarto de baño, y cuando perdió el filo, dejó de afeitarse. Eso me molestaba, así que cuando iba de visita le llevaba una bolsa de maquinillas. Me quedaba junto a mi abuelo en el cuarto de baño mientras él se enjabonaba mirándose en el espejo empañado y luego, con aire ausente, se pasaba la maquinilla por las mejillas. Le desagradaban particularmente los pelos negros que le crecían en las orejas; culpaba de ellos a un barbero demasiado entusiasta que vivió en Vilna cuarenta años atrás. Con una ópera de Verdi atronando en mi radiocasete, yo le afeitaba las orejas mientras él se quedaba en silencio, satisfecho, sin que le importara si yo le hacía algún pequeño corte.

Pese al desconcierto que ya nunca lo abandonaba, conservaba una confianza férrea en la ciencia. El verano de mis diecinueve años, yo le dije a mi madre que era gay, lo que desencadenó cinco años de discusiones por sus remilgos y su desaprobación, recriminaciones por alejarme de ella, y meses de silencio entre llamada y llamada de teléfono. Unos años después, decidí decírselo también a Semión. Aquella mañana, tomé el metro a Long Island City. Durante el trayecto, mientras contemplaba los almacenes a través de las ventanillas, me pregunté por qué estaba tan resuelto a desconcertar y causar disgusto a un viudo de más de setenta años que recitaba el Kaddish en la sinagoga por las almas de sus difuntos, perdidos hacía tanto.

Le solté mi confesión a trompicones, nada más llegar a su casa. Aún estábamos en pie junto a la puerta. Desde detrás de las gafas bifocales, los agrandados ojos de color avellana de mi abuelo me miraron con curiosidad mientras le decía que había tenido varias citas con un chico de Joplin, Missouri. Se rascó la cabeza. «Es una anormalidad muy normal», declaró por fin. «Se halla bien documentado en la literatura científica que el diez por ciento de los mamíferos, e incluso de las aves, incurre en esa clase de comportamiento.» Luego pasó a hablar de alguna otra cosa. Nunca me sentí más agradecido con él —y con las ciencias naturales— que en aquel momento.

Noté que algo iba mal varios años después, cuando me llamó por teléfono para decirme que tuviera cuidado con el apartamento barato e infestado de cucarachas que yo compartía entonces con mi novio en Brooklyn. «Las cucarachas grandes», me susurró en tono conspirador, «propagan el VIH». Lo pronunció como acrónimo en lugar de siglas, de modo que en inglés sonaba como *heave.*[15] Llamé a mi madre. Ella me dijo que, últimamente, Semión no recordaba en qué día de la semana estábamos ni la fecha, que a ella la confundía conmigo y que hablaba de Raísa como si aún viviera. A veces se ponía nervioso o irascible. Peor aún, le había hecho ciertas insinuaciones «lujuriosas» a su cuidadora, una mujer brusca y fornida, natural de Puerto Príncipe, que se había quejado a su supervisor.

Mi madre le pidió a una amiga, una psiquiatra del Beth Israel, que lo examinara, y Semión pasó varias semanas en el pabellón psiquiátrico del hospital, a una planta de donde había estado yendo durante años para ver a Raísa. Una medicación antipsicótica lo llevó a realizar proposiciones deshonestas a las enfermeras; otra lo dejó demasiado aletargado como para levantarse de la cama.

Cuando mi novio y yo visitamos a Semión en el hospital, nos lo encontramos vestido con un jersey lleno de agujeros y con aire desorientado. Nos abrazó con demasiada fuerza. Esa tarde se jugaban

los cuartos de final del mundial de fútbol y, sentados en sillas plegables, estuvimos los tres viendo el partido de Alemania contra Croacia en la televisión de la sala comunitaria. Mi abuelo no dejó de hacer preguntas sobre el resultado, los jugadores y, en especial, sobre el portero alemán, al que confundía con Sepp Maier, un famoso jugador de la década de los setenta. En un momento dado, le dio un beso a mi novio en la mejilla. Su nombre —Doug— le resultaba demasiado extraño a Semión, que lo llamaba Dagmar, un nombre que debía de recordar de los años en que hablaba alemán. «¡Mi Dagmar!», decía, complacido y sonriente. Yo nunca lo había visto tan contento desde la muerte de Raísa, y cuando le dije que nos teníamos que ir, se le llenaron los ojos de lágrimas y nos dio sendos besos demasiado largos antes de dejarnos marchar.

El diagnóstico fue demencia acelerada. El psiquiatra no creía que Semión estuviese a salvo viviendo solo; requería atención continuada. Tras llamar a varios especialistas y asistentes sociales, mi madre le consiguió una cama en la residencia de ancianos Bialystoker de East Broadway, en lo que antaño había sido una parte judía del Lower East Side pero que había acabado convirtiéndose en el tramo final de Chinatown. Cuando Semión se trasladó a la residencia, mi madre y yo vaciamos el viejo piso de Ravenswood. Tras reunir los álbumes de fotos, las medallas bélicas, una caja llena de cartas y de documentos, unas pocas cajas de libros y un buen abrigo de lana que me quedaba perfecto, invitamos a pasar a los antiguos vecinos de Semión y les dije que se llevaran lo que quisieran. Raúl, un puertorriqueño muy amable con gafas de montura metálica que vivía a unas puertas de distancia en la misma planta, se llevó la polvorienta estrilda disecada sobre un pedestal de madera con una inscripción, regalo de sus estudiantes de zoología de Vilna. Yo me quedé con otro regalo de sus alumnos, un cáliz de cristal azul con el nombre de mi abuelo inscrito en letras doradas, junto con las palabras en latín: *lectio ultima*.

En sus días buenos, Semión jugaba al ajedrez con el residente más joven de su planta, un antiguo abogado de menos de cincuenta años que vestía ternos confeccionados a medida y que padecía Alzheimer temprano. Una vez a la semana, un rabino le ayudaba a recitar el Kaddish. Semión solo nos reconocía a mi madre y a mí de vez en cuando, y yo no lo visitaba con tanta frecuencia como debería. Cuando iba a verlo, mi abuelo y yo nos sentábamos en un banco en un recinto vallado en el exterior de la residencia, y a veces se quejaba de la enfermera que tuviera asignada, fuera quien fuera; según él, la enfermera le robaba, aunque ni mi madre ni yo descubrimos prueba alguna de ello. Otras veces hablaba de la guerra, de su madre y de Roma, con una intensidad y una viveza que no dejaban de asombrarme. «¿Por qué no vinieron conmigo?», me preguntaba, casi

suplicando, como si yo tuviera la respuesta.

Tres años después de trasladarse a la residencia, sufrió una hemorragia cerebral mientras dormía; los médicos no pensaban que pudiera recuperar la capacidad de hablar ni de comer por sí mismo. Yo estaba junto a su cama del hospital y Semión yacía de espaldas con los ojos cerrados con fuerza; cada estertóreo aliento le hacía subir y bajar pesadamente el pecho. Cuando abrió los ojos, los tenía tan brumosos como un trozo de hielo. Hacía mucho tiempo, me había dicho que no quería seguir viviendo después de perder la capacidad de razonar, y mi madre firmó un documento de no reanimación cuando él volvió a ingresar en el Beth Israel. Ella y Vitaly habían planeado irse de viaje a Italia; eran las primeras vacaciones de mi madre en años, y ahora ella no estaba segura de si debía ir. Le dije que no se preocupara: yo iría a ver a Semión y hablaría con los médicos; además, su situación no había cambiado en meses.

Pocos días después de que mi madre partiera, Semión sufrió otro ataque. El médico me llamó por teléfono para informarme de que mi abuelo ya no podía respirar por sí mismo y que, sin un respirador, moriría en cuestión de días, seguramente horas. Llamé a mi madre a su hotel en Roma. Ya fuera por miedo o culpa, cambió de opinión y accedió al respirador. ¿Y los deseos de Semión?, pregunté. El judaísmo prescribía hacer cuanto fuera posible por salvar una vida, contestó ella, y añadió que mi abuelo seguía vivo porque Dios lo quería.

—¿Tú crees en Dios? —pregunté.

—Sí —dijo mi madre—. ¿Y tú?

Estábamos en agosto de 2001. Una semana después, un sábado pasada la medianoche, salía yo de un bar de Brooklyn con unos amigos cuando recibí una llamada de un número de Manhattan. Una enfermera me comunicó que mi abuelo había fallecido y que se encontraba en la séptima planta de Beth Israel, en caso de que yo quisiera verlo.

Aquella enfermera, en su mostrador, era la única persona a la vista en la séptima planta del hospital cuando llegué; el lugar se hallaba en silencio salvo por el pitido polirrítmico de los monitores. La habitación de Semión estaba iluminaba por unos fluorescentes cegadores. Yacía de espaldas, metido en una bolsa blanca de plástico para cadáveres con la cremallera cerrada hasta el esternón y una sábana extendida por encima, se diría que como muestra de decoro que a alguien se le había ocurrido en el último momento. Tenía la piel cérea y apagada. Era la primera vez que yo veía un muerto. Experimenté una aguda impresión de que aunque era mi abuelo, al mismo tiempo no lo era: aquel era su cuerpo, pero mi abuelo no estaba ya en él. Me quedé allí hasta que llegaron mi madre y Vitaly, que habían vuelto de Italia la víspera. Mi madre sostuvo la mano de

Semión un momento y lo besó en la frente, y a continuación vino la enfermera a preguntar si ya lo podían trasladar a la morgue.

En la calle, paré un taxi. Mientras cruzaba el puente de Brooklyn, miré las luces del centro de la ciudad. Desde que era adolescente y volvía del campamento de verano, esa vista me hacía inexplicablemente feliz, pues era la primera señal de que ya estaba en casa. La ciudad bullía de vida y movimiento: los taxis recorrían la autovía FDR Drive, las luces de posición de los aviones y de los helicópteros parpadeaban en el cielo, un remolcador iluminado descendía tranquilamente el East River. Las vistas desde el puente de Brooklyn eran mis favoritas de toda la ciudad. Semión me dijo en una ocasión que Nueva York era el final feliz del siglo XX, y eso nunca pareció más cierto que aquella noche, con el contorno iluminado de Manhattan recortado sobre un cielo sin luna. Saqué el teléfono y llamé a mi novio. «Vuelvo a casa», dije.

EPÍLOGO

CAMPAMENTO ÉXITO

Foto del autor

Oí el triquitraque de las ruedas cuando el tren 93 dobló la curva y noté que se me asentaba el estómago. Mi padre iba sentado en la litera de enfrente, mirando por la ventanilla y sosteniendo el asa plateada de un vaso de té. Hacía tres años que no nos veíamos, desde que yo había ido a conocer a su padre, Vasili. Pero volvíamos a estar cara a cara, rumbo al interior del país en un compartimento de lujo: coche cama de primera clase, es decir, con dos literas en lugar de cuatro y sin soldados roncando encima de nosotros. Las sienes de mi padre estaban más canosas y había cambiado la graduación de sus gafas, que ahora le agrandaban los ojos dándole una expresión de leve alarma, pero por lo demás estaba tal y como yo lo recordaba. Se había pasado toda la tarde empatando señuelos, una labor delicada para la que necesitaba sus bifocales colocadas en la punta de la nariz; cuando alzaba la vista de vez en cuando para mirarme, parecía cómicamente abstraído.

El paisaje se iba tornando de un color ocre oscuro con el anochecer, pero yo aún alcanzaba a distinguir unos siniestros abedules blancos que relucían bajo el tendido eléctrico, una ringlera de abetos en el horizonte, vallas a las que les faltaban algunos postes y parecían un inacabable código de barras, y de cuando en cuando pequeños grupos de cabañas inclinadas que apenas se alzaban del suelo y que iban desapareciendo sin motivo aparente. La belleza del paisaje

campestre ruso es sencilla y poco impresionante. El paisaje se compone de elementos modestos; destaca solo por ser infinitamente vasto. Quizá es esa la razón por la que en Rusia siempre ha habido afición por el gigantismo en las construcciones; idear algo que ponga orden en toda esa pequeñez, plantar un mástil de bandera en la estepa.

Nos dirigíamos al Volga, o más concretamente a la confluencia de dos ríos —el Volga y el Ajtuba—, a pescar. Todavía no me había hecho a la idea, ya que yo no era aficionado a la pesca con caña, un pasatiempo que siempre me pareció cruel y tedioso. Pero mi padre hacía el viaje a esa franja lodosa de agua a unos cincuenta kilómetros al norte del mar Caspio cada tres o cuatro meses. El bajo Volga es uno de los pocos sitios del mundo donde hay inmensos peces gato —de más de cien kilos y tres metros de largo— y mi padre ganó una vez un concurso nacional al cobrarse con caña un ejemplar de ochenta y un kilos, aunque lo de «con caña» no es del todo correcto. En la foto que acompañaba el artículo de una revista que mi hermanastra Masha me envió por correo electrónico, mi padre y su compañero de pesca sonríen en un bote hinchable. A sus pies yace enroscada una enorme criatura de cabeza huesuda, un vestigio del Paleozoico. Mi padre contaba que tardó noventa minutos en agotar al pez; al final, introdujo una mano, protegida por un guante de goma, en la boca de la criatura y la izó a bordo por la mandíbula. Tenía ojos de un gris purpúreo, y opacos como el grafito.

Yo no había cogido una caña desde que pescaba pequeños róbalos con bolitas de pan de molde como cebo, en un campamento de verano de la UJA-Federation[16] en las Catskill, hacía más de veinte años. La falta de experiencia no me desanimó. Yo estaba dándole vueltas a la idea de acompañar a mi padre en una de sus excursiones al Volga cuando se lo mencioné al editor de una revista. Le pareció que de ahí podía salir un buen artículo de viajes, sobre un lugar al que «ninguno de nuestros lectores irá nunca, pero sobre el que quizá les gustaría leer». Llamé a mi padre y bosquejé el plan: iríamos juntos, yo escribiría sobre el viaje y la revista correría con los gastos. Me temía que se reiría de la propuesta. A medida que la fecha del vuelo a Moscú se fue acercando, también me temí que cambiaría de idea, como hizo antes del viaje a Vinnytsia.

El viaje duraría dos semanas, el mayor periodo de tiempo que mi padre y yo pasábamos juntos desde que yo tenía nueve años. La mayor parte de ese tiempo la pasaríamos en una cabaña o a bordo de un bote, rodeados por poco más que hierba alta y agua, y eso era lo que yo quería. Deseaba estar a solas con él; quería saber por qué no había dejado el país junto con mi madre y conmigo, por qué no quería ejercer de padre ni de hijo, y por qué la soledad era su mejor garantía

de placer. Me dijo una vez que, cuando iba al Volga, algunas mañanas apagaba el motor fueraborda y dejaba el bote a la deriva durante horas. «Zarpo a las cinco de la mañana, cuando aún está oscuro», dijo, «y no veo a ningún otro ser humano hasta que vuelvo al campamento por la tarde. Solo pájaros.»

Yo sabía que obtener respuestas no sería fácil. Cuando mi padre fue a recogerme al aeropuerto de Moscú la mañana anterior, me dio un abrazo brusco y de inmediato caímos en la rutina habitual: él estaba dispuesto a hablar de cualquier cosa menos de nosotros. Se comportaba como si fuéramos amigos poniéndonos al día después de haber pasado años sin vernos, y en el compartimento del tren hablamos de política, de libros, de jazz, de su mujer Irina, de mi madre y, por supuesto, de pesca. Lo que él me estaba pidiendo, sin pedirlo, era que yo no sacara a colación el pasado ni estropeara los días que íbamos a pasar juntos tratando de aclarar quién hizo qué, y cuándo y a quién. A lo mejor a él le parecía que ya era demasiado tarde para explicar y racionalizar su versión de la historia. A lo mejor tan solo se le hacía demasiado opresiva la idea de hablar del pasado. «Ganas lo mismo removiendo el pasado que hurgando en un cenicero», me dijo una vez, años antes, en Moscú.

Yo también había decidido ir a pescar para ver cómo había cambiado el país más allá de los bulevares de Moscú y de San Petersburgo, donde se representaba la fantasía de una Rusia rica y ordenada para un público de agentes del Gobierno y de visitantes extranjeros. Ese espejismo se viene abajo apenas unos minutos después de salir del centro de las ciudades; cuando cruzas los límites urbanos, el paisaje parece el de una nación agrícola y pobre de medio siglo antes. Supongo que quería averiguar cuál era la opinión general de los rusos acerca de su país y sus líderes, y por qué la democracia, a menudo invocada durante la perestroika, no había conseguido echar raíces allí. Según muchas de las personas con quienes yo había hablado, nunca las iba a echar.

Tardaríamos veintisiete horas en ir desde Moscú al pueblo de Jarabali, pero yo esperaba con gusto el viaje a bordo del tren 93, pues los trenes quizá sean lo mejor de Rusia. A diferencia de todo lo demás aquí, están inmaculados y son puntuales, y un viaje largo en tren les saca a los rusos una benevolencia que rara vez dejan ver en público. Los hombres se quitan la chaqueta y pasean por los pasillos en calcetines —negros, de nailon—, bebiendo té y contemplando el paisaje, tranquilos cual ganado bovino. Las familias políticas y los abuelos duermen en las literas superiores, tapados con abrigos o chales. Los pasajeros sacan del equipaje vodka, sándwiches y bolsas de celofán con pepinillos y rábanos; las familias juegan a las cartas; el tiempo se ralentiza. No hay ningún sitio adonde ir ni nada que hacer

salvo abandonarse al vaivén de la marcha, y los pasajeros se tornan corteses y satisfechos, como si estuvieran allí reunidos para celebrar la onomástica de un anciano pariente.

En nuestro compartimento, al anochecer, desplegamos la mesa de metal. Comimos los sándwiches que nos había preparado Irina y mi padre contó historias de pesca. La mayoría eran sobre sus amigos: ocho o nueve hombres de Moscú, todos más o menos de la misma edad. Cada año pasaban varias semanas juntos en un grupo de pabellones de pesca en una franja de tierra prosaicamente conocida como la llanura aluvionar del Volga-Ajtuba. Como la mayoría de quienes solían ir allí a pescar, aquellos hombres eran abogados, hombres de negocios de medio estatus, militares de alto rango y personal del Gobierno, y ganaban cantidades importantes de dinero, al menos para el estándar ruso. Llegaban a los pabellones en SUV alemanes o japoneses de último modelo, bien provistos de cajas de whisky puro de malta, habanos, cañas de pescar de fibra de carbono y vadeadores de Gore-Tex. (Mi padre, el menos pudiente, solía llegar en tren.) Como muchas historias rusas, las suyas giraban en torno a la ebriedad y lo absurdo, y mi padre las narraba con perfecto tempo cómico y la afectación justa para dejar claro que consideraba a aquellos hombres como de su familia.

Así eran más o menos las historias. Una noche, uno de los pescadores, un coronel del Servicio Federal de Aduanas, se puso a presumir de su nuevo móvil y poco después, completamente borracho, se le cayó en el agujero de la letrina de la que acababa de hacer buen uso. Cuando se enteraron, todos en la cabaña se doblaron de risa. Uno se rio tanto que acabó vomitando.

Otra historia. Después de haberse pasado setenta y dos horas seguidas bebiendo con los pescadores, el anciano padre de uno de los vigilantes nocturnos de los pabellones intentó cruzar con su ciclomotor un terreno pantanoso. A mitad de camino, el ciclomotor perdió velocidad y volcó. Cuando los espectadores se acercaron, se encontraron con el anciano roncando en el mismo sitio donde se había caído.

Y también estaba la historia del amigo de mi padre que pasó una tarde en su tienda de campaña con una de las lugareñas —jóvenes aceptablemente guapas, serias, pobremente vestidas, con empleos precarios— que accedían a tener citas estacionales con los pescadores que iban de visita. A mitad del coito, ella miró fijamente a la cara al sudoroso moscovita y le preguntó cuánto ganaba al año.

Los días en que el viento y el silencio en el río eran excesivos para los pescadores, se iban a los pueblos cercanos en una caravana de lujosos SUV. Una vez, mi padre iba en el asiento del acompañante de un Range Rover con tapicería de cuero color crema cuando el

conductor se detuvo a la altura de una chica que caminaba por el arcén. Tenía el pelo largo, era delgada y rondaría los veinte años. El conductor, un ejecutivo de una compañía de gas, bajó la ventanilla y le preguntó, de modo amistoso pero inequívoco, si quería acompañarlos. La chica dedicó una larga mirada de costado al reluciente vehículo y se limitó a preguntar: «¿Puedo pasar rápido por mi casa a por el cepillo de dientes?».

«No nos juzgues demasiado», me dijo mi padre al percatarse de la cara de desaprobación que yo debía de tener. «En Moscú, todos trabajamos demasiado y tenemos el ánimo por los suelos; durante una semana, en el río, volvemos a ser una banda de críos, y es lo más divertido que hacemos en todo el año.» Sonreí por compromiso, no queriendo admitir que su historia —sobre un coche repleto de hombres que se detenía para hablar con una chica—me había recordado a la de Vasili.

Estábamos a finales de octubre. Las luces del compartimento se encendieron temprano. Mi padre retiró los cebos y contemplamos el paisaje allanarse a la luz del atardecer. Los árboles se fueron espaciando hasta que al final prácticamente solo hubo hierba alta. Las cabañas desaparecieron. Yo nunca había estado tan al este de Rusia, tan cerca de los Urales. Recordé cuando estuve en Yalta con Tamara y Mijaíl Mijáilovich, el verano de mis ocho años. Me vinieron a la memoria las horas que pasé mirando por la ventanilla de su sedán Zhiguli, admirado por la vastedad del paisaje, por cómo se extendía, siempre igual, sin límite visible. Años después, lo recordé al descubrir los paisajes chinos a tinta, donde la enormidad de las montañas y los ríos contrasta con la diminuta figura del eremita en su pabellón. Aquella noche de 1978, me quedé dormido en algún punto de los oscuros campos de Ucrania y me desperté en Crimea. Ya era por la mañana, y a lo largo de la noche los abetos y los abedules habían dejado paso a los cipreses y las palmeras; creyendo que estábamos en otro país, casi se me escapó un grito de sorpresa. Quise contarle a mi padre ese recuerdo, pero él se había recostado contra la pared del compartimento y dormía con las gafas colgando de la punta de la nariz.

Jarabali parecía esculpido en barro. Unas bombillas desnudas pendían de un cable, trazando lóbregos cercos de luz sobre la tierra apisonada a la vera de las vías. Dos o tres árboles se vislumbraban en la periferia de la oscuridad. Más allá, entreví una fila de búnkeres de hormigón de una planta, vestigios de una época en la que aquel lugar fue el corazón del colectivismo agrario soviético.

Esperamos junto a un grupo de otros pasajeros, hombres recios y adormilados en edad vacacional; iban embutidos en tejidos técnicos de

última generación y portaban material de pesca en fundas negras de aspecto serio. Los recogió una columna de Mitsubishis y de Lexus y se los llevó a los pabellones de los alrededores. El vehículo que vino a por mi padre era una furgoneta de la época de Brézhnev, jaspeada de corrosión. El conductor, Andréi, un adolescente despeinado y en chándal, conocía a mi padre de visitas previas, y los dos charlaron un rato sobre el tiempo y sobre si los peces picaban o no. Yo iba agarrado al asiento con ambas manos. La carretera estaba surcada por crestas de barro reseco, tan altas que recordaban al fondo de un mar prehistórico. Aunque íbamos a la velocidad de un carrito de golf, la furgoneta se zarandeaba de tal manera que una caja de material salió despedida y se abrió, cubriendo el suelo del vehículo de cebos agusanados y emplumados. El haz de luz de nuestros faros delanteros iluminó a su paso una furgoneta idéntica a la nuestra, que yacía de costado al fondo de una hondonada. «Volcó ahí esta mañana», explicó Andréi alegremente. «Estamos esperando a que vengan con los caballos para sacarla.» El Ajtuba, con brillos de oro viejo, se dejó ver por fin, al fondo de una escarpadura.

Andréi condujo a lo largo de la orilla en un ángulo precario hasta detenerse junto a una garita de guardia y un letrero de contrachapado alumbrado por una lámpara. Agradecidos, volvimos a pisar suelo firme y achicamos los ojos ante el brillo de los halógenos que iluminaban el letrero: «Campamento Éxito: ¡El mayor pabellón de pesca del mundo!». El gerente, un hombre de complexión cuadrada y aire profesional, salió trotando de la oscuridad para darnos la bienvenida. Nos estrechó la mano y preguntó de dónde veníamos. Cuando se lo dije, no se lo creía. Dijo que un checo, un polaco y hasta un japonés habían estado en los pabellones de la zona, pero que yo era el primer estadounidense. Añadió, con verdadera satisfacción, que quizá fuera también el último.

Dos horas después de apearnos del tren en Jarabali, mi padre y yo estábamos sentados en un bote que él solía tener atracado en las cercanías, una embarcación reluciente, de fabricación finlandesa, con el nombre escrito en la proa: *Castor plateado*. Nos encontrábamos en el Volga, a escasa distancia del Ajtuba por un canal pantanoso, y, como el río de la famosa canción de Johnny Mercer, parecía tener más de una milla de ancho. Largamos el ancla cerca de un grupo de árboles centenarios conocidos como los Robles. Eran alrededor de las seis y media de la mañana: la hora punta de los pescadores. El nuevo día comenzaba a insinuarse por el horizonte, y el silencio era el más intenso que yo había oído jamás. Nos quedamos allí meciéndonos hasta el mediodía, y en todo ese tiempo no vimos a ninguna otra persona. La única alteración del silencio la produjo un jabalí que

emergió ruidosamente de entre la maleza para beber en la orilla.

Tras pasar la tarde en el agua, mi padre y yo atracamos el bote y, mientras recorríamos el embarcadero, el móvil me vibró en el bolsillo. Había un punto, cerca de la báscula donde los pescadores pesaban las capturas, donde se conseguía una barra de cobertura. Mi madre me llamaba desde Nueva York, y pasamos unos minutos hablando a gritos por culpa de la mala conexión. El motivo de la llamada era Petya, el hijo que mi padrastro había tenido en su primer matrimonio, quien me había acompañado a Vinnytsia para localizar a Vasili. Mi madre llamaba para decirme que Petya había muerto. Vitaly estaba en Moscú organizando el velatorio y el funeral de su hijo. Ella me pidió que lo llamara.

Yo había visitado a Petya unos días antes; no me reconoció. Yacía en una cama estrecha, con las sábanas bien remetidas, y tenía la piel de un color naranja oscuro. Movía sin cesar los ojos empañados, y cuando se detenían sobre el rostro de alguien, solo por un instante, no mostraban más que miedo y confusión. Hacía un día húmedo, y alguien había abierto todas las ventanas del Hospital Botkin, el mejor centro de enfermedades infecciosas de Moscú. Había siete hombres más en la habitación, que tenía el tamaño de una habitación convencional de un hospital estadounidense, pero con las camas a menos de un metro entre sí y sin cortinas de separación. Uno de los hombres puso a Vitaly —el padre de Petya y mi padrastro— al tanto de la «situación». La noche anterior, Petya se había caído de la cama, contó el hombre, un trombonista de la tercera mejor orquesta de la ciudad. Como Petya pesaba demasiado como para volver a subirlo a la cama, el hombre salió de la habitación y recorrió los pasillos en busca de una enfermera. El trombonista llevaba la cabeza envuelta en un turbante de gasa y tenía los ojos oscuros y la nariz aguileña de un georgiano. En la cama contigua a la suya, una mujer le estaba dando sopa a un anciano de aspecto frágil que no abrió los ojos en ningún momento.

Vitaly se sentó al borde de la cama de Petya y miró con expresión vacía a su hijo. Él y mi madre habían volado a Moscú unas semanas antes y se alojaron con la madre de Petya y exmujer de Vitaly, Irina, una mujer de aspecto fatigado y edad indefinida que llevaba el pelo color agua sucia recogido con una gomilla. Ella había ido a la farmacia a comprar pañales de adulto, porque en el hospital no quedaban de la talla de Petya. Yo desconocía que hubiera diferentes tallas de pañales de adulto. Me quedé un rato junto a la cama de Petya, decidiendo si apoyarle una mano a Vitaly en el hombro. En lugar de hacerlo, salí al cuarto de baño. El pasillo apestaba porque alguien había dejado la puerta de los baños abierta, y los retretes estaban atascados, y no desde hacía poco. Dentro, cuatro pacientes

fumaban y charlaban de pie; uno estaba conectado a una bolsa intravenosa que colgaba de una percha metálica.

Dos años antes, Petya había viajado a Grozni para hacer fotos de las víctimas de la guerra en Chechenia por encargo de una revista de Moscú; dijo que se había metido en zanjas para fotografiar a los muertos, que estaban por doquier. En el tren de vuelta a casa, se dio cuenta de que la piel se le había puesto amarilla. Se apeó en una estación en algún punto a lo largo del Volga —no recordaba el nombre de la pequeña ciudad— y caminó hasta que alguien le indicó la dirección de un hospital. Un médico le extrajo sangre y le diagnosticó hepatitis B. Cuando Petya preguntó cómo podía haberla contraído, el médico se encogió de hombros. Le asignaron una cama, le dieron unas revistas para que se entretuviera y le prescribieron un régimen de pastillas. Al cabo de dos semanas, un médico le dijo que ya estaba mejor, le ordenó descansar —no se meta en más zonas de guerra, le dijo— y le firmó el alta.

Año y medio más tarde, después de volver a ponerse amarillo y de sentirse peor que la primera vez, Petya ingresó por decisión propia en Botkin. Un médico de allí le dijo que el tratamiento contra la hepatitis B requería meses de antibióticos, no semanas. Tras realizarle varias pruebas, le dijo a Petya que tenía el hígado de un hombre de ochenta años, y que estaba fallando. Un especialista al que pidió una segunda opinión confirmó que un tratamiento solo retrasaría el fallo hepático. No era apto para recibir un trasplante, le informó el especialista; moriría en cuestión de un año, puede que de unos meses. Petya tenía treinta y siete años.

Lo llamé al hospital cuando me enteré. Sonaba grogui pero optimista. Me propuso ir juntos al lejano oriente de Rusia —o, como él lo llamaba, «el culo del mundo»— y trabajar juntos en un libro; él haría las fotos y yo me ocuparía del texto. Le dije que me parecía una gran idea y que iría pronto a verlo. En el ínterin, las toxinas que su hígado ya no era capaz de eliminar comenzaron a infiltrarse en el corazón, los riñones y el cerebro de Petya. Vitaly quiso trasladarlo a un hospital de Nueva York, pero el médico le dijo que no sobreviviría al vuelo de diez horas.

Cuando yo lo vi, los brazos antes musculosos de Petya se habían hinchado hasta convertirse en cilindros amarillentos; ya no reconocía a sus padres. Al margen de las visitas esporádicas de un médico de aspecto cansado con una bata color tubo de escape, nadie en el hospital se ocupaba de él. Cuando Vitaly le dijo a una enfermera que Petya necesitaba un baño, ella le dijo que por ciento cincuenta rublos —unos cinco dólares— le podía dejar la llave de las duchas. Vitaly se colocó detrás de Petya, lo levantó sujetándolo por debajo de los brazos, lo llevó trastabillando a las duchas y lo desnudó. Descalzo y

con la camisa y los pantalones puestos, Vitaly sostuvo a su hijo bajo el chorro de agua, que solo salía caliente a ratos. La madre de Vitaly, Sofia, que había criado a Petya y que rondaba los noventa años, era supersticiosa y tenía miedo de los hospitales, así que prefirió mantenerse al margen. Le dijo a Vitaly que estaba convencida de que si ella iba a ver a su nieto al hospital, Petya moriría. Vitaly le respondió que iba a morir de todos modos.

Fui a visitar a Petya la víspera de tomar el tren hacia el Volga. Me había demorado demasiado rato en la recepción, poniéndome las zapatillas de papel verde que las visitas debían adquirir por treinta kopeks. Irina llegó con los pañales de adulto y se sentó, mirando fijamente una pared y escapándose al cuarto de baño cada diez minutos para fumar con los inválidos. Es muy duro para ella, dijo Vitaly sin dirigirse a nadie en concreto, como si fuera necesario ofrecer alguna explicación. Mi madre estaba sentada junto a él. Un hombre sin afeitar y con las piernas envueltas en vendas que ocupaba una cama cercana me dijo que, cuando bajaba la temperatura por las noches, metía hojas de periódico en las grietas alrededor de las ventanas. También que, unas semanas antes, el anciano de la cama contigua a la suya falleció por la noche, y que nadie acudió cuando él apretó el timbre de llamada, que seguramente no funcionaba, así que hubo que esperar a la mañana para que un celador se presentara y trasladara al fallecido a la morgue.

Era la hora de irse; le estreché la mano a Petya, lo que le provocó una convulsión y recorrió el techo con la mirada, desconcertado. Le hablé mientras su vista deambulada ahora por las paredes. Algunos de los otros pacientes de la habitación nos miraban. En la calle brillaba el sol y, a través de la ventana, vi a unos trabajadores con arneses renovando la cúpula en forma de cebolla de la capilla del hospital estatal. Con unos pequeños rodillos aplicaban metódicamente nuevas láminas de oro.

Me quedé mirando el Ajtuba bajo los últimos rayos del sol rojizo, pensando en Petya. También estaba hurgando en mi cabeza en busca de palabras. No podía hablar con mi padrastro en inglés —sonaría frío y demasiado formal— pero no sabía qué hay que decirle en ruso a alguien que acaba de perder a su hijo. Le conté a mi padre lo sucedido y le pregunté qué debía decir, y me anotó varias frases en una hoja de cuaderno. «*Eto nasha obschaya tragedia*» («es una tragedia para todos nosotros») fue la que elegí, y practiqué repitiéndola varias veces. Junto a la báscula del pescado, llamé por teléfono a Moscú y repetí la frase a Vitaly, añadiendo que lo lamentaba mucho. Me dio las gracias y hablamos unos minutos antes de colgar. Ya era de noche y el aire estaba cargado de mosquitos, y yo subí la colina camino de nuestra cabaña, pues a las cinco y media de la mañana teníamos que estar en

el agua.

Foto del autor

Serguéi Golovin había sido ingeniero en la granja colectiva Karl Marx. Mientras conducía, me señaló el letrero cromado de estilo *art déco* al costado de la carretera de dos carriles. Serguéi me cayó bien de inmediato. Era vigilante nocturno en el Campamento Éxito, tenía cincuenta y pocos años, vestía bien y era un hombre competente y tranquilo, nada sentimental y con un irónico sentido del humor. Los días de lluvia, o cuando yo estaba demasiado grogui como para levantarme de la cama antes del amanecer, Serguéi me llevaba en coche por los alrededores; así hicimos cientos de kilómetros en su inmaculado sedán Zhiguli de la época soviética, una copia de un Fiat con una manta pulcramente doblada por encima del asiento trasero.

Hace mucho tiempo, aquí había kilómetros y kilómetros de patatales, dijo Serguéi, y casi todo el mundo trabajaba en las granjas colectivas, donde se cultivaban las famosas sandías de Astrakhan junto a tomates igualmente famosos. Los cultivos desaparecieron a principios de los noventa. Toda la maquinaria de la URSS se detuvo en cuestión de semanas, y todo cuanto quedaba ahora de las granjas colectivas eran polvorientas parcelas en barbecho, tierra arable trabajada por nadie más que el viento que subía desde el río.

Foto del autor

Al igual que Jarabali, los pueblos de los alrededores parecían esculpidos en barro. Uno de los mayores, Sasykoli, no consistía en más que unas pocas calles trazadas perpendicularmente, jalonadas por casas de bloques de hormigón y, aquí y allá, algún coche que era ya una pieza de anticuario. Algunas casas estaban adornadas con neumáticos enterrados en el suelo hasta la mitad —la decoración de los jardines de pobres en todo el mundo— o bien neumáticos de camión apilados de dos en dos o de tres en tres. Las balas de heno amontonadas formaban endebles pirámides. Una vaca esquelética, de procedencia desconocida, vagaba por una calle pastando matas de hierba marrón e ignorando a la manada de perros callejeros que la acechaba. Apenas había amanecido y las personas a la vista eran en su mayoría borrachos matutinos con la camisa sucia que se tambaleaban apoyándose en las vallas y parpadeando por el resplandor del sol. Unos pocos no eran más que adolescentes, y dolía verlos así.

Por las tardes, los hombres se sentaban en bancos y en troncos delante de sus casas; muchos iban vestidos con monos y gorras que habían adoptado el color marrón grisáceo del aire polvoriento. Algunos vecinos trabajaban en la planta conservera de Jarabali. Otros pocos se desplazaban a diario para trabajar en Astrakhan y Volgogrado. Eran fáciles de identificar porque llevaban ropa mejor falsificada, procedente del mercado negro de las ciudades: botas de piel con la puntera afilada, vaqueros Guess, aparatosas gafas de sol con montura dorada y las G de Gucci en las sienes.

Foto del autor

Serguéi me llevó en coche de pueblo en pueblo describiéndome lo que veíamos. Fuera de los pueblos parecía haber tanta vida como en el interior. Conducíamos sin ningún destino en concreto, así que de vez en cuando Serguéi aminoraba la marcha para que pudiéramos disfrutar de los detalles que el campo nos ofrecía. Pasamos junto a un hombre que iba por el arcén empujando una bicicleta cargada con sacos de patatas. Pasamos junto a dos hombres que trataban de reparar una furgoneta; había tantas piezas esparcidas sobre la hierba que parecía como si pretendieran construir una máquina completamente diferente con ellas. Pasamos junto a una bandada de cuervos alzando el vuelo escandalosamente, como niños quejándose en el asiento trasero de un coche. Pasamos junto a mujeres con holgadas túnicas floreadas; vendían unos tomates rosáceos y poco apetecibles que llevaban en cajas de cartón. Pasamos junto a un hombre con una gorra de tela vaquera sentado sobre un maletín. En un tramo de carretera especialmente despoblado, pasamos junto a un grupo de embravecidos caballos castaños que levantaban a su paso una nube de polvo; nos fue imposible deducir si pertenecían a alguien. En un cruce, Serguéi me señaló un sedán que había dado la vuelta de campana. Dijo que llevaba allí, boca abajo, más de una semana.

Foto del autor

En Bugor —el nombre significa «altozano»— nos detuvimos frente a un paralelepípedo de ladrillo y aluminio coronado por cinco pequeñas campanas, una cúpula semiesférica, otras dos con forma de cebolla y cruces ortodoxas. Eran de chapa metálica y parecían hechas a mano. Cuando los soviéticos llegaron a Bugor, me explicó Serguéi, retiraron las cúpulas de la iglesia y la transformaron en un liceo. Unos setenta años después, los vecinos volvieron a convertirla en iglesia y recaudaron dinero para reponer las cúpulas, pero solo reunieron suficiente para hacerlas de chapa metálica, no de oro. Las cúpulas desprendían brillos de un gris peltre bajo la luz del sol, prosaicas como teteras.

Le pregunté a Serguéi en qué trabajaba la gente de por allí desde que se cerraron las granjas colectivas. Cuando dejó de haber dinero para los salarios, me dijo, siguieron yendo a trabajar y durante un tiempo cobraban en especie. Les daban azúcar, o camisas de rayón, o raquetas de pimpón, y así una suerte de ingenioso mercado de trueque surgió en la zona; la gente conducía cientos de kilómetros porque había oído el rumor de que alguien a cinco pueblos de distancia tenía un rollo de aislante térmico que a lo mejor estaba dispuesto a cambiar por unos manteles de plástico y un juego de damas. El director de la granja colectiva Karl Marx conocía al director de una fábrica de porcelana que había al norte, a la orilla del Volga, y durante meses a Serguéi le pagaron en platos.

—¿En platos? —repetí, creyendo que no había oído bien. Se

encogió de hombros. En Sasykoli, Serguéi vivía en una inmaculada cabaña de madera. El espacioso patio trasero había sido transformado en un huerto donde su mujer cultivaba pepinos, tomates, lechugas, cebollas y eneldo en unas parcelas prístinas que aprovechaban hasta el último centímetro cuadrado del terreno. Serguéi me guio a un cobertizo al fondo del huerto, retiró un candado y abrió las puertas de par en par. Dentro, apilados hasta el mismo techo, había cientos de platos de porcelana, blancos, sin estrenar, algunos aún envueltos en papel. «Pensé que algún día les encontraría utilidad», dijo.

Los caballos y los cuervos eran los elementos más móviles del paisaje. Todo lo demás en la llanura aluvial se hallaba a ras de suelo, estaba inmóvil y era de un gris amarronado. El único lugar digno de la denominación «destino» era Selitrennoe. *Selitra* significa «salitre» (*saltpeter* en inglés) y, por alguna razón, mi cerebro, perdido entre ambas lenguas, rebautizó el pueblo como Saltpetersburgo. Situado a poca distancia en coche del Campamento Éxito, era igual que los demás pueblos salvo por el yacimiento arqueológico que había a sus afueras desde los años sesenta. Mientras Serguéi y yo caminábamos por Selitrennoe y él me contaba la historia del lugar, algunas de sus calles parecían deshabitadas. Un potro negro pasó al trote a nuestro lado y se perdió por una callejuela lateral sin detenerse; parecía tener un destino en mente e ir con prisa. Nos rodeaba un horizonte completamente llano, lo que causaba una sensación extraña a un urbanita como yo. Inquietaba pensar que setecientos años antes, en el lugar donde ahora estaba aquel pueblo inhóspito se alzaba una ciudad más populosa e importante que Moscú.

La ciudad mongola era conocida como Sarái, o Sarái Batú, por el nieto de Gengis que, en el siglo XIII, conquistó Rusia y construyó su capital allí, en la estepa Caspia, con el fin de estar cerca del río y de las caravanas de mercaderes que hacían la Ruta de la Seda. Los mongoles eran nómadas que requerían grandes pastizales de hierba para sus caballos y que no concedían ningún valor a la variedad y el colorido de la vegetación.

Los mongoles eran tan inevitables e impredecibles como los fenómenos meteorológicos. Surcaban los campos como una ventisca, irrumpían de improviso en los pueblos a pleno galope. Las crónicas eclesiásticas medievales nos proporcionan una idea de lo terribles que debían de ser sus apariciones. Cuando los desconocidos jinetes aparecieron por primera vez en la estepa, muchos rusos dieron por sentado que eran las gentes de Gog y Magog —enemigos míticos de Alejandro el Grande— y que su presencia era una señal del advenimiento del apocalipsis. Respecto a esto último, no estaban del todo equivocados.

Las campañas que Batú llevó a cabo contra quienes vivieron en el territorio correspondiente a la Rusia actual infligieron muerte y sufrimiento a una escala que no se volvería a presenciar hasta el siglo XX. A los mongoles les había costado sesenta años conquistar China; para someter Rusia, les bastaron tres. En lugar de ocupar las ciudades, Batú se limitó a inmolarlas tras haber aniquilado a todos los vecinos. A comienzos de 1237, arrasó Riazán, Kolomna, Kostroma, Yaroslavl, Úglich, Kashin, Snyatin, Galich, Gorodéts, Kozelsk, Rostov, Súzdal, Volokolamsk, Chernígov, Smolensk, Pereslavl-Zalesky, Yuriev-Polsky, Dmítrov, Torzhok y Tver; entre las ciudades más grandes, solo Vladímir y Pskov quedaron en pie. Su ejército aniquiló a doscientas setenta mil personas solo en Moscú. Los mongoles mataron a todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad de Vladímir y dejaron casi despoblada la región del Dniéper.

En 1240, Batú llegó a Kiev. Era la más hermosa ciudad de la antigua Rus y su capital, y de ella se decía que superaba a las ciudades europeas tanto en dimensiones como en esplendor. Había albergado más de seiscientas iglesias, y sus familias nobles se hallaban emparentadas, bien por matrimonio, bien por vínculo de sangre, con los monarcas de Bizancio, de Inglaterra y del Sacro Imperio Romano. Tras abrir brecha en las murallas de Kiev y matar a casi todos cuantos vivían en su interior, los soldados de Batú vaciaron asimismo las tumbas, desparramaron los huesos y reventaron los cráneos a taconazos. A continuación prendieron fuego a la ciudad. El legado papal Juan de Plano Carpini, que pasó por Kiev cinco años después, encontró menos de doscientas casas en pie y «un número incontable de cráneos y de huesos tirados por el suelo».

Cuando los mongoles se aproximaban a una ciudad, dejó registrado otro cronista, los berridos de sus camellos, los relinchos de sus caballos y el matraqueo de la maquinaria de guerra acallaban las conversaciones dentro de los muros de la ciudad. Anunciaban su llegada arrojando proyectiles en llamas por encima de las murallas, disparados por catapultas chinas supervisadas en persona por Tului, el hijo menor de Gengis. Tras barrer Rusia, Polonia, Silesia, Hungría, Serbia y Bulgaria con poca oposición, el ejército mongol prosiguió hacia el oeste. Otros países europeos sin duda habrían caído también si la muerte del Gran Kan en 1241 no hubiera convencido a Batú de abandonar el asedio de Viena y de regresar a la capital mongola, Karakorum.

Los mongoles —o tártaros, como los llamaban los rusos— gobernaron Rusia durante más de doscientos cincuenta años con una maldad oficiosa y desconcertante. Tras conquistar a los persas y a los chinos, convivieron con ellos, pero con los rusos mantuvieron las distancias; enviaban sus órdenes a través de la estepa y, al cabo,

delegaron en príncipes locales para recaudar los tributos, hacer cumplir los edictos y aplacar las revueltas en otras principalidades. Los tártaros parecían arrasar pueblos rusos por diversión, incendiaban las cosechas, soltaban el ganado, tomaban esclavos y rehenes. Los kanes castigaban los errores políticos y la insubordinación de sus súbditos con severidad y frecuencia. Saquearon Moscú varias veces. Asaltaron Riazán tan a menudo que, al final, sus habitantes desistieron y reconstruyeron la ciudad en otro emplazamiento. Esclavizaban a los supervivientes de sus campañas, incorporaban a las mujeres jóvenes a los harenes, y deportaban a los trabajadores especializados y a los artesanos a la estepa para construir Sarái y otras ciudades tártaras. Solo los monasterios ortodoxos eludieron las incursiones azarosas y las exigencias de tributos; los tártaros creían en el poder espiritual de los sacerdotes de toda clase y dejaron en paz a los barbudos monjes.

Para ser justos, los príncipes rusos tampoco eran demasiado admirables. Robaban con deleite a su pueblo y guerreaban sin cesar entre ellos, recurriendo en ocasiones a la ayuda militar de los tártaros para zanjar rivalidades y *vendettas*. Los kanes disfrutaban enfrentando a los rusos entre sí; en 1327, Iván Kalitá de Moscú encabezó un ejército punitivo tártaro-ruso contra el rebelde Aleksandr Mijáilovich de Tver (hermano menor del famoso Dmitri Ojos Terribles). Como recompensa por su victoria, a Iván se le otorgó el título de Gran Príncipe y fue entronizado en Vladímir. A todos los príncipes se les exigía que realizaran viajes de varias semanas a Sarái (y a veces hasta la misma Karakorum) para rendir tributo, sobornar a los oficiales tártaros y resolver disputas, teniendo para ello que suplicar al kan y, en ocasiones, a alguna de sus poderosas esposas. Aleksandr Nevski, el héroe de guerra ruso famoso por sus victorias sobre los suecos y los caballeros teutónicos, viajó repetidas veces a Sarái para postrarse ante Sartaq, hijo de Batú. Nevski —que fue canonizado por la iglesia ortodoxa— falleció mientras retornaba de uno de aquellos viajes.

Los tártaros destacaron en otra facetas, además de la destrucción. En la primera mitad del siglo XIII, donde ahora se ubica Selitrennoe, construyeron una ciudad que igualaba en esplendor a cualquier otra del medievo, un centro comercial con mezquitas y palacios decorados con incrustaciones de mayólica, tallas de alabastro y azulejos de terracota. Una red de conducciones subterráneas traía agua desde el Ajtuba, y había barrios y mercados para todas las nacionalidades que allí comerciaban. Los italianos, por ejemplo, gestionaban dos mercados en Sarái, uno para los genoveses y otro para los venecianos. En su cenit, la ciudad era el hogar de cerca de seiscientas mil personas. Para tratarse de una gran metrópolis, no obstante, Sarái tuvo una vida muy breve. Tamerlán la saqueó en 1395 y prendió fuego a sus bibliotecas y archivos. Se mantuvo en pie un siglo y medio

más, intervalo en que los tártaros cayeron en la división y el desorden, mientras la estepa regresaba gradualmente a lo que siempre le ha gustado ser: un espacio vacío.

Los tártaros influyeron en el modo de vida de los rusos de modos tan misteriosos como innegables. El vocabulario ruso contiene cientos de términos procedentes de la lengua tártara, tan notorios como los característicos pómulos rusos. El estilo antiguo de saludo —tocar o golpear el suelo con la frente— es también un vestigio de los tártaros. Iván el Terrible prometió en una ocasión que «si el pueblo de Nóvgorod humilla la frente ante mí, perdonaré su vida». En tiempos de los zares, los campesinos mostraban con orgullo los chichones de su frente, resultado de postrarse ante sus superiores. Pero la más indeleble contribución de los tártaros a la cultura rusa es el despotismo de los gobernantes del país, así como la aquiescencia del pueblo; incluso después de que la nación se emancipara de los tártaros, su historia quedó enzarzada en un drama cíclico de victimización y sumisión interpretado por los rusos de a pie, en una tierra que Mijaíl Lérmontov, el poeta del siglo XIX, describió en un famoso poema como: «un país de esclavos, un país de amos». Esta herencia cultural ha sido objeto de análisis prácticamente desde que los tártaros se fueron; el filósofo Piotr Chaadáyev suscitó un escándalo en 1829 cuando escribió que «nuestros gobernantes» heredaron de los tártaros el espíritu de «una dominación extranjera cruel y humillante».

Algunas de las particularidades rusas que irritan y desconciertan a los occidentales también datan de siglos atrás, a veces de la ocupación tártara. Después de que los tártaros se fueran, persistió en Rusia el recelo hacia los extranjeros. En Selitrennoe pensé en la convicción, tan a menudo invocada en Rusia, de que los extranjeros y ciertos ciudadanos marginales maquinan para minar el país, motivo por el que se les suele culpar de los problemas nacionales. En diferentes momentos históricos, tales antagonistas extranjeros y domésticos han sido suecos, lituanos, turcos, japoneses, alemanes, masones, judíos, chechenos, estadounidenses, protestantes y, más recientemente, chinos, estonios, georgianos, ucranianos y el colectivo LGBT. Y de la cultura musulmana de sus conquistadores, los rusos heredaron el tropo del «decadente Occidente», un lugar imaginario donde extranjeros acaudalados y ateos conspiraban y hacían mofa y escarnio de la oprimida y piadosa Rusia.

Por supuesto, el constante peligro, procedente tanto de fuera como de dentro del país, exige un gobernante enérgico y autocrático. Mientras que este mito es perpetuado por los anuncios oficiales del Kremlin, muchos rusos lo sienten de manera instintiva. Los rusos tienden a personalizar su país, siempre en femenino, como una mujer acosada, derribada a golpes, con infinitas reservas de paciencia y la

capacidad de soportar lo insoportable. Por supuesto, en realidad así se están describiendo a sí mismos. La tierra nunca les ha pertenecido —era propiedad del perenne Dueño de Todas las Rusias o de un comisario del pueblo en San Petersburgo o Moscú— pero Rusia sí. Quizá únicamente como idea, pero una idea irresistible y poética que es un pilar de su imaginación. Aun así, los rusos confían la mucho menos poética labor de gobernar al líder supremo de la capital, un déspota a quien a menudo han llamado «Padre» a secas, llevados por la creencia de que es necesario renunciar a los derechos y amparos de una sociedad legítima para obtener a cambio estabilidad y orden.

Stalin fue solo el más criminal de una larga procesión de «Padres» (y varias «Madres»), y muchos de los rasgos que podrían parecer novedosos del totalitarismo soviético son muy anteriores al Estado soviético. Los agentes del NKVD como mi abuelo se parecían sobre todo a los *oprichniki* de Iván el Terrible, que espiaron, torturaron y masacraron a toda clase de rusos, empleando el terror como una forma de control de masas; igual que le sucedió al NKVD, los *oprichniki* acabaron siendo víctimas de la paranoia de su gobernante. El gulag, el archipiélago penal soviético, vino a sustituir un sistema de siglos de antigüedad de exiliados políticos y de presos comunes a los que se les hacía marchar hacia el este a lo largo de la carretera más larga del mundo, la Gran Ruta Transiberiana, cruzando el país en columnas de hombres engrilletados, hambrientos, azotados por los guardias, que se congelaban en invierno y a los que devoraban los mosquitos y los tábanos en los sofocantes veranos. El propio Stalin fue uno de aquellos prisioneros y se escapó de su exilio siberiano en al menos dos ocasiones.

Los autores rusos que se han atrevido a escribir con franqueza sobre su país a menudo lo ven como un problema que hay que solucionar; dos famosos libros sobre Rusia, uno de Chernyshevski y otro de Lenin, llevan por título *¿Qué hacer?*, mientras que en 1995 Solzhenitsyn publicó *El problema ruso al final del siglo* XX. Pero muchos más rusos consideran que discutir las calamidades del pasado es insultar y menospreciar a su país, una convicción que data asimismo de la conquista tártara. Durante la época de la ocupación, los resultados de las campañas militares eran vistos como veredictos divinos por el recto pueblo ruso y su iglesia única y verdadera. «Por nuestros pecados», escribió un cronista de Nóvgorod en referencia a los tártaros, «naciones desconocidas llegaron». ¿Pero cómo iban a explicar los escribas de los siglos XIII y XIV la absoluta derrota de Rusia y su prolongada ocupación? Pese a que las crónicas medievales abundan en descripciones de los pillajes y la inhumanidad de los extranjeros, no figura en ellas ni una sola alusión a que la totalidad de las tierras fueron conquistadas y ocupadas por infieles foráneos

durante más de dos siglos y medio. Es como si los cronistas hubieran decidido no reconocerlo. Un historiador lo llamó la «ideología del silencio».

Quizá fuera un intento de salvar las apariencias ante las generaciones venideras, pero, en cualquier caso, el hábito de reescribir y censurar la historia se ha mantenido. Un año antes de que yo fuera a Selitrennoe, se publicó y publicitó a bombo y platillo un libro de texto en Moscú. *La historia moderna de Rusia, 1945-2006: Un manual para profesores de Historia* fue escrito, o así se anunció, bajo la supervisión directa del presidente, y con motivo de su publicación Putin intervino en persona en un congreso de profesores. Una de las más extrañas entre las muchas teorías novedosas del libro sugiere que las purgas de Stalin y la formación del gulag fueron productos de la agresión estadounidense. «En el contexto de la Guerra Fría», explica el libro, «la democratización no era una opción para el Gobierno de Stalin.» La colectivización, la hambruna y los asesinatos en masa fueron la única respuesta posible, nos aseguran los autores, porque las condiciones de la sociedad rusa así «lo exigían».

El deseo de Putin de abrillantar el pasado del país como si fuera un bulevar moscovita condujo asimismo a que su Gobierno, en 2014, promulgara una orden clasificada para hacer desaparecer todos los registros personales de los prisioneros del gulag; en algunos casos, los últimos documentos que probaban la existencia de aquellas personas. Tal iniciativa se basaba en la idea, propia de los cuentos de hadas, de que hacer desaparecer los documentos históricos equivale a hacer desaparecer el sufrimiento en ellos descrito. «La historia de Rusia contiene algunas páginas problemáticas», dijo Putin a los profesores de historia asistentes al congreso. «Nosotros tenemos menos de esas páginas que otros países. Y también menos terribles que las de algunos de esos países… No podemos permitir que nadie nos imponga un sentimiento de culpa.»

Foto del autor

Mientras recorría Selitrennie, me costaba creer que mucho de lo que hoy conforma Rusia —y el carácter ruso— tuvo origen en aquel lugar vacío y fantasmagórico, el decorado del trauma formacional de la nación. Desde entonces he pensado a menudo en Selitrennoe, sobre todo desde que leí sobre el estudio de los ratones de Emory, y otros estudios acerca de la transmisión intergeneracional del trauma. ¿Y si la particular y cíclica historia de Rusia, comencé a preguntarme, venía guiada por algo más que los precedentes y la tradición? ¿Y si los rusos no solo nacíamos con una serie de hábitos y asunciones culturales, sino que nos topábamos asimismo con una realidad predeterminada genéticamente por una catástrofe nacional? Si esto fuera cierto, casi ocho siglos atrás aquel asentamiento tártaro a orillas del Ajtuba fue el detonante de una reacción en cadena imparable: una transmisión intergeneracional de miedo, sospecha, dolor, melancolía y rabia que, con el discurrir del tiempo, cuajó en nuevas calamidades históricas, nuevos traumas que transmitir a los jóvenes.

Al fin y al cabo, ¿hay algo más fácil que empatizar con una víctima de trauma que elige la seguridad antes que la libertad? En su novela *Todo fluye*, el novelista y periodista Vasili Grossman, calificado en ocasiones como el Tolstói soviético, describió el alma rusa como un «esclavo de mil años de edad». Estudiando el brutal pasado del país, Chaadáyev se lamentaba de que «nosotros, los rusos, al igual que los hijos ilegítimos, vinimos a este mundo sin patrimonio». Pero el

patrimonio de los rusos es fácil de identificar en una nación de personas temerosas de los extranjeros, de sus propios compatriotas y de la perspectiva de una mayor libertad, un pueblo atemorizado sin causa aparente, como los ratones de laboratorio de Emory.

Se levantó viento. Serguéi y yo nos apoyamos en una valla, contemplando la estepa donde Batú levantó su ciudad. No era como la estepa más al oeste, donde la hierba crece exuberante y más alta que un hombre; aquí, la hierba amarillenta forcejeaba con parches arenosos, como si la tierra no pudiera decidir qué quería. Serguéi, habitualmente sereno e irónico, estaba furioso de repente. Molesto, sacudió una tabla floja de la valla. «La gente de aquí habla como si las cosas siempre estuvieran cambiando», soltó con una emoción inesperada. «¡Los tártaros, los bolcheviques, los capitalistas! Y yo me pregunto: ¿acaso la vida ha sido alguna vez de otra manera aquí? Estas gentes fueron esclavos y granjeros sometidos por deudas a los príncipes para quienes trabajaban, luego fueron esclavos de los tártaros, luego siervos de los zares. ¿Y qué cambió cuando llegaron los rojos? Más gente aprendió a leer, es cierto, más niños llegaban a adultos. Pero también ellos se pasaron la vida trabajando una tierra que no era suya, y que no podían abandonar, no podían viajar a ningún otro sitio, lo ignoraban todo sobre el mundo.» Señaló en la dirección del sol poniente. «A lo mejor allá lejos todo está cambiando siempre. ¿Pero qué ha cambiado aquí?» Hizo un gesto hacia el pueblo que nos rodeaba, con los fardos de forraje, la pintura pelada y las casas de madera a la vera de un camino de tierra. Si se obviaban las chapas metálicas y los dos o tres coches oxidados, era fácil imaginar cómo debió de ser el sitio doscientos o incluso trescientos años antes. «Los tártaros nunca se fueron», dijo Serguéi sombríamente. «*Nosotros* somos los tártaros.» Y dicho esto escupió, como si quisiera librarse del mal sabor de boca que le habían dejado sus palabras, y echó a caminar hacia el coche.

En el Campamento Éxito, cuando la luz del amanecer comenzó a iluminar la hierba, mi padre y yo fuimos al embarcadero y desamarramos el bote. Mi padre bajó el motor fuera borda y lo puso en marcha. El *Castor plateado* cobró velocidad y planeó sobre el agua. El viento rizaba la superficie del río, de modo que cuando navegábamos perpendicularmente a la corriente, el bote rebotaba como una piedra, golpeteando el agua con un *chun-chun-chun* metálico.

Foto del autor

Mi padre largó dos anzuelos cebados e hizo pasar el bote, a menor velocidad, por los sitios buenos. Iba abrigado con una cazadora negra de Shimano y una gorra negra con el logotipo de la compañía japonesa; creo que le gustaba disfrazarse de deportista. A aquellas horas tempranas el paisaje se desperezaba poco a poco, y los pequeños sonidos y sensaciones se iban dibujando en marcado contraste contra la oscuridad: el parloteo de los cuervos, el petardeo del fueraborda, los firmes tirones de la corriente en los cabos de pesca.

De todo el tiempo que pasamos juntos, aquellos fueron mis momentos favoritos. Mi padre y yo en el bote, aún adormilados, rodeados de un horizonte de color lavanda, y sin ninguna necesidad de hablar. Era la mejor forma de estar juntos. El trabajo —atar señuelos, cebar anzuelos, pelearnos con el fueraborda— ya nos hacía sentir lo bastante cercanos el uno al otro. Abundaban los silencios: nos sentábamos uno al lado del otro realizando labores pequeñas y concretas, sin hablar; el ancho río, el cielo y los árboles distantes cambiaban a nuestro alrededor como un decorado móvil. La mayoría de las mañanas y de las tardes no había allí nadie más que nosotros, compartiendo nuestro vínculo primordial y biológico. En aquellos momentos yo casi llegaba a creer que toda una vida de buenas intenciones no verbalizadas había acabado dando lugar a una buena relación, y que las cosas siempre fueron así, y que nadie se iría, y que nadie moriría. Cuando mi padre me miró, me pareció que él también lo sentía. Pienso a menudo en aquellas mañanas.

Nuestra cabaña de una sola habitación tenía un porche cerrado con

tela mosquitera. La mayoría de las noches, después de cenar algo rápido en el comedor, nos sentábamos en sillas de plástico en el porche, apoyábamos los pies en la barandilla de madera y fumábamos los Winston de mi padre. Nos pasábamos una botella de brandi Moldovan cinco estrellas que vendían en el comedor por nueve dólares; el regusto ardiente y dulce casaba bien con el tabaco. Dentro, una mesilla de noche y una alfombrilla separaban nuestras camas, y antes de irnos a dormir charlábamos un rato, lo que nos permitía mirarnos el uno al otro durante unos momentos sin sentirnos incómodos. Algunas veces, yo lo disfrutaba; otras, me sentía cohibido ante el escrutinio de mi padre, volvía a ser de nuevo aquel niño tímido y vacilante, y era una sensación casi física que yo no podía soportar mucho tiempo. Entonces uno de los dos apagaba la luz y de pronto ya era por la mañana, y sonaba el despertador anunciando que era hora de volver al embarcadero.

Foto del autor

Varias noches, mi padre cruzó la carretera para ir al pabellón de pesca adyacente, llamado el Triángulo, donde les gustaba alojarse a él y a sus amigos. Me dijo que para nosotros dos había elegido el Campamento Éxito porque yo era un estadounidense acostumbrado a las comodidades. Me sonó a reproche, aunque a lo mejor era cosa mía. El Campamento Triángulo era más comunitario, más rústico, más barato; en lugar de espaciosas cabañas para dos personas, en cada habitación dormían ocho o diez personas; y no había camas sino catres. Cuando mi padre iba allí a ver a sus amigos, no me llevaba con

él. Yo quería conocerlos —incluso sugerí, aunque no era muy cierto, que podría ser bueno para mi artículo—, pero él descartó la idea y se adentró solo en el bosquecillo brumoso. Yo lo esperaba leyendo en el porche. Me preguntaba con infantil recelo si mi padre era reacio a que yo conociera a sus amigos o a que ellos me conocieran a mí. Él solía volver tarde y por la mañana no decía gran cosa sobre lo que había hecho, aunque yo preguntase.

Pocos días antes de que nos fuéramos del Volga, mi padre y yo estábamos recorriendo tranquilamente los canales poco profundos y poblados de juncos que conectan los ríos. Hacía sol y no había ni una nube en el cielo, salvo la estela de condensación que había dejado un avión monomotor, redonda como una pincelada japonesa. El bote avanzaba ronroneando cuando noté un tirón en mi caña de pescar. El carrete giró, desenrollándose a toda velocidad, puse el freno y la caña se dobló en una U invertida. «Sujétala fuerte», me gritó mi padre. Hubo un destello plateado en el agua y el pez brincó, tratando de desengancharse del anzuelo. Fui cobrando sedal poco a poco, como mi padre me había enseñado, y solo cuando asomó la cabeza por encima del agua vi que era un lucio, un grueso pez cubierto de escamas plateadas y de ojos verde oscuro. «Unos seis kilos», dijo mi padre, asintiendo con aprobación, cuando lo icé a bordo. El lucio yacía entre nosotros, revolcándose furioso en el fondo del bote.

Esperamos a que dejara de moverse y mi padre sacó su cámara para hacerme una foto con mi primer trofeo respetable. Levanté el pesado pez y lo sostuve en alto con ambas manos mientras él enfocaba. Antes de que pudiera sacar la foto, el lucio se retorció y se me deslizó de entre las manos. A diferencia de los guantes de pesca de mi padre, de goma con la palma rugosa, los míos eran unos simples guantes de piel, los mismos que usaba en Nueva York en invierno, y al cabo de varios días de pesca estaban resbaladizos por el contacto con el pescado. Me lancé a por el lucio, haciendo balancearse el bote, pero cuando lo aferré, mis manos resbalaron por su cuerpo sin que yo pudiera impedirlo. Tras algún otro intento de capturarlo digno de vodevil, el pez logró salvar la borda y desapareció en las profundidades. Mi padre me estaba mirando, con incredulidad que se iba transformando en indignación. «Te ha salido que ni planeado, vamos», masculló, y volvió a guardar la cámara en la funda impermeable. «En la vida hago yo una cosa así de estúpida.»

No hablamos en el camino de regreso al pabellón. Yo iba sentado a proa, concentrado en los reflejos del sol vespertino en el agua. Toda la satisfacción y el afecto que habíamos compartido se habían desgarrado como una costura mal cosida; volvía a sentir el enfado y la vergüenza habituales, e iba encogido, con la mandíbula apretada, negándome a mirar a mi padre. Sentía también aquella familiar

impotencia, porque, con mi ruso torpe y funcional, no podía decirle todo lo que quería. Más tarde, en el porche, lo intenté de todos modos. «Me has avergonzado», le dije. «Es lo que siempre has hecho conmigo. Yo a ti no te lo haría nunca.» Las palabras me salieron a trompicones; pretendía sonar herido, pero temblaba de rabia. Mi padre me miró y pareció que iba a responder algo, pero al final soltó un largo suspiro exasperado y entró en la cabaña. Me dejó plantado en el porche, macerándome en el enojo que sentía hacia él y también hacia mí, y en la lástima por él, y en algo que se parecía al duelo. De pronto tuve dolorosamente claro que él no estaba dispuesto a darme, o no podía, las respuestas que yo había ido buscando, y que no habría ninguna confesión de los traumas que él había heredado, infligido y padecido. ¿Por qué lo comprendía en ese preciso momento? Desde que nos conocíamos, mi padre siempre me había ofrecido la misma respuesta: tendrás que hacerlo tú solo. Todo. El dolor causado por su ausencia —y el ansia por su presencia— eran tan intensos que nunca me detuve a pensar que él tenía, en cierto modo, razón; no lo necesitaba para concluir las frases que él dejaba a medias. Yo podía decidir por mí mismo.

Nos evitamos hasta el anochecer, y entonces salió al porche, donde yo estaba sentado fumando sus Winston. Estuvimos un rato sentados uno al lado del otro, contemplando las franjas rojizas y amarillentas, cada vez más oscuras, al oeste. «¿Sabías que después de que tú y tu madre os fuerais, mi padre vino a visitarme?», preguntó. Me volví hacia él.

En 1985 o 1986 —no se acordaba bien— recibió una carta de Vasili. Quince años de silencio era demasiado tiempo, decía Vasili; no estaba bien que un padre y un hijo vivieran como desconocidos. Al final de la carta, añadía que unas semanas más adelante tenía que ir a Moscú y esperaba poder hablar de algunas cosas con él y disculparse. «Tu padre, que te quiere», firmó Vasili. Mi padre leyó la carta varias veces pero no contestó.

Para entonces, él ya se había mudado del piso donde había vivido conmigo y con mi madre para irse a un piso más grande en un edificio adyacente, cosa que Vasili desconocía. (Alguien dejó la carta encima de los buzones del portal.) La mañana de la visita, alguien llamó al timbre de mi padre. «Hay un viejo delante de tu antiguo piso preguntando por ti», le dijo una vecina. Mi padre hizo una pausa en el relato para encender otro Winston. «Yo no tenía más que cruzar el patio», continuó. «Él me estaba esperando a menos de cien metros de distancia. Me puse el abrigo y me lo volví a quitar, y así varias veces, caminé arriba y abajo por mi casa, me fumé unos cuantos cigarrillos. Al final, no fui a verlo. No podía. Era como si una mano invisible no me dejara moverme. Luego me enteré de que Papá se pasó casi todo el

día allí, en el pasillo. Después de aquello, no volví a saber de él.»

Era la primera vez que yo oía a mi padre referirse a Vasili como «Papá», y fue un tanto desconcertante, como si por primera vez él reconociera el parentesco que los unía. Supe que aquel relato era una ofrenda que mi padre me hacía; no el relato que yo quería, pero al menos algo real. Pasamos un rato hablando de otras cosas hasta que se fue a dormir. Yo me quedé fuera, viendo cómo el humo de mi cigarrillo ascendía hasta la bombilla del porche, donde se sumaba al frenesí de polillas. Me imaginé a Vasili esperando de pie en el pasillo de cemento que yo había conocido de niño; el antiguo agente del KGB de más de setenta años, con un traje recién planchado, esperando al hijo del que se había distanciado. Y me imaginé a mi padre, andando de un lado a otro en su casa, con un cigarrillo en la mano y decidiendo a cuál de sus impulsos obedecer después de años de separación. En realidad, también yo sabía lo que era la «mano invisible». Pensé en las incontables veces en que había querido preguntarle o decirle algo a mi padre, o sencillamente oír su voz, cuando la mano —el residuo de décadas de dolor, decepción y enfado — me impidió marcar su número de teléfono. Y al detenerme a considerar qué habría hecho yo si hubiera estado en el lugar de mi padre aquella mañana de 1985 o 1986, me sorprendió descubrir que no lo sabía.

Aquella noche volví a tener la pesadilla. Estoy en pie frente a nuestra casa de veraneo en Stepanovskoye, agarrado a la valla azul al pie del camino sin asfaltar donde solía sacar agua del pozo y donde aprendí a montar en bicicleta, mirando la luz al otro lado de las persianas verdes. Huelo los pinos y el humo de leña de la cocina de mi bisabuela, y oigo a Liudmila Andreevna en el patio adyacente, cantando entre los espinos de fuego, y veo la cosechadora en el trigal lejano. Si pudiera despertar de esa pesadilla y descubrir que me encuentro en ese mismo lugar, tal como entonces era, sentiría un gran alivio, pues fue el lugar donde más feliz fui en mi infancia. Pero eso nunca sucede, y los ladridos del bulldog al otro lado de la valla me dejan mudo de miedo. Mi madre, mi padre, Tamara y María Nikoláyevna están en la casa, y yo quiero verlos desesperadamente, así que, como todas las demás veces, abro la portilla de un tirón y corro hacia la puerta, y el bulldog me persigue, gruñéndome en el cogote.

Me desperté gritando. Era plena noche pero, para mi sorpresa, había una lámpara encendida, y mi padre estaba sentado al borde de mi cama. —Estabas hablando en sueños —me dijo—, y de pronto te has puesto a gritar. —Lo siento —contesté, de manera un poco absurda. El corazón aún me latía a toda velocidad. Los ojos de mi padre, agrandados por las gafas de leer, me escrutaban. —Cuando yo

era niño y vivíamos en Moscú, tu abuelo también hablaba en sueños —me dijo—. A veces gritaba o lloraba, y tu abuela lo despertaba y le hablaba hasta que él volvía a dormirse. —Se quedó un momento pensativo—. Yo los escuchaba desde detrás de la cortina. Y tú ahora sonabas como él.

Con las gafas puestas y sin dentadura postiza, mi padre parecía más viejo de lo que yo nunca lo había visto. Me dio unas palmaditas en las piernas por encima de las mantas, me deseó buenas noches y se volvió a la cama. Yo apagué la lámpara. Transcurrieron unos momentos sin que pudiera ver ni oír nada. La noche en el Volga era muy oscura y los pájaros aún no se habían despertado. Entonces oí a mi padre revolverse y cambiar de postura en la cama. Pasamos largo rato tumbados, cada uno a solas con sus pensamientos, hasta que nos volvimos a dormir.

AGRADECIMIENTOS

Para escribir este libro necesité más apoyo, consejo, favores, cariño, comidas caseras, paciencia y tiempo de lo que me gustaría reconocer. He acumulado una deuda enorme. Este libro no existiría sin John Jeremiah Sullivan, que fue el primero en sugerir que las historias que en él figuran merecían ser escritas, y que tuvo la generosidad de presentarme a las personas que me ayudaron a que eso sucediera. Joel Lovell y Jim Nelson de la revista *GQ* hicieron posible el viaje para conocer a Vasili. Nathan Lump de *T* me envió de pesca. Doug Dibbern me ayudó a dar forma al material, leyó numerosos borradores, padeció estoicamente mi proceso de escritura y me dio invaluables ánimos, consejos y respaldo. Gracias, Doug.

La persona responsable de remolcar este libro hasta la orilla es Andy Ward, mi editor en Random House. Su magistral labor de edición y su entusiasmo infatigable, así como su paciencia, generosidad y talento para decir la verdad, hicieron de trabajar con él un sueño. Cualquier escritor que trabaje con Andy es muy afortunado. También me gustaría dar las gracias a Daniel Menaker, Jennifer Hershey, Chayenne Skeete, Craig Adams, London King, Ayelet Gruenspecht, Jordan Pace y Anna Bauer de Random House.

Mi agente y amiga desde hace mucho tiempo, Jin Auh, ha ejercido de editora, consejera y protectora. La adoro. De la Agencia Wylie, tengo que dar las gracias a Tracy Bohan, Sarah Watling, Sarah Chalfant y Andrew Wylie. Y gracias también a Bea Hemming y Dan Franklin de Jonathan Cape.

Mi sentido agradecimiento al brillante y entusiasta Andrew Chaikivsky, cuya habilidad para detectar errores, omisiones, conjeturas y razonamientos endebles es tan formidable que pone los pelos de punta. Mejoró mucho este libro.

Tengo una deuda inmensa con la McDowell Colony, Yaddo, Writers OMI en Ledig House, Summer Literary Seminars y el Brooklyn Writers Space por darme tiempo, espacio y una inyección de ego cuando más lo necesitaba. Me gustaría dar las gracias en particular a Elaina Richardson, Candace Wait, Christy Williams, Michael Blake, David Macy, DW Gibson, Mijaíl Iossel, Soren Stockman, Ann Ward, Scott

Adkins, Erin Courtney y Jennifer Epstein.

El manuscrito se benifició del servicio de lectores generosos y atentos, incluyendo a Alex Chasin, MT Connolly, Anne Fadiman, Boris Fishman, Elizabeth Kendall, Larry Krone, Michael Lowenthal, Lena Mandel, Maryse Meijer y Devika Rege. Olivia Laing, un faro de ánimos y de amor, leyó estas páginas cuando se hallaban en diferentes fases del proceso de escritura, permitiendo que me beneficiara de su soberbio ojo editorial y de su impecable gusto. Donald Antrim me proveyó en abundancia de muy necesitados consejos, de conversación y de consuelo en los momentos más complicados. Simon Sebag Montefiore, Stephan Kotkin, Dovid Katz y el difunto Richard Pipes me proporcionaron perspectiva histórica y contactos impagables. A lo largo de los años, Boris Kerdimun me proveyó de sus recuerdos personales del Moscú de los años cuarenta, así como de su amistad y amor inagotables. Y el difunto y muy añorado Pyotr Degtyarev me guio a través de Rusia y Ucrania con buen humor y una amabilidad inolvidable.

Escribir un libro es, en el más sincero de los sentidos, un esfuerzo conjunto, y quisiera dar las gracias a los amigos que me cuidaron y animaron, de todos los modos posibles, a lo largo del extenso y a menudo difícil recorrido: Nick Abadzis, Hilton Als, Jim Andralis, Christian Barter, Cris Beam, Marcelle Beck, Jonathan Blessing, Ester Bloom, Paul Boyer, Colette Brooks, Alan Burdick, Brooke Costello, Stanley Crouch, Kyle DeCamp, John De-Vore, Lisa Dierbeck, Becky Doggett, Jeff Drouin, Laurel Farrin, Aaron Foster, Ian Frazier, St. John Frizzell, Eric Gagne, Mary Goldthwaite-Gagne, Donald Gray, Rahul Hamid, Trish Harnetiaux, Maya Jasanoff, Alexander Kopelman, Jessica Lamb-Shapiro, Michael Lashutka, Michael Lavorgna, Benjamin Lorr, Tamar Lusztig, Mitch McCabe, Richard McCann, Kathleen McIntyre, John McManus, Stephen Mejias, Hugh Merwin, Tzs Yan Ng, Garrett Oliver, Heidi Parker, Michelle Radke, Tejal Rao, Yasmil Raymond, Herb Reichert, Ragan Rhyne, Alex Rose, Karen Rush, Andrew Schulman, David Seubert, Sumakshi Singh, Andrew Solomon, Wells Tower, Ellie Tzortzi, Vint Virga, David Walker, Angela Watson, Anthony Weigh, Dave Wondrich, John Wray y Wendy Xu.

Jonathan Allen soportó la escritura de este libro con una paciencia y un cariño inagotables, lo leyó atentamente y proporcionó cruciales consejos editoriales. A lo largo de los años, mi padrastro, Vitaly Komar, me enseñó muchas cosas sobre nuestra antigua patria. Mi hermanastra, Maria Cherkassova, compartió conmigo sus valiosas percepciones acerca de nuestra familia. Ni este libro ni yo existiríamos si no fuera por mi madre, Anna Halberstadt, quien me proporcionó mucho del material y fue mi aliada en el proyecto desde el principio. Es tanto lo que le debo a ella y a los demás protagonistas del libro —

mis difuntos abuelos, Raísa y Semión Galbershtad, Tamara Kamysheva y Vasili Chernopisky, y mi padre, Viacheslav Chernopisky— que me limitaré a decir спасиб.

Uno de los libros del año para The New York Times. La historia de cómo décadas de totalitarismo soviético y persecuciones fracturaron a tres generaciones de una familia.

Con nueve años, Halberstadt le dice a su mejor amigo que va a abandonar la Unión Soviética, a lo que este responde entristecido: «Ya no podrás morir por tu país». Años después, el autor indaga en el pasado para dar respuesta a sus miedos irracionales, bloqueos emocionales y pesadillas recurrentes. De Moscú a Ucrania, de Lituania a Nueva York, lo personal es indiscutiblemente político en una narración a la vez divertida y aterradora. Los recuerdos de su abuelo de la KGB, las migraciones de su familia judía, las peleas de sus padres en el Moscú de los 70 y, finalmente, su propia experiencia: la de un niño que crece a caballo entre el Tío Sam y la Madre Patria, que carga con el miedo de tres generaciones, y que encuentra la forma de vengarlos de la mejor manera posible: viviendo y recordando.

«Un absorbente relato que nos habla de la dictadura, la guerra y el genocidio, y de cómo el legado tóxico que dejaron se ha grabado en las sucesivas generaciones de ciudadanos soviéticos.» —***The Guardian***

«Una extraordinaria memoria familiar.»—**Robert Leigh-Pemberton,** ***The Telegraph***

«Una mirada bellísima, incisiva y radiante a un largo legado de

sufrimiento y de guerra.»—**Olivia Laing**

Alex Halberstadt. estudió en el Oberlin College y en la Universidad de Columbia. Es el autor de las memorias familiares «Jóvenes héroes de la Unión Soviética», uno de los mejores libros del 2020 para *The New York Times*, y de «Lonely Avenue: The Unlikely Life and Times of Doc Pomus». Colabora habitualmente con *The New York Times Magazine* y también ha escrito para medios como *The New Yorker* o *The New York Times Book Review*. Ha sido nominado dos veces para el premio James Beard a la excelencia en periodismo y ha recibido becas de la MacDowell Colony y de Yaddo. Actualmente vive y trabaja en Nueva York.

NOTAS

1 Louise Glück, *El iris salvaje*, trad. de Eduardo Chirinos Arrieta, Valencia: Pre-Textos, 2006

2 *Piss*: mear o meado; *piss on*: mearse en. (*Todas las notas son del traductor.*)

3 Tom Doniphon, personaje interpretado por John Wayne, a Ransom Stoddard, interpretado por James Stewart, en *El hombre que mató a Liberty Balance* (John Ford, 1962).

4 Antes del Holocausto, localidades con amplia población de judíos, en el centro y el oriente de Europa.

5 Una de las plegarias de la religión judía.

6 Panecillos tradicionales de los judíos asquenazíes.

7 Especie de pan trenzado.

8 Escuela talmúdica.

9 Plato a base de cereales cocidos.

10 Panecillos rellenos de carne, verduras o fruta.

11 Grupo pop puertorriqueño surgido en 1977.

12 Abuelo Frío o Abuelo de las Nieves, personificación de la fuerza de la naturaleza en la cultura eslava precristiana. Se representa como un anciano de larga barba que porta una vara mágica. Acompañado por su ayudante, la Doncella de la Nieve, lleva regalos a los niños en Nochevieja. Es el homólogo ruso de Santa Claus.

13 *Dick*: Polla.

14 En inglés, la palabra *just* se pronuncia muy parecido a *dist*, y esa era la ortografía que el autor tenía en mente cuando decía la frase: «Just a minute» («Un segundo»).

15 En inglés, las siglas VIH adoptan la forma HIV, de pronunciación similar a *heave*, «empujón».

16 Asociación filantrópica con sede en la ciudad de Nueva York dedicada al apoyo económico a judíos con escasos medios, así como a la promoción de la cultura judaica y la convivencia entre los judíos.